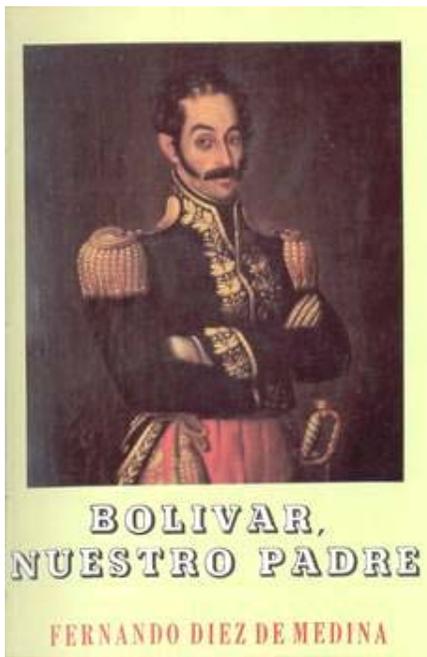


FERNANDO DIEZ DE MEDINA



BOLIVAR NUESTRO PADRE

PRIMERA EDICIÓN

1983

*
*
*
*

© Rolando Diez de Medina, 2004
La Paz – Bolivia

INDICE

I

[BOLIVAR, NUESTRO PADRE](#)

II

[BOLÍVAR EN LA VISIÓN OPACA DE MADARIAGA](#)

III

[BOLÍVAR EXPLICADO POR SI MISMO](#)

IV

[BOLÍVAR, SOL DE AMÉRICA](#)



El Libertador Simón Bolívar, óleo anónimo pintado en La Paz. Propiedad del Club de La Paz-Bolivia

"Bolívar es un Ulises cuya odisea sería conveniente referir, siempre que hubiese un Homero capaz de contarla"

Carlyle

I

Se ha dicho tanto —tantísimo— sobre Bolívar, que parece poco menos que imposible trazar una otra imagen suya. Centenares de libros, miles de artículos y ensayos cunden por el globo terrestre. Su vida y su obra fueron analizadas minuciosamente. Historia y biografía, crítica y relatos novelescos, documentos y memorias, análisis psicológicos y evaluación de su tiempo, testimonios de sus compañeros, de exégetas y detractores, todo ello, en conjunto, redondea la visión global del héroe, el hombre más famoso que ha dado la América Meridional, el mayor arquetipo de humanidad que el mundo ha conocido.

La muchedumbre de los panegiristas ofusca a la pequeña grey de los denostadores. Es que Bolívar, como el sol, está en la mente y en la imaginación de todos los que se aproximan a su proeza: su luz jamás se apaga.

Se conocen todas sus cartas, discursos, proclamas, sus dichos y frases memorables, su genial literatura jurídica y política. Los investigadores escrutaron en la tempestad de sus batallas y naufragaron en la vorágine de sus pasiones. Sus viajes como radiografiados, sus lecturas como catalogadas. Hombre y político tan estudiado como guerrero y filósofo. Al orador lo exaltan sus contemporáneos, al soñador lo admira la posteridad. Cualesquiera de sus facetas anímicas ha sido bien o mal calibrada: legislador, epistológrafo, hurón donjuanesco, amigo generoso, urdidor de altas intrigas políticas, conductor, carácter inflexible, temperamento sensible y delicado, voluntad impetuosa, fértil reanimador en las derrotas, épico pregonero de victorias, meditador huraño, camarada jovial, fulgurante improvisador, estadista o militar, genio práctico y soñador romántico, todas las maneras y sutilezas del ser individual y de su tiempo tempestuoso, han sido observadas con lente microscópico, y expresadas por plumas eminentes. ¿Qué se podría añadir sobre Bolívar si todo fue ya difundido por ingenios excelsos e investigadores acuciosos?

Si de su bibliografía oceánica hubiese que elegir diez autores para conformar una imagen veraz y totalizadora del hombre y de su época, yo escogería estos diez autores: O'Leary, Masur, Frank, González, Ludwig, Salcedo Bastardo, Rourke, Encinas, Madariaga y Lecuna, el magistral historiador que dedicó su vida al estudio e interpretación de la epopeya bolivariana.

Pienso que en las cuatro imágenes superpuestas que presento —Bolívar, nuestro Padre, visto al modo fantástico, mitad realidad, mitad poesía; Bolívar calumniado y reivindicado de su mayor detractor; Bolívar explicado por trozos de sus cartas y otros documentos, o sea explicado por sí mismo—, y Bolívar en síntesis final, el héroe surge integrado en hermosa armonía circular.

Permitid que un boliviano, treinta años atormentado por la pesadumbre de su gloria, intente una aproximación más al Libertador. El ahondamiento en la beldad del paisaje y en la verdad del hombre sudamericano, la música de los libros sagrados de Hornero a Katanzaki, y el largo meditar interpretativo sobre el varón insigne y su época convulsa ayudarán a proyectar, nuevamente, la imagen fidelísima y poética de este arquetipo de humanidad.

La progenie continental no ha dado hombre ni proeza más excelsos.

Bolívar es América, la Nuestra, la del Sur. América es Bolívar, el gran idealista, el gran desengañado, y sin embargo el héroe resurrecto de las batallas legendarias y las palabras inmortales.

Este "alfarero de repúblicas" —como él mismo se calificó— es un maestro de energía y de coraje. Que su verbo inspirado y sus hazañas fecundas sigan guiando a la muchedumbre americana. Ahora y en los tiempos que vendrán.

Bolívar, Padre Nuestro. De ti aprendemos.

BOLÍVAR, NUESTRO PADRE

Difícilmente un sudamericano de hoy comprenderá la epopeya bolivariana. Menos un europeo. ¿Qué fue verdad, qué fabulado? Leyenda e historia se tocan tan cercanas que es ya imposible separarlas. Parece difícil que en tan corto tiempo y con recursos tan escasos, un hombre hubiera promovido sucesos extraordinarios sobre un escenario geográfico vastísimo, proyectando ideas y acciones que repercuten todavía.

Europa ardía, entonces, en la llamada napoleónica. Asia y África no contaban para el mundo a no ser en el plano colonial. Estados Unidos era un país en formación. Sudamérica subsistía con cien años de retraso en relación a la vida occidental.

Por ese tiempo no existían las políticas mundiales, la economía planificada, la producción en serie, las crisis monetarias, el comercio interdependiente, las grandes urbes verticales. No existían la técnica organizada ni los inventos en progresión vertiginosa. Los medios de transporte y comunicación, en el hemisferio sur, andaban lentísimos. Los pueblos de la época emancipadora no conocieron los instrumentos de progreso del siglo: la máquina a vapor, la electricidad, el ferrocarril, el teléfono, el telégrafo, el automóvil. Y menos, claro está, el cine, la televisión, los viajes aéreos, la difusión inmediata de las noticias.

En los albores del siglo XIX América del Sur yacía aletargada, en molición secular, al margen de la dinámica europea. Los pueblos se ignoraban entre sí. Celosamente guardadas por la fiscalización de las ideas, el monopolio comercial reservado a la metrópoli, y la selección de autoridades de procedencia hispana, las colonias transcurrían rígidamente sometidas a la opresión de Madrid. Desvinculados de la clase dirigente peninsular, criollos, mestizos y nativos vivían en paz con Dios pero descontentos con la católica majestad del Rey de España. Todo estaba en manos de los castellanos: banca, industria, comercio, fuerzas militares, educación, vida civil. Las leyes de Indias y otras disposiciones benéficas en favor de las multitudes coloniales, no se cumplían o se cumplían mal. Sudamérica era una finca colosal administrada por pocos colonos y en desmedro de millones de explotados.

Despertar esas muchedumbres, en su mayoría analfabetas, organizar esas masas dispersas en naciones regulares, infundirles el amor a la libertad y la voluntad indeclinable para defender sus derechos, fue la gran tarea redentora de los Libertadores.

La emancipación del dominio español, en su etapa inicial, parecía cosa de locos destinada al fracaso. Se juzgaron brotes aventureros los pronunciamientos de los pueblos que ansiaban gobernarse por sí mismos. En 1809 y 1810, años en los cuales se prenden las hogueras de la liberación, muchos creen todavía en el Rey y en la dominación española. La proeza consistió en organizar a las masas dispersas, en cambiar la mentalidad de los no convencidos, y en crear el espíritu de rebeldía en los americanos del sur, semiaplastados por tres siglos de coloniaje opresivo.

Pocos hombres de letras —los precursores— pocos hombres de espada — los libertadores— constituyen la estirpe legendaria de la emancipación continental.

Y si se mide la inmensidad del territorio geográfico abarcado, y la pobreza de recursos materiales de los pueblos subyugados, se comprende que sin el genio indomable de Bolívar, guerrero y legislador a un tiempo, los esfuerzos dispersos de esos creadores de naciones no habrían culminado en el deslumbramiento de Ayacucho que selló la libertad del continente.

Es evidente que el grande hombre es producto de su medio y de su tiempo. Sin la presión histórica de la Revolución Norteamericana y de la Revolución Francesa, sin las ideas renovadoras de Rousseau, los enciclopedistas galos y los filósofos ingleses, sin el concurso de corrientes políticas y sociales que conmovían al mundo civilizado, sin la propia fermentación interna anticipada por las rebeliones indias de Tupac-Amaru en el Bajo Perú y de los Katari en el Alto Perú, sin la opresión del yugo colonial que pesaba duramente en los conglomerados humanos del sur de América, el Libertador no habría podido desenvolver su descomunal tarea demoledora y reconstructora.

A diferencia de Alejandro, de César, de Napoleón, que encuentran preformados los instrumentos de su gloria, el caraqueño tendrá que fabricarlos por sí mismo. Crear de la nada. Improvisa ejércitos, arrastra multitudes, gana batallas, pierde combates, tan pronto es general victorioso como prófugo, dicta leyes, organiza gobiernos, elabora constituciones, funda pueblos y repúblicas, sus fogosas arengas encienden a las muchedumbres y fustigan al opresor, levanta economías en comarcas paupérrimas. Libera a Venezuela —entonces se llamaba la Gran Colombia comprendiendo ambos países— la pierde dos veces y la vuelve a liberar. Celoso administrador ordena las rentas públicas, empeña su fortuna personal en la causa emancipadora. Hace de campesinos soldados y de simples oficiales generales. Con ruegos, amenazas, diligencia y tenacidad obtiene armas, uniformes, municiones, vituallas y forraje para sus ejércitos improvisados. Sin estudios en academias militares se forja él mismo estratega y caudillo de guerras. Lucha sin tregua contra la anarquía interna y contra el poder imperial que baja de la península. No tuvo centurias de organización política ni siglos de cultura detrás suyo que respaldaran sus hazañas, como aconteció con otros grandes capitanes de la historia que se apoyaron en naciones y pueblos de sólida arquitectura civil y de probado valor militar. Por algo diría de Bolívar un sacerdote de su patria: "cabeza de los milagros, lengua de las maravillas". Y es que efectivamente el venezolano fue derribador de la América colonial e inventor de la América libre y democrática.

Bolívar es la revolución, no en el sentido despótico y corrosivo de hoy, donde todo se torna odio, violencia, venganza, sino en aquel otro menos salvaje y más noble de la subversión romántica, de profundas raíces humanas, que sólo lucha por la libertad, por la justicia social, por la redención de los oprimidos. Cuando las gana por la fertilidad de su mente, su voluntad temeraria y el brillo de su espada, cesa de hostilizar a los adversarios y les permite incorporarse al nuevo orden de cosas. Hizo la guerra durante quince años no por simple afán de gloria, sino por la causa de la humanidad.

No se ha medido todavía, en su pavorosa magnitud, la pelea desmedida que el Libertador sostuvo en dos frentes: contra los esforzados ejércitos regulares del imperio español; y contra el genio levantisco, ingrato y díscolo de los mismos sudamericanos que una vez liberados lo acosaron sin descanso. Envidia, traición, intrigas, deslealtad, perfidias turbaron su reposo. ¿Pero reposaba, acaso, este ser todo nervios y fibras en tensión? Ciento cincuenta años después de su muerte resplandece en la historia como héroe sin émulo: los aplastó a todos. Mas en su accidentada vida (un biógrafo la divide en Tempestad al Amanecer; Tormentas del Mediodía; y Huracán Crepuscular) aunque tuvo nobles y leales amigos —Sucre es el prototipo de la amistad inquebrantable— estuvo siempre rodeado, junto a los buenos, de pérfidos y envidiosos: Santander el más protervo e hipócrita.

Bolívar es un personaje extraordinario, fuera de serie en la historia universal.

La investigación científica agotó su constitución antropológica, la crítica cribó sus dichos y sus hechos. La leyenda los va aristando con cincel de fuego. Su vida y su obra, tantas veces

narrada, no pertenecen sólo a Venezuela y a la América del Sur: pertenecen al mundo, son patrimonio de la humanidad.

Como el alma humana oscuro y centelleante, claro y misterioso, el Libertador se presenta indescifrable al primer encuentro. Es el hombre de los enigmas; nunca concluye de interpretarse su personalidad múltiple, compleja, variable, sorprendente. No es un semi-dios —el de los fanáticos de su gloria— ni un aventurero afortunado —el de sus detractores—. Es aquello que Goethe pedía ansiosamente: un hombre. Nada más que un hombre, nada menos que todo un hombre capaz de peraltar la proeza humana hasta la cima del arquetipo. El varón que no se desarrolla en molde unilateral, lineal y continuo, sino aquel otro que se expande en proyección circular, esparciéndose hacia todos los radios de la esfera. Su ruta prodigiosa recorre toda la escala del bien y del mal, pero su genio ético, en lucha dramática con los instintos, hará que siempre predomine la virtud en su camino.

6

La clave inicial de su destino, la plenitud de su vigencia histórica, el sentido último de esa trayectoria fabulosa escapan al investigador Superficial. Se requiere penetración analítica, intuición Psicológica, conocimiento del medio físico y de los grupos étnicos actuantes, evaluación equilibrada del torrente documental y también lectura atenta de la inmensa bibliografía reinante. Se necesita, además, tesitura filosófica y vuelo poético para entender a este símbolo eterno de un continente que despierta. Informe, inacabado, su mensaje tiene la belleza brutal y celestial de un torso griego a medio hacer o mutilado en parte; no se sabe, aun, las formas estupendas que irá revelando con el tiempo. Porque Bolívar crece y se conmoldea con los años. En él se transubstancian, se subliman, suelo, raza, voluntad y genio de América.

7

Sin temor a las consignas deletéreas del racismo, diremos que el Libertador es la expresión más alta del mestizaje sudamericano, tomando el vocablo no en el sentido torpe, denigrante, aminorativo que le dan los sociólogos novecentistas para humillar a los pueblos que surgían; sino en el profundo concebir histórico, como erupción de nuevas fuerzas biológicas que cruzan y ensayan potencialidades simbióticas en el gran drama de la mezcla de razas y costumbres. No hay razas puras: la ciencia lo ha demostrado. Griegos y arios se confundieron con los aportes étnicos de otros pueblos, lo mismo que hoy. Frente al mestizo despectivo inventado por los racistas germanos, hay que oponer la noción del nuevo y noble mestizo de nuestro tiempo. En este sentido el Libertador culmina y anuncia la aparición del gran mestizaje sudamericano donde se cruzan y fortifican lo europeo, lo criollo y lo indio.

¿Qué son esas grandes unidades nacionales que se llaman México, Brasil, Argentina? Conglomerados étnicos, flujo y fusión de sangres distintas. Bolívar no fue solamente el descendiente de vascos como quieren verlo los españoles. Tampoco es un indio. Pero sí el gran mestizo que conjunciona lo europeo con lo sudamericano, ese nuevo tipo humano todavía en ebullición, que anuncia el advenimiento de una cultura aun en formación.

¿Que fue "un español en guerra civil contra España?". Majadería. No es únicamente el mestizo republicano alzado contra la monarquía peninsular. Ni el caudillo indígena en pos de redención de los autóctonos. Es la síntesis, el entrecruzamiento de las tres corrientes antropológicas convergentes entre sí, que desde hace 400 años pugnan por afirmar un nuevo estilo de vida y de cultura.

Ludwig y Madariaga ven en el gran caraqueño solamente al europeo. Masur y Frank exaltan al criollo de tipo superior. Yo creo, con otro estudioso, que se filtraron gotas de sangre india en su linaje y que bien pudo reencarnar a los grandes caudillos nativos: Mallku-Khapak, Wirakocha-Apu, Tacuilla, Ollanta.

En suma, el Libertador reine la grandeza hispana, el ímpetu mestizo, y los valores ancestrales del alma india. Así hay que verlo en la amplitud totalizadora del hecho biológico. Nos

contiene a todos y a todos nos expresa. Para decirlo en una sola frase integradora: Bolívar es la América del Sur.

8

En verdad el hombre Bolívar —en cierto modo— ha sido sustituido por el mito Bolívar. ¿Con cuál nos quedaremos? Las naturalezas objetivas elegirán al varón con talla humana; los idealistas preferirán al héroe que se remonta por lindes poéticos. El heraclida seguirá fabulando su renombre a través de almas y generaciones. Acaso lo más cuerdo será juntar historia y leyenda en haz armonioso. Descubrir al hombre entero detrás del personaje mítico, enriquecer la realidad con los vuelos de la fantasía.

Varón de antítesis el Libertador fue, simultáneamente, tipo y contratipo. Libertador y dictador. Caudillo militar y conductor civil. Generoso y cruel. Arrebatado y sereno. Impaciente y perseverante. Fiel en sus ideales, veleidoso en sus amoríos. Dominante en el mando, sagaz en sus epístolas. Ambicioso por sus ansias de grandeza, absolutamente desprendido en lo personal. Destructor de sistemas caducos, organizador de nuevas estructuras políticas y sociales. Genio para la acción, espíritu de meditaciones profundas. Solitario en su intimidad, hombre afable y sociable a la vez. Legislador y poeta. Magnánimo y severo. Rayo en la guerra, sembrador fecundo en la paz. Desinteresado y celoso. Exaltado y apaciguador. Su personalidad múltiple y cambiante, proteica y de rasgos contrapuestos, se capta mejor en sus tres mil cartas que en todas las historias que suscitó.

9

Todo aquel que se aproxima al excelso protagonista se siente, de primera impresión, como aplastado por la grandeza y vastedad del drama en medio del cual se mueve. Fuego y frío a la vez. Los fuertes se queman, arden en su llama; los débiles se arredran, se paralizan bajo el frío que baja de las altas cumbres y recubre la tumba inmortal.

En otra imagen, Bolívar es como un vino generoso y áspero que pocos paladares pueden soportar: su vida y sus hazañas bélicas han volteado más cabezas que cimas tiene la abrupta cordillera.

Conforme se adentra uno en los laberintos de su alma tempestuosa, va reconociendo, frase por frase, hazaña por hazaña, al jefe de hombres, al forjador de naciones. A ese arquetipo de pensador y de caudillo que pocas veces admitió la historia.

10

Destino impar. América lo adopta como estrella de su génesis, de su destino y de su gloria. La sub-América de los déspotas y de los pícaros trata de emboscarse en los pliegues de su capa. Y es que Bolívar santifica el pasado, justifica el presente, anticipa el porvenir. Sirve a justos y a malos, todos buscan su sombra protectora. Modelo inextinguible, cada cual lo entiende a su manera y a su conveniencia. Es la encarnación humana del continente sur. Su brújula también. Paladín matinal de la Libertad y la Esperanza. Si al Cristo se aproxima por su trágica agonía, al Hombre de la Mancha se acerca en su idealismo impenitente. ¡Famosa compañía entrevista por el genio visionario del Libertador. "Don Quijote, Jesucristo y yo; los tres grandes majaderos de la historia".

Nunca el espíritu se alzó tan alto, jamás padeció ni cayó tan hondo. Si su vida es la tempestad victoriosa, su muerte lo transfigura en el trágico final: doliente caballero de la soledad, la pobreza y los desengaños.

Hay quienes sostienen que la comparación con don Quijote y Jesucristo, el Delirio sobre el Chimborazo, la famosa caria a Fanny du Villars que dice: "... ¿Recuerdas nuestros sueños de 1805?..." y otros hechos de Bolívar carecen de consistencia histórica, pertenecen a la penumbra de la leyenda porque no se hallaron su contraparte escrita de puño y letra del Libertador. Es probable. ¿Pero la leyenda no es parte de la vida de los héroes? Lo que Bolívar inspiró le



Bolívar en Madrid, antes de su matrimonio, con Teresa Toro.

pertenece. Hay que desprenderse de las amarras del mundo objetivo, escueto, de la sola realidad para volar al ámbito sideral de la fantasía y de los mitos. Entonces el fabricante de sueños que habita en todo ser pensante, reclama el derecho de incorporar al plumaje del héroe palabras y acciones que se le atribuyen. Porque Bolívar nos legó consigna de Libertad y de Justicia y también la facultad maravillosa de soñar e imaginar.

11

En él se dieron la suma complejidad de la emoción y el intelecto. Voluntad indomable, sensibilidad finísima. Don profético y maestría para regular los conflictos cotidianos. Dictador en potencia y sin embargo fiel servidor de las leyes. Nos entrega la doble imagen del acosado genial que se dispara al horizonte, y la conciencia lúcida que vuelve siempre sobre sí misma para las decisiones finales.

Para una teoría del ser, el Libertador recorre toda la escala humana. Es la multitud en un alma. Más aún que el héroe de cien batallas y el fundador de repúblicas, es el modelo continental que jamás perderá vigencia: ética, política y estética lo reclaman como arquetipo de acción y pensamiento.

Por eso decimos: Bolívar, Nuestro Padre.

12

Pensar, pensar al Héroe. Vivirlo anímicamente en largos años de estudio y meditación. Repasar los libros y ensayos principales que ha suscitado. Retroceder a los antiguos tiempos, revivir la epopeya emancipadora, reconstituir los escenarios físicos, intuir la psicología de los personajes. Todo eso es necesario como introducción a Bolívar.

Pero si al investigador están reservadas la búsqueda pertinaz, la documentación fidedigna, al rapsoda y al soñador le es concedido fundir pasado y presente, con mente actual adivinar lo

pretérito, recuperar el tiempo abolido en la memoria de ayer y hoy. Porque todo vuelve, permanece todo. Y si el Buscador siente, profundiza, se sumerge en la época y en el protagonista largamente frecuentados en su extenso peregrinaje, advertirá que el ser espectral de los textos se convierte en el personaje vivo —redivivo— de una pasión indagadora. Existe un Bolívar para cada espíritu que lo invoca; el más significativo el del poeta, porque el poeta parte del sentimiento para llegar al realizador. Y aun siendo admirable la inteligencia fértil de Bolívar, jamás fatigada de urdir y reinventar recursos en la acción, lo es mayormente su gran corazón, transido de amor, de entrega, de voluntad de sacrificio por el bienestar de los pueblos.

Todos los libertadores, de su tiempo y del tiempo actual, vuelven los ojos al Hombre de Junín. Los conductores de naciones también. Y todo aquel que siente el escozor del heroísmo se aproxima reverente a su figura cimera porque el Libertador tiene siempre algo que enseñar a soñadores y hombres de acción.

Filtrado a través de los temperamentos individuales que lo juzgan, Bolívar reaparece diverso y proteico, a veces esfíngico. Es uno en esencia y muchos en apariencia.

13

Escasos interlocutores tuvo el Héroe para el diálogo profundo; por eso se vierte en sus cartas que contienen lo que no pudo expresar en la comunicación hablada. En las marchas penosas con las tropas, en los instantes de ensimismada soledad, Bolívar rumiaba sus pensamientos; confidencias que se extinguieron antes de salir al mundo exterior, que no conocieron generales ni políticos porque la grande alma es siempre solitaria.

Carácter sociable por naturaleza, su destino señero lo introvierte sin cesar.

Paradoja: el hombre de acción, el que más se volcó hacia el exterior por sus actos, es el que menos revela al hombre interior; sólo sus cartas dan testimonio de sus soliloquios y devaneos mentales. Si se escruta el trasfondo de los pensamientos confiados a la escritura, se advierte la angustia del monologador, y en verdad ocurrió así: Bolívar fue el mejor interlocutor de Bolívar. Ni Manuelita Sáenz, con toda su perspicacia y su intuición femenina llegó a calar el genio íntimo del Libertador; al héroe, al político, al amador sí; al hombre genial redondeado por la multiplicidad de su pensar y la diversidad de su hacer, nadie.

14

Alma superior, intensamente admirada por los más, ferozmente odiada por algunos, el caraqueño no escapa a la maldad ni a la diatriba. Para conocer lo mejor conviene leer a sus tres mayores enemigos: Prouvenena (seudónimo de su tenaz adversario, el peruano Riva Agüero); el colombiano Sañudo; y el español Madariaga. Pero después de escuchar las infamias y calumnias que esparcen todos tres hay que conocer los magistrales estudios del venezolano Vicente Lecuna, quien dedicó su vida a investigar la vida y hechos del Libertador. Esas obras son: "Bolívar y el Arte Militar"; "Crónica Razonada de las Guerras de Bolívar" (3 volúmenes); y "Catálogo de Errores y Calumnias en la Historia de Bolívar (3 volúmenes).

Pero insistimos: a Bolívar hay que conocerlo y reconocerlo en su propia literatura: cartas, discursos, proclamas, documentos jurídicos. Es el escultor de sí mismo, su mejor biógrafo. Con fulminantes intuiciones de crítico y en imágenes poéticas ha descrito su vida, su tiempo y a sus contemporáneos de pluma maestra. Es un deleite leerlo pues sus páginas rápidas, nerviosas, concisas, nos restituyen a la época emancipadora. Artista sin buscarlo, el Libertador fue el mejor prosista de su generación.

15

La escoria humana está reservada a los libelistas, a los falsificadores de la historia. Es mejor seguir la línea plutarquiana que escoge lo noble, lo positivo para modelar sus héroes. Porque bien mirado ¿qué es verdad y qué imaginario en los hexámetros de Hornero? La vida se transfigura en un dardo de fuego que cose los siglos, justamente porque realidad y fantasía tejen la

urdimbre móvil y cambiante de los hechos narrados. Lo real y lo irreal se contraponen, son recíprocamente inevitables. Historia deshuesada, seca, al modo lapidario de Tucídides; o historia coloreada al estilo pintoresco de Tito Livio distorsionan el flujo natural de los sucesos. Ni mucha sequedad, ni exceso poético. Mommsen, severo investigador, fino estilista, aconseja idealizar un tanto situaciones y personajes. No inventar, pero tampoco dejar de esmaltar el relato.

Y es que el pasado regresa vivo, vibrante, esquivo al juicio equilibrado y a la aguzada sensibilidad, si se ignora la ciencia de interpretar los textos con pericia y de acercar lo lejano con mirada poética.

Si se exceptúa al fiel O'Leary, y a Perú de Lacroix, las memorias de sus contemporáneos no revelan al Bolívar esencial. Ni Páez, ni Urdaneta, ni Miller, ni Santander, ni Ducoudray-Holstein, ni Mosquera, ni Restrepo captan la figura global del personaje. Se ve sólo al militar y al político. Se prefiere la crítica desmenuzadora a la síntesis trascendente. Lo anecdótico a lo interpretativo. Larga mirada a lo histórico-inmediato, corta visión de futuro.

Nadie puede alcanzar a Hornero pero Bolívar rebasa al Ulises griego, porque es varón no sólo de luchas, peripecias y de ingenio, sino también artífice de leyes y de pueblos. El hombre de Itaca es uno entre muchos descollantes; Bolívar único sobre todos sus satélites. Ulises encanta, el Libertador asombra. Y en su diversidad humana, en su multiplicidad psíquica, en su genio proteico y variable Bolívar va tan lejos que deja atrás al modelo helénico no obstante las dos "Odiseas" monumentales del griego clásico y del griego moderno, que retratan al héroe-luchador pero no alcanzan al héroe-constructor, al creador de vidas y naciones, al remodelador de! mundo en que nació. A Bolívar, en fin, acaso el sujeto más extraordinario de la historia moderna si se considera las circunstancias adversas que tuvo que enfrentar y la vastedad geográfica de sus hazañas.

16

Bolívar, el único genio que ha dado la América del Sur. Como la del Norte: solamente Lincoln.

17

Desvirtúese la leyenda del Libertador donjuanesco. Que tuvo temperamento erótico y requería de placeres sensuales, sí. Pero no buscaba mujeres, las mujeres lo buscaban a él. Fuese su mirar magnético, su gallarda presencia, o la aureola del héroe que lo circundó desde la juventud, Bolívar siempre descolló como piedra-imán para el favor de las damas.

Una mirada furtiva lo encendía, una sonrisa misteriosa lo excitaba. Caballeresco y romántico tuvo culto delicado por las mujeres, mas no al modo hugoliano que las tomaba todas sin diferenciar entre señoras y sirvientas, sino al modo distinguido del amador que escoge y jerarquiza sus amores. Las mujeres que amó no fueron pocas; todas lindas, cultas, refinadas. Y las circunstancias novelescas cómo las conquista — o es conquistado— revelan la delicadeza de su espíritu.

Es probable que sus tres grandes amores hayan sido Teresa Toro, su esposa, el amor puro, sentimental, salido apenas de la adolescencia; Fanny du Villars, el amor sensual, de la juventud; Manuelita Sáenz, el amor perdurable, íntimo, donde jugaron sentidos, afecto, comprensión, recíproca admiración. La dama quiteña abandona al marido, el inglés Torner y lo arriesga todo por seguir al Libertador. Es absorbente, aspira como Juliette Drouet con Víctor Hugo, que el grande hombre sea sólo para ella. Celosa, tenaz, intuitiva, lo acosa sin descanso y en cierto tiempo lo sustrae al vendabal de otros amoríos; pero también es abnegada, solícita. Una vez arriesga la vida propia y salva la del héroe; otras se consagra íntegramente a velar por su salud y su bienestar. Von Hagen es el autor que mejor ha captado a la notable mujer en "Las Cuatro Estaciones de Manuela". Y Tecla Walker, en su magnífico óleo ha pintado a la limeña en el esplendor de su belleza sensual y fascinante.

Si el cuerpo exigía a Bolívar frecuentes contactos con el sexo opuesto, su alma soñadora revestía esos amores de un toque romántico. No se entregó a las mujeres, pero tampoco las

olvidó. Y si su mente y su brazo estuvieron consagrados a la guerra y a la gloria, al arte de conducir hombres, no se puede desconocer que ellas —sexo y espíritu— encantaron su vida.

18

¿Cómo fue Bolívar niño?

Su infancia no tuvo brida o la tuvo muy floja. Imponía fácilmente su voluntad. No era el niño-prodigio, sino el niño-tempestad. Inquieto, movedizo, acometivo, audaz. Caprichoso a ratos; otros dócil y accesible. Voluntarioso en exceso quiere hacer lo que se le antoja. Insoportable por lo imperativo, se mofa de los consejos, mira ceñudo a quienes pretenden guiarlo. Vivaz, de gran memoria y ánimo despierto. Generoso, querendón de los suyos. Muy conversador, alterna con raptos de silencio y hurañía. De buen fondo, de reacciones imprevistas. Dotado de gran simpatía y rica imaginación. Es intolerable —dicen las personas tranquilas que se sobresaltan por su personalidad desbordante. Un niño encantador —responden familiares y maestros.

Difícil entender a Bolívar niño. En el pequeño vaso humano tiemblan múltiples líquidos.

De corta estatura, delgado, nervioso pasa bruscamente de la risa al llanto, llanto no de pena o debilidad sino llanto furioso por impotencia de no poder realizar su deseo. Travieso. emprendedor, ama las aventuras, escapar de la casa. Su genio cambiante oscila de lo irascible a lo afectuoso. A veces, sin motivo aparente, provoca y pega a sus compañeros de juego; luego, reconociendo su falta, les pide disculpa y los acaricia. Enérgico, activo, no puede estarse quieto. Pregunta sin cesar, inquieta a los mayores, los pone en movimiento, los sofoca con respuestas o burlas imprevistas. Le agrada sumir en perplejidad a la gente.

Sus maestros —Sanz, Bello, Rodríguez— lo amaron por su simpatía y su comprensión intuitiva del saber, pero también se fastidiaban por lo levantisco de su genio. Sólo Simón Rodríguez ganó su afecto y su confianza porque, ex-céntrico educador, le enseñó a ser hombre más que a cargarse de conocimientos.

Huérfano prematuramente sólo tiene el cariño de hermanos y tíos. En el fondo, el último de los Bolívar crece en soledad interior, privado del amor de los padres. A ese aislamiento psíquico inicial ha de atribuirse su extraordinario poder de concentración, ese revertir sobre sí mismo que le dará la fuerza para salir de los peores trances.

De esa infancia brumosa, tan poco escrutada por los historiadores, surge el perfil primero del conductor futuro. Cuando vida y ser se afirman vacilantes, se preforma la figura posterior del varón logrado. Por eso será conveniente sondear en extensión y en profundidad la niñez y la adolescencia del Libertador. ¿Juventud heroica o legendaria la de Bolívar como quieren verla algunos? No, Juventud dramática, cargada de pesares y contradicciones, profundamente humana.

19

Fue la naturaleza fiel amiga y dura enemiga en el curso de su azarosa vida. En San Mateo, Taguagua y Suata, haciendas ganaderas de su familia Bolívar aprendió a curtir el cuerpo y endurecer el alma. En Caracas gana a los demás con sagacidad y sonrisa irresistible; en el campo da rienda suelta a sus instintos de libertad y de pelea: contra la naturaleza, los montes, los ríos, los caballos, la escalada de los cerros. Furiosas correrías con amigos que lo siguen dócilmente: delante él, todos detrás. Esa era la regla.

La naturaleza materna, acogedora, que en la mocedad lo ayuda a fortalecer el físico y templar la voluntad, le juega penosos trances en sus campañas y en la madurez. Bolívar vivió al aire libre muchos años, dormía a la Intemperie. No tuvo como Napoleón tienda imperial ni lecho cómodo atendido por generales y ayudantes. Más de una vez veló de noche y sólo tuvo su capa para cubrirse. Taconeando los Andes, cruzando ríos, sufriendo el ardor de los trópicos, soportando el "sorojche" o mal de altura, mal alimentado unas veces, sediento y descalabrado otras, abusó de su naturaleza física y desafió constantemente los rigores de la naturaleza exterior. Esa fue la causa primordial de su muerte prematura. El alma ya se la habían desgarrado los hombres.

10

¿Cómo podía el cuerpo soportar el tremendo desgaste físico, la tensión permanente del sistema nervioso?

La naturaleza, madre y madrastra sucesivamente, hizo pagar caro al Libertador sus excesos somáticos.

20

Cierta vez un amigo, mientras los rodeaba la música salvaje del viento dijo:

—Amas al viento porque eres como él, viajero siempre, impetuoso, acometivo. Pero cuida que el viento que te habita no se transforme en huracán, porque el huracán no se deja dominar.

Bolívar que se embriaga con el furor del aire que sacude los altos árboles en quejumbre persistente, responde:

—¿Crees que soy como el viento? Entonces tú me comprendes. Pero no temas: aprendí a domeñarlo desde niño.

21

¡Y cómo maneja a los hombres! Por sus cartas, por el testimonio de sus contemporáneos, se comprueba la destreza con que pasa de la amenaza al ruego, de la sutil insinuación a la orden sagaz. Maestro en psicología dominaba la ciencia de explotar lo mejor de cada temperamento. Sabía halagar, estimular, pero también censurar y castigar. Supo atraerse a muchos, sin poder evitar la envidia y la perfidia de pocos. Fusiló a Piar porque su traición es evidente y amenaza desquiciar los mandos del ejército; tolera a Santander a quien sabe falso y regateador de su gloria porque le es necesario como director de la política en Colombia para respaldar las campañas militares. Detiene las arrogancias de Páez, el llanero invicto, y lo gana en los momentos más difíciles; después se le dará la vuelta. Soubléte, Urdaneta, Miller, Ribas, Mariño, Campo Elías, Castillo, Salom, Bermúdez, Arismendi, Anzoátegui y otros notables jefes militares fueron primero sus émulos, después sus seguidores.

En medio a la adhesión que suscita el brillante caudillo militar y a veces por corrientes subterráneas, bulle el mar de los pequeños roces, las fricciones subalternas, las intrigas, los celos, ese cúmulo de incidentes que cien veces amenazaron dislocar el frente emancipador y que cien veces Bolívar apaciguó empleando mil recursos de astucia, diplomacia y sabiduría social. Por esos cambios de opinión, contradicciones y órdenes encontradas a distintos destinatarios, que le imponían la razón política, algunos lo tacharon de falso e intrigante. Nada más errado. Hombre, guerrero y amigo nunca fallaron en Bolívar; el político tuvo que adecuarse a las circunstancias que lo rodeaban y a los peligros que lo acosaban.

Sus generales, sus edecanes, sus secretarios, lo mismo que las tropas o el personal civil en las ciudades lo adoraban por su valor, la serena confianza que infundía su presencia, su generosidad, y ese don innato de simpatía del verdadero líder, siempre dispuesto a compartir los mayores sacrificios con quienes lo siguen y a dar ejemplo de bravura en los combates.

Por otra parte Bolívar orador, expositor, improvisador no tuvo rival en el verbo. El don de mando en la guerra y el habla persuasiva en el quehacer civil le permitieron ser ese doble ascendiente de guerrero y organizador que jamás lo abandonó.

Lo que no cuentan los biógrafos es la terrible carga de amargura, decepciones y mezquindades que el Héroe tuvo que soportar sumando a los ataques de los enemigos las pequeñeces de muchos que pasaron por amigos. Bolívar disimuló muchas bajezas para salvar la causa mayor de la libertad americana; sólo un alma grande, como la suya, pudo absorber la miseria humana que lo rodeaba.

22

Bolívar legislador no ha sido superado: trabajó para los tiempos. Busca sobre todo el respaldo de las leyes, quiere la vigencia de instituciones racionales para afirmar la libertad y la democracia. Su literatura jurídico-política es muy vasta. Baste mencionar la visión profética con

que perfila, entre otros grandes documentos, la Ley Moral, el Congreso Anfictiónico de Panamá, la Constitución Boliviana, el discurso de Angostura, la Carta de Jamaica.

Por todas partes donde anduvo el militar, dejó la huella del organizador civil: decretos, previsiones, medidas administrativas dando siempre importancia a la estabilidad del Estado, a la educación, a la redención de los nativos, al buen manejo de la hacienda pública, al sistema republicano y democrático. Es curioso observar como sostiene uno de sus biógrafos, que el Libertador vio la América con mirada de síntesis y que su ideario —ciento cincuenta años atrás— coincide con los modernos planteamientos renovadores: libertad política, justicia económica, revolución social, abolición de toda forma de esclavitud y privilegios, igualdad ante la ley o sea todo eso que en conjunto equivale a la creación de un nuevo Derecho Americano fundado en la paz universal, el equilibrio social, la ley moral y la convivencia fructífera entre naciones. Ello anuncia también, con mirar profético, la actual política internacional de integración regional y continental.

No se limitaba a la teoría política; él buscaba afirmar una democracia activa, dinámica, centralizadora en el poder, niveladora en las oportunidades para los ciudadanos.

Bolívar cree en Sudamérica, en su vigoroso mestizaje, en lo que pueden dar estas sociedades jóvenes cuando alcancen la mayoría política y social. No importa que en su trágica agonía piense estéril su lucha y aventados sus ideales, porque en todo el curso de su tormentoso existir fue siempre afirmativo, optimista, creyó apasionadamente en la capacidad de los sudamericanos para liberarse y organizarse por sí mismos sin imitación simiesca de los cánones europeos.

Ha sido el primer sociólogo de nuestra América y será el último de los númenes continentales en extinguirse. Su genio previsor sigue trabajando para las generaciones; hay, todavía, mucho que aprender de sus escritos.

Como Napoleón —y superándolo porque el curso más reforma que crea en materia administrativa— el caraqueño vive obsesionado por la sujeción a las normas institucionales. Todo debe ser legislado, codificado, impreso para conocimiento de los ciudadanos; y muchas veces —como en las vísperas de Ayacucho, aun presintiendo que está renunciando a su propia gloria— se somete al Congreso de Colombia al cual reconoce el sumo poder de mandar en civiles y militares.

Si se piensa que en los primeros congresos que Bolívar convocó algunos representantes carecían de zapatos, se puede medir las dificultades que tuvo que afrontar este fundador de repúblicas y organizador de sociedades nuevas brotadas de la nada.

23

Bolívar tuvo celos de sus principales colaboradores. Al comenzar su carrera los tuvo de Miranda, con el cual fue injusto. Posteriormente de otros pero la nobleza de su carácter se sobreponía a ese innoble sentimiento. El choque mayor en su ánimo lo produjo Sucre. Adivinó que lo emularía, pronosticó sus triunfos y aunque en algunas cartas al Gran Mariscal de Ayacucho no esconde que éste puede hacerle sombra, a la postre la nobleza de Bolívar vence de los celos. Colmó de afecto y distinciones a Sucre, se sobrepuso a toda rivalidad e hizo de él su mejor amigo y su favorito entre los generales a su mando.

Verdad que Antonio José de Sucre, varón integérrimo, bien merecía ese cariño y esa confianza: fue el amigo más leal y el primer admirador de Bolívar.

Unas veces vanidoso, otras teatral, hasta jactancioso, arrogante y con rasgos de soberbia —¿qué grande hombre no es así?— Bolívar fue un varón de carne y hueso sujeto a las debilidades humanas. Ni santo ni superhombre, ni alma de perfecciones ni exento de flaquezas, su gloria consiste en que supo imponer al idealista y al luchador sobre el animal instintivo que todos llevamos dentro.

Cuidadoso de su fama le molestaban los ataques injustos y las críticas desorbitadas. Bolívar tenía que velar por Bolívar.

24

Para Napoleón la política es el arte de lo posible; para Bolívar la ciencia de lo imposible. Con su palabra y su espada electrizaba a los hombres, reanimaba a los timoratos, encendía a los valientes. Supo, como nadie, convertir las causas perdidas en nuevos centros de energía resurrecta.

Aquella su famosa frase: "el arte de vencer se aprende en las derrotas", es la mejor lección de carácter que ha escuchado el mundo. Se justifica que el general Morillo, español, hubiese afirmado que el Libertador era más temible en la derrota que en la victoria. Es que Bolívar, muchas veces perdedor —en la guerra o en la política— jamás se sintió vencido.

Pensaba que el guerrero y el hombre público, cuanto más asediados por la adversidad, con mayor fuerza deben levantarse ante los hombres.

Si se recorre con detención el cúmulo de sucesos, obstáculos, traiciones, desengaños e impedimentos que el Libertador afrontó durante sus guerras y su trayectoria civil, asombra ver cómo el hombre insigne renacía de las cenizas de una derrota y se recuperaba, pleno de fe y de energías nuevas, tras las trampas y celadas que le tendían sus enemigos y muchos que pasaban por amigos.

Bolívar tuvo que vencer al Imperio Español y a sus aguerridos generales, lo mismo que a sus propios generales, a los políticos y a veces a los mismos pueblos americanos que se inclinaron por la península a lo largo de los quince años de la cruzada emancipadora. ¡Cuántas deserciones, cambios de bandera entre realistas y patriotas, cobardías, intrigas, infamias, felones rodeando a los héroes de verdad que eran pocos! Esa lucha incesante contra el material humano deleznable, no ha sido bien calibrada todavía. Sólo un gigante de la voluntad pudo librarla.

Los grandes genios militares contaron con sus ejércitos y sus pueblos. Bolívar, a veces, tuvo los suyos en contra. En las grandes crisis se vio solo, atendido a su propia energía. Esta persistencia en la voluntad de lucha que no se rinde nunca, es la mejor lección de pedagogía civil que recibimos los americanos.

25

Entremos, ahora, al campo más debatido en la trayectoria del Libertador. Su genio militar.

Ni los europeos ni los españoles —éstos por orgullo nacional— pueden evaluar con exactitud las dotes de gran guerrero del caraqueño. Hay que estudiar sus proezas y sus batallas desde el ángulo sudamericano para calibrarlas en justicia. Es decir: conociendo la realidad social y económica de la época, los flujos étnicos, las contradicciones psicológicas, la escasez de recursos materiales, la pequeñez moral de algunos, la impreparación de muchos, los tremendos obstáculos de la naturaleza hostil, las deserciones, la inexistencia de un cuerpo nacional que respaldara sus primeras luchas.

No tuvo formación académica. Su ciencia militar es más sabiduría instintiva que aprendizaje en los textos.

Sus primeras armas las realiza como simple jefe de hombres, montonero o guerrillero con huestes improvisadas que él mismo tuvo que adiestrar. Así en las escaramuzas de Plato y Sambrano, o en la liberación de Magdalena y de Ocaña. Luego en Salazar de las Palmas y en Arboledas.

Cúcuta es su primera batalla ganada por la excelencia de las maniobras y el coraje con que precipita la carga a la bayoneta. De coronel asciende a general. Para la Campaña Admirable o primera liberación de Venezuela, ya sobresale como conductor militar de notables condiciones. La

audacia, la rapidez y la sorpresa son sus características. Vence en Horcones y en Barinas. Gana la batalla de Taguanes, toma Valencia y finalmente entra en Caracas.

Esa campaña —realmente admirable— la realiza sacando tropas, víveres, avituallamiento de la nada, fabricando municiones, a veces con gentes famélicas y en harapos. El pueblo en armas. Luego en Barbula y en Las Trincheras vuelve a vencer a los españoles, mucho mejor armados y organizados.

Cuando se produce la reacción de algunos pueblos y las rebeliones de otros en favor de la monarquía peninsular, sus mayores enemigos, valientes, crueles y acometivos, son Boves y Yáñez. Bolívar los derrota en Araure, su primer combate de gran estilo que duró 7 horas. Como Napoleón en Arcola, al advertir el peligro de la derrota, el Libertador en carga impetuosa a la cabeza de la caballería patriota y con grave riesgo de su vida, aplasta al enemigo. No contento con ello, inicia su persecución y acaba destrozando a los fugitivos. Ha estado 21 horas a caballo.

Después de Araure ya es el militar admirado por los pueblos y seguido ciegamente por sus tropas. Ha evidenciado ciencia táctica, capacidad estratégica, una especie de adivinación de los movimientos del adversario y un valor a toda prueba.

La primera batalla en San Mateo la gana con habilidad y tenacidad. La segunda batalla del mismo nombre es más peleada. Con la mitad de hombres que Boves lo derrota, persigue y destruye sus fuerzas.

En el primer combate por Carabobo, con 5.000 de tropa contra los 7.000 de Cajigal, combate muy reñido, el caraqueño permanece 30 horas a caballo y vence finalmente.

La segunda batalla de La Puerta le es adversa. Boves lo derrota. Más tarde, en Aragua, vuelven a perder los patriotas.

En la tercera batalla de La Puerta, muy reñida, Morillo con superioridad de hombres y de armas vence a Bolívar. En el combate de Ortiz, debido a una imprudencia de Páez, nuevamente son derrotados los patriotas. Prófugo y con escasos elementos, Bolívar tiene que formar nuevos ejércitos.

Sobreviene la traición de Rincón de los Toros, donde Bolívar salva la vida por milagro. Se agregan nuevas derrotas de los generales del Libertador.

Cualquier otro jefe militar, frente a la anarquía reinante en las propias filas patriotas y al fortalecimiento de los españoles vencedores, habría abandonado la partida. Pero el Libertador, con fe inquebrantable y voluntad arrolladora, vuelve a organizar los ejércitos emancipadores e inicia la Campaña de Boyacá.

Los nuevos combates no son únicamente fruto del coraje y de la habilidad estratégica. Son también resultado de la temeridad, la astucia, la diversidad envolvente de sus maniobras, y el genio intuitivo con el cual, adivinando las intenciones del enemigo, Bolívar supo maniobrar antes y en el campo de batalla. Cruza los Andes, hazaña que realizará varias veces —está a punto de perecer con sus tropas en el páramo de Tisbe— y choca con los españoles en los combates de Gámeza y Pantano de Vargas. Después de marchas y contramarchas que desorientan a los españoles, libra la gran batalla de Boyacá, obra exclusiva de su genio político y de su ciencia militar. Páez y Santander, ruines y envidiosos, lo calumnian, pero la gran mayoría de los historiadores admite que el Libertador fue el héroe de la jornada por sus geniales previsiones. Así puede liberar a la Nueva Granada, hoy Colombia.

En el segundo combate de Carabobo. Bolívar derrota a los peninsulares y libera a Caracas por segunda vez.

La campaña de Bomboná provocada por la rebelión de los pastusos, que creían fieramente en el Rey español, estuvo sembrada de riesgos. En la batalla del mismo nombre el Libertador aplasta a los pastusos y emprende varios combates menores.

Viene, luego, la campaña de Quit, preparada y dirigida por Bolívar con la celeridad y la destreza que lo distinguen. Sucre, su general favorit, vence en Yaguachi, pierde en Huacho y finalmente, debido a su pericia militar, derrota a los españoles en la gran batalla de Pichincha. La victoria se debe al genio visionario de Bolívar y a la ciencia militar de Sucre.

Cuando los de Pasto vuelven a rebelarse contra los patriotas, Bolívar los derrota por segunda y definitiva vez en Villa de Ibarra.

Para la campaña del Perú, Bolívar designado Dictador, cede a Sucre el comando en jefe del ejército y él toma la plenitud del poder político y administrativo. Pero no se olvide que si el Mariscal de Ayacucho —entonces sólo general— es un gran táctico y un guerrero valeroso, se debe a Bolívar la organización, el planteo general de las acciones y el suministro de armas y vituallas a las tropas patriotas.

En la gran batalla de Junín, la última que encabezará, no se oye un solo tiro: todo se dilucida con lanzas y sables. Bolívar sale a contener el avance de la caballería española y finalmente los llaneros de Colombia aplastan a la caballería española. Pero el combate tiene muchas incidencias, la fortuna parece inclinarse por uno u otro de los contendientes. En plena acción el Libertador se encarama a una colina para avizorar mejor el combate, con riesgo de ser capturado. Fue una victoria decisiva que preparó la batalla de Ayacucho. Canterac, vencido en Junín, ya estaba moralmente derrotado en el postrer combate donde con el virrey La Serna y lo más granado del ejército peninsular rindió el pabellón hispano al Mariscal Sucre.

En Junín pelearon 7.000 patriotas contra 9.000 españoles. Bolívar los saca de sus fuertes posiciones y los obliga a batirse en el llano donde la caballería colombiana derrota a la española.

Bolívar pensó, sin duda, que coronaría su campaña del Perú dirigiendo el combate final contra España. Pero la envidia de Santander, celoso de ver cómo crecía la gloria de Bolívar intriga hasta obtener que el congreso de Colombia ordene al Libertador permanecer como Dictador en Lima manteniendo de General en Jefe a Sucre.

Repetimos: la campaña del Perú, que tiene en Junín y Ayacucho sus proezas mayores, es obra del Libertador, de principio a fin, por mucho que sea de justicia adjudicar al genio militar del Gran Mariscal la hazaña de Ayacucho.

Si se lee y se estudia la gran obra de Lecuna sobre las guerras de Bolívar, pasma verdaderamente comprobar cómo este fundador de naciones fue también un fabricante de ejércitos. Alejandro, Julio César, Federico el Grande, Napoleón manejaron fuerzas militares sólidamente formadas, bien disciplinadas, bien armadas, con todos los recursos del respaldo material aconsejado en sus épocas. Bolívar tuvo que hacer soldados, crear generales, movilizar masas dormidas en el sopor colonial, infundirles un espíritu de lucha, mantenerlos tenaces aun en las derrotas, e inculcarles valor, disciplina, constancia. No es exagerado cuando se dice que creó de la nada, porque su verbo ardiente, su espada intrépida y su voluntad indomable, improvisando ejércitos y gobiernos, sepultaron al imperio español en América.

Autodidacta en su formación militar, estratega intuitivo, valeroso y en ocasiones hasta temerario en los combates, el Libertador es uno de los excelsos guerreros que ha visto el mundo; y si se lo juzga en el marco de su tiempo, de las circunstancias adversas, del frente interno que incesantemente conspiró contra su gloria, no hay duda que supera en grandeza moral y en fortaleza de espíritu a los más insignes capitanes de la historia.

Carlyle tiene razón: hace falta un Homero capaz de cantar la vida y las batallas de Bolívar, una por una, en desfile legendario que todas juntas constituyen la *Iliada* americana.

En la víspera de su muerte, abandonado de todos, un amigo quiere levantarle el espíritu abatido por la ingratitud de las patrias y el encono de sus enemigos que lo desterraron, le pregunta:

—General: ¿cuáles son las batallas que usted elegiría para probanza de su gloria militar?

El Libertador ha contestado:

—Araure...donde nace mi estrella militar... Junín... donde sepulto la espada de la libertad...

26

El hombre-Bolívar: ¡qué difícil es situar y comprender al hombre-Bolívar!

Ese dromómano incorregible que no puede estarse en un solo lugar. Que viaja como una centella, agotando compañeros y cabalgaduras. Que convierte a amigos en adversarios por amor a la justicia, y a adversarios en amigos por su generosidad. Que redacta constituciones y decretos con la misma facilidad que discursos, proclamas y cartas de amor. Que pasa bruscamente del entusiasmo delirante a la meditación ensimismada. Que unas veces manda y otras sirve con igual abnegación. Que es valiente en la pelea y calculador en la maniobra política. Que junta al idealista-visionario con el realista-práctico. Que es todo ímpetu o todo serenidad adecuándose a las circunstancias. Que es confidente de todos pero a nadie se confía. Que voluble en amores es leal en la amistad. Que tiene de profeta y de visionario, pero también de conductor positivo y de organizador eficiente. Que posee inspiraciones de poeta y previsiones de legislador. Que absorbe el pasado, lucha con el presente y se proyecta finalmente al porvenir. El mejor hombre de fe y el mayor desencantado de la historia de América. Dictador y Libertador en uno. Aristócrata de estilo, demócrata en sus actos. Que respeta las leyes pero arremete contra el destino. El gran improvisador y el fecundo sistematizador de lo avanzado. Carácter integérrimo, duro, tenaz para la acción, magnánimo al juzgar a los demás. Celoso de su mando y de su gloria, desprendido y noble en el estímulo a los suyos. Militar y político. Soñador y creador de repúblicas. Con tales y tantas facetas de temperamento, que no se le puede captar en una sola mirada.

La memoria, la imaginación, el espíritu emprendedor se conjugan en su carácter. Como dice uno de sus biógrafos: "es superior a las desgracias, al infortunio y a los reveses".

Gran conversador, gran discutidor, avasalla a sus interlocutores por la fertilidad para emitir argumentos.

Una de sus mayores virtudes: la rapidez con que reaccionaba frente a cualquiera emergencia. Muy susceptible, sabía reprimirse para no caer en posturas egolátricas.

Lo mismo censura que elogia, siendo más frecuente en la ayuda al prójimo. Expansivo a veces, a veces taciturno. Nadie pudo seguirlo en el vuelo de su pensamiento ni en la celeridad para la acción. Sus contemporáneos pensaban en lo inmediato, Bolívar en dimensión continental.

Manuelita Sáenz comprendió la grandeza del Héroe, no alcanzó la complejidad del hombre.

Egoísta cuando quiere concentrar la suma de los mandos, es desprendido al repartir honores y sus propios bienes. Quiere ser el primero en todo, pero sabe servir a los más humildes. Tiene un pie en el pasado y otro en el futuro. Es el gran removedor de ideas, de costumbres, de instituciones.

Personalidad desbordante, se somete voluntariamente a los deberes de su conciencia social. El hombre-Bolívar, tema inagotable para psicólogos y biógrafos, es en verdad la conciencia de América: pensó por todos y trabajó para las generaciones.

27

Anota uno de sus edecanes, en sus memorias, que en cierta ocasión el Libertador se ausentó por dos días. A su partida, todos se miraron aliviados: tendrían dos días de reposo. Y es que Bolívar siempre activo, no los dejaba descansar. Ideando planes, discutiendo, ocupándose —y ocupándolos— en cien menesteres los tenía siempre en movimiento.

16

Lo amaban, lo admiraban, pero a veces la tensión nerviosa a la cual los sometía era tan grande que padecían el agotamiento de ese exceso de actividad.

Bolívar fue el gran incitador de la actividad de los suyos. Animador y reanimador de los pueblos. El motor primero de la guerra emancipadora; y como era lógico los más próximos a él resultaban los de mayor desgaste en la fricción cotidiana.

Descargaba en el baile, en correrías ecuestres o en caminatas su extraordinaria energía física. Gustaba que sus edecanes, sus íntimos, sus secretarios compartieran ese ritmo desmedido de agitación física y mental. Hombres siempre activos, ágiles, despiertos, dispuestos a responder a sus deberes y más que a sus deberes, a la propia iniciativa y a cualquiera coyuntura que se presentase.

—Mi general: todo está inspeccionado. La tropa duerme. ¿Podemos retirarnos a descansar? (Son las once de la noche).

Bolívar piensa unos segundos:

—No —responde. Vamos a inspeccionar la caballada. Después comprobaremos si las municiones recién llegadas están bien guardadas. Le dictaré la orden de marcha y si no hay otro asunto por ver iremos a descansar.

Habitualmente los grandes hombres mueren con su época. Pero Bolívar, redivivo, sigue proyectándose a través de los años. Sepultados sus restos mortales, su espíritu prosigue ejerciendo la gran tarea animadora en almas y pueblos. Fatigarse nunca, rendirse jamás. Andar siempre ocupado, preocupado, velar por todo y por todos, acicatear a la acción.

Por eso decimos: Bolívar, "excitador" de América.

28

Un hecho curioso. Si se estudia la numerosa iconografía del gran caraqueño, no hay un retrato que se parezca a otro.

Acaso los tres mejores sean los de Gil, Drexel y Bernal. Pero si se compara las muchas imágenes del Libertador en diversas épocas de su vida, unas captadas de la realidad viva, otras reconstituciones, no se halla dos similares. Se diría que la diversidad fisiognómica refleja la complejidad anímica del personaje.

Los retratistas —del natural o reconstructores— lo ven desde distintos ángulos y captan rasgos que cada cual captura a su manera, dando versiones diferentes del rostro enigmático; también historiadores y biógrafos disienten al juzgar no los actos, sino las intenciones de los actos de Bolívar. Su personalidad proteica se evade a definiciones definitivas, en lo somático y en lo psicológico.

No puede reconstituirse exactamente la efigie bolivariana porque los modelos y reproducciones gráficas difieren todos unos de otros. Tal vez el retrato de Acevedo Bernal sea el más aproximado porque en sus rasgos el Bolívar exterior expresa con mayor fidelidad al Bolívar interior. Pero es sólo una imagen del hombre maduro, cruzada la faz de gravedad, el mirar sombrío del alma trabajada por los desengaños.

Tocante a las descripciones literarias, de contemporáneos o de biógrafos que no lo conocieron, se distancian también unas de otras. Se diría que su rostro, como su espíritu, no puede enmarcarse ni tipificarse en un solo esquema plástico; es materia inasible, arcilla maleable para el escultor, cromática fluída para el pintor, dibujo evasivo para el escritor.

La iconografía del Libertador, por lo variada, desconcierta. Falta el modelo bien individualizado.



Bolívar oficial en su juventud

En el Congreso de Bolivia, existe un óleo del pintor colombiano Toro, uno de los más logrados retratos del Libertador. Pero tampoco se puede decir que sea el definitivo.

La imagen de Bolívar real es tan evasiva como la figura del Bolívar ideal. ¿Sabemos cómo fueron, de apariencia, los héroes homéricos? Tampoco llegamos a precisar la fisiognómica de ese pequeño-grande hombre que se llamó Simón Bolívar. La raza americana, todavía en estado de fusión, se ha negado a dar a su arquetipo antropológico la representación única de una faz estereotipada.

Alejandro en los museos orientales, Bonaparte en los de Occidente, se tipifican en efigies ya cristalizadas por el hábito de contemplarlas. Bolívar se descompone y recompone en imágenes contradictorias, de gran movilidad y mudanza de rasgos, como si su alma atormentada rechazara la faz única de trazos indelebles.

29

El don de síntesis, en su habla y en su escritura, es otra de las lecciones permanentes del héroe.

Se expresa en períodos breves, cortantes, incisivos. No dice más que lo necesario. Evita la retórica y la ampulosidad —vicios tan criollos— y va a la nuez del asunto.

Su estilo que pudiera llamarse militar si no fuera tan poético, linda en lo lapidario. Juzga hombres y sucesos con precisión maravillosa, los sitúa en su marco cabal. Resume situaciones y calibra juicios con exactitud casi siempre infalible. Evita el verbalismo y las repeticiones. Interrumpe a los parleros, corrige a los epistológrafos ambiguos, exige concisión en las charlas y en las cartas.

¡Cómo lo admirarían sus contemporáneos por su capacidad para expresar en pocas líneas lo que otros referían en una página! Y cómo nos deslumbra, en sus cartas, el lenguaje bolivariano

seco y preciso como un tiro que tiene también el fulgor del relámpago cuando redondea la frase precisa con aristas poéticas.

El Libertador fue —sigue siendo— un maestro del habla y de la expresión escrita. Por eso lo calificamos del primer escritor, el primer clásico de la literatura sudamericana.

30

Se le puede objetar que fue, a veces, intolerante en la discusión, perentorio en el diálogo. Solía interrumpir a sus interlocutores. Podía ser imperativo en el mando, inexorable en las situaciones decisivas, pero descontados los accesos de cólera que los tenía fugaces, renacían el caballero educado y fino, el varón culto que respeta a los demás.

Es otra de sus nobles enseñanzas: descontando los arrebatos de exasperación a que todos estamos expuestos, Bolívar fue siempre maestro de urbanidad. Altivo con los poderosos, bondadoso y afable con los humildes. Respetaba la dignidad humana, estimulaba a sus compañeros de armas. Por donde anduvo sembró nociones de convivencia y administró justicia sin temor al odio de los afectados por sus decisiones.

Abolió la esclavitud, dictó leyes en favor de los indios, se preocupó por el empleado y por el funcionario. Estimuló a todos, porque dar la libertad fue, para él, buscar el bienestar de los hogares.

Esta gran lección de humanidad está vigente todavía.

31

Como Richelieu unió la más fina diplomacia al carácter indomable.

Por exaltar sus batallas y relieves sus hechos políticos, no se ha dado significación a su sagacidad para manejar hombres y entenderse con gobiernos. Léanse sus notas oficiales a personas y Estados: rezuman sagacidad, precisión, altura de miras aunque a veces tuvo que fingir o desmentirse de lo dicho por razón política.

El Libertador analizaba lo mismo la economía que la realidad social, los problemas étnicos y la conformación jurídica, la estrategia militar o la organización administrativa. Y esta doble labor de mando y ordenamiento la realizaba sin vacilar: perentorio en las órdenes, diplomático en la manera de ganarse a los subordinados o de lidiar con los gobernantes.

Firmeza de carácter para mantener su autoridad, destreza para unir a los suyos, infundir confianza y hacerse obedecer. Esta mezcla de caudillo y político sagaz rara vez se dio.

—General: Mariño lo ha traicionado dos veces. Es falso. Conspira contra usted.

—Que insista una tercera. Por ahora lo necesitamos. Es valiente, sus tropas le obedecen y la causa de la libertad de la patria me obliga acallar. Ya veremos después...

32

Orador innato Bolívar conquista primero por la palabra, vence después por la espada. Electriza a las masas y a los líderes. Sabe persuadir porque sabe exponer. Difunde vida y energía, siembra entusiasmo. Aun sus émulos, sus mismos detractores fueron muchas veces arrollados por el poder de su elocuencia. No temió a Congresos ni a multitudes. La seguridad en sí mismo, la conciencia de su destino histórico, le permitieron afrontar riesgos y situaciones adversas.

El volcán interior le da ímpetus para afrontar las tempestades exteriores. Los indios hablan de un "maestro interior" que guía nuestros actos; el Libertador escuchaba al Ángel de la Acción que lo habitaba.

Una frase hermosa asevera que Bolívar con sólo golpear la tierra hacía brotar ejércitos. La repiten varios de sus biógrafos. Se olvida que antes de golpear la tierra el gran caraqueño tocaba los corazones, y es el fuego de su palabra el que enciende la fe que luego movilizará al pueblo en armas.

Es una delicia leer sus escritos, observar la astucia con que intenta convencer a los demás. La maestría y la gentileza su pluma le ganan más batallas que su genio militar. Indeliberadamente, sin proponérselo, Bolívar ha compuesto su autobiografía: sus cartas son su propio monumento levantado con la fuerza pétreo de ideas que nunca envejecen.

Oyéndole hablar nadie se le resiste. Su irresistible ascendiente personal se debió, más que a su férrea energía al poder convincente de su palabra. Fue el encantador del diálogo y el genio del discurso.

Bolívar hizo de la guerra un "semnon ", una cosa majestuosa. Y de la lengua la zarza ardiente: detrás de sus palabras flamea algo divino que toca al destino y al futuro de los hombres.

Su estilo impetuoso y conciso, fulgurante de imágenes, con pleno dominio de materias y circunstancias, revela al estratega de las idas que sabe decir a cada cual y en su debida oportunidad lo que corresponde. Fascinaba a sus oyentes y a quienes lo leían. A "corriente de lava" califica un historiador el verbo bolivariano que lo acompaña hasta su muerte.

Este hombre singular que se pasó la vida hablando, escribiendo, combatiendo, organizando pueblos, que tuvo como nadie el genio para persuadir con su palabra a los hombres y para conducirlos con su acción, el que se aproximó a multitudes y personalidades y supo persuadirlos con el don profético de su palabra, el que tuvo mayor contacto con gentes de toda laya, dirá en carta a Manuela Sáenz: "... Yo estaré solo en medio del mundo...".

Es el trágico destino del hombre superior. Por mucho que se entregue a la vida pública y frecuente a los demás, en su íntima grandeza quedará aislado, incomprendido, confinado a la terrible soledad de su propio genio.

33

Asediado por las sirtes de la adulación y de la intriga, Bolívar pudo elevarse a rey o emperador. Santander empujaba la intriga porque ansiaba verlo caer de lo más alto. Pero del conflicto entre dictador y libertador, venció el idealista: Bolívar se sobrepuso a las tentaciones; más grande que Napoleón rechaza la corona por el laurel republicano. Prefiere ser el que libera, antes que el que manda. Le agrada la democracia presidencial, pero respetará a los legisladores. Es el precursor del nuevo Derecho Americano, de la igualdad jurídica de los Estados. Anuncia el arbitraje internacional y preconiza los organismos supranacionales. Repudia la conquista y el poder absoluto. Opta por el orden institucional y la renovación democrática, sistemas poco practicados en su tiempo de caudillajes, revueltas, intrigas y desórdenes.

Pocas veces se le verá más grande que aquella cuando el Congreso de Colombia lo despoja del mando de los ejércitos que condujo al Perú, en vísperas de Ayacucho, lo priva de su gloria final y le manda continuar sólo de Dictador en Lima. Sucre, el primero, con leal decisión y todos los generales de las tropas libertadoras se rebelan contra la injusta medida, proclaman su decisión de obedecer sólo al Libertador y suscriben una nota de protesta al Congreso. Bolívar les pide no enviar la nota, acatar la decisión de los legisladores y agradece su adhesión.

Una vez más se ha vencido a sí mismo. La ambición cede paso al deber. El ansia de gloria a la fuerza moral. El hombre de Estado al caudillo militar. Brilla como el gran demócrata que anticipa las naciones libres de un mundo que nace.

En este tiempo de dictaduras opresivas y democracias agónicas en el cual nuestra América se debate entre la fuerza brutal y la charlatanería parlamentaria, Bolívar cobra actualidad. Necesitamos un genio político como el suyo, artífice de constituciones, sabio legislador, que podría hallar un nuevo tipo de gobierno, equidistante del totalitarismo comunista y del privilegio capitalista;

acaso una democracia presidencialista, sin parlamento, pero con participación efectiva de las corrientes productivas y populares en el gobierno, mediante otros sistemas de conducción y administración, para encauzar por nuevas vías los anhelos de mudanza y renovación de los pueblos.

La ciencia política del Libertador, renovada y acrecida en ciento cincuenta años de experiencia republicana, podía revitalizar a las arcaicas y pesadas democracias sudamericanas.

34

Verdad que lo anecdótico relievra el trazo de la figura y el carácter del hombre. En el caso de Bolívar, lo difícil es distinguir cuáles son las anécdotas históricas, fraguadas, veraces a medias, reales del todo o del todo inventadas. Para dibujar el perfil del héroe y del hombre, basta elegir unas cuantas entre los millares de dichos, relatos, recuerdos y testimonios verdaderos o imaginarios que circulan en torno a su hacer. Unos verídicos, otros pertenecientes a su leyenda; ¿pero no es la leyenda parte integrante de la vida del grande hombre?

He aquí algunos hechos y dichos del Libertador que lo pintan de cuerpo entero y de alma intrépida.

La queja amarga del que lucha contra la estupidez y la maldad: "Lo que hago con las manos lo desbaratan otros con los pies".

La crítica introspectiva: "El enemigo está dentro de nosotros mismos".

La definición que da al amigo íntimo: "Mi máxima ha sido ir siempre adelante, nunca volver atrás".

El jefe de las grandes decisiones. Ordena a Castillo atacar a los españoles. Un oficial —Santander— se niega obedecer. Bolívar saca su pistola y dice al rebelde: "¡Marchad! O me matáis o por Dios yo os mataré!"

El visionario. En 1817, acosado por descalabros y peligros, cuando muchos desesperan que se logre la independencia, el Libertador profiere: "Libertaré a Nueva Granada y al Ecuador; iré al Perú y enarbolaré la bandera de la insurrección sobre las torrecillas de Potosí". Tardó 8 años en realizar su promesa.

El profeta: "Mis dolores existen en los días futuros".

El domador de hombres. Busca a Páez que se negaba a seguirlo y le dice: "Yo soy como el sol en medio de todos ustedes; mis tenientes no tienen otro brillo que el que yo proyecto sobre ellos". Páez, fascinado por su elocuencia cede aunque después volverá a disentir.

El militar. En el combate del Pantano de Vargas, rodeado por los españoles, habiendo cedido las tropas patriotas. Bolívar que sólo tiene su caballería, dice a Rondón: "¡A la carga coronel! ¡Salve usted a su Patria!". No habla de su persona, sino de la patria que no existía y que iba brotando de su espada.

El impaciente. Se dirige a su edecán O'Leary: "Tráigame alguien que escriba mucho más ligero; estos escribientes son demasiado lentos para recoger mi pensamiento".

El temerario. En Bomboná, donde los españoles lo esperaban pertrechados en pendientes rocosas, el caraqueño alienta a sus oficiales: "Mirad hacia arriba, a esas terribles alturas. Parece imposible pero debemos conquistarlas y las conquistaremos".

El estadista con el ojo de más largo mirar, al despedirse de San Martín, exclama: "Veo a la América como una crisálida. Ni nuestra generación ni la que le siga verán el triunfo de lo que hemos fundado".

El invencible. Enferma gravemente en Pativilca, está postrado en cama, recibe malas noticias de Lima. El enviado de Buenos Aires, Mosquera condolido de su situación, creyéndolo ya perdido, pregunta por cortesía: "¿Qué piensa hacer ahora Excelencia?" Bolívar yergue el cuerpo escuálido y afebrado, una llama de entusiasmo enciende el mirar apagado y responde con una sola palabra que sintetiza su ética de combatiente: "¡Vencer!"

La generosidad. En el sitio del Callao cuando el jefe español Rodil resiste valientemente y al fin se tiene que rendir vencido por el hambre, los generales del Libertador le piden castigo para el jefe peninsular. Bolívar les dice: "El heroísmo nunca merece castigo y la generosidad es propia del vencedor". No castigó a los prisioneros y les permitió embarcarse para España.

El desinterés. Después de Ayacucho, renunciando al cargo de Presidente de la República, escribe a Santander: "No quiero más gloria, poder ni fortuna; quiero ardientemente la paz de mi espíritu. Nada quiero para mí, nada, absolutamente nada".

El amigo desprendido: al entrar a la Paz, liberado ya el Alto Perú, recibe una corona con piedras preciosas y la envía al Gran Mariscal de Ayacucho con estas palabras: "El es el conquistador de Ayacucho y el verdadero libertador del Perú".

El demócrata, en arenga al pueblo: "No quiero oír más la palabra dictador. ¿Quién puede hablar de libertad bajo una dictadura? Apiadémonos a la vez del pueblo que obedece y del hombre que manda solo".

Contesta a sus generales que desde diversos puntos geográficos se quejan de falta de armas, municiones y avituallamientos: "Hagan milagros, conviertan el aire en recursos, recluten hombres, ármenlos como puedan pero pónganse en marcha".

Cuando le informan que Santander hilvana intrigas para derrocarlo: "Que el general Santander siga intrigando, yo sólo tengo tiempo para ocuparme de seguir luchando por la libertad".

Y esta confesión final que brota del corazón dolorido por la ingratitud, las traiciones y la vileza de políticos y militares de su tiempo, excepción hecha de muy pocos: "No tengo familia, bienes, ni amigos. Lo dí todo por la emancipación de los pueblos. El título de libertador, que vale por todos los cetros del planeta, es mi única fortuna. A veces creo haber arado en el mar... Pero América, la que vendrá, cuando todas las naciones del continente formen una sola patria grande y unida, ella me hará justicia".

35

Los grandes capitanes de la historia luchan contra el enemigo exterior y son respaldados por sus propios pueblos. Bolívar lucha veinte años contra el Imperio Español y contra el Imperio de las contiendas civiles. Por fuera y por dentro; tiene que desplegarse en ambos frentes, multiplicar sus esfuerzos, dividir sus energías para combatir al dragón de dos cabezas que más de una vez estuvo a punto de devorarlo.

Quince años duró su lucha contra el Imperio Español, treinta el combate interminable contra émulos, intrigantes y traidores que fueron millares sobresaliendo la sombra negra de Santander. Si se hiciera un balance comparativo de las batallas por la libertad de América y los combates por su honra y su posición política, se vería que Bolívar luchó tenazmente en ambos frentes superando a otros grandes conductores de la historia.

—General: dicen que usted quiere coronarse rey o emperador, ser el dueño de América.

—Es la prédica de Santander y otros insidiosos. Yo no sacrificaré jamás mi gloria de Libertador a todos los reinos de la tierra.

Hay que vislumbrar también el lado oscuro del varón excepcional porque no todo es gloria y claridad en su vida. Reproduzco estos juicios de un biógrafo futuro que hace muchos años estudia la epopeya del Libertador. Dice así:

Buscando a Dios en el ser humano, diósele por pensar en Bolívar, varón de mil hazañas y grandes desafueros.

Tan pronto Arcángel: libertador, perdonador, generoso, providente, intrépido, paciente, fecundo, constante, esforzado, incansable, inteligente, finísimo, osado, inquebrantable, noble, visionario, magnánimo. Tan pronto Lucifer: rebelde, soberbio, arrollador, duro, frío, implacable, matador de hombres, sacrificador de mujeres, megalómano, desigual, ambicioso, desorbitado, voluble, vanidoso.

Idéntica dualidad de bien y mal en todo grande, lo mismo en Dante o en Goethe, en Miguel Ángel o en Beethoven, en César o en Carlomagno, pero Bolívar los supera por la tensión de sus pasiones.

Bien y Mal en una sola alma. Jano bifronte. ¿Por qué el libertador de un mundo tenía que ser el satánico exaltador del "yo"? Si Dios o su designio se manifiestan en todo acontecer humano ¿por qué en Bolívar se entrecruzan Cielo e Infierno en grado máximo?

Terrible misterio, insondable acertijo. No es un rostro, mas un ser compuesto de dos mitades. De frente, el protector, el creador. Detrás no hay nuca, sino otra cara: el tentador, el disolvente. ¿Y si Dios y Satán fueran uno al vertirse en la redoma del héroe? Absurda idea, pero Satán nació de Dios..."

¡Ah Bolívar, Bolívar, genio incomprensible, seráfico y sombrío a la vez! Tu vida fulgurante dice mucho, tu muerte dolorosa enseña más.

Habría que componer una vida del Libertador verdadera, fidedigna, más allá de la biografía y de la hipérbole. Sería tremendo. Hermanar la virtud con el error, la luz con las sombras, lo noble y lo reprochable. ¿Entonces no existe la plenitud de la grandeza porque la rosa y el espino asoman paralelos? Exactamente: el héroe plutarquiano es un ideal, la materia humana late más próxima a los abismos de Dostoiewski.

Si lo frecuentamos mucho, si convivimos con Bolívar, su presencia arrebatada y aniquila. Rebasa los marcos naturales. Lo mismo irrita que se deja admirar. Es demasiada individualidad en un solo ser. Amamos al sol, no podemos mirarlo de frente. Nos buscamos en el Libertador pero su grandeza, su rareza, sus contradicciones psicológicas nos abruman.

Bolívar lo mismo conduce a la cima que a la sima.

Un escritor francés anónimo estampó este significativo juicio: "Hablar de libertad y no nombrar a Bolívar, es como hablar de poesía y no mencionar a Homero".

Reyes, emperadores existieron muchos. Libertador uno solo. Esta es la gloria de Bolívar, su legado inmortal a la América. Por eso hoy se disputan su obra y su fama lo mismo conservadores que revolucionarios, capitalistas o socialistas, totalitarios o demócratas.

El gran caraqueño nos ha legado ideas-madres que nunca perderán actualidad: el amor a la libertad; los principios de equidad y humanidad que hoy llamamos justicia social; la democracia orgánica, abierta horizontalmente a todos, pero centralizada verticalmente en un gobierno firme; la

iniciativa del Poder Moral que de haberse implantado si no extirpando del todo al menos habría frenado la corrupción vigente; la sugestión de la Presidencia Vitalicia para evitar los odios y la anarquía de las elecciones; y entre cien otros conceptos utilísimos para el bien común, la idea-suprema: forjar la gran Patria Sudamericana por encima de prejuicios y ambiciones regionales.

Bolívar legisló para las generaciones. Hay quien estima que sus ideas fueron más grandes que sus batallas. y el que sepa espigar en su frondosa literatura política y epistolar, hallará siempre verdad, novedad, originalidad. El Libertador puede rivalizar con los mayores constitucionalistas, reformadores sociales y teóricos políticos.

Su palabra y su pluma cimentan el Derecho Americano fundado en libertad, justicia, esperanza.

38

Mientras en el Asia y en Europa las culturas se apoyan unas en otras y la ciencia viene de la experiencia, Bolívar ha demostrado que se puede crear del vacío, conjuncionar tipos étnicos diferentes, forjar sociedades organizadas con núcleos humanos dispersos, infundir sabiduría política a pueblos vírgenes de letras, dar fe y esperanza a comunidades subyugadas por el colonialismo.

Si el África actual, convulsa y dividida, hubiese contado con el genio de un nuevo Bolívar, sus padecimientos se acortarían.

Si la Nación es la fuente de toda cultura, porque sin cohesión social no existe obra duradera, Bolívar, impulsor del principio de las nacionalidades, es el verdadero creador de la América del Sur. Dictó códigos y leyes, acaso imperfectos si se los contempla con mirada actual, indispensables y acertados si se los enmarca en el cuadro de su tiempo.

Podría llamársele, también, el Civilizador porque a más de guerrero y político, fue el creador de una conciencia continental, el que supo despertar a las muchedumbres americanas a la convicción de sus derechos y al ejercicio de sus deberes.

39

Mucho se ha especulado acerca del dominio que ejerció Bolívar sobre la geografía americana. Conoció la mitad del hemisferio: Venezuela, Colombia, Ecuador, Perú, Bolivia. Se proponía llegar a la Argentina y al Brasil. A mula o a caballo recorrió ciudades, villas, aldeas, fronteras. Cruzó varias veces los Andes. Fue el viajero intrépido al cual obstáculo natural alguno podía detener. El creador de la conciencia territorial sobre la cual se erige la conciencia social de los pueblos.

Este profesor de energía nos enseñó que para manejar multitudes hay que comenzar por conocer bien su morada. Se codeó con blancos, mestizos, mulatos, negros, Indios. Observo sus costumbres y asimilo sus virtudes, descubrió sus defectos y enmendó sus errores. Así, penetrando en la nervatura de las geografías y en el espacio psíquico de las razas, aprendió a entender la pluralidad étnica y la variedad física de las tierras que convertía en naciones.

Fue el numen telúrico que brotando del hondón del suelo americano buscaba conocerlo y comprenderlo todo en extensión y en profundidad. No el descendiente de vascos al que se pretende atribuir la hazaña emancipadora, sino el hijo de la tierra, el arquetipo de la nueva raza americana —europea-indo-mestiza— que en el concierto de las sangres anuncia el despertar de una cultura todavía en formación.

40

Visionario y precursor en las líneas maestras de su , quehacer político, el Libertador instituye en uno de sus proyectos constitucionales —el que forjó para Bolivia— la creación del Poder Moral para frenar la corrupción de las costumbres y poner atajo a los excesos de los que mandan.

Bolívar intuyó que la revolución moral es el cimiento de toda revolución social. Partió del hombre para conformar las naciones. Gran pedagogo buscaba modelar conciencias antes que organizar sistemas políticos.

Siglo y medio después de su muerte los países sudamericanos han progresado, ciertamente. Tienen urbes populosas, desarrollo técnico y científico, utilizan las grandes conquistas de la civilización moderna y se dividen en países grandes, medianos y pequeños en el orden material; pero todos tres se unifican en el voraz materialismo y en la feroz inmoralidad que corroe las sociedades nacionales.

Ese Bolívar que en las postrimerías de su vida pública fue desterrado por la plutocracia, las logias y las élites, los intereses creados en suma que fueron heridos por sus esfuerzos para acabar con la explotación y la injusticia; ese es el modelo de conductor que requieren los pueblos jóvenes de la América Meridional: aquel que no vacila en inmolarse por la restitución de la moral pública y privada. El protector de los débiles y desamparados, el combatiente contra el abuso y la corrupción. El enemigo de toda injusticia, el que impide el privilegio individual cuando va contra el bienestar de las clases oprimidas.

Escrupuloso hasta la exageración con los fondos fiscales, Bolívar jamás recurrió a la hacienda pública en provecho propio. Al contrario: lo dio todo, fortuna personal, bienes, rentas y recursos propios, hasta medallas de oro y premios que se le otorgaban distribuyéndolos entre sus amigos y generales. Su honestidad y su desprendimiento fueron excepcionales. Era un asceta en materia de dinero.

41

Y a propósito de asceta. La vida del Libertador transcurre entre delirios sensuales y rigores ascéticos. Tan pronto es el hombre de los placeres fáciles en amoríos, banquetes y fiestas, como se convierte en el varón austero, espartano, que come mal como sus tropas, resiste el frío y el calor, las caminatas extenuantes o duerme a la intemperie sobre una manta o cubierto con su capa.

Se diría que el caballero refinado, convive con el guerrero sobrio. En un salón, brillante; en el campamento, primero en imponerse sacrificios físicos.

Bolívar transcurre entre el derroche y la privación. No escatima sus energías físicas ni mentales, se agota sirviendo a los pueblos, pero también se concentra y se impone sacrificios de toda índole cuando la situación lo exige.

Aristócrata por temperamento y de origen, se impone aparecer demócrata. Se confunde con las tropas y las masas, participa en su vida dura y sencilla, no ostenta medallas. Durante sus guerras viste con simplicidad, sólo se pone el uniforme deslumbrante para entrar vencedor a las ciudades y en contadas batallas.

Exhibicionismo y ascetismo anidan en su alma. En ocasiones quiere impresionar a sus generales y a las multitudes; en otras oportunidades se retrae, es sinceramente modesto, da primacía a sus subordinados. Este constante vaivén entre las ostentaciones de la fama y la sencillez del alma grande hacen difícil captar la psicología del Libertador.

En la cumbre del Potosí, paladín de América, en su hora cenital, soberbio y fulgurante. En San Pedro de Alejandrino, en su mística agonía, escuálido y decepcionado.

42

El coloniaje, en América, humaniza al indio, españoliza al mestizo, americaniza al ibero. Bolívar encarna y resume en toda su grandeza la triple peripecia: idealismo hispano, estoicismo autóctono, fuerza, locura y contradicción mestizas. En la cumbre del Monte Sacro es el héroe clásico. En la cima del Chimborazo evoca la gesta cosmogónica del nativo. Pero sólo sobre el cono

audaz del Potosí funde y supera los destinos antagónicos del hombre americano: es la verdad impulsiva del mestizo, que aclara y equilibra la pugna secular, bañando al indio en linfas de occidente, tiñendo al español en la emoción vernácula.

¿A qué subió don Simón al Cerro Magno? ¿Cuál es el mensaje no escrito de la ascensión al Potosí? Es la pasión mestiza que estalla en el paisaje continental. De entonces hasta ahora —y quién sabe hasta cuándo— excepción hecha de los grandes centros cosmopolitas—, dominará en América el hijo de dos sangres que absorbe en sólo un vaso los jugos concentrados de la acción. ¿Renegamos del mestizo, desconfiamos de su capacidad de disciplina, sufrimos por la desigualdad de su accionar y reaccionar? Desconfiemos más bien del sociólogo recalcitrante, pesimista y vacuo. Los pueblos jóvenes se forjan en los rescoldos de la hoguera.

Bolívar se arrancó España del pecho, despedazó el mito indio, porque quiso creer en la verdad unificante de una nueva fe étnica. Creyó en el americano de ayer, de hoy, de mañana, sin exclusión de razas ni de credos. Y siendo el hijo más excelso del Coloniaje no trepidó en arremeter contra el propio genitor, porque era él mismo —gran mestizo, gran tensor de fuerzas en conflicto— el padre de su hado.

La lección del ascenso al Potosí no se ha entendido todavía: sube por un flanco España, por el otro la verdad autóctona. Pero allí, en el vértice agresivo, donde ambas se confunden y desaparecen, vibra con latir más hondo la pasión mestiza. Bolívar creyó en la raza que se fortifica en el cruce de las razas. Y ésta es la pedagogía moral de la ascensión al Potosí: seguirán subiendo los que amen su tierra, los que por ella luchan y padezcan, los que sientan el mandato del suelo y de la sangre, sublimando el pasado y el futuro en el deber de cada día.

Bolívar presintió que la Colonia es pues América aunque también España. Por ignorarlo se lo niega, subestimando los aportes del nativo y del mestizo. Pero ya es tiempo de reconocerlo: Colonia, hechura compuesta, se forma de tres órdenes que unimisma por igual: raíz y savia autóctonas, tronco y hojas del hispano, flor y frutescencia del mestizo. No hay arte indo-americano, ni arte hispano-americano. Sólo un arte en embrión, arte criollo, sudamericano, arte mestizo, plural y desigual, que sólo ha dado frutos en agraz. ¿Soñamos en una cultura americana propia? Desconfiemos del señuelo folklórico y del trasplante hispano cuando vienen con mensaje de exclusividad. Del indio el sentimiento telúrico, del europeo la técnica expresiva. Y al cabo el genio mestizo, con garra hercúlea y presentista, hará del choque de dos mundos la esencia y la presencia de un tercero.

Bolívar ha intuído ese nuevo tipo humano, esa cultura naciente, esa fusión de razas y de estilos que conforman la mayoría americana.

43

Si se lee con atención su torrencial epistolario, si se consulta las memorias de sus contemporáneos, y se compara cuanto dijeron biógrafos historiadores y estudiosos, se compruebe que el Libertador poseyó en alto grado el sexto sentido de la adivinación. Brujo o mago —dirán los supersticiosos, Cerebro escrutador, supramental —responderá el científico.

Si se analiza sus campañas militares se advierte que, no sólo en el desenvolvimiento de los combates, en la estrategia para mover sus tropas, sino también en los movimientos que preceden y suceden a las grandes batallas o combates secundarios, Bolívar fue casi infalible —se equivocó muy pocas veces— en calcular las acciones y reacciones de los españoles. Don adivinatorio que favoreció a Julio César y a Napoleón. Ciencia militar no aprendida en Institutos profesionales, sabiduría intuitiva que lo hizo primero en el dominio territorial y en la manera de apreciar las intenciones del adversario.

No sólo en el campo estratégico, en los combates, el caraqueño es preciso para situar, anticipadamente, las acciones del enemigo. También en lo puramente psicológico, adivina los móviles de la conducta en sus generales y en los políticos de Colombia o del Perú. De aquí su destreza epistolar halagando, amenazando, disimulando, contradiciéndose deliberadamente, según la naturaleza individual de sus destinatarios. Algunos miopes juzgadores quisieron atribuir a

doblez lo que en realidad fue astucia obligada para sortear los enigmas del corazón humano y poder manejar voluntades, Bolívar, artífice político lo mismo que estrategia militar manejaba el lenguaje como se comandan ejércitos, con rapidez en la maniobra y decisión para el remate.

Eso de adivinar a los hombres y presentir las acciones ajenas es cosa reservada a mentes de excepción.

44

El Libertador pensó no sólo en América: su mente voladora se transportó a otros continentes. Y entonces brota el juicio profético: "América, tierra del hombre, de la libertad y del amor, puede comunicar su aliento revolucionario al África y al Asia para destruir el yugo esclavizante de Europa".

Si hubiera terminado su obra redentora en nuestro continente, si Dios le hubiese dado salud y más tiempo, no es de dudar que Bolívar habría aceptado trasladarse a otros continentes para proseguir su obra de liberación de los pueblos.

Fue el Hombre del Destino, el redentor de los oprimidos, el paladín de las causas justas.

Bolívar es el primer sudamericano con conciencia planetaria: pensaba para el mundo, no sólo para el continente en que nació. Hoy es fácil que una persona culta, dada la red de los medios de comunicación que abarca a todo el globo, esté informada y se interese por todas las naciones del orbe; pero en su tiempo seguramente nadie, en el hemisferio sur, se ocupaba de lo que podía acontecer en el Asia misteriosa o en el África subyugada.

Aunque el escenario de sus luchas se circunscribió a la América Meridional, Bolívar pensaba para la humanidad.

45

Los historiadores señalan hechos increíbles en la vida del Libertador. Recorre más de 20.000 leguas a caballo en el continente. Se afirma que sus marchas fueron más largas que las de Gengis Khan y Tamerlán en el Asia. Que dirigió 11 campañas y encabezó como jefe 37 grandes combates. En 1813 invade Venezuela con sólo 500 hombres, en 1816 con 250 (claro que después esas cifras fueron aumentando) para enfrentar a los 15.000 de Morillo y a los 10.000 de Morales. Soportó cinco años sin un mes de descanso y otros dos sin una semana de reposo. Se libró de más de veinte atentados y muchas veces estuvo a punto de perecer en batalla. Formó docenas de generales y manejó multitud de ejércitos.

Sus amores y amoríos —que de ambos tuvo— fueron innumerables, no todos clasificados por el investigador. Escribió más de 3.000 cartas, tal vez 4.000, muchas extraviadas. Compuso centenares de discursos, proclamas, proyectos de decretos, constituciones, planes de batalla, y aun se dio tiempo para enviar artículos anónimos a los periódicos. Sus coloquios con sus generales y sus íntimos darían materia extensa a quienes habrían podido recogerlos de sus contemporáneos.

Por esta ligera estadística se puede suponer el extraordinario desgaste de energía y de fuego creador que animaba a Bolívar. Pensó por cien y obró por miles.

En sólo 47 años de vida sus líneas de pensamiento y de acción se pierden tan lejanas que hombre alguno podría alcanzarlas.

46

Magnánimo en la victoria, es duro y cruel en las derrotas y en los instantes de peligro. Decreta la Guerra a Muerte para contrarrestar las atrocidades de los españoles. Hace fusilar a Vinoni en Venezuela y al conde Berindoague en el Perú por traidores. Juzga y envía a la muerte a sus camaradas de lucha Piar y Córdova porque su rebeldía como promete la causa de la libertad de América. Su acto más censurable, impuesto por las necesidades de la guerra, es el fusilamiento de 800 españoles prisioneros en La Guaira. Se le ha comparado con los héroes de La Ilíada, afirmándose que cuando la patria estaba en peligro, los ejércitos amenazados, y frente a la traición, era inflexible, procedía con furia vengativa y aniquilaba a sus enemigos en combate o

fuera de él. Pero también es justo reconocer que las crueldades de los españoles excedieron en mucho a los desbordes de los patriotas. Y fue la ley de Marte inexorable la que hizo, en contadas ocasiones, a Bolívar émulo de Héctor, de Aquiles y Patroclo matadores de hombres.

Esos rasgos de ferocidad son la excepción. Bolívar fue siempre más proclive al perdón y a la generosidad con el vencido. En 15 años de guerras sin cuartel se dejó llevar del ímpetu vengador y necesario pocas veces; muchísimas más el político y el humanista vencieron del guerrero.

Y a quien intente desmentir estos asertos se le podría contestar con el juicio goethiano: "es el hombre perfecto, no carece de contradicciones".

47

Cuando el general Urdaneta, uno de sus favoritos, en plena campaña del Perú se queja de no recibir noticias suyas, el Libertador le contesta: "yo no escribo a los que amo sino cuando necesito de ellos".

¿Soberbia, diplomacia, justificación de la falta de tiempo dorada por una centella de afecto?

Si un lector mal informado, es decir el que por primera vez lee las cartas del caraqueño, sin conocer el tiempo ni las circunstancias en que las escribió, ignorando cómo eran sus destinatarios y los móviles que el Libertador perseguía para inducirlos a obrar conforme a sus planes; si alguien juzga, insistimos, desde afuera, sin penetrarse de la época ni de la psicología de los personajes puede sentirse sorprendido por las contradicciones, las posiciones encontradas, la diversidad de pareceres con que Bolívar enfoca el mismo asunto. Hasta comprobará que no siempre hizo lo anunciado. Pero todo ello obedece a la razón política, a la diplomacia epistolar del estadista que tiene que sacrificar, a veces, su moral y su prestigio para servir mejor la causa que conduce.

El Libertador está. Íntegro, en sus epístolas. Hay que saber leerlo, saber interpretarlo en su gran calidad humana y en su obligada astucia de político dando a cada frase la intención subyacente de quien la escribió.

Más de una novela, cuajada de peripecias emotivas, podría brotar de las tres mil famosas cartas del Libertador, el que mejor conoció a sus generales y a los hombres de su tiempo.

48

Bolívar se jugó entero, arriesgó su vida, en actos temerarios que demostraron su valor personal.

Por ejemplo en Araure cuando carga al frente de la caballería. O al ser desobedecido por Santander, a la sazón teniente lo desafía: "O me obedece usted o lo fusilo, o usted me fusila a mí". O después de Bomboná, rendidos los pastusos, se encamina casi solo a verificar la rendición. Los terribles pastusos partidarios del Rey, quisieron agredirlo y los mismos jefes españoles rendidos tuvieron que defenderlo pues los de Pasto intentaron matarlo. O en San Mateo, La Puerta y Bomboná, combates en los cuales hizo proezas de coraje. O en Junín, cuando su audacia y su fe levantan a sus tropas en momentos que la batalla parecía decidirse por los españoles.

Pero no sólo en los campos de batalla el caraqueño fue audaz, acometivo, seguro de sí mismo. En el plano civil, al enfrentar congresos, reuniones políticas o amotinados, Bolívar siempre conservó el dominio del verdadero caudillo. No se dejó intimidar con nadie. Al contrario: él supo, unas veces con energía, otras con diplomacia, desarmar a sus contradictores. Sus amigos fueron muchos, multitudes, pero tampoco faltaron los enemigos debido a su entereza de carácter que despreciaba abiertamente a los viles. Baste recordar la escena con el traidor Docoudray-Holstein, primero su edecán, después su detractor a quien se negó a estrechar la mano "porque Bolívar no acostumbra dar la diestra a los ladrones".



Mariscal Antonio José de Sucre, pintura de Arturo Michelena venezolano. Propiedad del H. Congreso Nacional de Bolivia

Si el valor personal es loable en el guerrero, la intrepidez en la conducción de los ejércitos es más arriesgada y más digna de admiración. Muchas veces Bolívar decidió el éxito o soportó desastres por su valentía al afrontar en condiciones de inferioridad al adversario. Carabobo, Boyacá, Junín, demuestran su arrojo y su perspicacia para mover el ejército. Muchas veces, rendido de fatiga y seguido por escasas fuerzas, persigue al enemigo derrotado pero todavía peligroso y no cesa hasta aniquilarlo totalmente con peligro de su vida y de su escolta.

Bolívar supo mandar, supo arriesgarse, supo imponer su autoridad con el respaldo de su valentía. Fue el combatiente innato, como los héroes de la Ilíada que jamás se cansaron de combatir ni nunca se rindieron hasta que los segó la muerte.

Y si el valor personal es lo que los hombres más admiran en los hombres, puede afirmarse que el Libertador arrastraba a las muchedumbres por el coraje de su carácter y la audacia de su genio al acometer empresas que nadie se habría atrevido a realizar.

49

Gran psicólogo Bolívar tuvo conciencia exacta del torbellino humano que lo circundaba.

Su frase a Perú de Lacroix es dolorida: "Es una fatalidad mía no haber encontrado sino grandes ingratos". De ese juicio exceptúa sólo a José Antonio de Sucre a quien quiso como a un hijo.

En la hora del crepúsculo, todavía dictador de Colombia, estampa estas palabras amargas y veraces: "Mis enemigos, los de Colombia, no quieren ver que su exterminio está en mis manos, y que tengo la generosidad de perdonarlos. Tales son nuestros liberales: crueles, sanguinarios, frenéticos, intolerantes y cubriendo sus crímenes con la palabra libertad que no temen profanar".

Los perdonó. Y poco después esos traidores lo condenaron al destierro y al aniquilamiento final.

El material humano con el que le tocó trabajar era todavía infuso, endeble, inconsistente. Generales y políticos —con raras excepciones— formados de la nada. La patria ideal que llevaba en su alma, no se conciliaba con la patria real de traidores, intrigantes y corruptos que lo rodeaba. El gran psicólogo calló y disimuló hasta que vio terminada su tarea emancipadora. Sólo en los días postreros, solitario, abandonado y pobre, reconoció la maldad de los hombres, la ingratitud de los que supo exaltar.

50

—Mi General: tenemos que apresurarnos. La noche se aproxima.

Bolívar que ha detenido su caballo para admirar el paisaje crepuscular:

—Espere. Estoy viendo el combate de la luz con las sombras. Tenemos que aprender mucho de la naturaleza. Estos ocres, estos azules, estos bermellones, estos tintes rosados, verdes, grises allí, al fondo, en la cordillera, son como un alfabeto cifrado.

El edecán, admirado:

—Mi General: no sabía sus aficiones poéticas...

Bolívar vivaz:

—No es poesía— Es que la luz y las sombras tienen también sus guerras. Hay que estudiarlas.

51

Es el profesor de energía, el varón del optimismo inquebrantable. Si en los días finales, agobiado por la enfermedad y la ingratitud de los hombres, ve con ojos sombríos su vida y su obra, es sólo un paréntesis pasajero de pesimismo en su agitada existencia. Lo que cuenta son los 20 años de su carrera militar y política durante los cuales se irguió siempre desafiante contra las adversidades.

Esa facultad de infundir fe y confianza a los suyos, aun en medio a los mayores contrastes y peligros, es el don de los grandes conductores. Con palabras encendía las voluntades, con nuevas acciones reparaba los desastres sufridos.

Sintió el destino de América como la religión de la Libertad. Quiso crearle un alma nueva al continente. Proyectaba sin descanso la imagen de esa nueva patria hemisférica al porvenir. Y si se mide el torrente de peligros, de amenazas, de las fallas de los hombres y la escasez de recursos que tuvo que soportar toda su vida; si se compara su trayectoria de guerrero con las de otras grandes figuras de la historia; si se analiza bien la época, el medio geográfico y social, los obstáculos gigantescos que tuvo que vencer, creando de la nada como reconocen casi todos sus biógrafos, se debe admitir que el Libertador fue verdaderamente el héroe prototípico, el hacedor de su hazaña que labra esforzadamente no de un golpe fulgurante, sino con la tenacidad y el padecimiento de dos decenios de fatigas, decepciones, quebrantos físicos y angustias mentales.

Nadie lo superó en fortaleza de carácter, en coraje, en optimismo varonil. Fue el gran lidiador contra la naturaleza y el destino a los que derrotó cien veces. Ambos se desquitarían en el trance final.

52

Bolívar fue gran psicólogo, en el conocimiento intuitivo de los hombres y en la captación del medio social.

Demócrata, republicano, amante de la libertad y la igualdad de los ciudadanos ante la ley, preconizó el gobierno fuerte —es decir de orden y cohesión entre sus partes— como único sistema

adecuado para nuestras nacionalidades incipientes. Su receta sigue vigente ciento cincuenta años después.

Pero entiéndase bien: gobierno fuerte no en el sentido despótico de dictadura, unipartidismo, autócratas sin freno, sino dentro del marco institucional, con poderes equilibrados en lo jurídico y en lo político, aplicando la ley con rigor cuando fuere necesario, siempre con ecuanimidad. He aquí su sabia definición: "Para que un pueblo sea libre debe tener un gobierno fuerte, que posea medios suficientes para librarlo de la anarquía popular y de los abusos de los grandes".

Esa fortaleza en la conducción política del Estado la basaba en el esfuerzo concertado e indisoluble de civiles y militares. Las FF.AA. eran, para él, el sustento del organismo jurídico que rige la vida nacional.

Véase cómo su aguda visión, su mente lúcida y profética, captaron magistralmente el problema: hay que luchar contra la anarquía que sube de abajo y el abuso que desciende de lo alto. América del Sur, ciento cincuenta años después de la muerte del Libertador, sigue luchando contra demagogos y plutócratas, las dos llagas del acontecer continental.

53

Sin desconocer el valor de la minería y de la industria manufacturera, Bolívar dio importancia vital a la agricultura como instrumento futuro de la grandeza americana. Intentó realizar la reforma agraria que le mereció serios estudios, siendo un precursor en la materia de lo que se efectuaría muchos años después de su desaparición. Inició el reparto de tierras a los soldados de sus ejércitos y a los desposeídos, pero eso sólo pudo hacerse en escalada reducida: los terratenientes criollos, con más poder político y económico que el Libertador, frustraron sus planes y el latifundio fue la gran valla semifeudal que en el siglo XIX y en parte del siglo XX impidió el desarrollo orgánico de las colectividades sudamericanas.

El gran caraqueño, hacendado en sus mocedades, amante del suelo y conocedor de sus posibilidades como fuente renovable de riquezas, anticipó en siglo y medio el problema actualísimo que hoy preocupa al hemisferio sur y al mundo entero: producir proteínas, aumentar la capacidad alimenticia de las tierras. Las medidas que tomó como gobernante para fomentar las actividades agrícolas, revelan su previsión de estadista, de buen administrador de la cosa pública. Si la América del Sur hubiera seguido esa línea de impulso primordial al agro, estaríamos en mejores condiciones.

Volver a la tierra, cultivarla en gran escala, que los productos agrícolas sean la base del intercambio comercial y del propio desarrollo interno. He aquí su gran lección.

54

Podría creerse que el hombre de espada pudo ser refractario al hombre de derecho. Pero no fue así. Bolívar se impuso el deber del ciudadano sobre la fuerza del militar. Primero en enfrentar el peligro en los combates, fue también primero en someterse al mandato de las leyes.

Sostiene uno de sus biógrafos que es, posiblemente, "el revolucionario que ha concedido mayor atención al Derecho".

Solo viaja a independizar al Perú cuando el Congreso colombiano lo autoriza. Somete sus actos y rinde cuentas de sus campañas al legislador. Se muestra, siempre, respetuoso de la voluntad nacional expresada en sus representantes parlamentarios. y cuando debido a las intrigas de Santander, celoso de sus triunfos, el Congreso de Colombia le manda permanecer de Dictador en el Perú cediendo el mando al general Sucre, el Libertador que presentía que la última batalla después de Junín habría sido la corona final de sus victorias, en un rasgo de magnanimidad, aunque todo el ejército exigía su conducción, acata la decisión del Congreso y renuncia al último laurel.

Un militar con conciencia civil: eso fue Bolívar. Si a veces tuvo que obrar con olvido de instrucciones determinadas por el poder político, en lo general y en lo grande se atuvo, con raro espíritu legalista, al mandato del Congreso al que siempre respetó como suprema expresión de la voluntad nacional.

Poco antes del triunfo del santanderismo que impone a Mosquera en la presidencia y el federalismo, aceptando la renuncia de Bolívar, el héroe comprendió que llegaba al ocaso de su vida política. Y aunque Urdaneta y otros amigos le propusieron dar un golpe militar para entronizarlo como dictador y acabar con los que intrigaban en su contra, el libertador rechazó de plano la idea. Una vez más el soldado se sometió al ciudadano.

Es que Bolívar comprendió que no podía dejar una herencia de caudillismo a los americanos, sino un legado de respeto a la ley. Y ésta es la gran lección civil que se desprende de su vida azarosa, romántica, plagada de circunstancias favorables y adversas, en la que siempre el idealista vence del dictador.

55

Un tema muy controvertido en el cual no se ha calado en la verdadera intención de Bolívar-legislador, es el relativo al proyecto de Constitución Boliviana en el cual, entre otras innovaciones como el Poder Moral o Cámara de Censores, y el Poder Electoral, se plantea la Presidencia de la República vitalicia.

El asunto, a primera vista, parece inadecuado para un régimen democrático. Pero en este caso la práctica desmiente a la teoría. Hoy mismo vemos cómo las elecciones presidenciales alteran totalmente el ritmo equilibrado de nuestra vida política. Se desatan las pasiones, estallan los enconos, el país se enzarza en polémicas desastrosas, la economía pública y la privada se resienten por el ajetreo partidista. Tal vez el Libertador, consciente de la anarquía que suscitan esos cambios cuatrienales del Jefe del Estado, pensó, de buena fe y con clarividencia sociológica, que estas comunidades jóvenes, todavía en formación, de sangre rápida, impulsiva, requieren de gobiernos estables, firmemente asentados en una conducción continuada.

Probablemente en otros países sudamericanos ocurra lo mismo, pero en lo que a Bolivia se refiere, los mejores gobiernos, salvo excepciones, fueron los de mayor duración.

Aquí, como en todo, Bolívar previó largamente el freno a la anarquía y a las elecciones sucesivas que sólo sirven para dividir más a los pueblos y exacerbar las pasiones de la multitud.

La experiencia nos viene demostrando que la presidencia vitalicia sería lo más acertado y fortalecería al régimen democrático hoy sujeto a los vaivenes cambiantes de las urnas.

56

Es curioso comprobar cómo este varón singular, el "hombre más individuo que dió la América del Sur", según otro de sus biógrafos, aunque todo lo debió a su notable personalidad, prefirió siempre la comunidad a los individuos.

¿Fue para contrarrestar el peligro de las individualidades avasalladoras o porque honestamente creía en el pueblo más que en sus líderes? Lo cierto es que el caraqueño trabajó toda su vida para el bien común, es decir para los muchos y no para los menos. Tildado de aristocratismo porque quienes no se penetraron de sus ideas y sus móviles de acción, Bolívar fue, verdaderamente, el demócrata de conducta que jamás traicionó sus ideales revolucionarios de igualdad y de justicia.

Claramente lo rubrica al sostener: "El héroe debe servir al pueblo, basándose en la fuerza que éste le da".

No quiso fabricar líderes ni erigir mandones. A sus generales les predicó constantemente la sujeción a las leyes y el servicio a la Nación. Para él la sociedad era más que el individuo. El grande Jefe de Hombres, el creador y conductor de naciones, se reduce, voluntariamente, a un título mayor que el que emana de la gloria de cien batallas: es el servidor de los pueblos, el amigo de los americanos. Maestro de filosofía política lo fue también en pedagogía social. Para él no existían hombres indispensables.

57

El libertador nos ha legado numerosos textos de filosofía política, aspectos constitucionales, discursos, proclamas, análisis sociológicos, y agudos planteamientos críticos que no han perdido actualidad apesar del tiempo transcurrido.

La Carta de Jamaica, el Discurso de Angostura, el Delirio sobre el Chimborazo, la Oración del Potosí, el proyecto de Constitución Boliviana, muchos discursos y proclamas fueron suficientemente analizados. Pero existe, otro, al que no se le ha dado el debido relieve: es el Manifiesto de Carúpano.

En 1814, después de duros reveses en la campaña libertaria, Bolívar se dirige a los granadinos en manifiesto que podríamos calificar de "único" porque reúne las excelencias del guerrero, del político, del filósofo y del poeta. Es, en realidad, un autorretrato del libertador.

Vencido y proscrito, el gran caraqueño se yergue indómito contra el destino y dice a los patriotas:

"¡Infeliz del magistrado que autor de las calamidades o de los crímenes de su patria, se ve forzado a defenderse ante el tribunal del pueblo, de las acusaciones que sus conciudadanos dirigen contra su conducta! Pero es dichosísimo aquel que corriendo por entre los escollos de la guerra, de la política, y de las desgracias públicas, preserva su honor intacto y se presenta inocente a exigir de sus propios como pañeros de infortunio una recta decisión sobre su inculpabilidad".

"Yo he sido elegido por la suerte de las armas para quebrantar vuestras cadenas, como también he sido digámoslo así, el instrumento de que se ha valido la Providencia para colmar la medida de vuestras aflicciones. Sí, yo os he traído la paz y la libertad, pero en pos de estos inestimables bienes han venido conmigo la guerra y la esclavitud".

(Refiriéndose a determinados pueblos que se pasaron a los españoles) "Si el destino inconstante hizo alterar la victoria entre los enemigos y nosotros, fue solo en favor de pueblos americanos que una inconcebible demencia hizo tomar las armas para destruir a sus libertadores, y restituir el cetro a sus tiranos. Vuestros hermanos y no los españoles han desgarrado vuestro seno, derramado vuestra sangre, incendiado vuestros hogares, y os han condenado a la expatriación".

Más allá agrega: "La destrucción de un gobierno, cuyo origen se pierde en la oscuridad de los tiempos; la subversión de principios establecidos; la mutación de costumbres; el trastorno de la opinión, y el establecimiento en fin de la libertad en un país de esclavos, es una obra tan imposible de ejecutar súbitamente, que está fuera del alcance de todo poder humano, por manera que nuestra excusa de no haber obtenido lo que hemos deseado, es inherente a la causa que seguimos, porque así como la justicia justifica la audacia de haberla emprendido, la imposibilidad de su adquisición califica la insuficiencia de los medios. Es laudable, es noble y sublime, vindicar la naturaleza ultrajada por la tiranía; nada es comparable a la grandeza de este acto y aun cuando la desolación y la muerte sean el premio de tan glorioso intento, no hay razón para condenarlo, porque no es lo asequible, lo que se debe hacer, sino aquello a que el derecho nos autoriza".

Otro párrafo: Un corto número de sucesos por parte de nuestros contrarios ha desplomado el edificio de nuestra gloria, estando la masa de los pueblos descarriada por el fanatismo religioso y seducida por el incentivo de la anarquía devoradora".

Levanta el espíritu de los pusilánimes: "Sed justos en vuestro dolor, como es justa la causa que lo produce".

En seguida explica las desventuras de la causa emancipadora: "Es una estupidez maligna atribuir a los hombres públicos las vicisitudes que el orden de las cosas produce en los estados, no estando en la esfera de las facultades de un general o magistrado, contener en un momento de turbulencia, de choque, y de divergencia de opiniones el torrente de las pasiones humanas, que agitadas por el movimiento de las revoluciones se aumentan en razón de las fuerzas que las resiste".

Y este juicio exacto y lapidario: "...las causas primitivas de todos los infortunios: la fragilidad de nuestra especie y el imperio de la suerte en todos los acontecimientos. Pretender que la política y la guerra marchen al grado de nuestros proyectos, obrando a tientas con sola fuerza de nuestras intenciones, y auxiliados por los limitados medios que están a nuestro arbitrio, es querer lograr los efectos de un poder divino por resortes humanos".

Afronta su propio infortunio: "Yo, muy distante de tener la loca presunción de conceptuarme inculpable de la catástrofe de mi patria, sufro al contrario el profundo pesar de creerme el instrumento infausto de sus espantosas miserias; pero soy inocente porque mi conciencia no ha participado nunca del error voluntario o de la malicia, aunque por otra parte haya obrado mal y sin acierto".

Finalmente, tras otras expresiones de agudo análisis político, el mensaje varonil del que jamás se siente vencido: "Yo os juro que Libertador o muerto, mereceré siempre el honor que me habéis hecho; sin que haya potestad humana sobre la tierra que detenga el curso que me he propuesto seguir hasta volver seguidamente a libertaras, por la senda del Occidente, regada con tanta sangre y adornada de tantos laureles. Esperad, compatriotas, al noble, al virtuoso pueblo granadino que volará ansioso de recoger nuevos trofeos a prestaras nuevos auxilios, y a traerlos de nuevo la libertad, si antes vuestro valor no la adquiriese. No comparéis vuestras fuerzas físicas con las enemigas porque no es comparable el espíritu con la materia. Combatid pues y venceréis. Dios concede la victoria a la constancia".

Estos cuantos fragmentos del histórico documento evidencian palmariamente el genio impetuoso del Libertador, su estupenda fortaleza de alma, más valerosa cuanto más azotada por la adversidad. El Manifiesto de Carúpano es una pieza memorable, un claro espejo del grande espíritu que inició y selló la libertad del continente.

58

¿Qué fue Bolívar para las masas sudamericanas, para los indios tratados como parias, para los esclavos liberados, para los cholos o mestizos, para los criollos de clase media no pudiente siempre postergados, para las multitudes urbanas y rurales que sólo conocían el despotismo peninsular y el desprecio de los señorones con autoridad?

Fue poco menos que un Dios. Traía la libertad, traía la justicia, ponía orden en el desorden, dictaba medidas oportunas, frenaba la anarquía. Venía precedido por el resplandor de sus glorias militares. Su verbo ardiente enloquecía a las gentes. Cuando en Mérida el pueblo espontáneamente lo califica como libertador, estaba expresando el sentir de las muchedumbres americanas.

Su personalidad excesiva hacía sombra a generales y políticos. Con raras excepciones los que lo seguían o aplaudían de frente subterráneamente trataban de socavar su autoridad. Pero los pueblos, en su grande mayoría, descontando el sabotaje de émulos y ambiciosos, estuvieron siempre con Bolívar con esa inclinación intuitiva de las masas hacia la verdadera grandeza.

Nunca cerró oídos a las quejas de los humildes. Se preocupó infatigablemente lo mismo por sus soldados que por las poblaciones civiles. Consideró a maestros e intelectuales. Enseñó a

respetar a legisladores y magistrados. Virtud, justicia, igualdad no fueron para él palabras muertas sino centros vivos de política práctica, normas de conducta.

Tenía la gallardía del héroe y la rectitud del sabio. Se presentaba ante los pueblos liberados por su espada como el genio de lo justo y de la organización.

Así se explica que aun desde el sepulcro el libertador sigue siendo el símbolo de la nueva América. Se cobijan en su nombre izquierdas y derechas, lo adoptan de modelo dictadores y demócratas. Simón Bolívar, dos palabras mágicas, son sinónimo de revolución y libertad. Y los pueblos de hoy, como los que él liberó, como los que surjan de los tiempos futuros seguirán sus banderas de rebeldía y de justicia.

—Mi General: hay que exterminar a los pastusos. Son tercos, volverán a levantarse.

—No. El pueblo es bueno. Basta desterrar a los pocos que los extraviaron.

59

¿Cómo han visto al libertador algunos de sus principales biógrafos y estudiosos de su vida y de su obra?

Espiguemos en la llanura de juicios que se tiende al horizonte.

Para Arganil "Bolívar dedicado a la literatura hubiera podido destronar a todos los oradores y poetas de su tiempo, y tal vez volcar los tronos de los reyes con sus cantos".

García Ortiz expresa: "El milagro de aquel hombre fino, intelectual y nervioso, fue meter en cintura machos del tipo de Piar, Rivas. Páez, Arismendi, Mariño, Anzoátegui, los Monagas".

Dice Blanco Fombona: "El Libertador es siempre así: humano, hombre de carne y hueso, que pasa de las sublimidad es de obra y pensamiento, a las debilidades del hombre corriente y moliente".

De Cornelio Hispano: "Nuestro sol, nuestro numen, nuestra gloria".

Sanin Cano: "Bolívar era el demagogo en su expresión más alta y más pura. Electrizzaba a las turbas".

Expresa José Gálvez: "Su universalismo emana de su profunda vinculación con la tierra y el ambiente propios. El liento pudo ser hispánico pero en el tipo gloriosamente sorpresivo del Libertador tienen papel dominante aire, luz, agua y tierra americanas".

Añade Marius André: "Bolívar es el genio militar más rápido que se ha conocido".

Cova: "El verdadero Bolívar no lo conoce aún el mundo, y es muy probable que cuando lo traduzcan a su idioma natal, aparezca más sorprendente y más grande aún".

Vicuña Mackena: "Bolívar es único: nadie manda donde él manda".

Manifiesta Van Loon: "Libertó a los esclavos en la América del Sur, antes que Lincoln lo hiciera 47 años después en la América del Norte. Bolívar vivió 15 años como rebelde y fugitivo, sometido a todos los rigores de una vida aventurera y arriesgándola cada día".

Van Hagen: "Todo él irradiaba hombría. Bolívar era un cumplido caballero de maneras exquisitas. A veces actuaba como un prometeo desencadenado: su energía discurría en todas direcciones, dejando agotados a cuantos lo rodeaban".

Anota Fernando González: "Más que romántico, fue matemático. Soñó para diez siglos. Es el hombre más individuo que conoció la América. Leyenda la Carta de Jamaica se afirma uno en que Bolívar era el continente. Y que al referirse a América hablaba de si mismo".

Martí: "¿A dónde irá Bolívar? ¡Al respeto del mundo y a la ternura de los americanos. Su mano potente dio forma a las ideas-madres de América. De aquel príncipe de la libertad surge radioso el hombre verdadero. Quema y arroba. Vivió como entre llamas y lo era. Ama, y lo que dice es como florón de fuego".

Unamuno: "Sin Bolívar quedaría incompleta el alma humana".

Profiere Rodó: "Bolívar es el barro de América atravesado por el soplo del genio. ¡Qué magnífico poema el de su vida, para esa estética de la realidad y de la acción que hace de una vida humana un poema plástico!".

General Mangin: "El paso de los Andes por Bolívar es el episodio más imponente de la historia militar".

Ludwig: "De los grandes hombres de la historia, Bolívar es el único verdaderamente caballero. Por lo múltiple de su actividad y por su elemental y rápido poder de decisión. Bolívar puede hombrearse con Bonaparte".

Mancini: "Las arengas de Bolívar son verdaderos cursos de derecho público".

Mitre (se refiere a la Campaña Admirable) "¡Y todo esto con 600 hombres y en 90 días! Nunca con menos se hizo más en tan vasto espacio y en tan breve tiempo".

Moillén: "El gran arte de Bolívar consiste en igualarse a sus subalternos aceptando sus mismas privaciones y miserias".

Hamilton: "El Libertador es el hombre más grande, el carácter más extraordinario de todos los que ha producido el Nuevo Mundo".

Masur: "Bolívar creció en medio de las dificultades. Ningún jefe militar luchó con tantas privaciones, dificultades y sacrificios. Su genio fue el del escalador de montañas: nada lo desanima ni le impide llegar a la cima. Tuvo inclinación a lo teatral como todo grande hombre. Como modelo militar tomó a Napoleón, pero el Libertador era autodidacto en el campo de batalla y en la política. Fue un caudillo nato, líder de élites y de masas. Su patria fue Sudamérica. Para él su fama valía siempre más que su poder".

Refiere Salceda Bastardo: "Su credo político: independencia y democracia. Su binomio: patria y honor. Se caracteriza por una angustia, un apetito de futuro. Fue un pensador dinámico, un político creador, el revolucionario prototípico. Nadie vio América con tal mirada de síntesis".

Encina: "Su instinto político sabía sobreponerse a su sed insaciable de gloria. Como ocurre con frecuencia en su correspondencia, daba por realizado lo que pensaba hacer. En él coexistieron el fogoso imaginativo y el realista intuitivo. Su indomable voluntad se templaba con el fracaso".

Gutiérrez: "Pero en la guerra y en la derrota era cruel, irritable, insensible, duro. Era un guerrero, como un héroe de la Ilíada. En la victoria es magnánimo y perdona. Fue una fuerza rectilínea e implacable al servicio de una idea: la libertad de América y a este fin lo sacrificó todo. La personalidad rica y múltiple de Bolívar es una de las más empinadas cumbres de la orografía humana".

Goethe: "Simón Bolívar es un hombre perfecto; no carece de contradicciones".

Larrazábal: "Supo hermanar con la valentía de la espada la gentileza de la pluma. ¿Quién concibió jamás planes tan vastos"?

Escribió Baralt: "Era hombre Bolívar hecho como el fuego del cielo para brillar en medio de tempestades; cuanto más desgraciado, más grande".

Clayton: "Sus marchas fueron más largas que las de Gengis Khan y Tamerlán".

Madiedo: "Demasiado grande entre los pueblos y los hombres que lo rodearon, nadie llegó jamás a comprenderlo".

Méndez Pereira: "Bolívar es el héroe que canta y el héroe que se canta. El mismo teje para sus glorias militares y políticas la red áurea y eterna de sus escritos".

Se pregunta Gil Borges: "¿Qué es la vida del libertador sino la lucha de Jacob con el Ángel"?

Verissimo: "Como profesor de energía, es el más grande de la historia. El molde Bolívar se ha roto".

Madariaga: "Bolívar quiso ser la estrella a la que convergían las ovaciones de todo un continente. Su pensamiento era tan heterogéneo y complejo como el resto de su carácter. Como los aviones sólo podía mantener su equilibrio en la velocidad. Hombre singular, alma disociada, padecía un abismo entre su fe y sus ideas. Era pesimista de pensamiento y optimista para la acción".

Rourke: "Bolívar fue acosado por la lucha de las personalidades. Nunca se vería ya libre de esa guerra psicológica entre sus propios oficiales que le ocasionó más angustias y derrotas que las que le inflingieron los ejércitos de España. Hasta los extranjeros conspiraron contra el libertador".

Estampa Waldo Frank: "Bolívar vivía en perpetua tensión. Se esforzó por ser Moisés, Jefferson y Madison de un pueblo que aun no estaba maduro para producirlos, y esa fue su grandeza y su tragedia. No existe un móvil único que pueda darnos la explicación de este hombre de muchas Américas".

Diez de Medina: "Bolívar fue el más humano de los héroes y el más valeroso de los hombres. Su destino huracanado lo lleva a destruir la América caduca del coloniaje para crear la nueva América de la libertad y la esperanza".

60

Se tiene hablado de la impaciencia de Bolívar, lo mismo en la guerra que en la política. Ese nerviosismo esencial, ese frenético elaborar de ideas y de planes. Esa movilidad constante. Esa velocidad interior y ese accionar premuroso en lo exterior son como el designio de la naturaleza —o del destino— para sacudir a la América colonial del sopor en que la tenía sumida la metrópoli.

Sin ese dinamismo torrencial, sin esa urgencia de realizaciones concretas, sin ese genio impaciente y dominante que todo quería verlo cumplido en el menor tiempo posible no se habría obtenido la emancipación del continente. O habría llegado muchos años más tarde.

Es la impaciencia bolivariana la que mueve ejércitos y organiza repúblicas.

Vieron mal los biógrafos ligeros y los seudopsicólogos que atribuyeron sólo a una constitución nerviosa excesiva los arranques precipitados y el accionar infatigable del Libertador. Hubo más que una fuerza fisiológica en ese ritmo sostenido de aceleración que distingue mente, lengua y voluntad del héroe.

¿Presentía, acaso, su corto existir? ¿O comprendió que la gente americana requería ser impulsada a la acción sin tregua porque su molición ancestral la entrega inerme al despotismo ibérico? ¿Tuvo la intuición genial de que la rapidez es la madre de la victoria?

Como lo destacan varios investigadores, Bolívar se adelantaba a los hechos. Los daba por realizados cuando todavía estaban en gestación. Sus cartas reflejan esa prisa anhelante por ganar las metas ansiadas. Siempre su imaginación voló más veloz que su brazo.

Más que una reacción constitucional, en Bolívar la impaciencia es una surgente espiritual. Lo habitó el genio del movimiento. Dromómano, inquieto, infatigable se acosaba a si mismo y acosaba a los demás. Devoraba espacio, tiempo, historia. Gran anticipador veía ya construido lo que otros apenas podían imaginar. Su mente intrépida se desplazaba en planos simultáneos sin extraviarse en la diversidad de sus hilos conductores.

La impaciencia bolivariana es pues un fenómeno psicobiológico-espiritual. Obedece a designios que no podemos alcanzar. Dios —dirá el creyente. Supranaturaleza— replicará el científico. Destino inescrutable —agregará el poeta.

¿Es que acaso un hombre, por grande que sea, puede adelantarse a si mismo, salir de su envoltura física, trasponer sus limitaciones contingentes? Parece imposible pero la mente ágil, atormentada del Libertador, en cierto modo desbordó los límites naturales del quehacer común, preconformando lo que aun estaba en los limbos de la idea.

Ese Bolívar apresurado, intranquilo, desasosegado, siempre tenso en las esperas fue el motor que impulsó veinte años de revolución americana.

61

Otra de sus altas virtudes fue la capacidad de absorber críticas y ataques en las épocas de las derrotas y el desquiciamiento político.

Verdad que su carácter irritable era sensible a la maldad de los juicios malévolos, pero en lo tocante a las derrotas militares jamás rehuyó su responsabilidad. Nunca atribuyó a sus generales ni a sus tropas los contrastes. Después de Ocumare y de Clarines, cuando se produce el gran retroceso de los patriotas, al extremo que muchos historiadores califican esos hechos de "catástrofe", Bolívar asume todo el peso de la crítica acerba. No desmaya ni se aflige; antes bien: vuelve a reorganizar el ejército casi diezmado por las derrotas y refuta los ataques a su política de centralismo administrativo.

La época oscura de 1814 agiganta su figura. Es el "fighter", el luchador de raza como dirían los críticos de boxeo; el que absorbe el castigo para responder después con mayor energía, el que jamás se sentirá vencido.

El gran jefe de las victorias, es también la cabeza iluminada en los contrastes.

Generoso al repartir honores y méritos a sus colaboradores después de las batallas memorables, a la hora del desastre toma sobre si la íntegra responsabilidad de la conducción política y militar. Bolívar no se queja, no lamenta, no reparte entre los suyos —amigos o enemigos— los móviles responsables de los hechos adversos.

Los héroes homéricos contaban con la protección de los dioses y con su propia bravura para el combate. El libertador, que frecuentemente se vio acosado por civiles y militares en los momentos críticos, sólo contó con la fe en si mismo, con su indomable fortaleza de carácter, cuyo más bello rasgo es el poder de sobreponerse a la adversidad y lucir más grande todavía en la desgracia que en la fortuna.

Esa constancia, esa abnegación para enfrentar las calamidades y los obstáculos, sin desmayar nunca por desesperadas que se presentaban las circunstancias, lo signan hijo de la victoria que ama a los valerosos y esforzados.

Ningún general de su tiempo habría sobrevivido ni persistido en la lucha después de los contrastes que Bolívar soportó. Muchas veces la oficialidad flaqueó, los pueblos le atribuyeron todos los males que sufrían, políticos intrigantes conspiraron contra su fama. El Libertador no se amilanó por los ataques de los unos ni por las calumnias de los otros. Siguió librando estoicamente las dos guerras que amargaron su vida sin darle tregua: contra los españoles, superiores en

número, en recursos y en organización militar; y contra los facciosos internos, los demagogos y los envidiosos que le pusieron piedras a lo largo del camino de su accidentada vida pública.

62

El Delirio de Casacoima —otra de las piezas magistrales de Bolívar, creación verbal o escrita después— revela esa extraña mezcla de lírico y profeta que animó al Libertador.

Podemos imaginar la escena. En torno a una hoguera, el caudillo está rodeado por sus generales comentando las últimas nuevas de escaramuzas favorables a los patriotas. Pero hay también noticias adversas. Piar conspira contra él, Páez está contra el gobierno, no llega el almirante Brion. Hay nerviosismo en los altos jefes; unos tienen fe ciega en su mando, otros desconfían. Y en los rostros ansiosos se lee duda y temor.

En ese tiempo las mentes andaban ocupadas con la defensa de Venezuela y de Nueva Granada. Todavía estaban lejos las campañas para liberar Ecuador, Perú y Bolivia. La suerte parecía oscilar inclinándose alternativamente por España y por América. La falta de recursos bélicos, de tropas, de alimentos en general. Todos sabían que luchaban en desigualdad de condiciones frente a un enemigo bien pertrechado y mejor organizado en arte militar.

Bolívar, que llevaba el curso de la conversación, capturó de pronto toda la atención de sus oyentes al decir estas palabras:

—Es verdad que se presentan muchos obstáculos: los venceremos. Libertaremos Guayana, podemos concentrar un gran ejército aunque sea tarea de muchos días. Con él redimiremos a Venezuela, salvaremos a la Nueva Granada, después al Ecuador y posteriormente al Perú. Existe la posibilidad de liberar a todo el continente y nada podrá detener nuestros propósitos. Nuestra marcha será progresiva, a ratos cautelosa, a ratos acelerada: ¡siempre adelante! Reclutaremos gentes en todos los territorios que conquistemos; aun los pueblos sometidos a la metrópoli sentirán el llamado de la libertad, vendrán a nuestro lado. Si nos faltan generales ¡pues a inventarlos! Si escasean tropas y pertrechos ¡a fabricarlas! Si tenemos que escalar montañas ¡pues dominarlas! Nada podrá impedir el avance glorioso de las huestes libertadoras. Tengamos fe, confiemos en nosotros mismos, no desmayemos jamás ante las dificultades. Y el beso de la Fama rozará nuestras frentes.

Se refiere que el amanuense que recogía las palabras del gran caraqueño, dijo en voz baja a otro amanuense que estaba a su lado: "el General ha estado enfermo, tiene fiebre, debe estar loco".

Sus acompañantes lo escuchaban absortos. Uno de ellos, tal vez Urdaneta, acaso Miller, se atrevió a expresar:

—Mi General: no tenemos armas, municiones, ni víveres. Estamos derrotados y las tropas que salvaron dispersas...

Bolívar lo interrumpió vivaz:

—Derrotados sí, pero no vencidos. Esta guerra será todavía muy larga y penosa. Los que no se sientan hombres, pueden irse. Los valientes quedarán conmigo y venceremos del destino aciago".

Así el Delirio de Casacoima ha quedado como testimonio de lo que puede la voluntad humana en pecho de héroe.

63

En enero de 1830 —el año fatal— Bolívar que fungía de dictador, envió su renuncia al Congreso de Colombia porque pulsando la opinión —constantes sublevaciones militares y desórdenes civiles, la dictadura cansaba a los republicanos, y el deseo de independizarse de Colombia y Venezuela— comprendió que su mando era resistido por la mayoría congresal, influida por el regionalismo que encabezaba Santander.

Aun tenía el Libertador fuerza y prestigio para aplastar a sus enemigos. Pudo hacerlo. Pero es entonces, en el dramático final, cómo el demócrata vence del autócrata, el idealista del dominador, el libertador del dictador. Verdad que en ello influyen también los quebrantos de la enfermedad que minaron su organismo, Y las amarguras de la política y la deslealtad que lo asediaban.

Esta vida esquiliana se cierra con trágica grandeza. Bolívar, que pudo concluir en la cúspide de la dictadura, acabando con sus adversarios, prefiere someterse a las leyes. Su renuncia va acompañada de un proyecto de Constitución Centralista. El Congreso delibera cinco meses, acepta la renuncia de Bolívar, designa Presidente a Mosquera y aprueba el proyecto de Constitución Federalista de Santander. Es el rechazo al nombre y a las ideas bolivarianas. Desconociendo su elevación moral, el Congreso le señaló una pensión de 30.000 pesos que el Libertador rechazó, apesar de su pobreza, porque nunca tuvo apego al dinero y porque no podía aceptar ese donativo humillante de sus enemigos.

Acallando a sus partidarios que pretendían provocar un alzamiento en su favor, Bolívar emprende el camino del destierro. Había vencido al Imperio Español, en 15 años de combates titánicos, pero no pudo vencer a los doctores, leguleyos y demagogos de Colombia.

¿No debe expiar su grandeza toda alma insigne en el infortunio? Bolívar despojándose del mando supremo, admitiendo el desgaste de la dictadura, y para evitar los riesgos de la guerra civil, resignándose a la pobreza, la soledad, el abandono, y la traición, es el héroe trágico que supera en la realidad los tipos imaginados por Sófocles y Eurípides.

Ironía del destino —relata otro de sus biógrafos— que tuviera que tocar la puerta de un español y aceptar una de sus camisas para morir en paz. El Libertador de un Continente, a la hora del último frío, no tenía qué ponerse. Nunca vio tamaña gloria descender a tan mísero final.

64

Los admiradores ciegos del Libertador, considerándolo el superhombre, el invicto, el Héroe Inigualado, no quieren ver su compleja naturaleza humana, las mudanzas, contradicciones y desvíos de esta alma-modelo, siempre en lucha consigo misma, basculando entre el mando y el desprendimiento.

Ha sido, la suya, una vida luzbética y seráfica a la vez.

Ese afán de absorberlo y dominarlo todo. Esa grandeza de carácter generoso consagrado al bien común. Esa ambivalencia del dictador y el servidor del pueblo. El aristócrata confundido con el republicano. Autócrata y demócrata simultáneamente. El hombre de los arrebatos repentinos y el varón del sereno meditar. A veces celoso, egoísta, calculador; por lo general noble, desprendido, magnánimo. Ingrato con las mujeres, generoso con los hombres. Poseído por una ambición desmedida de poder y de gloria. Dando paso a la virtud y a la ley en su propio espíritu antes de cristalizarlas en los hechos. Para sus enemigos —que hoy son muy escasos— el personaje de una leyenda oscura. Para las generaciones del Continente Sur el arquetipo luminoso de la heroicidad civil y militar.

Tres batallas sin término libró Bolívar en su dramática existencia: contra los Españoles, contra los sudamericanos, y contra si mismo. ¿Se ha estudiado bien sus cartas, se ha escrutado en los móviles de sus acciones, se ha hecho el análisis comparado de las diversas caracterologías que brotan de sus historiadores y sus biógrafos, se ha medido la magnitud de sus hazañas en el infierno geográfico y humano que le tocó actuar?

Bolívar pudo ser el Serafín Caído que se rebeló contra el Dios-Destino, y el Ángel Victorioso que redime a los pueblos de la esclavitud y la ignorancia.



El Libertador, óleo de R. Acevedo Bernal, colombiano,
Acaso el más fiel retrato del tiempo crepuscular.

El soberbio y el justo se disputan su alma. Esa polaridad de vencedor-renunciador es el signo de su grandeza. ¿Y cómo habría sido posible la libertad de un continente si el Héroe no hubiera luchado contra el limo de los semejantes y contra la tempestad de sus propias pasiones?

Bolívar es el hombre en la más alta acepción de su grandeza y de sus sombras.

65

Cómo era el Libertador, cuál es la imagen o retrato que mejor lo representa?

Tan distintas son las imágenes de su iconografía como las descripciones de sus contemporáneos. El hombre somático se escapa a la aprehensión rigurosa como el hombre psicológico evade un marco definitivo.

Lo pintaron muchos, pero cada retrato es diferente: cada cual retuvo o reprodujo una imagen distinta. Captar ese rostro de gran movilidad, mudable en sus rasgos conforme cambiaban sus sentimientos, fue muy difícil. Si en la captación física predomina la variedad de impresiones, la grande alma pocas veces aflora en las reproducciones de sus retratistas. Todos creyeron haberlo comprendido y capturado en visualidad cabal, pero este Hamlet de las cien efigies nunca se agotó. Luce siempre nuevo, siempre original cuanto más nos acercamos a la llamarada de su soma y de su espíritu. No pudo ser encerrado en el marco cuadrículado, en la prisión geométrica de un dibujo o de un esquema mental. Era fuego puro, y como la llama un eterno devenir. Intuímos su grandeza varia y múltiple, su prodigioso proteísmo físico y moral; jamás alcanzaremos la total complejidad de su naturaleza ígnea. La inquietud en el hombre ¿no es como el fuego en la naturaleza? Bolívar, astro solar en perpetua explosión, nimbado por el coraje y por la fama, atormentó a dibujantes y retratistas.

De los muchos retratos que se conocen, unos de su época, otros imaginados después de su muerte, son cuatro los que parecen haberse aproximado más al ilustre modelo. Los de Gil y Drexel en vida, los de Toro y Acevedo Bernal ya muerto.

Del retrato hecho por Gil en Lima, de natural, en 1825 dijo Bolívar: "Retrato mío hecho en Lima con la mayor exactitud y semejanza". Basados en esta autoconfesión debería, mas pensar que esta fue la verdadera efigie del Libertador. Se lo ve grave, detenido el vuelo de la mirada aguilina en un rpto de arrogancia. Es el héroe.

Ese mismo año lo pinta el irlandés Francis Martín Drexel. Parece otro ser. Las mejillas hundidas, la frente más espaciosa y el cabello retrocediendo, más arrugas. Los ojos negros siempre vivaces, pero un aire melancólico se desprende del mirar reconcentrado. No desafía, inspira respeto. Es el pensador.

Muchos años después de su desaparición terrena, dos colombianos lo evocan magistralmente en el retrato.

Luís Toro Moreno, en un óleo magnífico que figura en el Congreso Nacional de Bolivia, pinta al Libertador audaz, soberbio, la mirada de águila penetrante, revestido de confianza y poderío. Es otra vez el guerrero invicto.

Acevedo Bernal lo retrata de cuerpo entero. Una grandeza de ocaso desciende a los rasgos finos y firmes. La mirada cargada de tristeza expresa la tempestad interior que agitó al Libertador. En esta creación plástica héroe e idealista, filósofo y poeta se anudan. Los grandes sueños de gloria, victorias y derrotas, las leyes logradas y las que no cuajaron en realidad, los amores volanderos, las hondas decepciones, el valor apaciguado del combatiente, la serena resignación del filósofo. Todo está aquí: el alma se expresa en los ojos graves, reconcentrados, como mirando hacia adentro para revestir mejor al exterior. Es la mirada del semidios velada de melancolía, contemplando su vida y sus hazañas, sus descalabros y desencantos, Bolívar mirándose a si mismo. Veraz e idealizada, la verdadera imagen de Simón Bolívar.

66

Tocante a la descripción física del hombre, puede escogerse los relatos de sus dos edecanos: O'Leary y Peru de Lacroix, que observaron pacientemente y frecuentemente al héroe en la intimidad cotidiana. Son dos testigos idóneos.

No entremos en la descripción rasgo por rasgo: no interesa. El conjunto somático sí. Bolívar fue bajo de estatura. Sus uniformes en los museos revelan el cuerpo casi de un adolescente. Delgado, nervioso, compensó la magredad corporal con la vivacidad de los movimientos, el habla mágica y la mirada de águila. Esos ojos penetrantes, ese don imperioso de mando, esa captación fulgurante de las intenciones ajenas, le daban primacía sobre sus interlocutores, Santander temía, con razón, enfrentarlo. La personalidad irradiante del caraqueño lo subyugaba como subyugó a todos cuantos lo trataron.

También Napoleón fue pequeño de estatura y con el magnetismo personal superó lo modesto de la armadura somática.

Podía ser lo mismo brusco que calmo. Pasaba rápidamente de la irritación a la serenidad; y a la inversa. Intranquilo, movedizo, siempre impaciente, ansioso de acción, podía dar sensación de inseguridad el primer momento, pero en el fondo era perfectamente dueño de sí mismo. Afable y cortés de trato, fue llamado el "caballero de Colombia". Nadie lo ganaba en elegancia de maneras, salvo en los arrebatos coléricos cuando la magnitud de los contrastes lo sacaba momentáneamente de quicio. Su resistencia física no conocía límites. Su hipersensibilidad erótica estuvo relacionada con su genio: cerebro y sexo a la vez. Fue el mejor de los amigos y el enemigo más generoso excepción hecha del campo de batalla. Alma grande, de hondas y variadas inquietudes, fue aprisionada en una envoltura física moderada a la que dio brillo y majestad el fuego de su espíritu turbulento.

67

Un aspecto que no se ha destacado lo suficiente en la vida del Libertador es su profundo sentido de humanidad. Lejos de ser el demagogo que azuza a las masas y las halaga para servirse de ellas, fue un verdadero servidor del pueblo.

Abolió la esclavitud y dictó leyes protegiendo a los indios, tanto en el Perú como en Bolivia. Donde llegó su espada, arribó también su genio humanitario y organizador adoptando medidas sabias en favor de los desposeídos, de los nativos y de la clase media. Combatió tenazmente el privilegio y el abuso de los poderosos que al cabo lo derribaron del pedestal político. Planificó la reforma agraria, anticipándose en cien años aunque no pudo realizarla por el estado de atraso y de miseria de su época. Las poblaciones tuvieron siempre en Bolívar al auténtico demócrata, de gran calidad humana que buscaba civilizar y regular la moral colectiva sin descanso.

Ese mismo espíritu de formación ética y responsabilidad individual —fue riguroso en exigir correcto desempeño a los funcionarios públicos— lo aplicaría con sus tropas. Frenó con mano dura los desbordos de los soldados que cometían tropelías. En una ocasión como grupos aislados de tropa cometieron robos y excesos con los vecinos, castigó a los desmandados y advirtió al ejército: "no puedo encabezar un ejército de bandoleros; prefiero ir sólo a combatir con los enemigos". Impuso una economía rigurosa para que cada hombre recibiera lo justo. Quería que sus soldados fuesen, además de valientes, honrados y disciplinados. Buscó, pues, civilizar a las tropas como civilizaba a los pueblos. Hízoles enseñar las leyes de la guerra y la responsabilidad del hombre de armas con la sociedad civil, predicando el respeto a las mujeres, a los niños y a los ancianos.

El gran caraqueño fue un pedagogo civil, el prototipo del moralista práctico, el que desvelaba por dar libertad y abrir el surco civilizador.

Lecuna acierta cuando sostiene: "su perseverancia y exagerada tendencia al sacrificio lo sostenían, contra los desfallecimientos de sus colaboradores y la resistencia de pueblos inertes sobre los cuales era muy difícil proyectar empresas heroicas".

Napoleón, Beethoven, Bolívar apenas sobrepasaban uno sesenta de estatura y estos pequeños hombres fueron en verdad los más grandes.

68

Hay quienes piensan que poeta es el que compone versos, sean con métrica, rima o simplemente libres. Olvidan que existe también la prosa poética; y algo más: que poeta es todo aquel que capta intensamente la vida y sus fenómenos, el "sentidor" en el sentido profundo del término, el que transfigura la realidad en imágenes, el que embellece las ideas con el soplo del estilo. Bolívar, por ejemplo, de quien no se conocen poemas, fue más poeta que muchos porque su verbo es rico de magia fonética, pleno de metáforas, elegante y persuasivo en cuanto dice.

El famoso Delirio sobre el Chimborazo, negado como simple leyenda por unos, reconocido por otros como criatura mental del libertador es el mejor testimonio del estilo bolivariano inspirado, profético, lírico y filosófico a la vez.

Destaquemos la idea principal del delirio (el título no puede ser más cabal) cuando el Tiempo, asombrado por la audacia del héroe que ha trepado a la cima del nevado insigne (Lecuna estima que sólo llegó a sus estribaciones) lo apostrofa:

"¿Por qué te envaneces, niño o viejo, hombre o héroe? ¿Crees que es algo tu universo? ¿Que os levantarais sobre un átomo de la creación es elevaros? ¿Pensáis que los instantes que llamáis siglos pueden servir de medida a mis arcanos? ¿Imagináis que habéis visto la santa verdad? ¿Suponéis locamente que vuestras acciones tienen algún precio a mis ojos? Todo es menos que un punto a la presencia del Infinito que es mi hermano".

Entonces el soñador contesta al Tiempo:

"En tu rostro leo la historia de lo pasado y los pensamientos del Destino".

Es sólo un trozo de la hermosa pieza literaria que parece escapada de la sabiduría hindú, acaso de Las Preguntas del Rey Millinda o de un coloquio de los Vedas.

Para relieves el don poético del gran caraqueño, en la tercera parte de este libro, toda ella compuesta con frases del Libertador, subrayaremos las palabras significantes y los trozos deslumbrantes de su ingenio.

Este raro espécimen humano, mezcla de Moisés, de Homero, de Aquiles, de Asoka, dejó, en sus hechos y en sus ideas, un venero inagotable para los buscadores de verdad y de belleza. Reduciendo las proporciones, el epistolario bolivariano, como La Biblia puede ser consultado muchísimas veces sin que jamás se apague el interés de las sugerencias que suscita.

El guerrero, el político, el filósofo, han corrido un velo sobre el poeta que habitó a Bolívar. Pero el soñador lírico, apasionado, resplandeciente de imágenes y de símbolos, discurre a través de esta vida extraordinaria. Si fuéramos paganos diríamos que los dioses olímpicos trazaron su horóscopo desde la cuna. Como somos creyentes reconocemos que el Señor acumuló en el Hombre de Junín lo que suele repartir en muchos.

69

Toda su expresión escrita rezuma un meditar filosófico, grávido de reflexiones, a la manera senequiana o de aquel sentencioso creador del "Oráculo Manual".

Pesimista por instinto de la condición humana, escondió esa desconfianza esencial celosamente. El sabía que estaba obligado a esparcir confianza y alegrías, a demostrar optimismo para mover pueblos y generales, políticos y soldados. Pero en el fondo de su espíritu siempre conservó esa posición ambivalente: pesimista en el meditar crítico, optimista impenitente para la acción. El jefe militar guardaba para sí decepciones y amarguras.

Se cuenta que en vísperas de Ayacucho, la gran batalla final que decidió la libertad del continente, escribía al Marqués del Toro, su íntimo amigo:

"...mis tristezas vienen de mi filosofía. Yo soy más filósofo en la prosperidad que en el infortunio".

Por sus escritos subyace el varón de los desencantos, pero el guerrero hace enmudecer al filósofo y sólo en el análisis introspectivo da cauce a su profundo conocimiento de la naturaleza humana.

—Mi General: ¿cómo puede usted aceptar tanta ruindad? Debemos expulsar a palos al malandrín...

—No: lo necesitamos todavía, es un buen trapero. Cuando terminemos la campaña mi desprecio será el mejor castigo.

70

El gran ideal que turba los sueños del Libertador y agita sus días radica en la creación de la Patria Sudamericana.

Adelantándose en un siglo a su época, Bolívar intuye la política de los bloques regionales que vendrá. Comprende que las excolonias españolas desmembradas de la península terminarán en repúblicas débiles, aisladas unas de otras, presa fácil de los grandes centros políticos y económicos del mundo, que en ese entonces no se denominan aun como "imperialismos", pero que su genio político adivina como succionadores de las naciones menores.

Nadie le hace coro en su grandiosa concepción de una América del Sur fuerte, unificada en una sola entidad continental. El primer proyecto es de 1815, cuando faltaban diez años para la emancipación del hemisferio en el curso de los cuales don Simón jamás abandona la grande idea. El Congreso Anfictiónico de Panamá debió coronar sus generosos esfuerzos: se frustró por la incomprensión, las envidias, y porque el naciente mundo americano a la libertad no estaba maduro para tan alto ideal.

Esa conciencia continental concede a Bolívar una talla política que lo aventaja sobre todos sus contemporáneos. Metternich, en su Europa, no vio tan lejos como el Libertador en nuestra América. El austríaco sólo buscaba fines hegemónicos de su patria y de la etnia teutónica; el venezolano pensaba y obraba como criatura de un mundo nuevo, afincado en la libertad y en la solidaridad de los pueblos.

El buscaba las síntesis políticas y geográficas: que la Gran Colombia incluyera a Venezuela, Colombia y Ecuador; el Perú a Bolivia y el Perú como tramos iniciales. Pero la culminación de sus proyectos fue la Confederación de las Naciones Sudamericanas, idea que anticipó en un siglo a la Sociedad de las Naciones ginebrina creada en 1919 y a la posterior actual Organización de Naciones Unidas.

Bolívar presintió, en primer lugar, el peligro hegemónico de Norteamérica compacta y enlazada geográfica y políticamente, frente a una América del Sur desunida y dividida por accidentes naturales y discrepancias ideológicas. Luego el futuro desenvolvimiento de la economía y de la industria que global mente conducidas podían abrumar al hemisferio sur agrario y retrasado.

Es absurdo y maligno atribuirle intenciones monárquicas o la calumnia de la supuesta ambición de coronarse Emperador de los Andes. Amaba el poder centralizado, ciertamente, acaso quiso ser algo así como el numen tutelar, una suerte de padre político del continente, pero su desvelo mayor fue el de ser útil a los americanos del sur viéndolos sanos, fuertes y trabados en una sola unidad geográfica, política, económica y social: la Patria del Sur, suprema concepción del estadista y del visionario.

71

En la vida del grande hombre, tan admirado por los pueblos y tan combatido por algunos de sus propios como pañeros y por numerosos politiqueros y demagogos, brilla como un rayo de luz su amistad con José Antonio de Sucre.

Es sobradamente conocida la trayectoria de esa amistad para rememorarla aquí. Está cuajada de bellas enseñanzas y de anécdotas que prueban la nobleza de alma de ambos Libertadores.

Bolívar comprendió desde el primer lugar a Sucre. "Es el hijo que Dios me da por el que me negó la naturaleza" —dirá conmovido; y antes de sus mayores combates profetiza que será un gran estratega y que lo superará en fama.

Sucre a su vez, integérrimo de conducta, estrategia genial, varón irreprochable como militar y como estadista, respondió con admirable lealtad, jamás quebrada, al afecto y a la confianza del libertador: se consideró segundo después del caraqueño, le obedeció lealmente, puso por encima de todo el cariño y la gratitud a Bolívar a quien siguió con estupenda constancia en sus campañas militares y en sus actividades políticas.

La victoria de Ayacucho, presentida, preparada, encaminada en sus prolegómenos logísticos por Bolívar, pero ganada íntegramente por la genialidad estratégica y el valor de Sucre, pudo envanecer a éste: el Gran Mariscal de Ayacucho era entonces el nuevo sol americano. Cualquiera otro habría sentido la picadura del orgullo, habría buscado la emulación y el enfrentamiento con Bolívar, pero el cumánés era un espíritu superior, que nunca osó, por su natural modestia y por consecuencia en el afecto, alzarse contra el jefe que lo había respaldado en el ascenso a la gloria.

Tal vez puede compararse ese sentimiento sagrado de la amistad, en el tiempo clásico, con el afecto que se profesaron Pelópidas y Epaminondas ilustres generales de los griegos.

Genio de la acción Bolívar, genio moral Sucre, se complementan y unimisman en la pareja inmortal de los Libertadores que reverencian seis naciones.

Cuando el Libertador se entera del asesinato de José Antonio de Sucre, su más fiel amigo y el mejor general en sus campañas, estampó estas palabras memorables:

"La bala cruel que te hirió el corazón mató a Colombia y me quitó la vida. Como soldado fuiste la Victoria. Como magistrado la Justicia. Como ciudadano el Patriotismo. Como vencedor la Clemencia. Como amigo la lealtad. Para tu gloria lo tienes todo ya; lo que te falta sólo a Dios le corresponde darlo".

Nunca más acertado epitafio para sellar tan legendaria amistad.

72

Se ha criticado —con poca razón— la idea bolivariana del Presidente Vitalicio incluida en su proyecto de Constitución Boliviana y enunciada en otros documentos. Se quiso ver en ella la ambición personal del libertador. Pero no fue así.

Sociólogo de largo alcance, Bolívar conocía las tendencias turbulentas, demagógicas y anarquizantes de las masas que intentaba liberar. Sabía perfectamente que sin gobiernos centralistas, firmes, era fácil caer en la disolución. Presumía, dada la naturaleza explosiva de los sudamericanos que las elecciones continuas sólo servirían para exacerbar las pasiones, enconando a los partidos y despertando la venganza en los perdidosos. Suponía —y con razón— que sin continuidad administrativa nada o poco puede hacerse. La constante renovación de gobernantes aunque de apariencia es democrática, en el fondo entraña una renovación de las luchas partidistas, desórdenes y acrecentamiento de los rencores personales.

El tiempo le ha dado la razón. El "demos" sudamericano, indócil, violento, proclive al fanatismo político, acude a las urnas para desfogar su temperamento volcánico, su falta de madurez civil. Las elecciones presidenciales, cuatrienales, agitan el ambiente en forma desmedida. Exasperan a los electores. Luego todo plan de gobierno por perfecto que sea, es desechado por el nuevo Presidente y sus ministros que imponen, a su vez, distintos planteamientos para el desarrollo. Sucede, luego, la rotación de funcionarios, generalmente elegidos sólo por el favor político-partidista que desplazan a los que ya probaron su capacidad.

Por estas razones y por considerar que la estabilidad y continuidad del Jefe del Estado es la mejor garantía, que genera a su vez la estabilidad del gobierno, Bolívar se aferró a su sabia idea de la presidencia vitalicia. Para ciertos países sudamericanos —y del centro— azotados por las pasiones explosivas, desordenados y "bochincheros" como decía Miranda, nada hay peor que las elecciones, con sus períodos agresivos, pre y post electorales. Los cortos plazos que se conceden a un gobierno no permiten desarrollar planes de largo alcance y mantiene a los pueblos en permanente estado de agitación.

Una vez más, la experiencia de ciento cincuenta años da la razón al Libertador: la presidencia vitalicia sería la mejor solución para afirmar gobiernos estables y duraderos, garantizando, al mismo tiempo, la paz social.

73

El héroe fabrica la historia, la vida construye su leyenda. Son inseparables: lo sucedido y lo imaginario. El investigador riguroso sostendrá que sólo debe admitirse lo que se respalda documentadamente; pero no todo es materia de testimonio escrito, y el biógrafo sagaz, el psicólogo, el indagador-poeta, responderán que también lo atribuido, lo supuesto, lo inventado hacen su parte en la confirmación de la figura humana.

Naturalmente lo real supera en mucho a la fantasía. Los hechos del Libertador han sido analizados y probados mil veces. Pero existen ciertos pasajes, dichos, cartas, sucesos no del todo verificados que se prestan a la conjetura: ¿sucedieron, no sucedieron, son reales, son inventados, pertenecen a la historia o a la leyenda del héroe?

Esto es lo que acontece con la famosa "última carta de Bolívar" que se supone dictada el 6 de diciembre de 1830 en San Pedro Alejandrino, en su lecho de muerte.

Historiadores probos como Lecuna y otros sostienen que la carta es apócrifa porque no se conoce el texto original. Los que practicamos el modo fantástico, mezclando realidad e imaginación, respondemos: es posible que la carta no sea auténtica, no defendemos su veracidad, pero si creemos que ella pertenece a la leyenda del héroe. Si la dictó Bolívar —cosa no imposible— está dentro de su psicología y de su estilo. Que el original se haya perdido es cosa corriente. Tampoco es de extrañar que próximo a morir el varón ilustre haya retornado a los felices tiempos de la juventud en París, recordando la época romántica en que sus sueños moceriles se confundían con el amor apasionado a Fanny du Villars, su prima. Si la carta es fraguada, se debe a un talento excepcional que ha asimilado asombrosamente el pensamiento y el vuelo expresivo del Libertador. Historia o leyenda, pertenece a la epopeya bolivariana y merece ser recordada porque retrata al héroe en el estilo poético-filosófico de sus grandes piezas literarias.

Se alegrará que como hizo Bettina Brentano con Goethe, atribuyendo al poeta insigne frases y halagos que nunca virtió, también Fanny du Villars pudo adjudicarse esos recuerdos atribuyéndolos a Bolívar; pero la pobre Fanny no tenía el talento para inventar una epístola tan hermosa.

Reproducimos su texto íntegro por ser una pieza de alta creación poética que supera los escollos de la dura realidad.

"Querida prima: ¿te extraña que piense en ti al borde del sepulcro?"

Ha llegado la última aurora: tengo al frente el mar Caribe, azul y plata, agitado como mi alma por grandes tempestades; a mi espalda se alza el macizo gigantesco de la sierra, con sus viejos picos coronados de nieve impoluta como nuestros sueños de 1805; por sobre mi, el cielo más bello de América, la más hermosa sinfonía de colores, el más grandioso derroche de luz...

¡Adios Fanny!

Esta carta, llena de signos vacilantes, la escribe la mano que estrechó la tuya en las horas del amor, de la esperanza, de la fe; esta es la letra que iluminó el relámpago de los cañones de Boyacá y Carabobo; esta es la letra escritora del Decreto de Trujillo y del Mensaje al Congreso de Angostura...

¿No la reconoces, verdad?"

Yo tampoco no la reconocería si la muerte no me señalara con su dedo despiadado la realidad de este supremo instante.

Si yo hubiera muerto sobre un campo de batalla, dando frente al enemigo, te daría mi gloria, la gloria que entreveía a tu lado, a los lampos de un sol de primavera.

Muero miserable, proscrito, detestado por los mismos que gozaron mis favores; víctima de inmenso dolor, presa de infinitas amarguras. Te dejo en mi recuerdo mis tristezas y las lágrimas que no llegaron a verter mis ojos. Estuviste en mi alma en el peligro; conmigo presidiste los consejos de gobierno; tuyos fueron mis triunfos y tuyos mis reveses; tuyos son también mi último pensamiento y mi pena postrimera.

En las noches galantes de la Magdalena vi desfilar mil veces la góndola de Byron por los canales de Venecia; en ella iban grandes bellezas y grandes hermosuras, pero no ibas tú; porque tú has flotado en mi alma mostrada por nímbeas castidades.

A la hora de los grandes desengaños; a la hora de las íntimas congojas, apareces ante mis ojos moribundos con el hechizo de la juventud y de la fortuna; me miras y en tus pupilas arde el fuego de los volcanes; me hablas y en tu voz escucho las dianas inmortales de Junín y Bomboná.

¿Recibiste los mensajes que te envié desde el Chimborazo?

¡Adios Fanny! Todo ha terminado.

Juventud, ilusiones, sonrisas y alegrías se hunden en la nada; sólo quedas tú como una visión seráfica señoreando el infinito, dominando la Eternidad.

Me tocó la misión del relámpago: rasgar un instante la tiniebla, figurar apenas sobre el abismo y tornar a perderme en el vacío. Bolívar".

Si no fuera la exagerada pleitesía a Fanny, podría creerse que la carta es auténtica; pero si no lo es ¡qué prodigiosa imitación del estilo del héroe! Imágenes e ideas parecen como brotadas de su genio, hay frases con el sentido rítmico que amaba el héroe, con eufonía poética, Si no fue escrita por él, puede medirse —y la leyenda así lo exige— con las mayores creaciones líricas del Libertador.

74

Ante el Congreso de Cúcuta Bolívar definió con frases magistrales el conflicto de su alma entre autócrata y demócrata. Sabe que es el guerrero, el hombre destinado a mandar, se califica a si mismo como el "hijo de la guerra", Reconoce que los combates, la fortuna y la victoria lo han hecho Presidente, y simultáneamente advierte a los legisladores que un hombre como el general Bolívar es un ciudadano peligroso en un gobierno popular, por su mucho poder y porque "esta espada no puede servir de nada en el día de la paz", Y termina su lúcido discurso con estos términos que acreditan la victoria del estadista sobre el guerrero: "Yo quiero ser ciudadano para ser libre y para que todos lo sean, Prefiero el título de ciudadano al de Libertador, porque éste emana de la guerra y aquel emana de las leyes".

Mucho se ha discutido sobre las frecuentes renunciaciones de Bolívar y la satisfacción con que volvía a reasumir el mando político, cuando los Congresos le reiteraban su confianza.

No se trataba de astucia política ni de un falso desprendimiento. El libertador era sincero en sus actitudes y en sus expresiones. ¡Claro que gustaba del mando, si había nacido para mandar y organizar! Pero —gran pedagogo civil— quiso enseñar a sus compatriotas que la espada debe someterse siempre a la ley y que el título de "buen ciudadano" vale por todos los laureles ganados en el campo de batalla.

Autócrata sin abusar de los poderes que le otorgaba el mando supremo, Bolívar procuró ser justo con todos. Aplicó las leyes, evitó el nepotismo, castigó la inmoralidad. Amaba el poder centralizado, firme, dispuesto a llevar su energía donde hiciera falta, pero ese poder lo ejercía con espíritu de justicia y de moderación. Fue, en verdad, el Pericles de la América del Sur.

El militar cubierto de gloria respetó siempre a los cuerpos legislativos. Jamás ejerció esas indignas presiones que los caudillos civiles y militares desenvuelven para atemorizar o desconcertar a los representantes del pueblo; antes bien: les dio plena libertad en sus deliberaciones, se despojaba del brillo castrense y quería ganar las voluntades sólo por la elocuencia tribunicia.

En esto fue más grande que el Hombre de Córcega: porque Napoleón, hijo de la república, se convierte en el déspota imperial, en tanto Bolívar, adalid de la libertad, se mantiene fiel al designio republicano. Cifra su grandeza no en el acrecentamiento de su poderío personal, sino en la felicidad de los pueblos a la que consagró su vida. Así el caraqueño resalta superior en grandeza moral al vencedor de Austerlitz.

75

La generosidad y el desprendimiento de Bolívar fueron excepcionales. Recordemos un caso entre ciento. Cuando las damas quiteñas, en fastuosa ceremonia, por medio de la hermosa María Arboleda, intentan colocar en las sienes del Libertador una corona de oro orlada por un

diamante. Bolívar se despoja de ella y la devuelve a la joven diciendo: "Esta corona corresponde al vencedor de pichincha. "Y la cedió al general Sucre, caso realmente raro en un guerrero victorioso.

Gestos análogos —siempre cediendo premios y honores— tuvo en Colombia y en Bolivia, distribuyendo las recompensas de los pueblos liberados entre sus generales. La espada de oro de Ayacucho, cuajada de piedras preciosas también fue cedida al Mariscal Sucre.

76

Otra de las singulares características de Bolívar consiste en que mientras la mayoría de sus contemporáneos —y muchos de los políticos de hoy— busca el modelo europeo para organizar las flamantes repúblicas, el Libertador siempre desconfió de la imitación simiesca a occidente.

El quería instituciones ajustadas a la realidad peculiar de cada nuevo Estado. Adecuarse a los imperativos de la geografía, de las diferencias étnicas, del grado diferente de desarrollo económico, y a las particularidades o costumbres de cada pueblo. Sociólogo objetivo no trató de manejar conforme a textos ni experiencias ajenas las masas, sino más bien tratar de comprenderlas en su propia realidad histórica y social, persiguiendo un equilibrio sabio entre sus necesidades y las condiciones naturales de su "status" de vida.

Alcanzar a Europa y a Norteamérica podía ser una meta lejana: lo importante, para él, era entender y organizar las jóvenes repúblicas de acuerdo a la verdad del quehacer americano.

Frente a la estructura semi-feudal y vertical sociedad colonial —españoles, criollos señoriles y criollos empobrecidos, artesanos, indios y esclavos— previó la aparición futura del gran mestizaje continental con estas palabras: "América es una crisálida: habrá una metamorfosis en la existencia física de sus habitantes. Y al fin sobrevendrá una nueva casta de todas las razas que producirá la homogeneidad del pueblo".

Opuesto a las instituciones exóticas, al trasplante cultural, el caraqueño fue el primer nacionalista que sentó la primacía de la realidad y del genio americanos.

77

El nuevo Quijote declara en cierta ocasión al Congreso de Lima: "... el fin único de mi vida es la guerra americana. He salido de Bogotá a buscar a los enemigos de la América dondequiera que se hallen. Yo haré al Perú el más grande de los servicios civiles que un hombre puede prestar a una nación".

Después de escuchar su alocución, valiente, grave y de perspicacia política, el Congreso lo designó Dictador asignándole un sueldo de 50.000 pesos anuales que el Libertador declinó aceptar.

El Perú se debatía, entonces, en plena anarquía civil y militar. "Sólo un loco —comentó un émulo del Rimac— podía asumir tamaña responsabilidad. "Y otro, igualmente desconfiado, agregaba: "Me parecía ver a don Quijote arremetiendo contra los molinos de viento. Sinceramente, en esa ocasión, creí que el audaz colombiano estaba cavando su sepultura".

Reproducimos la anécdota como nos fue referida por descendiente de uno de los congresales que encomendaron al Libertador los destinos del Perú.

78

¿Por qué Bolívar atrae a los jóvenes? Porque es el genio de la aventura y de la acción. Su ética vital está condensada en sus propias palabras:

—No quiero parecerme a los árboles que echan raíces en un lugar y no se mueven, sino al viento, al agua, al sol, a todo lo que avanza sin cesar".

Estuvo alegre, ansioso de actuar, en el movimiento y en el peligro. Tornábase serio, melancólico, para el reposo. La inacción lo impacientaba.

Conocimos varias generaciones moceriles: todas ellas coincidían en su admiración al héroe venezolano. Recuerdo las palabras de un escritor que llegó a Jefe de Estado:

—Para los jóvenes de mi tiempo, cien años después de su muerte, el Libertador fue el ídolo de nuestra mocedad. ¡Oué ejemplos de coraje, de voluntad, del poder resurrector del hombre frente al destino adverso! Y qué peripecias, hazañas, padecimientos físicos y morales en esa naturaleza de acero que jamás se rindió a las desventuras. Hoy, al acercarme al declive, pienso que Bolívar ha sido el genio inductor de mi carrera política, mi mentor intelectual.

Todos acuden a su nombre en son de padrino, lo mismo luchadores idealistas que desafortunados y terroristas. Bolívar es el pabellón de lucha para todo revolucionario, se combata por la libertad o se trate de imponer despotismos. Símbolo de rebeldía y de justicia se lo disputan las causas justas y las malas causas. Es el centro psicomotor de toda empresa renovadora, en lo político y en lo social.

Ningún otro continente puede ostentar un arquetipo humano que unifique y dé sentido a los ideales redentores de todos sus pueblos.

79

El político práctico que había en Bolívar, nos legó la gran lección que no siempre supieron aplicar los americanos del sur, pero que en este tiempo convulsivo de revueltas, desórdenes y demagogia desenfundada, es el único instrumento capaz de salvarnos de la anarquía. Dijo Bolívar con visión profética:

—"Es preciso que el gobierno se identifique, por decirlo así, al carácter de las circunstancias, de los tiempos y de los hombres que lo rodean. Si éstos son prósperos y serenos, él debe ser dulce y protector; pero si son calamitosos y turbulentos, él debe mostrarse terrible y armarse de una firmeza igual a los peligros, sin atender a leyes ni constituciones, ínterin no se restablecen la felicidad y la paz".

Cuántas desdichas, páginas sangrientas, y tumultos se hubieran evitado nuestros gobiernos republicanos en la encrespada historia sudamericana si se hubiese escuchado el consejo del Libertador. El miedo y la debilidad frente a los desbordes populares, azuzados por los demagogos, han causado más víctimas que los encuentros armados.

Para salvar la libertad futura, hay que recurrir transitoriamente a la dictadura. Es un axioma político que el gran caraqueño sacó no de los textos sino de su experiencia en trece años de luchas civiles.

80

La Patria Sudamericana nace con Bolívar, se sostiene en sus ideales de unificación, se salvará finalmente al conjuro de su nombre.

El solo, creando del caos, luchando contra los propios pueblos que trataba de liberar, y que muchas veces se le voltearon inclinándose por los españoles, es la encarnación, es la "anima animans" del mundo americano.

Verdad que las chispas de la emancipación brotaban de todos los ángulos, pero sin su constancia inquebrantable, sin su osadía ejemplar, sin su inteligencia despierta y activísima, la libertad del hemisferio habría demorado varios decenios más.

Ni Humboldt ni Canning lo adivinaron. La posteridad lo consagra primero y único en la historia del Nuevo Mundo emancipado.

Porque lo extraordinario no es haber formado ejércitos de campesinos y hombres del pueblo; ni haber forjado constituciones y leyes adecuadas; ni haber vencido del imperio tres veces centenario y de la anarquía veinte años acosándolo; ni las batallas fulgurantes ni las derrotas que

convertía en nuevas proezas de ingenio y de valor. Lo extraordinario es el flujo magnético de esos ojos relampagueantes, la llama flamígera de esa lengua inspirada, el poder persuasivo de esa personalidad indomable que sabían infundir confianza a los más recalcitrantes, convertir a los tímidos en osados, a los calculadores en desprendidos, desarmar a los enemigos y enardecer a los amigos.

¿Cómo pudo, uno, arrastrar a millones durante veinte años de riesgo y sacrificio?

Bolívar era un aristócrata. La emancipación americana fue obra de la clase pudiente y culta, no un movimiento democrático ni menos popular. El gran mérito del Libertador es que luchó no por imponer una casta, sino para redimir a la integridad de los pueblos. Bajó hasta los humildes y les tendió la mano, quiso unir los grupos étnicos, garantizar libertad y derechos para todos. Soñó con la nueva América y la construyó. En la nueva raza libre de opresiones y le infundió fe y confianza en sus propios destinos. Mereció ser llamado el Padre del Continente y el Amigo de los Americanos.

81

El libertador de los hombres quiso ser también el dominador de la naturaleza. Su nombre está unido a proezas en el Chimborazo, en el Tequendama, en el Potosí, en los Andes de Colombia, de Bolivia y del Perú. Sus marchas extenuantes, sus ascensos atrevidos a las altas mesetas, el cruce de los ríos al frente de las tropas, las noches inhóspitas bajo las estrellas apenas cubierto por su capa, la manera cómo subyugó el páramo de Tisbe y tantos episodios más revelan al intrépido conquistador telúrico.

En Colombia, visitando el magnífico Salto del Tequendama, que se despeña fragoroso sobre el abismo, Bolívar quedó extasiado como le ocurría siempre que contemplaba los grandes espectáculos naturales. De pronto, saliendo de su éxtasis y ante el asombro y pavor de sus acompañantes, saltó a una piedra próxima de escasa superficie "que forma como un diente en la horrorosa boca del abismo" cuenta Juan Francisco Ortiz. Puede suponerse que un paso en falso, el mínimo resbalón, le habrían significado la muerte, pues el Libertador calzaba botas herradas de campaña y espuelas.

Se dirá que fue un acto pueril, impensado, una locura indigna de un hombre responsable. Pero es que Bolívar llevó siempre dentro un niño y un aventurero cuyas reacciones imprevisibles obedecían al temperamento impulsivo de su carácter.

Amaba el peligro, desafiaba lo imposible. El destino y la naturaleza fueron sus dos grandes contrincantes.

"Hombre de muchas Américas" lo califica Waldo Frank y tiene razón, porque la América del tiempo de Bolívar y la América actual eran y siguen siendo un mundo desunido, de zonas geográficas y grupos étnicos distintos. No existe un parámetro único para dar las dimensiones de nuestros pueblos: todas las medidas divergen, se entrecruzan, en lo telúrico, en lo sociológico, en lo económico, en la gradación cultural.

La sabiduría —o la astucia de Bolívar— consistió en adaptarse, conforme avanzaba, a las características de cada ciudad, pueblo o villorrio. Absorbía sus costumbres, se identificaba con sus problemas, hablaba a cada grupo humano el lenguaje adecuado a su propia condición. Su primera preocupación consistía en organizar el gobierno, sanear la economía, fundar escuelas, atender a las necesidades básicas de los pueblos. Así se explica que fuera recibido como el Mensajero de la Esperanza, que con medidas prácticas y discursos de lírica belleza despertaba el entusiasmo en las multitudes.

82

Esas "muchas" Américas lo amaron, lo comprendieron, lo siguieron en su tiempo. Hoy le guardan gratitud y suspiran porque el libertador pudiera reencarnar en otra alma de vuelo continental, capaz de fundir en una sola grande Patria Sudamericana, esta lamentable dispersión de pequeñas y encontradas Américas nacionales tan débiles como aisladas en el torbellino de la política mundial.



La Quinta de Bolívar en Caracas – Venezuela.

83

Un aspecto no debidamente analizado: la soledad dentro de la cual vivió, se formó y actuó Bolívar.

Los tuvo en la infancia y en la adolescencia, pero en su vida pública y de guerrero no conoció maestros. Sus generales carecían de cultura elevada y de ciencia política. Sus amigos civiles estaban siempre lejos de sus campañas. Sucre, noble y puro, no podía profundizar las ideas remontadas del libertador. Santander, mediocre y envidioso, estuvo muy por debajo de Bolívar: fue el instrumento que éste manejó, hábilmente, para que secundara sus planes militares y nada más.

Sea como político, sea como general, Bolívar se atuvo sólo a sí mismo. Careció de consejeros y asesores. En las grandes decisiones o en las pequeñas medidas, tuvo que apoyarse únicamente en su propio genio. Esta circunstancia es, acaso, la más admirable de su destino: como un hombre solitario en la meditación y en el poder de decisión, pudo organizar y dominar la fauna humana de pueblos indolentes y anarquizados, regular su organización política, coordinar las naturalezas encontradas de sus generales y manejar tropas improvisadas.

Verdad que el ejército lo amaba lealmente y lo seguía sin desmayo cuando cruzaba las cordilleras en los caballitos colombianos o en esas mulas patifinas que se trajo de Bolivia; y que los muchedumbres lo acogían delirantes cuando entraba vencedor jinete en "Palomo Blanco", el soberbio corcel que se murió de pena cuando lo separaron del Libertador. Pero civiles o militares, fueron instrumentos de su talento de conductor, no amigos de verdad, ni confidentes, ni consejeros.

Esa confianza inquebrantable en sí mismo, esa fuerza invencible que da la convicción de un destino superior, esa soledad grandiosa y trágica a la vez del alma confiada a su exclusiva capacidad de acción, explican la concentración meditabunda del héroe y sus brillantes improvisaciones en el combate, sacando todo de su interior, sin confiar en nadie, porque Bolívar no tuvo otro maestro, en sus veinte años de guerrero y de hombre público, que Bolívar.

La frase en lo físico sería absurda, pero espiritualmente el Libertador sostuvo un mundo durante dos decenios, en sus espaldas.

Con fina comprensión, Cornelio Hispano anotaba: "Tus ojos son tristes como los de un dios".

Y es que ese mirar relampagueante para la acción, se hacía grave y triste en la dramática soledad del creador, hundido en la tempestad de sus problemas.

84

Un átomo en constante movimiento: esta imagen definiría la verdad psíquica de Bolívar. Un átomo, claro está, compuesto de infinitos electrones y partículas, algo tan vasto, tan complejo, tan difícil de penetrar como la inmensidad del manto estrellado.

Avanzar, siempre avanzar hacia adelante. Victoria absoluta o nada. Alcanzada la victoria, iniciar inmediatamente la organización civil. Velar de día y de noche por el ejército. Obedecer a las leyes. Socorrer a unos, alentar a todos. Resolver problemas. Crear recursos. Dictar cartas. Preparar discursos y proclamas. Deshacer intrigas. Disipar celos y rivalidades entre sus generales. Desbaratar las maniobras de los politiqueros. Convertir el aire en billetes. Planear las próximas campañas militares. La mitad del día impartiendo órdenes, la otra mitad sin bajar del caballo. Y soñar, soñar, dormido o despierto, siempre hilvanando pensamientos, dando por hecho lo que aun está en embrión.

Bolívar se agigantaba en el peligro y en la actividad. Necesitaba su alma intrépida los acicates de lo difícil. El cuerpo irrequieto, el espíritu en tensión de avance. Fue, realmente, el genio de la acción.

85

No pensó en una raza cósmica como Vasconcelos, ni se iluminó creyendo que el Nuevo Mundo sería el continente mejor. Pero quiso crear repúblicas jóvenes, viriles, llenas de energía y de esperanza. Comprendió a todos los grupos étnicos, a todas las clases sociales, a todo color de piel; quiso integrarlos por la unidad política en el entendimiento racial.

Su frase penetrante en el Mensaje de Angostura define su criterio clarividente:

"No somos europeos, no somos indios, sino una especie media entre los aborígenes y los españoles. Americanos por nacimiento y europeos por derecho".

¿No es éste el anuncio del gran mestizaje sudamericano?

Tuvo blancos, criollos, mestizos, mulatos, indios, negros en sus ejércitos. Convivió democráticamente con todos y por todos fue amado y respetado salvando las naturales excepciones de los émulos.

Continentalista por encima de los nacionalismos estrechos, su concepto de la nueva raza americana no fue en sentido de superioridad biológica, sino de un mejor tipo de sociedades afines ligadas entre sí por principios éticos y de equilibrio étnico.

Cargó sobre sí las miserias, el atraso y el desorden de los pueblos en medio de los cuales tuvo que actuar, pero creía en el material humano del hemisferio. Sus amarguras transitorias y la gran decepción final del ocaso oscurecido por la enfermedad y el abandono, constituyen la crisis de un organismo agotado por el desgaste físico. Pero su gran ideal de la nueva raza americana sigue incólume.

86

Como es lógico, tratándose de un grande hombre, circulan especies malintencionadas —todo varón excepcional tiene su Suetonio— relativas al modo de ser de Bolívar.

Dicen los malévolos —Mitre explotó perversamente el caso— que el Libertador no miraba de frente a sus interlocutores y que desviaba la vista o mirada al suelo mientras los escuchaba. La explicación es sencilla: el grande hombre sabía el poder magnético de su mirar, no quería intimidar a sus visitantes. Existe una otra razón sólo percibida por modernos psicólogos: las mentes

53

superiores pueden desdoblarse en dos atenciones simultáneas; por ejemplo una persona escribe oyendo música; otra (un profesor) dicta su clase al mismo tiempo que lee un periódico; el Libertador, hombre de inquietudes y soliloquios, desenvolvía ese doble ejercicio mental: podía atender con precisión a una persona sin dejar de pensar en sus propias preocupaciones. No quería ser tenido por desatento y tampoco podía reducirse a escuchar los largos parlamentos que con frecuencia se le prodigaban. No hubo, pues, tal esquividad de la mirada, sino una doble percepción hacia afuera y hacia adentro, un deseo de no herir y una voluntad de proseguir la meditación introspectiva aun manteniendo el diálogo.

Se dan, por muchos, dos casos en los cuales se piensa, inmotivadamente, que Bolívar habría incurrido en exceso de libaciones y en el acto frenético de subirse con espuelas a una mesa bailando de alegría. Una de ellas fue al saberse la victoria de Ayacucho. Ni embriaguez (está probado que el gran caraqueño jamás se emborrachó) ni acto delirante ni gesto de locura. Ya lo dijimos: el Libertador no fue un semidios ni un superhombre, sino un varón de carne y hueso sujeto a las contradicciones, debilidades y extravíos de todo ser normal. Es perfectamente comprensible ese arrebatado de júbilo después de las largas tensiones de duda angustiosa a las que estuvo sometido en la Campaña del Perú. El saber coronada su lucha de quince años habría enloquecido a cualquier otro.

Tocante a sus impacencias, brusquedades, errores, celos a veces, a veces trato injusto, las desigualdades de su carácter que tan pronto incurría en palabras o gestos arbitrarios, como se convertía en el más fino y cumplido caballero han de atribuirse a los rápidos cambios de estado de ánimo derivados de su pasmosa actividad y la multiplicidad de sus deberes.

Lo extraordinario es que un hombre de tantas obligaciones y tamaños desvelos, hubiera sabido reprimir sus pasiones, frenar sus impulsos e imponer la hegemonía de la razón sobre la impulsividad de su carácter.

Nadie puede exigir la unanimidad de los afectos. Bolívar disgustó a determinados sujetos; ganó la admiración de muchos. Y la posteridad lo mantiene con alteza de montaña a sus pies se disuelven y se pierden las sombras de sus menguados denostadores.

Bolívar-hombre es más grande que Bolívar-ídolo.

87

Varios de sus biógrafos hablan de la triple lucha del Libertador: contra España, con los mismos pueblos que liberaba y contra si mismo.

Pero en verdad esa lucha titánica y sin descanso la libró Bolívar en cuatro frentes: contra el Imperio Español, (no contra los pueblos que siempre lo amaron) sino contra los políticos sudamericanos, contra algunos de sus propios generales, y finalmente contra su carácter exaltado y fogosamente imaginativo.

De ahí los cambios bruscos del ánimo, el ensimismamiento, los raptos de ira rápidamente apaciguados, la gravedad en los instantes de reposo, las contradicciones que brotan al influjo de sentimientos encontrados.

Puede imaginarse las torturas interiores de esta alma fustigada por las miserias del vivir en constante roce con toda clase de seres humanos. Infrecuente en las confidencias, solo para las grandes decisiones, fue en realidad un táctico admirable que atendía a todo y tenía que responder por todos.

Se le reprocha que prefería sus militares europeos que a los criollos. No fue cosa del corazón sino del alto sentido de disciplina y responsabilidad que imponía a los suyos. Los europeos en general —descontando sus contados enemigos personales— le respondían mejor debido a su rigurosa formación profesional. Claro que otros, sus compatriotas como Urdaneta, Salom, Páez, Anzoátegui, Arismendi, Córdoba, Flores, Ribas, Santander, Soublotte, fueron

distinguidos por él; y cuando encontró en José Antonio de Sucre al amigo ideal y leal, el mejor de sus generales, lo encumbró sobre todos consagrándolo Mariscal de Ayacucho.

Tuvo, asimismo, grandes y fieles admiradores entre los políticos, pero por uno leal surgían diez envidiosos de su gloria, y más que de ella de sus capacidades de organizador y estadista.

Contra España siempre en inferioridad de hombres y de armamento. Contra los políticos expuesto a las intrigas y las calumnias. Contra sus generales no que tuviera que cuidar de ellos que la mayoría lo adoraba, sino debiendo regular sus celos recíprocos y sus ambiciones. Contra si mismo, bien: fue el combate más difícil y prolongado, porque el gran romántico, el idealista, el varón de la inagotable fantasía que siempre se anticipaba a la realidad, el sempiterno soñador, tenían que ser frenados por el hombre público prudente y reflexivo que padecía la impaciencia de ver efectuados sus planes.

Ni Alejandro ni César, ni Carlomagno ni Bonaparte, conductores invictos e indiscutidos, estuvieron expuestos a la tempestad de los desórdenes y las envidias que rodearon al gran caraqueño. Esos cuatro monarcas gobernaron sobre naciones ya organizadas, en forma omnimoda, como verdaderos reyes, cuidándose poco del gusano roedor de la anarquía interna.

Bolívar, en cambio liberaba y organizaba repúblicas que tan pronto aclamaban su genio militar como se alzaban contra su mando y sus ideas políticas.

El poder de la realeza habría dado a Bolívar más tranquilidad. Su ideal republicano sólo le otorgó decepciones y peligros constantes.

El hombre de los Cuatro Frentes de lucha fue víctima final de su propia grandeza y de la vileza de sus adversarios. ¿No refiere el pensador que toda alma insigne expía su grandeza en el dolor?

88

Españoles y europeos quieren ver en Bolívar al descendiente de vascos, al occidental formado en varias generaciones de criollos de sangre europea.

Nosotros, desde el ángulo sudamericano, sostenemos que el Libertador no fue solamente un descendiente de españoles. Fue el gran mestizo de América, modelado por el cruce de las razas. Bien que predominara en su constitución genética la influencia hispana, hubo gotas de sangre india —y acaso también de negra— en su ancestro. Y no se olvide que fue uno de sus antepasados el famoso mestizo Francisco Fajardo —hecho sólo aliviado por Encina— cuyo genio impetuoso y levantisco renació en el hombre de Caracas.

Hay otra circunstancia: la psicológica. Aun debiendo origen y cultura a Occidente, Bolívar nunca quiso someterse a normas ni instituciones europeas. Proclamó siempre la independencia política y la emancipación cultural preconizando que la nueva raza americana daría al mundo un nuevo tipo social y humano, concepto estampado repetidamente en sus proclamas y en sus cartas.

El tipo antropológico revela mezcla de ancestros diversos. El tipo intelectual se evidencia libre y abierto a la fusión de razas y costumbres. Bolívar supo hablar al llanero, al indio, al cholo, al negro, al mestizo, al criollo modesto o al criollo aristócrata a cada cual según convenía; por eso fue amado y entendido por todos. A las mujeres no necesitaba hablarles: ellas sentían la fascinación del héroe al primer choque visual.

Este aspecto del Libertador como precursor y arquetipo del gran mestizaje sudamericano daría materia para un libro.

89

Muchos investigadores no concilian los relatos de sus contemporáneos: ¿por qué unos sostienen que era huraño, melancólico, y otros lo vieron jovial, desbordante de vitalidad y alegría?

Es que los dos tipos psicológicos, el introvertido y el volcado hacia afuera convivieron en su espíritu. Bolívar en la acción, comentando las victorias, en reuniones con sus generales o de sociedad, era abierto, ocurrente, irradiando ingenio y simpatía. Bolívar en la soledad meditativa, fruncido el ceño, parecía cerrarse en sí mismo y un velo de tristeza cubría su mirada. Unos lo vieron en los instantes de regocijo y dieron su imagen; otros lo contemplaron en la introspección penosa y entregaron la suya. Pero los que más lo frecuentaron como O'Leary, Peru de la Croix, Miller destacan la doble modalidad de su carácter, tan pronto abierto a todas las sollicitaciones del mundo exterior, como reconcentrado en el laberinto de las dudas y temores que asaltaban su espíritu.

La acción, la guerra, las campañas triunfales, el inmenso peso en los contrastes, la intensidad dramática de su vida pública que emparejó de hacer dinámico al militar y al político, no daba ocasión —o la daba infrecuentemente— de capturar el fondo de su grande alma. Bolívar fue todo movilidad, física y mental para la mayoría de sus amigos y observadores. Lo veían transcurrir en perpetua agitación, jubiloso, inquieto, desbordando planes e imaginaciones.

Pocos fueron los temperamentos sutiles que compren- dieron o adivinaron que Bolívar fue un hombre triste. La inmensidad de su ambición, la pesadumbre de su gloria, el abismo que se abría entre su fantasía y la mísera realidad, le negaron la dicha tranquila de las áureas medianías.

El "genio de la guerra" como él mismo se calificó, fue también el infortunado meditador trascendental, el autocrítico, el lúcido antagonista del destino. ¿No asedia la tristeza —que es conocimiento de la vida y de los hombres— a toda alma grande?

Podría aplicársele los versos de Tamayo: "Fue noble, triste y grande /Habitó un sueño /Como habitar el Ande /Hombre sin dueño /Fue Hermes y Apolo /Volverá un día, grande /y siempre solo"!

90

—Mi General: dicen que un inglés ha hecho una descripción literaria de usted que lo retrata exactamente...

—Eso es imposible. ¿Si yo mismo no me conozco bien, cómo podrían saberlo los demás?

—Dos edecanes que la leyeron dicen que es usted.

—Será el hombre de la espada, porque al hombre interior ni mil demonios lo adivinarían. Yo me enciendo y apago como el sol en día nublado. Un alma tormentosa podría ser descrita... ¿pero un alma de muchas almas quien la comprendería?

91

Este escultor de naciones modelaba para el futuro modificando el presente. Su genio impetuoso se proyectaba siempre más allá. "Pensaba en continentes" más que en países. América del Sur, creada y liberada por él, debía elevarse a un plano de universalidad que no vio ninguno de sus contemporáneos. Siete años antes de su muerte profetiza: "América no es un problema, como tampoco es un hecho. Es la más grande e irrefutable obra del destino".

En el ocaso de su tormentosa vida pública soñaba ir a la Argentina y al Brasil para organizarlos de acuerdo al sistema republicano. Pensó en las Filipinas y hasta se atrevió a soñar en el salto gigantesco a España para acabar con la monarquía e implantar un régimen democrático. Así el imperio sería sometido por las jóvenes repúblicas del hemisferio sur.

37 grandes batallas y 472 combates jalonan su increíble carrera militar. Fue el estratega de las grandes concepciones bélicas y el táctico de la improvisación en el curso de la pelea. Lleno de ardor y de coraje cargó muchas veces al frente de sus tropas. Jamás se sintió vencido aun en medio a las peores derrotas. Fue el gran animador de los ejércitos, a los que supo infundir el valor,

la fe inquebrantable, la voluntad de vencer y esa llama intrépida de libertad y gloria que consumía su espíritu.

Si se considera la vastedad del teatro de sus hazañas, la escasez de medios materiales, y las turbamultas de hombres incultos, indisciplinados, indolentes que tuvo que convertir en buenos soldados, su trayectoria fulgurante iguala o supera a las de los más grandes capitanes de la historia. Estos manejaron imperios, sociedades bien organizadas. Bolívar tuvo que crear pueblos del barro humano pisoteado por tres siglos de cautiverio.

Sempiterna actualidad la suya para políticos y estudiosos. En sus grandes documentos públicos —la Carta de Jamaica, el Discurso de Angostura, sus Mensajes al Congreso, los Proyectos de Constitución, el Manifiesto de Carúpano—; en sus Proclamas y Discursos; y especialmente en las tres mil cartas de Bolívar-epistológrafo, está la realidad viva de América, tan actual hoy como ayer, prieta de enseñanzas y advertencias que siguen recogiendo historiadores y sociólogos.

El pensamiento del Libertador es el oráculo del continente. Quién lo consulte nunca será defraudado. Estadista y político, legislador, poeta y orador, su verbo vehemente sigue resonando en los oídos de próceres y multitudes.

Hay un estilo de victoria y de iluminación que llamaremos el estilo bolivariano.

Ni la presidencia vitalicia ni el poder moral —dos de sus conspicuas ideaciones— fueron entendidas. En esta hora de quiebra de la democracia que desemboca en demagogia y de extendida corrupción civil y castrense, más de un gobernante, agobiado por los problemas que lo acosan, habrá vuelto los ojos a esas dos piedras miliare que un día no lejano el mundo americano adoptará como cimiento de un nuevo orden político.

Treinta años estudiando, investigando, persiguiendo las huellas del héroe y del hombre. Exultando con sus triunfos, padeciendo con sus pesadumbres. Interviniendo en sus diálogos, aprendiendo en sus cartas. Compartiendo sus efectos y participando en sus desengaños. Siguiéndole en sus penosas campañas, teniéndolo siempre a nuestro lado en dudas y esperanzas. Ya no podemos separarnos de Bolívar ni Bolívar podría abandonarnos.

Está en los individuos lo mismo que en las muchedumbres. Veneran su nombre el indio y el mestizo, el negro y el blanco, el joven, el hombre maduro y el anciano, las mujeres y los niños. Su caballo de guerra taconeaba todavía los Andes. Su verbo profético resuena del Orinoco al Potosí. Su genio vibrante sigue animando a los irredentos y a los postergados pero también alienta a letrados y espíritus superiores.

Es el Sol de América: alumbrando para todos.

92

El amigo reposado al amigo inquieto:

—¿Qué harás esta tarde? Vamos al cine.

—No puedo; tengo cita con Bolívar.

El desdeñado:

—Ya sé, ya sé que hace muchos años escribes un libro sobre el Libertador. Te está comiendo la vida. ¿Cuándo lo acabarás?

El escritor:

—No lo sé, ni importa cuándo. Pero soñar en él, trabajar en la grande empresa, da un sentido elevado a mis días. Bolívar es el mejor acicate del espíritu para el pensador y para el hombre de acción.

El amigo, entre incrédulo e irónico:

—¿Y dónde encontrarás al caraqueño esta tarde?

—En el parque. El viento sopla recio y cuando las arboledas se mecen agitadas por el aire enfurecido, yo siento que Bolívar viene a conversar conmigo. La naturaleza insurrecta me conduce hacia el gran rebelde.

—Sueños, sueños... ¿No sería mejor pensar en los problemas actuales, dejar de mirar al pasado?

—El Libertador rebasa su época, es de todos los tiempos actuales y futuros. Sus problemas siguen siendo los nuestros. Si recoges bien sus ideas, si meditas hondamente en sus enseñanzas, verás que su camino de verdad y de belleza se prolonga indefinidamente al horizonte. Nunca termina...

—Estás fascinado por el grande hombre. Es malo. Casi se diría que lo tienes por un dios.

—Ni Dios ni semidios. El Héroe, el que se bate contra el Destino, contra los hombres y contra si mismo. Además el amigo leal, el buen consejero, porque enterrada la espada de Junín la pluma inspirada del Hombre de Pativilca sigue abriendo surcos en mi conciencia.

El amigo impaciente:

—Te has creado un ser imaginario para que haga parte de tu vida.

El escritor sereno:

—¿La imaginación no es parte de la vida? Se vive en la acción y en el pensamiento. El Bolívar que yo encuentro en la soledad está más vivo, para mí, que muchos de los que me rodean.

—Pero ese interlocutor ideal no puede responder a tus preguntas...

—Claro que las responde; basta tener buena memoria y recordar sus dichos y sus hechos.

El amigo despectivo:

—Francamente, no te envidio. Te has creado un fantasma para poblar las horas vacías.

El escritor sin alterarse:

—No hay horas vacías para el buscador. Bolívar no es un fantasma, es el más vivo de los hombres porque sigue gravitando en la conciencia de los americanos. A unos los espanta su audacia, a otros los reanima su valor. Todos beben de su historia y su leyenda. Para toda hazaña política o militar hay que partir de su ejemplo, para mantenerse fuerte en los contrastes o en el desaliento, hay que volver a él. Su nombre es símbolo de heroísmo y de constancia. Es el eterno Maestro de Carácter que el continente necesita. Idealista y constructor a un tiempo mismo. Demócrata y republicano de principios, dictador en los hechos porque los hombres requieren ser guiados por una sola cabeza. Tiene otra virtud; apesar de sus exageraciones y sus yerros, el Libertador abre camino a la confianza, a la esperanza: si él creó un mundo de la nada ¿por qué no podría cada cual, a semejanza suya, luchar contra la adversidad y dejar también algo noble y duradero?

—Lo estás endiosando...

—Nuestra época no admite hombres-dioses. Pero si Bolívar hubiera existido en los tiempos homéricos, seguramente la leyenda olímpica lo habría divinizado.

—El amigo, bruscamente enardecido:

—Nunca me gustaron la autoexaltación, ese tono cesáreo, la egolatría de tu héroe.

—El escritor imperturbable:

—La verdadera grandeza es excesiva. Sin ese concepto íntimo de su propio valer, Bolívar no habría sido Bolívar.

—Lo hiciste crecer tanto en tu admiración, que ya no se lo divisa en su dimensión humana.

—El Libertador es el primer ingeniero político del continente, su mayor talento militar, el varón diamantino de las mil facetas, el soñador que más lejos proyectó sus ideas. ¿Por qué extrañar que se le tenga por el genio tutelar de América?

—Su dictadura final borra al demócrata.

—No tal: frente a la anarquía debió responder así.

—Pareces un espejo que devuelve su imagen.

—Bolívar nos habita. Vivimos por él, él vive en nosotros. Es la fuerza espiritual que nos anima y nos dispara a los tiempos que aun no han sido. Por eso decimos reverentes:

¡Bolívar, Nuestro Padre!

II

BOLÍVAR EN LA VISIÓN OPACA DE MADARIAGA

Los dos mayores libelos —¿históricos o histéricos?— publicados contra el Libertador, son: en el siglo pasado las Memorias de Prouvenena, nombre que encubre a su enconado enemigo el peruano Riva Agüero; y en el actual el "Bolívar" del español Salvador de Madariaga.

Esta obra viene presentada con tal despliegue documental, astuto sentido del aparato crítico y dominio de la técnica informativa, que desconcierta al lector desprevenido. Y éste es su mayor peligro.

La primera condición del "Bolívar" de Madariaga es la monumentalidad. Dos gruesos volúmenes de formato mayor: uno de 688 páginas, otro de 762 páginas. Agréguese, a ellas, las 900 páginas de su otro libro "Cuadro Histórico de las Indias", que el autor subraya como "Introducción al estudio de Bolívar". Para tener idea cabal del gigantesco mamotreto —revestido con una apariencia suntuaria de estudio histórico y crítico— habrá que leer y entender casi 2.400 páginas. Hazaña previa.

Cabe preguntar: ¿esa frondosa floración de notas, citas, cartas, documentos, testimonios fue toda compuesta, clasificada y revisada por el autor?

El historiador del siglo XVIII —Gibbon por ejemplo— para escribir su grandiosa "Caída y Decadencia del Imperio Romano", consulta y maneja personalmente las fuentes históricas. Necesita 30 años para terminar su obra. Trabaja solo, como artesano de su oficio. El erudito moderno, que sólo tiene de historiador el mecanismo elaborativo, se apoya en todo un equipo de ayudantes y expertos que le prepara el material investigado y le economiza horas, días, semanas, meses y hasta años de análisis y preparación. No necesita consultar las fuentes ni buscar datos: cien ojos, mentes especializadas le entregan el resultado de sus averiguaciones. Ya se sabe cómo Ludwig montaba sus célebres biografías sobre esqueletos cuidadosamente armados por pacientes colaboradores.

Es el primer reparo al libro del escritor hispano: no tiene unidad de estilo, continuidad analítica, ni precisión en el método crítico. A ello se deben sus numerosas fallas, contradicciones

frecuentes, errores, lagunas imperdonables, porque fruto de inteligencias diversas, faltó la cabeza genial para coordinar sus partes constitutivas y sublimarlas en creación de verdad y de belleza.

Apesar del inmenso interés que suscitan el tema y el protagonista, no obstante el prestigio del biógrafo, la obra es densa, pesada, asfixia al lector. El relato fluye con dificultad, se enturbia, se diluye; sólo en fugaces páginas alcanza la fuerza y el poder de seducción de la buena literatura.

Es, en suma, un Bolívar entrevisto a través de la visión opaca de Madariaga.

El escritor peninsular es un temperamento frío, calculador, sistemático. Hace muchos años proyectó su trilogía del Nuevo Mundo: el Descubridor, el Conquistador, el Libertador. Salió primero su libro sobre Colón, en el cual pretende demostrar que el genovés era judío. Siguió la biografía de Cortés, parcial izada en el enfoque hispánico que subestima al criollo, al mestizo y al indio. En ambos casos exaltó desmedidamente a Colón y a Cortés. ¿Qué hacer frente a Bolívar, cómo presentar al Héroe Americano (fijarse bien: al héroe americano. que don Simón no puede ser héroe español) mil veces loado por famosos escritores del mundo entero? Una apología más —Madariaga no es un escritor genial— habría pasado desapercibida. Entonces el pseudo-historiador elige el ángulo fructuoso: quemar el templo, derruir el ídolo. Así lo enseñó Eróstrato hace más de dos mil años. Así se obtiene enfureciendo a millones de creyentes, provocando las polémicas que atizan el comercio libresco, y halagando el amor propio nacional, la fama tardía que no alcanzaron cuarenta años de jornalera actividad.

Y éste es el segundo reparo al libro: el planteamiento equívoco, el propósito deliberado de calumniar y denigrar, la persecución ilícita del éxito por el escándalo.

Punto de orientación para psicólogos sutiles. ¿No será que el ensayista hispánico quiso imitar el ejemplo de Rousseau para obtener notoriedad: escribir sobre la desigualdad de los hombres precisamente porque todos insistían en su igualdad? Este español no amado ni entendido ni por republicanos ni por franquistas, ¿por qué no se atrevería a mellar la figura de nuestro libertador, saliendo del elogio común, rayando en atrevimiento y novedad, tratando de ganar el aplauso de treinta millones de compatriotas a los cuales se haría consentir que Bolívar fue sólo un español equivocado?

Se trata de un vastísimo mosaico, obra casi benedictina, pérfidamente montada trozo a trozo, fragmento por fragmento, con tal acopio de papeles que lo respaldan, con asiduo y enervante apoyo de archivos y correspondencias consultados con criterio parcial, de manera que la probidad del historiador se empaña por el juego desleal del libelista.

Tan trabada, densa, desigual y astuta la apariencia externa, que apenas se puede sondear la intimidad psicológica del relato.

Si se hace un estudio comparativo de las bibliografías positivas y negativas sobre el Libertador, se comprobará que Madariaga trabajó con espíritu maligno, explotando únicamente los aspectos oscuros y no las luces de la vida insigne. Eligió y relievó lo criticable, deformó la realidad histórica, en la mayoría de los casos apoyándose en testimonios dudosos y en la propia fantasía deductiva. Los tres volúmenes están sobre-saturados de inexactitudes, ligerezas y propósitos aviesos. Para desmontar esta inmensa maquinaria de embustes, habría que componer otros tres volúmenes —2.400 páginas— con el genio analítico y la bendita paciencia de don Vicente Lecuna, gran historiador venezolano, que en los tres tomos de su admirable "Crónica Razonada de las Guerras de Bolívar" y en los otros tres de su estupendo "Catálogo de errores y calumnias en la historia de Bolívar", ha demostrado la figura y la obra verdaderas del Libertador, pulverizando a tontos, perversos e ignorantes porque nadie como él manejó mejor los archivos caraqueños y bogotanos donde está inscrito el acontecer bolivariano, ni investigador alguno lo superó en la destreza y probidad del análisis crítico.

Insistimos: para destruir la montaña de oprobio y de mentiras levantada por el escritor hispano, se requeriría muchos años de labor, un equipo de especialistas que prepare la documentación desmentidora de sus fábulas, y una pluma experta que tenga, a la vez, de historiador, crítico y poeta.

Porque de Bolívar, como lo pide Martí, no se puede hablar sin tener la verdad por cima y la belleza en el recuerdo.

El catálogo de los errores y mentiras de Salvador de Madariaga, pertenece al futuro. Esperemos que lo elabore un verdadero y probo historiador.

El "Bolívar" del escritor español es un libro bellaco de intención y de estructura. Falsea la historia. Busca impresionar, no convencer. Unilateral, tendencioso, compuesto con mala fe y abultada perfidia, delata un rencor sordo, persistente que fluye como río subterráneo por el cauce de sus páginas.

Pero el "Bolívar" madagariense se comprendería mal si antes no se conoce su antecesor en el tiempo: el "Cuadro Histórico de las Indias". En esta obra, con estólida malignidad, el ensayista sacrifica la verdad histórica al orgullo nacional. Para él América no es América: es solamente España. Denosta y desprecia a criollos y americanos, porque sólo ve españoles. Fabulosa teoría: la Independencia, después de tres siglos de explotación colonial, es para Madariaga únicamente un extravío de españoles ambiciosos que se pasaron a los rebeldes ansiosos de libertad. Bolívar un peninsular equivocado. Los pueblos en armas y en guerrillas, los grandes conglomerados étnicos en pos de emancipación política, los mercados internos que pugnaban por liberarse del yugo económico de Madrid y de Sevilla, nada significan para el alegre investigador.

Sólo conociendo y desmenuzando a fondo la "Introducción a Bolívar" de Madariaga, se puede avizorar y comprender qué se propuso el avieso biógrafo en su monumental y pérfido ensayo sobre el héroe y el fenómeno emancipatorio que derrumbó al Imperio Español. Algo muy simple: intentar demostrar —absurdo afán— que América, la Nuestra, la del Sur, la del Centro, la de las Islas, no es América, sino solamente Hispanoamérica, proeza del genio hispánico —que nadie niega— y prolongación en el tiempo del imperio desvanecido que no pudiendo afirmarse en la materialidad histórica, debería mantener hegemonía en el ámbito espiritual.

La obra inicial del hispano, que a su juicio sirve de pórtico para conocer a Bolívar, debió llamarse no "cuadro histórico", sino "Cuadro Idílico de las Indias visto con Lente Español de Aumento de Color Rosado".

En este libro la deformación del proceso pre-emancipatorio de América es tan visible, que raya en lo pueril. Se calla y se oculta lo esencial, en tanto se ilumina con luces falsas pasajes inocuos o dudosos. Madariaga inventa, maniobra, disloca a su antojo la interpretación de los hechos valiéndose de testimonios casi siempre parciales y sospechosos de virreyes, visitantes, guerreros, frailes o viajeros volantes. Jerarquiza ilícitamente a los enemigos del grande hombre, para construir por sus labios la leyenda negadora de sus hazañas. El vasto fondo político-social que a manera de un fresco multicolor se proyecta en el "cuadro histórico", es falso de toda falsedad. Quien conozca la historia americana, sin necesidad de acudir a los archivos ni al papeleo acucioso, sabe perfectamente que jamás existieron ese convivir idílico, esa bonanza paradisíaca, esa unidad humana o económica entre castellanos, criollos, indios y mestizos.

La América quebrada y dispersa por la Conquista (el mismo Madariaga dice "Las Indias españolas eran un mundo de muchas tierras distintas... "Faltó decir" y pueblos"), tuvo necesariamente que estallar en violencia y desesperación para poder recomponerse después en vida emancipada. Miles de documentos que anotan las historias y catalogaron los investigadores, atestiguan que el ansia de libertad, de independencia económica, del nacionalismo terrígeno, fueron el motor propulsor del fenómeno emancipador. Nadie amaba —salvando contadas excepciones— a los crueles déspotas del Rey hispano ni a sus odiosos exatores de la riqueza pública y privada que transportaban a la península los enormes rendimientos del trabajo americano.

Tres siglos de opresión, de privilegio, de uso y abuso del poder, determinaron la libertad de la América colonial.



Simón Bolívar, por F. Martín Drexel, irlandés.
Pintado en Sucre — Bolivia en 1827

Esto sólo pueden negarlo miopes o empecinados.

Es igualmente falso que hubiesen existido a inicios del siglo XIX en el continente sur, algo así como la "guerra civil" que enuncia Madariaga o conflictos de secesión. La verdad es que España y los españoles eran una cosa; otra muy distinta criollos, mestizos e indios. Esa nueva humanidad psicológica y social —que el historiador hispánico mal comprende porque no la conoce— fue la respuesta inevitable del mundo americano a la incitación de la conquista peninsular.

Este hecho fundamental de la historia de América, Madariaga lo ignora —o prescinde de él— en absoluto, y en las 900 páginas de su "cuadro histórico" se esmera en presentar un ciclo monótono y artificioso de hechos que desmiente el testimonio histórico, y que ningún investigador probo podría admitir sin reparos.

Cabe preguntar: ¿puede presumir de historiador, de estudioso honesto, de juez imparcial, siquiera de ensayista bien informado, quien deliberadamente adultera la realidad, cerrando ojos y oídos al proceso vivo de un continente?

Las Leyes de Indias, indudablemente buenas, quedaron en el papel, pues como el mismo Madariaga reconoce: "no hubo jamás tal dominio de España en las Indias. Varios reinos en Europa, varios en las Indias, eran gobernados por un sistema complejo, de poderes: opinión pública, municipios, resistencia pasiva local, desobediencia. Fuerzas que por venir de abajo operaban en modo autónomo contra las autoridades legítimas".

Confesión de parte. Si no hubo dominio hispano, ni se cumplían las leyes, fue lógico que las poblaciones se alzaran en pos de propio destino, ya que las oprimía de un lado y de otro las abandonaba el poder conquistador.

Aun esta afirmación del escritor español es errónea. Hubo dominio hispano, atrabiliario, desordenado, despótico. Sus errores determinaron su caída.

Esto no significa desconocer lo que América debe a España. Lengua, religión, instituciones jurídicas y sociales, cultura las debemos a Iberia materna. España funda la América histórica y la inserta en el mundo moderno. Su tarea civilizadora es gigantesca. Junto a los aventureros, desaforados y opresores, se levantan grandes figuras de virreyes, exploradores, adelantados, sacerdotes, dignatarios y hombres de letras cuyo sólo nombre esclarece la misión humana. Cortés, Pizarro, Balboa, el P. Vitoria, el P. Las Casas, Cieza de León, el Virrey Toledo, para no citar sino siete entre muchos, afirmaron la gran cruzada civilizadora del imperio. Por donde se cruce el territorio americano, ciudad, pueblo o villorrio, se tropieza con el basamento hispano —ruina, recuerdo, fábrica todavía en pie— constituido por la plaza mayor, la iglesia y su torre, los municipios y cabildos que aun expresan la voluntad popular, y la hermosa lengua de Castilla de que nos ufamamos los americanos del Centro y del Sur.

Pero esto sería materia de otro libro o de otro ensayo: reconocer, hidalgamente, lo mucho que América debe a España, porque es hija suya, sangre de su sangre, sin olvidar que la progenie hispano no lo hizo todo por sí sola. Porque el alma india, la vitalidad mestiza, capitaneados por los criollos, hicieron también lo suyo. Muy a su pesar Madariaga reconoce que "la población mestiza fue prototipo y símbolo de los nuevos reinos". Más allá agrega: "estos seres colectivos, naciones o sociedades nuevas, fueron creciendo con entera independencia biológica unas de otras y de la metrópoli".

Este es el error de perspectiva capital del historiador hispano: su formación humanista, su preparación de investigador, su razonamiento crítico le hacen ver que España y los españoles fueron una parte en la emancipación continental, y el genio criollo y mestizo otra, de modo que al Imperio se opuso la antítesis América y los Americanos. Para él sólo hubo las Indias Españolas, antes; hoy Hispano-américa, siempre sociedades nuevas o naciones que juzga en estrecha dependencia del poder peninsular, ayer político y económico, hoy lingüístico y cultural.

La minoría gobernante y cristiana en España, civilizó esos tres siglos la América Colonial, muchas veces con buena intención y acierto en el uso de leyes y sistemas administrativos; pero la masa colonizadora, en su conjunto, se redujo a explotar al hombre americano y acumular riqueza con olvido de la fe cristiana y de una elemental equidad en el trato humano. Por eso decimos que la visión idílica madagariense es perfectamente anti-histórica, porque esconde mucho y exhibe poco.

Sostiene el ensayista que en el siglo XVI, existían hospitales para indios y españoles sin separación entre unos y otros. Cuando recién se fundaban las ciudades y se carecía de recursos materiales, tal vez. Después se imprimió la norma segregacionista con rigor. Baste recordar que en La Paz, capital de Bolivia, en 1930, todavía los tranvías locales llevaban dos secciones: una para los blancos y otra para los indios. Resabio de la sociedad colonial.

Cierto que la Corona reiteró, constantemente y teóricamente, su celo por el bienestar de los naturales de Indias. Pero las Colonias la desobedecieron lanzándose a una explotación "cruel y desalmada de los naturales", juicio de un probo historiador.

El propio Madariaga, reconociendo el abismo social y económico que se abría entre españoles y americanos, dice: "Prosperidad hubo sólo para una minoría de españoles. Riqueza, libertad, estilo los hubo pero sólo para los españoles o criollos adinerados. Mestizos e indios no conocieron esa plenitud de vida".

La ambición política de poder, el resentimiento social, la explotación económica de muchos por pocos, el ansia humana de libertad y soberanía propia: he aquí los móviles de las guerras de emancipación americanas.

No, como piensa el ensayista hispano, una simple contienda entre españoles, sino la fricción gigantesca entre el sistema semifeudal declinante y el sistema democrático naciente.

Madariaga deforma los alcances de la Revolución Americana en el Sur, porque ignora la génesis de sus causas, su filosofía política, su evolución social. Tenerla por un simple "remedio de la epopeya napoleónica" es argumento tan ridículo que no merece siquiera el honor de un desmentido. La clase alta, no muy numerosa, compuesta por dignatarios, letrados, gente culta y jóvenes inquietos y ambiciosos como Bolívar, sufrió la influencia de los filósofos ingleses y franceses precursores de la dignidad humana en la sociedad moderna, y el doble impacto de las Revoluciones de América del Norte en 1776 y de Francia en 1789. Esto es indudable. Pero el movimiento emancipador en el Sur de América, aun acicateado por factores externos, tiene un motor interno que se inicia con los levantamientos populares de indios y mestizos en los siglos XVII y XVIII, que se produjeron en las colonias españolas.

Esos movimientos colectivos de protesta, obedecieron al nacimiento de una conciencia americana, a un estado de rebeldía y descontento en el cual participaban todas las clases sociales. Se fundó en el derecho natural, en la biología histórica. Fue la consecuencia lógica del lento proceso de maduración de los antiguos establecimientos fundados por la Metrópoli, que se sentían impotentes para servir las nuevas modalidades que imponía el duro ascenso de la sociedad mestiza. Entonces muchos de los funcionarios peninsulares, operan secretamente contra la oligarquía dominante. Los pueblos insurgen contra los señores. Los criollos adinerados y cultos, encabezan el descontento popular de indios y mestizos. En 1809 y en 1810 América del Sur estalla abiertamente contra España. Es el principio del fin de la edad media en el continente. Ganamos la independencia política en las primeras décadas del siglo XIX, todavía luchamos por la liberación económica, pero nadie que no sea injusto puede negar que el movimiento de pueblos y de masas en los albores del siglo XIX, en todo el continente, es uno de los hechos históricos fundamentales de la época moderna, tan vasto, significativo y trascendente como la revolución francesa de 1789 o la revolución rusa de 1917, porque afectó a muchas naciones y proyectó su contenido político-social a la humanidad entera.

Al pretender reducir a simple contienda doméstica el gran proceso histórico de la Emancipación Americana, el historiador español socava todo el andamiaje de su edificio crítico: trabaja en el aire. Y no podemos menos que sonreír cuando piensa que la ambición de Bolívar crea el movimiento emancipador, si es justamente a la inversa: es la revolución americana la que engendra a Bolívar y a los libertadores.

Ningún investigador responsable negará la concurrencia de ideas europeas —Rousseau, Voltaire, los enciclopedistas galos y los filósofos sajones, los movimientos democráticos en Francia y en América del Norte— pero aun sin esas influencias y —aunque suene a irreverencia— sin Bolívar mismo la independencia se habría retrasado pero a la postre llegaría con violencia arrolladora. Era inevitable, porque el germen secreto, multitudinario de la miseria, del descontento, del odio a la opresión y a la injusticia, del ansia de libertad, de comunidad mejor organizada, bullía ya tres siglos en las masas de nativos, de mestizos y de criollos, contagiando a muchos españoles con el fuego de su decisión. Basta leer un libro entre centenares —"Los Últimos Días Coloniales en el Alto Perú", de Gabriel René Moreno, boliviano— para conocer la verdadera realidad de la sociedad colonial. O aquel célebre documento suscrito por los diputados al Primer Congreso de las Provincias Unidas del Río de La Plata, que analiza crudamente la triste condición en que se debatían las colonias españolas en Sud América. Centenares, millares de testimonios atestiguan esa sombría realidad sobre las postrimerías del sistema virreinal en el continente.

Este es el error mayúsculo —o la clave del falseamiento histórico— en que incurre el ensayista peninsular: paciente pero burdamente, inflar en modo desmedido las excelencias del sistema colonial español en los tres siglos de dominación virreinal, y al mismo tiempo reducir el horizonte social y la proeza liberadora al tamaño de una oblea, para amenguar la epopeya de los héroes y los pueblos que la produjeron.

¿Puede un estudioso que se precie de culto sustentar que Mirabeau hizo la Revolución Francesa, Washington la independencia de Norteamérica, o Lenin la insurgencia popular que derribó al zarismo; es decir cada uno por sí solo, por su propia cuenta, por su única ambición, por el deseo de imitar grandes figuras del pasado? Los grandes hombres son encarnaciones, sublimaciones de la conciencia colectiva. Son los pueblos, las ideas, los movimientos nacionales

los que engendran a los héroes, caudillos, políticos, conductores, y no éstos los que producen aquellos. Madariaga, escritor pasatista, refugiado en los cánones supérstites del XIX, comulga todavía con Carlyle, cree que la humanidad sólo es digna de existir cuando produce algunos grandes hombres; y si alguno de éstos no le agrada, pues la humanidad temporal de la época analizada no existe ni merece ser recordada. Entonces las bellas causas históricas o populares se convierten en errores. Pueril razonamiento.

Desconociendo o silenciando la doble trama de luces y de sombras de una época histórica; velando antecedentes y causas para únicamente relieves lo que conviene a la tesis sustentada; dislocando la trama lógica de los acontecimientos; falseando las características propias dentro de las cuales opera la acción humana; soslayando sutilmente lo que ordenan la perspicacia analítica y la maestría psicológica, no se puede hacer historia ni estudio biográfico. Y lo peor: silenciando lo positivo y encumbrando sólo aquello que es negativo.

Con justa razón el peruano Belaúnde sostiene que en la obra de Madariaga se advierte "la ausencia de criterio filosófico para juzgar en conjunto la revolución hispanoamericana y de modo especial la figura de Bolívar".

¿Cómo habría compuesto Burckhardt su admirable "Historia de la Cultura Griega" despreciando a los helenos? y Mommsen ¿habría levantado su monumental "Historia de Roma" si le hubieran sido antipáticos los romanos? Si Carlyle falla lamentablemente —apesar de su talento y perspicacia— en su equivocada "Historia de la Revolución Francesa", es justamente porque abandonando la disciplina del historiador —probidad, severidad, documentación, análisis sereno de los sucesos y crítica objetiva— se dejó llevar por el odio al populacho cambiando la dignidad del intelectual por la casaca roja del demagogo. Denosta, censura, inventa, exagera, dramatiza a su antojo. Ve únicamente lo malo y salvaje del fenómeno estudiado. Desde su propio ángulo de observación, el gran movimiento político-social del siglo XVIII está ya condenado desde la primera página de su obra.

Carlyle, escritor genial, fracasa ruidosamente. Madariaga, sólo un escritor inteligente pero rencoroso, se despeña. Su libro no quedará.

El ensayista hispano ha demostrado, a través de 2.400 páginas, que ignora lo que es la América del Sur y desconoce al hombre sudamericano. Su historia la recoge de oídas, de lecturas asimiladas tendenciosamente. Sus tradiciones, usos y costumbres, el lento y penoso insurgir republicano, siempre en tensión revolucionaria, el nacionalismo de raíz cristiana y filiación democrática, escapan a su lente. ¿Cómo se atreve a juzgar a nuestra América quien no la conoce ni la ama ni la entiende?

Tanto en el "Cuadro Histórico de las Indias" como en el "Bolívar", Madariaga no escribe historia, ni siquiera buena literatura. Cuenta, apenas, fábulas: fábulas urdidas sobre un tejido prodigioso de mentiras, errores, fallas, tergiversaciones, silencios y enconos no disimulados. Parcial y tendencioso, se cuida, astutamente, presentando copiosa documentación para probar sus asertos. Mas ¿cómo se ha de manejar el documento en materia histórica? Con absoluta honestidad, buscando el confrontamiento de prueba y contraprueba en el hecho estudiado, dosificando los testimonios según provengan de parte amiga o desafecta. El escritor español procede con insistente unilateralidad; aunque disponía de una inmensa bibliografía crítica para consultar, prescinde, en lo posible, de las fuentes sudamericanas, ateniéndose más a la información europea y peninsular. Escoge todo lo favorable a su tesis de una América absurda y de un Bolívar pequeño, y elimina todo lo abundante y vario que enaltecen al Libertador y al continente emancipado. La Revolución Americana de 1810, continental en su raíz, de proyección mundial en su trayectoria histórica, porque fue el primer golpe asestado al imperialismo occidental; ese insigne movimiento de pueblos en busca de libertad y de progreso, acción precursora del impetuoso nacionalismo de nuestro tiempo (hoy asiáticos y africanos siguen las huellas de los americanos que Bolívar condujo a la victoria), no pasan, para el inefable Madariaga de motines callejeros ocurridos en las provincias españolas!

El autor de ambos libros avalora testimonios descalificados ya por la historia. Un solo ejemplo entre muchos: recurrir al dipsómano y vengativo Hippius, lo que ya revela preconcebida

antipatía hacia el héroe. Elimina, en cambio, fuentes de insospechada probidad, juicios de alteza moral, de amigos y contemporáneos que se expresaron bien de Bolívar porque sintieron el sople de su genio.

El historiador hispano es un subvertor de la historia. Para él no existen, en rigor, una Revolución Americana ni un Libertador Simón Bolívar, sino solamente una democracia continental que se ha de subestimar porque se desprendió de la Corona Española y un caudillo cuya leyenda debe destruirse.

Son pues los suyos libros ruines, fundados en el odio, la incompreensión y la envidia. España en manos de militares lo enferma. América libertada por héroes populares le quita el sueño. Su obstinada ceguera no le permite ver la fuerte realidad continental: un laboratorio político-social de magnitud extraordinaria, de excepcional complejidad, que un siglo después de Bolívar sigue interesando al mundo porque representa la forma fluyente y cambiante del sistema republicano, basculando siempre entre la democracia representativa y el nacionalismo de mano fuerte. Teocrático o librepensador, monárquico o liberal, más siempre absolutista, imperialista, colonialista al uso peninsular, Madariaga no alcanza el ritmo febril de las democracias sudamericanas, cristianas, revolucionarias, nacionalistas y populares a un tiempo mismo, a mitad de camino entre la libre empresa y la economía dirigida, impulsadas por la voluntad de los pueblos, pero cuya dirección se confía a minorías aptas entrenadas en el ejercicio responsable del poder. Al componer su "Teoría de las Revoluciones", Aristóteles no podía adivinar que dos mil años más tarde un puñado de naciones jóvenes daría respuesta viril —más flexible en los hechos, más viva y animada en su dialéctica operante— a su pensamiento crítico sobre el arte de gobernar.

¿Cómo un escritor peninsular, conservador, tradicionalista en el fondo, pese a sus declaraciones y arrebatos liberalizantes, podría comprender nuestra complicada psique colectiva, si no empieza por reconocer que desde Colón hasta Bolívar la América del Sur no fue mera prolongación de España sino el advenimiento de nuevas sociedades, una humanidad distinta que pedía nombre, figura y personalidad autónomas; es decir: genio y destino diferentes?

Problema que escapa a Madariaga y otros historiadores desaprensivos: entender que del siglo XVI hasta 1810 las Indias Españolas no fueron simples provincias ni prolongación de la Metrópoli, sino vigorosas y nuevas sociedades en formación.

La obra es desagradable desde la portada, como si la malignidad del escritor se hubiera comunicado a los editores e impresores. En Madrid, en México, en Buenos Aires existen modernas editoriales que imprimen bellos volúmenes para satisfacer al bibliófilo más exigente. El biógrafo desafortunado eligió a "Hermes", mediocre editorial, que da el "Bolívar" madagariense en dos gruesos tomos, tosca encuadernación, mal papel, formato pesado, portada de mal gusto. El precio, por supuesto, elevado. Y un monigote en la cubre-tapa, irreverencia histórica a la memoria del Libertador. Mamotreto por dentro y por fuera. La iconografía es igualmente absurda. Un retrato de Simón Bolívar se presenta como la vera efigie de su padre don Juan Vicente Bolívar. Otro dice "Bolívar en su madurez" y más parece un oidor trasnochado, pues del Libertador nada tiene. Un tercero añade: "Bolívar después de su viaje a Bolivia", y es en realidad el Libertador, joven diplomático en Londres, cuando aun no había librado batalla alguna!

Jugarreta del destino al protervo historiador. Esta obra mal presentada, desagradable de continente y contenido, gigantesca mistificación de la epopeya de la Emancipación Americana, comienza afeándose a sí misma para terminar descalificando a su progenitor.

Pero si en el "Cuadro Histórico de las Indias" Madariaga yerra con frecuencia, en el "Bolívar" desvaría del todo.

¿Cuáles son las fuentes históricas para estudiar a Bolívar y su época?

Los archivos de Caracas, Bogotá, Quito, Lima y La Paz, los testimonios de sus contemporáneos. Los documentos oficiales. Los centenares de libros y millares de artículos escritos en torno al Héroe. Las 3.000 cartas del Libertador donde éste se pinta de cuerpo entero y de alma grandiosa, poco accesible al entendimiento común. Las memorias de O'Leary y de Perú

de Lacroix, sus edecanes. Los autores más consultados —entre tantísimos— son: en primer término Vicente Lecuna, meritísimo historiador que consagró vida y fortuna a la exaltación y a la defensa de los actos de Bolívar. Los 3 volúmenes de su "Catálogo de errores, calumnias y falsedades vertidos contra Bolívar"; su libro "Bolívar y el arte militar"; y los otros 3 volúmenes de su "Crónica Razonada de las Guerras de Bolívar" son obras fundamentales para aproximarse a la gesta bolivariana. Los estudios de Larrazábal, Baralt, Rourke, Gutiérrez, Ludwig, Von Hagen, Fernando González, Blanco Fombona, Cornelio Hispano, André, Arturo Cova, son de gran importancia. Lo que profunda y bellamente dijeron Martí, Unamuno y Rodó. Y como obras de superior envergadura, las dos estupendas biografías de Waldo Frank y de Gerard Masur, acaso las mejores. Finalmente los 4 volúmenes que le dedica Francisco A. Encina. El "Bolívar visto por sus contemporáneos" de J. L. Busaniche. Y la magistral "Visión y Revisión de Bolívar" de Salcedo Bastardo. De estas fuentes veraces y nutricias, muy poco o nada dice Madariaga, si bien hacemos la salvedad de que las cinco finales aparecieron después de su obra.

Naturalmente que las fuentes bolivarianas son inexhaustibles. Podría citarse muchos otros libros y autores de valor, pero basta esta breve selección para demostrar que si don Salvador hubiera procedido de buena fe y se hubiese aproximado a la historiografía sudamericana, habría ensanchado considerablemente su estrecho ángulo visual.

Ruedan, por ahí, centenares de libros, mil interpretaciones en torno al Libertador y su obra. ¿Pero cuántos vieron Héroes y acción en su total grandeza y complejidad?

Abundan los pseudo-Bolívares, al modo madagariense, europeizantes, melodramáticos, más figura de opereta que personaje real. Reconstituir el Bolívar fidedigno, de carne y hueso, genial en sus dichos y en sus hechos, y simultáneamente humano en su asombrosa intimidad, con las luces y las sombras que acompañan al grande hombre, el héroe, en suma, en lucha con el mundo y en combate perpetuo consigo mismo, estuvo reservado a pocos. Y entre ellos, por cierto, no podía contarse don Salvador. Los ojos miopes y la inteligencia torcida ofuscan la visión y el juicio. Investigando poco, callando mucho, deformando más, abultando descaradamente los yerros, inventando cosas no sucedidas e intenciones inexistentes, no se puede hacer historia, biografía, ni ensayo crítico.

No es lícito medir al varón superior con la vara estrecha del hombre común, porque en aquel virtudes y defectos rebasan la medida normal y se convierten en fuerzas de la naturaleza. Y la verdad es que, en la amplitud aterradora del vocablo, sólo dos genios ha producido América: al norte Lincoln, arquetipo político y moral; al sur Bolívar, conciencia solar porque lo abarca y domina todo en la actividad continental.

Olvida Madariaga que el grande hombre es siempre plural, multifacético. Para la historia, para la ciencia, para la psicología, para el arte, el libertador se proyecta en una constelación de tipos humanos como lo vieron Páez y Urdaneta, Santander, Reverend y Carbonell. No es sólo un hombre, es suma de almas. El arquetipo insigne se multiplica y se desdobra según el ángulo de observación y la tensión crítica de quién lo juzga, las aparentes contradicciones de su conducta, los cambios relampagueantes de ánimo y pensamiento, son en verdad expresiones móviles del temperamento nacido para la acción, para el mando, para la lucha con el mundo y con los hombres. Se confirma una vieja sentencia: ¿quién es y cómo es el historiador? Así será lo que cuente. En este caso el español resentido, el estudioso desafecto, tenían, necesariamente, que dibujar un personaje deformado por el deliberado y persistente malquerer.

El ensayista español juzga a Bolívar desde el ángulo español. Pero ni siquiera desde el punto de mira del hispano moderno, superado en la interpretación del pasado —recuérdese la soberbia imagen que nos entrega Unamuno— sino desde la posición ultrareaccionaria, fanática, anticuada del inquisidor del siglo XV: quien no diga que España es lo primero y lo mejor, pues al potro de tortura. Y todo se ha de entender —según él— en función del imperio fenecido, aunque el juzgador se vista de liberal y republicano, porque monarquía, orgullo, privilegios feudales y terquedad ibérica se llevan en la sangre.

Madariaga perfila a Bolívar como un español resentido. Ludwig lo ve con la desaprensión del europeo que mira en la proeza sudamericana sólo un espejo del alma occidental. Waldo Frank

realiza un estudio indudablemente superior a los anteriores, entre lírico y filosófico, de corte mesiánico, de movimiento cósmico dentro de la concepción norteamericana del hombre que hace la historia. Martí, Rodó, Unamuno nos legan fragmentos estupendos. Los que más ahondaron en el hombre y en la época son el venezolano Lecuna y el chileno Encina. ¿La mejor biografía? Acaso la de Gehard Masur, alemán. Y el mejor ensayo de interpretación crítica y sociológica, el de Salcedo Bastardo, venezolano. El tema es inagotable porque es proteico y múltiple el protagonista. Desde la ya superada biografía de Larrazábal hasta el fulgurante boceto de Rourke, el Libertador ha pasado por todos los matices de la investigación histórica y del ensayo psicológico. Demiurgo de la Libertad, protagonista y antagonista de su propio destino, figura extraordinaria cuyo contacto "quema y arroba, porque vivió entre llamas y lo era", ¿cómo podría ser mensurado por los cuervos de biblioteca que se pasan la vida en la menuda contabilidad de tanto más o cuanto menos?

Uno y múltiple el arquetipo, será varia y múltiple la interpretación. El héroe nacional de origen, continental por la obra y trascontinental en la historia, nace del juego contrapuesto de individualidades diferentes. Jugo de razas, esencia concentrada de psicologías. Entender al grande hombre no es entender a una persona; es acercarse y comprender a los pueblos todos de América. Porque quien no ve al pueblo-Bolívar, no entiende al hombre-Bolívar. Quien no alcanza al Bolívar múltiple y completo, tampoco absorbe al Bolívar uno y definitivo.

Este enigma psicológico, esta esfinge genial que aun no dio su secreto final apesar de las 2.500 cartas publicadas, este espíritu esquivo al corto razonar y a la crítica mezquina, acorralla y apabulla a los biógrafos enconados, al punto de hacerles perder la medida de lo justo y el sentido de proporción.

Madariaga no advierte el abismo abierto entre América y España: las Colonias privadas de Libertad, veían trabado su desarrollo, entorpecido su progreso y menospreciada su calidad humana, en tanto al frente contemplaban la decadencia acentuada de la Metrópoli, del régimen monárquico y del sistema virreinal. Es torpeza histórica querer arrancar de los retratos de Bolívar y de San Martín —que se miran con ojo maligno— para explicar la génesis emancipadora, cuando basta ver la efigie del "rey cretino", Fernando VII, para advertir que la Corona estaba podrida por dentro. Y es bellaquería imperdonable buscar supuestas taras o defectillos en los antecesores del Libertador, cuando abundan taras y vicios en la línea de los Austrias y Borbones.

Para hablar de América del Sur, no basta conocer el marco social del español o del criollo acomodado. El criollo pobre, el mestizo, los indios y los negros constituían el 80 sino el 90 por ciento de la población del hemisferio. Al prescindir de lo que hacían, pensaban y anhelaban las muchedumbres, el autor no presenta el cuadro vivo del proceso de la independencia, sino una visión académica del Imperio Español a través del cristal rayado del resentimiento: lo peninsular era todo, lo sudamericano nada.

El capítulo XIII intitulado "Independencia —¿de qué?" (el título es absurdo)— contiene un planteamiento pueril. Madariaga no comprende que O'Higgins, chileno, y Miranda, venezolano, recurran a grandes figuras del ancestro nativo, como Lautaro y el Inca al conspirar, porque según él, como descendientes de españoles nada tenían que ver con los indios. Fatal equívoco. El indio y el mestizo entraron en el alma del conquistador; fueron masa y nervio de las insurrecciones populares y de los combates por la libertad. Por eso los Libertadores, con clara intuición, los incorporaron a sus ejércitos y les abrieron puertas a la vida civil.

Desde el Prefacio (pág. 28) el autor se presenta cargado de animadversión. Pregunta: "... desde su cuna (¿era del todo blanco?)..." Estúpida la demanda y peor en boca de humanista. ¿Qué importancia tiene si Bolívar fue blanco, mestizo, indio o si hubieron gotas de sangre negra en su linaje? ¿Quería Madariaga trasplantar el segregacionismo de la sangre, de la nobleza y del dinero a las Indias Españolas? Para la ciencia no hay razas puras, para la sociología no cuentan los pigmentos de la piel, para la historia genealogías dicen poco porque el grande hombre es hechura de sus obras. Lo fundamental es que Bolívar encarnó el alma y destino de un continente.

El escritor hispano que en sus libros nunca se mostró católico, cristiano, ni siquiera creyente, al juzgar al Libertador se convierte en feroz inquisidor. He aquí un caso en que su propio rencor lo traiciona. En la pág. 28 del "Prefacio" pregunta: "(¿murió como cristiano?)". A medio

andar del primer tomo asegura categórico" murió como cristiano". Y en el último capítulo del segundo tomo sostiene con no menor énfasis que "no murió como cristiano".

El paralelo de Bolívar y San Martín como supuestos imitadores de Napoleón es una majadería. El gran corso fue la voluntad desenfrenada de poder, tendía a rey del mundo, en tanto que los héroes sudamericanos no sojuzgan, dan libertad a los pueblos. La abnegación, la generosidad, el desprendimiento civil los rodean. Precisamente porque no fueron simiescos seguidores de Bonaparte, los dos Libertadores, pudiendo haberse coronado, abandonan voluntariamente el mando y mueren en olvido y pobreza. ¿Cómo ignorar tamaño desprendimiento? En Napoleón vence el espíritu de dominio, la ambición desapoderada. Quería a Europa unificada pero sometida a su voz. En Bolívar y en San Martín rige la ley moral con sacrificio del individuo por el bien común. Capitanean a la América del Sur, la sirven con riesgo y lealtad, pero cuando sienten terminada su tarea, se retiran con nobleza.

El espejismo napoleónico aturde a los ojos miopes.

Infantil es también aquello de censurar al Libertador porque no decía estrictamente la verdad en cartas y documentos. Candidez. ¿Qué guerrero, qué político, qué estadista no vacilaron en subordinar la verdad a la razón de Estado, a la urgencia del momento? Bolívar fue siempre leal, veraz siempre, pero cuando la magnitud del peligro lo imponía, nunca dejó de ser consumado político y estrategia lo mismo con la pluma que con la espada. En lo general rinde culto a la verdad. es honesto, sincero. Si algunas veces calló o se vio obligado a desfigurar los hechos, fue sólo por necesidad, porque así lo exigían la circunstancia política y su profundo conocimiento en el manejo de los hombres a quienes, para hacerlos reaccionar en manera adecuada, debía presentarles las cosas sutilmente.

¿Que Bolívar fue "desleal a España?" Tontería. Bolívar era americano, no español; mal podía ser fiel a un régimen de opresión y de abuso que explotaba a los americanos.

Los otros cargos de "disociación del carácter" que era "inexorable", que su voluntad "siempre estaba en extrema tensión como su orgullo", aquello de "crueldad y fiereza", las reiteradas acusaciones por supuestos defectos y rasgos de dureza, revierten contra el juzgador. ¿Y los jefes españoles fueron angelitos? Todas las medidas de rigor que dictó Bolívar, incluyendo la Guerra a Muerte, ¿no fueron adoptadas como respuesta a las crueldades y crímenes de los jefes realistas? No hay héroe que no se hubiera abroquelado en la firmeza del carácter para resolver sus problemas. Lo inaceptable es que se recarguen las tintas contra los caudillos sudamericanos y no se reconozca análogos y peores excesos en los conductores de los ejércitos peninsulares.

El capítulo IV "El Hombre" —págs. 162 a 187— pudo ser de los mejores. Contiene atisbos psicológicos de buena factura, pero se neutraliza y se pervierte en sus conclusiones finales por la pertinacia con que el autor se aferra a los juicios negativos. Hay que ser un irresponsable o un libelista para sostener estos dos asertos que la historia ignoró durante 150 años: cuando Madariaga sostiene que "Bolívar sucumbió más de una vez a los efectos de la bebida", miente. Miente asimismo al decir que el Libertador "vivía constantemente bajo la amenaza del derrumbe de la conciencia". Esa doble acusación de ebriedad y desequilibrio mental cae por sí misma. La vida de Bolívar, sus cartas y el testimonio de sus contemporáneos evidencian lo contrario de cuanto se sostiene en la pág. 185 del primer tomo.

Al referirse a las vibrantes palabras con que el Libertador se confía a O'Leary, decepcionado porque Napoleón se convierte en déspota y Emperador, el autor califica su estilo de "declamatorio y abstracto". (Pág. 154, primer tomo). No comprende que Bolívar, el gran romántico del siglo XIX, cuyo intelecto estaba ejercitado en las más altas abstracciones del pensamiento, al enfrentarse con el mundo se transformaba en instrumento potente y directo para calificar hombres y sucesos con certero sentido de realidad.

Por la pág. 179 el biógrafo llega al ápice de su ceguera. Dice: "Bolívar era pesimista. Basta con mirarle los ojos". ¿Pesimista el alma más varonil, esforzada, inquebrantable que conoció la humanidad? El jefe que después de un contraste respondía invariablemente: "el arte de vencer se

aprende en las derrotas". El soñador de Pativilca que enfermo, destruido su ejército, sin recursos, cuando se le pregunta qué piensa hacer arroja en una sola palabra su filosofía de la vida: "¡vencer!" Contrariamente el Libertador es el tipo del optimista heroico, nunca desalentado, desconfiado del mundo más seguro siempre de sí mismo y de su causa. Otra cosa es que, con agudo sentido crítico, honda penetración de la miseria humana, desengañado de los hombres, en la hora crepuscular, florecieron en su alma el filósofo, el moralista, el pensador; entonces las cavilaciones y sufrimientos, las dudas desgarradoras, el sondeo introspectivo que ningún idealista ni luchador de vuelo ignoraron porque les van al flanco como espuelas de su interior grandeza.

En la pág. 269 Madariaga comete un monstruoso error histórico al sostener la herejía de que "don Juan Antonio Figueroa, español europeo (era, en verdad, un decidido patriota americano) fue el jefe de la Revolución del 16 de Julio de 1809 y de la Junta Tuitiva", en La Paz, cuando cualquier estudiante bien informado sabe que el glorioso conductor de la gesta emancipatoria en el Alto Perú fue Pedro Domingo Murillo (mestizo y no español) cholo insigne que pagó en la horca su amor a la libertad.

Por la pág. 356 se afirma que "Bolívar entregó a Miranda con el propósito deliberado de congraciarse con el gobierno español y pasarse al otro campo". Con sádico regocijo el escritor hispano añade que se trata de "una acción infame de cuya mancha no podrá jamás lavar su reputación". El perverso embuste ha sido pulverizado por muchos historiadores y en forma documentada y severa por el gran historiador don Vicente Lecuna, quien en su famoso "Catálogo de Errores y Calumnias en la Historia de Bolívar", tomo I, págs. 243 a 265 desbarata plenamente la vil acusación. Bolívar chocó más de una vez con Miranda, le reprochó ardientemente la capitulación ante los españoles, y no es improbable que existiera un fondo de emulación entre el viejo conspirador y el caudillo naciente (Bolívar era, en esa época muy joven), pero la entrega del infortunado general venezolano la efectuaron Casas y Peña, no el Libertador, Lecuna lo demuestra analíticamente.

Es tan torvo el juicio del difamador, que muchas veces la propia elección desmiente a la lengua procaz. En la pág. 369 (siempre del vol. I) sostiene de Bolívar "...después de su humillación íntima en Puerto Cabello, y de la convicción íntima de su propia infamia para con Miranda, estas otras humillaciones externas y visibles del pobre desdeñado en su destierro a Curazao, harían más penetrante y amargo su examen de conciencia". Pero enseguida transcribe una carta del Libertador a Iturbe (pág. 370) que es un bofetón aplicado a la boca del mentiroso, pues el héroe caraqueño, al cual Madariaga supone "humillado, afligido y desdeñado", expresa estos viriles juicios que lo retratan animoso y esperanzado aun en medio a la pobreza y el infortunio. Dice Bolívar: "Es verdad que me han quitado inicualemente mi poco dinero y equipaje, pero yo estoy conforme con mi corazón, porque sé que cuando el infortunio persigue por algún tiempo, todo se conspira contra el infeliz. Pero como el hombre de bien y de valor debe ser indiferente a los choques de la mala suerte, yo me hallo armado de constancia, y veo con desdén los tiros que me vienen de la fortuna. Sobre mi corazón no manda nadie más que mi conciencia. Esta se encuentra tranquila, y así no le inquieta cosa alguna".

Bellas palabras, definen su grandeza moral y confunden a los detractores. Basta leer algunas cartas de Bolívar y se disipan las nieblas sombrías y efímeras del texto madagariense. Es ley del genio: se defiende por sí mismo. Cien años de calumnias y mil folicularios emponzoñados no pueden empañar su gloria. Un pensamiento, un juicio político, una confidencia epistolar, un discurso, una proclama, una nota oficial del libertador lo pintan de cuerpo y de alma: íntegro, fidedigno. Sucede como con Goethe; el olímpico de Weimar se modeló cuidadosamente en libros, cartas y memorias; sólo que Bolívar, escultor inconsciente de su propia estatua, se talló con vigor y espontaneidad admirables, en juego libre y puro, pensando menos en la posteridad que en el ejercicio normativo de una pedagogía colectiva.

En la pág. 380, encontramos esta aserción: "Bolívar no era humilde". ¿Pero qué se estudia, la vida de San Francisco de Asís o la biografía del Libertador de América? ¿Qué guerrero, que conductor político, qué héroe real o imaginario fueron humildes, aparte de santos y filósofos mandando a veces?

Más allá se lo acusa de "díscolo y arbitrario", cuando todo el mundo sabe que el gran venezolano sujetó siempre sus acciones a la voluntad de los Congresos, frenó su aptitud de mando con la sana razón del moralista, siendo, a lo largo de toda una vida, celoso custodio de la ley y de la propia conducta.

Las contradicciones de Madariaga son frecuentísimas. Por ejemplo, en el capítulo IX "El Hombre", manifiesta que "Bolívar era un alma disociada, un pesimista, de naturaleza inestable, a veces se perdía en el desierto de la indecisión, obseso por la duda". Pero luego, en la pág. 439 expone: "Era paciente, hábil, claro, magnánimo, siempre dispuesto a arrostrar los riesgos de la generosidad".

Véase otra antítesis inadmisibles en un historiador. Por el capítulo XXVI "Destierro en Jamaica y Haití", pág. 541, sostiene: "Era pues a la vez bravo hasta la temeridad y cobarde hasta el pánico". Y en el Capítulo XXVIII, pág. 572 añade: Bolívar fue el más grande, noble y elevado de todos los caudillos de la guerra de emancipación hispanoamericana". ¡Oué diferencias de temperatura crítica en una sola mente y cómo la admiración que suscita el héroe traiciona las perfidias del mentiroso!

Madariaga que fracasa en el "Colón" porque no siente al visionario y sólo indaga con pericia de erudito: que triunfa en el Cortés, porque lleva al conquistador hispano en su médula; vuelve a frustrarse en el "Bolívar". El prejuicio deliberado, el recelo permanente, la intención rencorosa y vengativa, el meditar morboso, el análisis parcial, retorcido, pérfido, lo inducen a negar la plenitud del arquetipo escogido.

Este enorme libelo pseudo-histórico, se convierte en una poza de odio, resentimiento y falsedades.

Ignorando el suelo, el poblador, la historia viva de Sudamérica ¿cómo se puede comprender al magno espíritu que los resume y los trasciende? Poco suponen los viajes fugaces, epidérmicos, el papeleo en los archivos, los resúmenes bibliográficos preparados por manos ajenas; quien juzga de oídas generalmente juzga mal. Yerra. Tocante a la psicología continental, al embrión mestizo, hay que familiarizarse largamente con la revuelta verdad del continente sur para entender su compleja estructura mental y emocional. Amar para entender, y para entender, conocer. Menospreciando tema, medio y protagonista, el narrador marcha derecho al precipicio.

El supuesto cuadro idílico de relaciones sociales, económicas y humanas descrito por Madariaga entre la Corona y sus Colonias Americanas, se destruye con numerosos testimonios incluyendo los de españoles. Muchos —como León Pinelo, Ortega Sotomayor, etc.— censuran abiertamente el monopolio de los cargos gubernativos en favor de los peninsulares, estando vedado a los criollos llegar a ellos. El P. Las Casas, apóstol en las Indias Españolas, denunció valerosamente a través de una vida de lucha, persecuciones y polémicas, los abusos y crueldades de la gente hispánica contra indios y mestizos. Verdad que se le fue la mano en muchas de sus exposiciones. Exageró. Pero la magnitud del drama lo arrastraba. Fray Antonio de San Miguel, obispo de Michoacán, expresaba con audacia, en pleno régimen colonial: "Una décima parte de la población posee casi todas las propiedades y riquezas del reino (México), en tanto que la masa de indios o de castas vive sólo del trabajo de sus manos".

Y el jesuita peruano Viscardo, en su célebre "Carta a los Españoles Americanos" (sutil distinguo españoles y americanos) manifiesta agudamente: "El régimen colonial obliga a comprar lo que necesitamos a los precios más altos y a vender nuestras producciones a los precios más bajos, cerrándonos, como en una ciudad sitiada, todos los caminos por donde otras naciones pudieran darnos a precios moderados y por cambios equitativos las cosas que nos son necesarios". Doscientos años después, se diría escuchar las voces que determinaron la explosión liberadora en el África, la agonía del colonialismo en el mundo, la protesta de las naciones del tercer mundo contra los países industrializados.

Pero estos fenómenos fundamentales, ineludibles para comprender por qué las colonias se transforman en repúblicas soberanas en la América del Sur, no los ve o no los quiere ver en ensayista ibérico.



Manuelita Sáenz la compañera del Libertador,
Cuadro de Tecla Walker.

El desconocimiento de los derechos individuales, el privilegio político, la organización semi-feudal de la sociedad colonial, la pésima distribución de la tierra y la explotación de los indios en las minas y en los campos, el monopolio de la industria y del comercio para la Corona y para los peninsulares, los sistemas de exacción en los tributos, los abusos administrativos, la miseria y abandono de las masas indígenas, la subestimación de criollos y mestizos, ese cuadro general de opresión y resentimiento no lo admite Madariaga tenaz defensor del imperio caduco que su pluma añora con nostalgia.

En 1810 el eminente abogado Vidaurre, en su "Plan del Perú", expresa: "La administración colonial es un desastre. Virreyes circundados en sus palacios de aduladores, adormecidos en las comodidades y no oyendo sino lo que les dice un asesor venal, un secretario corrompido, y tres o cuatro parásitos viles, intérpretes de sus placeres. La policía en abandono, las milicias en olvido, los tribunales de justicia sin ser visitados. En el Perú cada español que hizo la conquista era más dueño de tierras que muchos soberanillos de Italia".

Hemos mencionado sólo a dos —Viscardo y Vidaurre— entre los centenares de testigos autorizados que atestiguan la corrupción y descomposición del régimen colonial en los albores de la emancipación.

La famosa Proclama de la Junta Tuitiva que encabeza Pedro Domingo Murillo, en el movimiento revolucionario del 16 de Julio de 1809, en La Paz (entonces Alto Perú, hoy Bolivia), es la primera en que se declara resueltamente la guerra a España por una independencia integral: "Hasta aquí hemos tolerado una especie de destierro en el seno mismo de nuestra patria..." dice el sagaz mestizo, abogado y hombre letrado, a más de conductor de su pueblo.

Todos los movimientos revolucionarios que se producen en la América Meridional, al iniciarse el siglo XIX, tienen el mismo carácter: son empresas de liberación política, económica y social contra la hegemonía imperialista de la Corona.

Hubo, pues, en todo el hemisferio, como la explosión de una conciencia continental, empujada por criollos y mestizos, que Bolívar y otros altos exponentes de la élite sud-americana encauzaron sin desmayo en 15 años de guerra tenaz.

La soberanía debe revertir al pueblo. Este principio democrático general fue la base de la insurrección sudamericana; y por haberlo intuido y adoptado en el curso de su larga carrera pública, Bolívar se convierte en el adalid del continente. Baste recordar la célebre carta de 26 de abril de 1825, fechada en Nazca, al Gran Mariscal de Ayacucho, Antonio José de Sucre, en la cual refiriéndose a los pueblos del Alto Perú que pugnaban por ser libres y fundar nueva república, afirma textualmente: "... no sé todavía lo que me tocará hacer en ese Alto Perú, porque la voluntad legal del pueblo es mi soberana y mi ley".

Qué lenguaje tan noble, jamás salido de labios napoleónicos.

Esa inamovible fe en la democracia y las instituciones republicanas, se refleja en todos sus actos de guerrero, legislador y publicista, desde el histórico "Manifiesto de Cartagena" y la "Carta de Jamaica", hasta el "Discurso de Angostura" o sus notables Proyectos de Constitución, que aunque admitiendo ciertos tintes de oligarquía intelectual —como freno al abuso democrático— nunca se apartaron de la general orientación hacia el sistema republicano, de la búsqueda del bienestar de las poblaciones, del intento de hacer participar a la masa colonial en la oportunidad para aspirar a los cargos y usos del poder político.

Bolívar encarna el genio y el destino del continente americano. Sus previsiones rigen todavía. Fue alma, nervio y cabeza de la génesis emancipatoria. Su pensamiento es a veces complicado porque refleja la tremenda oposición de tensiones encontradas que sacudían la psique colectiva de la sociedad colonial, hendida dentro de sí. Si su vida heroica está llena de encumbramientos vertiginosos y caídas rapidísimas, es porque la tierra andina le dio el trasfondo encrespado de sus movibles cordilleras y la grandiosa majestad de sus bosques y llanuras. El drama del escenario físico se trasladaba al drama humano. Era el continente de las fuerzas naturales no dominadas, despoblado en sus cuatro quintas partes. Y los pueblos explotados por férricas minorías empeñadas en mantener el estado general de ignorancia y de pobreza. Se explica así que en el Libertador voluntad y espada vacilaron más de una vez, porque era difícil orientarse en el revuelto medio social de la época. Y ésta fue, precisamente, su virtud mayor: crear de la nada o de lo ínfimo, formar naciones de conglomerados dispersos y heterogéneos; organizar sociedades civiles con ejércitos semidesnudos, diputados descalzos, y la espantosa presión de las bajas pasiones que estallaban desbordantes rumbo a la anarquía.

Más que héroe, político, legislador, Bolívar fue excelso conductor de hombres. Cómo domina al irascible Páez y cómo entretuvo al intrigante y ambicioso Santander, es admirable. Empleaba sucesivamente la firmeza, la dulzura, la energía, la elocuencia, la astucia, la prudencia, la rapidez oportuna o el cálculo a distancia. Llega a manejar ejércitos distantes, caracteres opuestos, comunidades encontradas, llevándolos a la armonía. 150 años después de su muerte, su verbo profético sigue llamando a la unidad continental.

Cegado el juicio por su desafecto al Libertador, el libelista sigue acumulando desatinos en el segundo tomo de su mamotreto.

Dice en el Cap. I: "El Discurso de Angostura", pág. 18 que el general Morillo, español, pensaba "...que Bolívar quería coronarse rey..." Añade que el inglés Hippisley opinaba que "Bolívar quiere ser un segundo Bonaparte en Sud-américa..." Pero a renglón seguido el autor agrega: "Morillo era adversario de Bolívar; Hippisley un resentido". Si Madariaga mismo descalifica a sus testigos de cargo ¿qué valen sus aseveraciones?

Tocante a la Batalla de Boyacá, Madariaga se esfuerza (Cap. II, págs. 38, 39 y 40) por reducirla a una mera escaramuza, casi una ficción de lucha, olvidando que él mismo explica los antecedentes que determinaron la derrota española y la posterior rendición de los 1.600 hombres de Barreiro; primero el durísimo combate del Pantano de Vargas, ganado por Bolívar pocos días antes que había ya minado la confianza en las fuerzas peninsulares; las constantes marchas tácticas del Libertador que desconcertaron al enemigo; la marcha nocturna del 4 de agosto de

1819, que el propio historiador hispano califica como una "obra maestra de Bolívar como militar"; y el factor psicológico, decisivo en toda acción bélica; mientras el Libertador hacía de perseguidor empecinado, avanzando en medio de victorias y contrastes parciales, Barreiro actuaba constantemente en fuga, retrocediendo siempre, con baja moral, apesar de batirse con valor a la hora de los fuegos.

Aquello de juzgar a San Martín y a Bolívar —Cap. XI "Bomboná y Pichincha", pág. 172— como débiles influenciados..." estos eran los dos impulsos que los animaban: ambición napoleónica, resentimiento mestizo" es de mala fe indiscutible.

Ni Bolívar ni San Martín se dejaron ofuscar por las glorias del bonapartismo. Actuaban en épocas históricas, en escenarios geográficos, sobre medios sociales tan distintos, que sólo a un enemigo de ambos se le puede ocurrir el paralelo. El Libertador muchas veces manifestó su repudio al cesarismo de Napoleón. Vio en su caída el exceso de absolutismo y ambición; su fuerte personalidad le impedía contentarse con una gloria venida de reflejo de otra grandeza. Sabía que él no podía ser Bonaparte, como América no era ya Europa. En cuanto al resentimiento. Habría mucho que decir. Hoy parece que la balanza se inclina del lado del peninsular que despojado de las riquísimas Indias Españolas, se duele todavía de lo que perdió y no puede perdonar a los líderes de la revolución americana su lucha y su victoria.

A ratos el venenoso don Salvador parece un autor de folletos por entregas, tales son su candor y su desatino. Expresa en la pág. 195 —el tomo— refiriéndose a la célebre entrevista de Guayaquil entre Bolívar y San Martín: "Fundamentalmente, fue un duelo entre dos imitadores de Napoleón". Ridículo el aserto de quien no leyó a Lecuna, quien analiza exhaustivamente el gran encuentro, o —peor todavía— de quien habiéndolo leído lo deformó deliberadamente.

En la entrevista de Guayaquil se jugaron los destinos de la América del Sur, se determinó la prosecución y la estrategia de la Campaña Libertadora, y se enfrentaron no rivales de Napoleón, sino los héroes originales del continente. De ella salen igualmente grandes para la historia Bolívar, guerrero y político indomable que quiere vencer solo, y San Martín, arquetipo moral, que prefiere el renunciamiento a la anarquía.

Por el capítulo XIII "La Tentación del Perú", pág. 219, hay una pintura tan grotesca como infame. Refiriéndose a la profunda moralidad de principios, a la consecuencia política, a la fe republicana con que Bolívar ya casi al borde de la frontera peruana no se atreve a emprender la marcha con el ejército libertador, porque aun no tenía autorización expresa del Congreso de Colombia —lo que era inevitable según la organización jurídica del Estado creado por el genio del héroe caraqueño— Madariaga se burla torpemente del Libertador tildándolo de Quijote desaforado. Y al espíritu superior que da ejemplo altísimo de probidad republicana, moderación cívica y desprendimiento personal, renunciando varias veces al mando, vuelve a calificarlo como "nuestro Napoleón", cuando todos sus actos son solemne desmentido a las calumnias para medirlo con el autócrata de Francia.

¿Cómo entender a este biógrafo desmemoriado, contradictorio, que en la pág. 23 (segundo tomo) sostiene: "Hay que apreciar la sabiduría de las ideas políticas de Bolívar, la madurez de su crítica, la profundidad de su observación, la originalidad de su modo de pensar", olvidando que en la pág. 22 ha dicho: "las explosiones destructivas de su alma ambiciosa, su violencia sanguinaria, su frivolidad, su inquietud, su culpabilidad... "?

La vileza del libelo culmina con esta frase desdichada que el autor inserta en la pág. 232, capítulo XIV "Bolívar entra en Lima", y en la que pregunta: "¿Para qué luchaba? Para su gloria".

La gloria fue, en el Libertador, la consecuencia de sus luchas por la libertad de los pueblos oprimidos. No peleaba "para él", sino "por los otros".

Sobreentendido que además del móvil ético y político, de las profundas raíces morales del héroe, el varón superior —guerrero, conductor civil, caudillo— aspira a la gloria. También el escritor ansía nombre y renombre. Pero atribuir solamente un mezquino propósito de encumbramiento y poderío al grande hombre, desconociendo sus esfuerzos y sacrificios por el

bienestar de sus compatriotas y aún más: de los hijos de otros países, equivale a renegar de la condición humana. Nadie es solamente egoísta, estúpidamente ambicioso, aferrado sólo a lo suyo aunque perezcan todos, a no ser los monstruos que la naturaleza engendró: Calígula, Hitler, Stalin, genios del mal, de la destrucción, anormales avezados. Nuestros Libertadores, contrariamente, se entregan y se inmolan por la patria, por la libertad, por la justicia, por el bienestar de los demás. Bolívar, el mayor soñador, el moralista severo, el idealista infortunado que expía en los años postreros la grandeza de su misión redentora, no puede ser acusado de ambición vulgar. Gloria y ambición, en su alma, se subordinaron a un ideal superior de redención de los pueblos. No es, pues, sólo el "Caballero de la Gloria y de la Libertad", como lo nombra otro biógrafo desatinado —Ludwig— sino el Campeón de la Justicia que alcanza la gloria por la magnitud de su vida valerosa consagrada al bien común.

Hay algo más que esclarecer tocante al paralelo infortunado entre Napoleón y Bolívar. Ambición pura, vorazmente personal, es una cosa; ambición como finalidad ética, encaminada a objetivos superiores de redención colectiva, es otra cosa. Bonaparte se hunde en el abismo de su sed insaciable de dominio. Bolívar se rescata de los peligros del poder por su responsabilidad moral, su profundo sentido del deber, su devota servidumbre al bienestar público. El uno fue el Amo de Europa. El otro el Libertador de América.

Otro desliz imperdonable que, bien mirado, se descubre falsía de tono mayor. Afirma Madariaga por la pág. 234: "¿Y no era el nombre mismo que se había dado —Libertador— mero eco y disfraz de Conquistador?" (¿Maldad o burrada?) Bolívar no se adjudicó ningún título. Jamás. Este de Libertador se lo otorgaron los pueblos venezolanos comenzando por Mérida, que el 23 de mayo de 1813, lo proclama Libertador de la Patria. El 14 de octubre del mismo año la Municipalidad de Caracas le concede el mismo título. Finalmente el Congreso de Angostura el 6 de enero de 1820 acordó solemnemente: "El General Bolívar que sea condecorado con el título de Libertador, de que usará en todos los despachos y artes del gobierno, anteponiéndole al de Presidente, y lo conservará como una propiedad de gloria en cualquier destino, y en retiro mismo de los negocios públicos".

La impostura salta a la vista. El historiador hispano ha calumniado —una vez más entre tantas— al héroe americano.

Llamar "conquistador" a un hombre que lo dio todo por la libertad de su patria y de América: vida, hacienda, prestigio, tranquilidad; que a los 40 años tenía el organismo consumido por el desgaste de las campañas bélicas y la vida a la intemperie; que liberaba a los pueblos y sin embargo les dejaba elegir en congresos libres sus representantes, permitiéndoles desechar los proyectos de constituciones que él mismo, Bolívar, elaboraba; que admitió, más de una vez, que la pasión política apartara a sus camaradas de armas para imponer a sus enemigos; que murió desterrado, pobre, solo, vejado y abandonado por los mismos a quienes había dado libertad, ¿no es un sarcasmo?

Nuevamente el calumniado libertador (pág. 236) vuelve a dar un bofetón al biógrafo inescrupuloso cuando afirma que ha venido al Perú "al fin único de mi vida: la guerra americana". Respuesta "tan elocuente como noble" comenta Madariaga y al hacerlo destruye por sí mismo la nefanda acusación de "conquistador".

Pero siguen las majaderías.

En la pág. 248 estampa esta frase que contiene tres cargos absurdos, los cuales, a juicio del autor, habrían conspirado para impedirle alcanzar la cumbre del poder. (La verdad histórica es que Bolívar escaló y alcanzó varias veces esa cumbre). Dice Madariaga: "...le aburría el ejercicio cotidiano del poder, amaba los placeres, y sobre todo era demasiado inteligente".

Tres embustes de tomo y lomo. Nadie ha dicho que al Libertador lo fastidiaran el mando ni las tareas administrativas. Amaba divertirse como cualquier hombre físicamente normal. Si tuvo debilidad por las mujeres —signo de varonía— la leyenda acrecentó desmedidamente el número de sus conquistas y la intensidad de sus pasiones. Tal vez, en el fondo, Bolívar sólo amó a dos mujeres: Teresa Toro, la esposa adolescente que cruza como un relámpago su juventud; y

Manuela Sáenz, la quiteña apasionada, bella y atrevida, sol de vida en la última década del héroe. El Libertador no fue jugador, jaranero, vicioso ni holgazán. Amó el baile porque el ejercicio físico le permitía descansar de las cavilaciones políticas; y también porque dromómano empedernido —no podía estar quieto ni permanecer mucho tiempo en un sólo lugar— necesitaba desplazarse, moverse, inquietarse, para descargar las tensiones de su espíritu siempre excitado. En cuanto a aquello de que por ser demasiado inteligente no habría alcanzado el mando supremo, aparte de ser falso es insigne tontería. La inteligencia, la perspicacia, el conocimiento intuitivo de los hombres y la manera de encarar situaciones, le permitieron justamente lo que el español niega: alcanzar varias veces la supremacía del poder.

La Batalla de Junín, una de las más importantes, militar y políticamente, en la Independencia Americana, Madariaga la resume en pocos renglones reduciéndola a la modesta proporción de un choque de caballerías. No hubo (según él) táctica, estrategia, muertos, heridos ni trascendencia bélica. La penúltima derrota de España en América debida al genio de Bolívar, al talento de Sucre, al esfuerzo concertado de jefes, oficiales y tropas del ejército libertador, no la ve don Salvador ni quiere verla. El imperialista supérstite del siglo XX no admite las derrotas del gran Imperio donde no se ponía el sol.

Véase, en cambio, lo que fluye de la pluma mágica de nuestro Martí, capaz, ella sola, de ahuyentar a los malandrines que atentan contra la gloria del Libertador: "Bolívar ganó batallas sublimes con soldados descalzos y medio desnudos. Todo se estremecía y se llenaba de luz a su alrededor. Los generales peleaban a su lado con valor sobrenatural. Era un ejército de jóvenes. Jamás se peleó tanto ni se peleó mejor en el mundo por la libertad. ¡Y más bello que nunca fue Bolívar en Junín, envuelto entre las sombras de la noche, mientras que en pálido silencio se astillan contra el brazo triunfante de América las últimas lanzas españolas! "

La calumnia más páfida y estúpida a la vez en la obra de Madariaga, está contenida en el Cap. XVI (29 vol.) "Ayacucho". Se afirma en ese capítulo —naturalmente que sin pruebas ni documentos, sólo a base de caprichosas deducciones— que la Batalla de Ayacucho, (la que dio libertad a un continente), fue "una comedia" arreglada entre los jefes realistas y americanos. "Monet —pág. 275— (afirma el monstruoso embustero) vino a negociar la capitulación antes de la batalla". Semejante dislate no se encuentra en ningún historiador, estudioso ni persona que se ocuparon de la Guerra de la Independencia Americana.

Hubo, pues, según Madariaga, una capitulación diplomática antes del combate y luego una capitulación oficial. (!).

Madariaga no dice que los patriotas al mando de Sucre contaban con sólo 5.780 hombres, en tanto que los peninsulares tenían casi el doble: 9.310 al mando del Virrey La Serna y de los generales Valdés, Canterac y Monet. ¿Quién puede concebir que un ejército que superaba en más de la mitad en hombres y armas proponga rendirse a un rival visiblemente menor? El autor español silencia que la supuesta "comedia bélica" dejó un saldo de 2.100 muertos y 1.309 heridos. Tampoco dice nada de la estrategia del Gran Mariscal de Ayacucho que le permitió batir sucesivamente a los batallones hispanos sin dejarles ingresar a la meseta. Pero la calumnia, esta vez, se vuelca con imparcial villanía sobre americanos y españoles, pues al difamar a los vencedores Madariaga ofende también a los vencidos. Si hubo ejércitos dignos de respeto en la historia moderna, fueron los españoles al defender valerosa, tenaz y encarnizadamente sus Colonias Americanas. El mismo Bolívar, con la clarividencia y ecuanimidad que lo distinguían, decía estas palabras autorizadas, poco antes de Junín: "No hay amigo ni enemigo —escribe a Santander el 10 de febrero de 1823— que no cuente maravillas de este ejército español, y a fuerza de repetírmelo lo voy creyendo. Hace doce años que mantienen la guerra y hace doce años que son victoriosos con muy ligeras desgracias".

En Ayacucho se peleó con desesperación y heroísmo. La historia lo recuerda. Y la mayor gloria de América Republicana es que tuvo por adversaria a España Imperial y a sus ejércitos aguerridos tan dignos de respeto y admiración en la victoria como en el infortunio.

Otro de los crasos errores del escritor hispano consiste en subestimar la acción de las guerrillas o montoneras que coadyuvaron a los ejércitos regulares en América. Ignorante en

absoluto de la génesis social, del desenvolvimiento histórico, de sus episodios heroicos, de los nobilísimos esfuerzos de pueblos, guerrilleros y dirigentes políticos de las tierras interiores, Madariaga no se da cuenta de que esos 15 años de lucha tenaz por la libertad, constituyen la gran epopeya romántica del siglo XIX. Cronistas y estudiosos españoles, a quienes el biógrafo sigue con puntilloso afán, desconocen el proceso interno de esa inmensa insurgencia de pueblos, de esos éxodos de población, de los millares de pequeños episodios, escaramuzas, encuentros, cambios de autoridad y quebranto de haciendas, de esos choques encarnizados de los cuales monárquicos y republicanos descansaban breves lapsos para volverse a combatir con renovado ardor. Esos cambios constantes, esos vaivenes fluctuantes entre victorias y derrotas, fueron transformando, desde adentro, la sociedad americana siendo los factores determinantes de la emancipación final. Hay que profundizar (para citar sólo un ejemplo) las hazañas de los guerrilleros altoperuanos, en la Guerra de las Republicuetas, como dijo un historiador, para descubrir que éste es un capítulo no bien estudiado del proceso emancipador. Los Padilla, los Lanza, Muñecas, Mercado, Zárate, Arze, Betanzos, Camargo, Méndez, Arenales en su acción aislada cada uno, sin recursos, improvisando armas, acosando sin cuartel al enemigo, exponiendo sus vidas a cada instante, dan cuerpo a esa lucha gigantesca en su conjunto, admirable por la tenacidad de ambos adversarios y humana, terriblemente humana en sus expresiones de nobleza, de valor, de crueldad, de sacrificio y de coraje.

América y España pelearon con denuedo. Batallas hubo que pudo inmortalizar Homero. Dichos que habría recogido el severo Plutarco. Hechos extraordinarios. Porque la Emancipación Americana fue, en substancia, la agonía del Imperio Español y el nacimiento de un Continente. La raíz de ese inmenso movimiento social estuvo en las mayorías criollas, indias y mestizas, y no como cree el investigador obtuso en algunos descontentos ambiciosos.

Bolívar. Este Padre de Naciones. Héroe romántico y dinámico que cruza como el rayo polarizando las dos fuentes del acontecer humano: la fantasía soñadora y la grande acción creadora. Titán para el ideal, coloso en el hacer. Le rebosan pensamiento y voluntad. Energía y generosidad fluyen de su persona como ríos tropicales: anchurosos, impetuosos. Nada los puede contener.

¿Pero qué puede comprender de Bolívar, cima de humanidad, un pequeño roedor de honras que sólo busca sombras en sus retratos equívocos?

Apesar de la copiosa documentación parcializada, y de una apariencia estructural de seriedad, faltan a la obra de Madariaga el método científico, la unidad de enfoque, justeza de juicio, el severo tamiz crítico que el buen investigador utiliza para manejar el material acumulado. No libro histórico, sino panfleto político y polémico: esto es el "Bolívar" de Madariaga. Los raptos pasionales, la intención aviesa, la porfía por desmedrar la grande figura desequilibran de tal modo al biógrafo, que a poco andar —basta leer dos o tres capítulos— asoma su cara de garduña el inquisidor ilógico, intolerante, odioso. No aparecen en este libro el Libertador subjetivo de poetas y pensadores, ni el Libertador objetivo de historiadores y estudiosos. Sólo el Bolívar falsificado, de mala ley, que acuñan los torquemadas de escritorio que lo miran todo bajo la lente deformada del resentimiento.

¡Qué diferencia y qué distancia con la visión de don Miguel de Unamuno. Don Miguel, como buen caballero hispano y profundo maestro de almas, siente la belleza épica, la hondura humana del Libertador: le dedica honestas y hermosas páginas. Don Salvador, aplastado por tamaña grandeza, se desespera en empequeñecer la historia de Bolívar con petulancia de notario provincial.

Pero sigamos desmenuzando este inventario de mentiras y malquerencias.

La emancipación americana no es "el crepúsculo de las lealtades" como dice el autor, sino más bien la exaltación de la lealtad consigo mismo, con su suelo y con su pueblo. ¿Qué debía Bolívar a la Corona? Nada, como no fueran menosprecio y opresión. ¿Qué a la América? Todo: cuna, ser, destino, consecuencia y sentido del deber.

Madariaga reprocha al héroe esa tendencia "a vivir en presencia de sí mismo". ¡Pero si es la constante del genio, gran actor, pregonero de su "yo"!

¿Por qué el biógrafo no mira los espejos de su casa? Un vistazo a los retratos de Fernando VII y su familia o de Godoy, pintados por Goya y se comprende la decadencia imperial. ¡En qué manos y en qué almas andaba España cuando pierde las Indias!"

Otra falla fundamental: olvidar la complejidad del hombre cuando se está ofuscado por el resplandor del guerrero y del político. Y es que al Libertador hay que juzgarlo no sólo por las naciones que fundó, por las constituciones que compuso, por las batallas que ganó y las proclamas, discursos y cartas que escribió, sino también por la carga fabulosa de adversidades, miserias y amarguras que siembran su carrera. Excepción hecha de Sucre y pocos más, ¿quiénes le fueron leales? ¿La envidia no le mordía sin tregua los talones? El infortunio ¿no lo persiguió asiduamente? Hombres y pueblos, amigos desleales, enemigos enconados envenenaron su vejez con la ingratitud. Como el héroe griego Bolívar vive signado por un trágico destino: luchar y desvivirse por quienes le acortarán la vida. Como el mártir cristiano muere despojado de todo bien material. Y si grande es su transcurrir en el mundo, no lo es menos el combate interior, las grandes cavilaciones entre el idealista y el dominador que luchaban en su espíritu, la pelea porfiada contra el medio mezquino de políticos y ambiciosos, los conflictos y dificultades casi insuperables que el destino puso en su marcha, la batalla incesante del visionario con el conductor realista. En suma: el drama del hombre que habla en lenguaje fuera de su tiempo, el genio que improvisa de la nada, el héroe que violenta al hado. Esta alma singular que tuvo que vencerse a sí misma para poder conducir a las demás.

¿Comprendió Madariaga al noble antagonista del destino? Ni de lejos. El sólo ve al general "ambicioso", al político "resentido" que destruyó el Imperio Español con su pluma y con su espada.

Por la pág. 289 sostiene que Bolívar rechazó el millón de pesos que votó en su favor el Congreso del Perú (desprendimiento excepcional que no merece una sílaba al comentarista) "aunque sus herederos lo reclamaron y cobraron en 1851". ¡Vaya sandez! ¿Qué culpa tenía Bolívar, muerto 21 años atrás, de que sus herederos cobraran tal fortuna?

Lo que Madariaga debió subrayar —si fuese historiador— es el inaudito desprendimiento del Libertador. Alejandro. César, Napoleón, casi todos los grandes guerreros fueron codiciosos. Bolívar se distingue de ellos porque no acumula: distribuye. Dio su fortuna a la causa de la libertad y a sus familiares. Nunca se cuidó de rehacerla. El dinero y el bienestar eran para los pueblos. Para Bolívar sólo su fama, su capa y su espada.

La red de embustes sigue desenvolviéndose lentamente. Así por la pág. 290 sostiene el autor que Bolívar, en 1825, en el Perú se entregó "a los placeres y a la vida sexual" agregando que "aquellos días de Lima minaron su salud, preparando su muerte prematura".

La calumnia es tan vil como infundada. Léanse libros compuestos por médicos como Reverend, Carbonell y otros, para informarse que el organismo del Libertador estaba ya gravemente debilitado en 1825 no por supuestos excesos sexuales y amor a los placeres que le atribuyen sus difamadores, sino por los rigores, enfermedades y peligros de la vida de campaña, la mala alimentación, las noches en la selva y en los páramos, las marchas forzadas, las fiebres y resfríos y la constante preocupación mental que agravaba los padecimientos físicos. Quince años de guerra crudelísima, batallando contra la naturaleza, contra los hombres —el español afuera, los enemigos de su gloria adentro— son suficientes para quebrar el organismo más resistente. ¿Qué fue la enfermedad de Pativilca, cuando estuvo al borde del sepulcro, sino una crisis fisiológica anunciadora del aniquilamiento que lo llevaría a la tumba pocos años después? Y esto pasaba antes de su regreso a Lima, cosa que Madariaga calla por supuesto.

El Bolívar disipado de los meses moceriles en Londres y en París no se vuelve a repetir. Excesos juveniles. Sus amoríos se explican en hombre de su valía, de su posición, de su magnetismo físico. Pero están muy lejos de la leyenda erótica, de la protervia chismorrera, ya que para el Libertador primero fueron, siempre, la guerra, la política, los viajes, el mando, legislar y organizar, su correspondencia pública y privada, es decir su acción integral de caudillo y hombre

público. Las mujeres —flores que el azar arrojó a su paso y que él no supo desdeñar— hicieron amable su drama humano. ¿Quién se jactaría de no haber amado siquiera una vez en total dación del ser? Sólo Manuela Sáenz lo sujeta a su lecho. Bolívar no fue un donjuan profesional, sino el conquistador apesar suyo. El teatro de sus hazañas, su temperamento impetuoso, la parábola encendida de su gloria y su personalidad, abrían la fantasía de niñas y mujeres obligándole a representar —"fatum" indeclinable— la modalidad amorosa en su destino de vencedor.

Lo que el biógrafo calla es que a diferencia del robador de corazones insensible, cínico, insaciable, Bolívar hizo culto del amor discreto y caballeroso. Fue de extrema finura y señorío con las damas. Mujer que cayó en sus brazos jamás le olvidó. Ninguna le hizo reproches. Aunque no haya sido espejo de virtud en este escabroso campo, brilló pundonoroso en las lides con mujeres.

Las contradicciones de Madariaga son tan numerosas que mueven a lástima. Una entre mil: en la pág. 291 sostiene que "no eran palabras vanas" las frases de simpatía y de estímulo que Bolívar prodigaba a Sucre y Santander, transcribiendo largos párrafos de sus cartas. Esto es —añade— "en honor de Bolívar". Y agrega: "no menos noble es la página de su carta a Santander". Volteamos la hoja y en la pág. 292, quedamos estupefactos con estas declaraciones: "Obsérvese que sus elogios a Santander son oblicuos y con segunda intención. Sus elogios a Sucre son también oblicuos y con segunda intención". ¿En qué quedamos: había cálculo o generosidad, nobleza o simulación?

El biógrafo iracundo agravia también gratuitamente a don Simón Rodríguez, inolvidable maestro del Libertador, llamándolo su "bufón-filósofo". ¿Por qué? Todos saben que, por excéntrico y original que hubiera sido, Simón Rodríguez tuvo altísimo sentido del propio decoro. Fue orgulloso y altivo. Jamás se agachó ante los poderosos. En su trato con Bolívar fue digno y señorial, sin rebajarse nunca a la adulación ni a la familiaridad que empaña la amistad noble.

El biógrafo es tan corto de vista que pasa por alto palabras y situaciones que podrían darle la clave histórica y psicológica para desentrañar la vida del Libertador. Por ejemplo, en la pág. 305, cuando transcribe, de una carta de Bolívar a Manuelita Sáenz, esta frase soberbia que trasunta la trágica soledad del héroe americano: "Yo estaré solo en medio del mundo".

¿Qué hace el tontolón de don Salvador cuando se topa con la abrumadora personalidad de Bolívar? Se hace a un lado, le esquivo el bulto, soslaya la grandeza irremediable de su biografiado para hablarnos "del buen déspota que iba vertiendo bendiciones políticas y administrativas".

La calumnia de que "era indiferente para con los gastos oficiales" a que se alude en la pág. 305 está desmentida por mil documentos y testimonios de los contemporáneos. Fue el Libertador de extremo celo y severidad en cuanto se refirió a la hacienda pública. No toleró sustracciones ni despilfarros, siendo temido por su escrupulosidad.

La alteración de la verdad histórica prosigue. Por la pág. 306 Madariaga afirma: "Bolívar quedó un mes en el Cuzco, cuajado de fiestas; pero dedicado también a las usuales promulgaciones de decretos y leyes benéficos en toda suerte de asuntos públicos". Mala redacción y bellaca intención. Fue precisamente al revés —y en este caso el orden de los factores altera el buen sentido del juicio— porque Bolívar quedó en el Cuzco para organizar el país, sin poder sustraerse, además, a las fiestas en su honor. No fue el conquistador que vence y pasa, sino el prudente político que legisla y organiza las nuevas sociedades.

Hay dos clases de historiadores: los veraces, responsables, que narran objetivamente los hechos, dando fe al documento verbal y al testimonio oral pero cernidos por el tamiz de una justa evaluación; y los de tesis o apriorísticos, los tendenciosos, que antes de alzar la pluma ya llevan el propósito preconcebido de exaltar o destruir la figura y el tiempo elegidos. A estos señores de horca y cuchillo en el estudio del pasado, pertenece el autor.

Se acerca a los cronistas medioevales, llenos de zozobras, embrujos, chismorreos. A los cuentistas del Renacimiento italiano (claro que sin su inventiva y su elegancia) crédulos, mentirosos, aviesos. O a ese extraño caballero don Luís Zapata de Chaves, señor de Cehel, que

en el siglo XVI pasaba por historiador por haber compuesto una "Miscelánea" o historia varia, que en forma llana y desaliñada contaba hechos inverosímiles sin curarse de exactitud ni de equidad.

En la pág. 307 se dice que en 1825 no había nadie, en el continente, que se acercara a Bolívar en "perspectiva continental, intelecto y, pese a su ambición, en desinterés". ¿Se puede ser ambicioso y desinteresado a la vez?

El histórico ascenso del Libertador al Cerro de Potosí, en el Alto Perú (hoy Bolivia), apenas si merece al crítico pocas líneas. Elimina la famosa proclama cargada de verdad y poesía. Nada dice, tampoco, de los tres ascensos inmortales del guerrero: al Monte Sacro en Roma; al Chimborazo en Quito; al Cerro de Plata en Potosí, eslabones de gloria en su destino. E ignora en absoluto la tensión humana del ascenso al Sumak-Orko, que para un historiador actual es como la revelación del genio americano fundiendo a indios, mestizos, criollos y españoles en una unidad biológica y espiritual.

Madariaga se contradice con estupendo desenfado. En la pág. 321 alega que Bolívar mantenía la ocupación en Lima, "para mantenerse él dueño de la ciudad que amaba y le amaba; y, aunque se daba cuenta de la corriente de resentimiento..." Por fin: ¿lo amaba Lima o cundía el resentimiento contra el Libertador?

Otro enfoque tan maquiavélico como inexacto. (Pág. 327) "Bolívar pensaba entonces fundar un Imperio cuyo primer monarca sería él. La idea era de gran político, de hombre generoso, de intelecto penetrante, de alma grande". (¿Está claro? Todo el que comulga con el monarquismo madagariense merece ser adulado). Y sigue el juzgador. "Sus aires republicanos no eran más que máscara de hipocresía, necesidad de táctica". Adiós el buen concepto que tuvo de Bolívar porque lo supuso partidario de la realeza; a la sola sospecha de republicanism y democracia, el grande hombre es rebajado fulmineamente a simple hipócrita. Por lo demás el juicio es absolutamente falso. Lecuna y muchos otros ya demostraron que Bolívar jamás soñó en imperios ni en reinos.

Bolívar se consagró a la libertad de los pueblos, a la democracia orgánica, a la forma republicana y constitucional de gobierno. "Cuando la ley me autoriza, no conozco imposibles", su famosa frase, ¿no es como su testamento político de someterse a la voluntad popular? Sus guerras y su atormentada vida pública ¿no demuestran su amor por la libertad y la justicia, por la dignidad humana, por el libre juego de la sociedad civil? Su política ¿no busca entendimiento entre los hombres y unidad entre los pueblos de América? Si alguna vez esgrimió la carta monárquica —y también esto la historia lo ha demostrado— fue dentro del juego internacional para frenar las ambiciones de Francia y de Inglaterra, nunca como expresión de su ideario personal. El soñó con la unidad continental. Ante el fracaso del Congreso Anfictiónico de Panamá, pensó en la Federación de los Andes. Siempre desechó al coro de adulones y favoritos que pretendía empujarlo a la coronación. Acosado por ciertos rumores para convertirse en Rey y en Dictador, Bolívar rechazó varias veces la idea de la corona y aceptó la dictadura sólo como forma transitoria de gobierno para evitar los peligros de la anarquía. Su filosofía política, su ideario ético respecto a la dictadura, están luminosamente expuestos en dos pensamientos magistrales. Dijo Bolívar: "Compadezcámonos mutuamente del pueblo que obedece y del hombre que manda solo". Y luego, años más tarde, reafirmándose: "Si un hombre fuese necesario para sostener el Estado, este Estado no debería existir y al fin no existiría".

El Libertador encarnó el genio libre y resuelto de una América independiente, demócrata, republicana y nacionalista. Nada más lejos de su grande figura que el déspota coronado. Es el contra-tipo napoleónico. Atribuirle devaneos con la reyecía, es carecer de olfato histórico. Primer conductor auténtico de masas, montoneras, pueblos de la época moderna, Bolívar es el caudillo-servidor de muchedumbres, no el tirano que las subyuga y las oprime.

En cierto modo, aguzando el rayo psicológico, Bolívar fue tipo y contratipo de la más alta humanidad. Llevó en sí al Libertador y al Dictador, porque ambos expresan la verdad profunda de la sociología americana; pero —y esto es lo esencial— ahogó siempre al segundo en beneficio del primero. Bolívar, genial orador y escritor como artista original en su estilo de guerrero, de político y de hombre, debe ser estudiado en el trazo circular de su vida prodigiosa. El arquetipo humano

total, solar, múltiple y vario, accesible a la cabal comprensión crítica, sólo existen en el biógrafo que tiene la preparación y la sutileza psicológica para abarcar los enigmas del espíritu superior.

Nadie se aproximó a esta vida prodigiosa sin sentirse tocado por el rayo de su genialidad y bizarría. Madariaga mismo cuenta hechos, expone líneas de trasfondo que no puede esconder, pero reduce en lo posible lo favorable y aminora su significación porque el personaje le disgusta. Odia al héroe y mal comprende al hombre.

Inteligente y laborioso don Salvador no puede alzarse a la atmósfera enrarecida en que se mueve el genio. "Summa" de humanidad, trasunto de almas, Bolívar uno y múltiple, esquivo y accesible a un tiempo, escapa a la demarcación simplista. Así como los filósofos no pueden aprehender la integridad del cosmos en la órbita limitada de los sistemas con que pretende representarlo, tampoco la corta visión de los investigadores tendenciosos podrá expresar la plural grandeza del Fausto venezolano, más grande que el germánico porque a éste lo salvan los ángeles, en tanto que el nuestro se inmola voluntariamente para ser devorado por los hombres que libertó de la esclavitud. Acaso Napoleón tuvo una más expansiva cerebralidad, Alejandro lo superó en ambición, César en ciencia política, pero en corazón magnánimo, en voluntad realizadora, en la capacidad para improvisar frente al desastre, en el arte de conducir hombres y domar pasiones, en la alquimia mayor que hace pariguales al hombre y al héroe, al soñador y al constructor, nadie superó a Bolívar. Otros guerreros insignes lucharon fieramente contra el mundo, seguros de su sino y de los pueblos que los respaldaban, contando con ejércitos disciplinados y recursos inagotables. Nuestro Libertador combatió sin tregua contra un Imperio poderoso, por un mundo alborotado que nacía, sin que se pueda establecer cuál de ambos le dio mayores fatigas. Improvisando ejércitos, inventando recursos, sacando hombres y armas del desorden. Peleaba también consigo mismo porque el hombre de los excesos se daba de bruces contra el varón de las virtudes ejemplares. Arquetipo y contratipo en una sola alma ¿no es la antítesis más alta? libertador y Dictador ¿no suena a desatino?

Este Bolívar cien veces derrotado, cien veces victorioso, no tiene par. Lo que su espada destruía, su pluma volvía a edificar. Despertar a un continente del sopor colonial ¿no era exponerse al huracán de la revolución? levantar la América humillada, desconocida casi, al diálogo internacional fecundo, ¿no fue un milagro en los albores del siglo XIX? Postrado en Pativilca, enfermo y derrotado, el héroe aleja a la muerte para que le permita concluir su obra redentora. Y en Santa Marta, expiando su grandeza en el dolor de comprender y perdonar, en la soledad y la tristeza irremediables del último infortunio, es más grande todavía que al fulgor crepuscular que incendia los campos de Junín y Boyacá.

¡Qué diminutos se miran los roedores de biblioteca, devorando infolios y papeles, porque no pueden alzar los ojos a las figuras excelsas que se levantan con altura y pesadumbre de cumbre!

Vicente Lecuna dice indignado contra la obra de Madariaga: "Jamás en un libro se ha recriminado e insultado tanto a un hombre como lo hace Madariaga a Bolívar". Y dice verdad.

El pseudo-historiador hispano en su sistemática deformación, dice que Bolívar "sentía por Europa y por todo lo europeo una admiración que rayaba en un sentido de inferioridad para con todo lo americano". Atroz calumnia.

Bolívar tuvo fe inquebrantable, amor profundo por su América. Claro que viendo al continente infante, un almácigo de razas, en vías de libertad y organización, Europa representaba la civilización dos veces milenaria, con instituciones sólidas, de las que había mucho por aprender. Si políticamente el Libertador la tuvo como espejo de ordenación social, de sabiduría administrativa, en lo espiritual jamás dejó de creer en los altos destinos de los pueblos americanos.

"Primero el suelo nativo que nada —dice el Libertador en carta al general Santa Cruz—; él ha formado con sus elementos nuestro ser: nuestra vida no es otra cosa que la esencia de nuestro nacimiento..."

Terruñero, amador y defensor de la raza americana, Bolívar fue precursor del nacionalismo continental. Soñó ser árbitro y regulador de su destino. Consultó los modelos jurídicos e institucionales de la vieja Europa, pero sabía modificarlos a la necesidad de las sociedades nacientes. Revolucionario y no reformista, hombre del Nuevo Mundo, creyó en América, la amó, sirvió y se inmoló por ella. Fue su beldad y su ídolo. Y tan hondamente arraigó en el sentimiento de las generaciones, que aunque sólo seis fueron liberadas por su espada —Venezuela, Colombia, Ecuador, Perú, Bolivia y Panamá— en realidad todo el continente —sud y mesoamérica— se agrupa en torno a su nombre, porque nadie encarnó mejor el espíritu democrático, la esperanza idealista, el empuje realizador de la voluntad americana.

La calumnia cae en tierra al más ligero análisis. Bolívar, admirador de Europa, jamás subestimó a su América.

Reprocha el ensayista al caraqueño su "duplicidad maquiavélica" (por ej. en pág. 389, vol. II, cap. XXII: La Convención de Ocaña), olvidando que no hubo político que no se hubiera visto obligado a esconder sus propósitos finales, o a desarrollar en direcciones encontradas su juicio para lograr resultados mejores. Madariaga no aclara que Bolívar, temperamento directo y leal, procedía, en lo habitual con entera franqueza, abiertamente, sin temor de fiar en los demás. Pero cuando la conducción de una campaña política o la estrategia guerrera la aconsejaban, tuvo que recurrir a la maniobra táctica para evitar rupturas o excesos de poder que le repugnaban. Repudiaba el maquiavelismo. Si su accidentada vida pública incluye, a veces, esos recursos internos de buen gobierno, fue porque apremiado por las circunstancias violentó su espíritu propenso a la rectitud y la lealtad.

El atentado del 25 de septiembre de 1828, en el cual Bolívar salva la existencia por su presencia de ánimo y por la ayuda valerosa e inteligente de Manuelita Sáenz, sirve al español para referirse a "la mancha indeleble que en aquella noche había empañado su gloria".

¿Qué debía haber hecho el Libertador: pelear como un loco, uno contra veinte, o rendirse a sus enemigos sabiendo que lo hubieran fusilado en el acto? ¿Qué código militar o político manda que un gobernante, sorprendido en el sueño, sin guardias, sin amigos, debe enfrentar solo, como un aventurero de capa y espada de Dumas o de Féval a los adversarios enconados que lo buscan para matarlo?

Bolívar hizo lo único que se podía hacer en esa difícil circunstancia. Conocía la conjuración. Su error —exceso de coraje o de confianza en su prestigio— fue no tomar disposiciones para evitar el estallido del motín. Producido éste, reducida su guardia, asesinado un edecán, no cabía sino huir al amparo de la noche. Y que hizo bien lo demuestran las trágicas muertes de Fergusson y de tres centinelas.

El odio vesánico de Madariaga contra Bolívar explota en la pág. 423, cap. XXIV: "La Guerra del Perú". Citando una carta del Libertador al Mariscal de Ayacucho, estampa este juicio que linda ya en lo patológico: "Viene después una postdata lamentable en la que Bolívar se revela todavía esclavo de la ambición, de sus mañas y sus embustes".

Cuando Bolívar entra en Pasto acompañado por Obando, su enemigo, que lo odia mortalmente y durante cuatro horas permanece rodeado por los pastusos, a los cuales castigó duramente por su fidelidad a la causa realista. Madariaga, vencido por la grandeza del héroe, como embrujado por su viril actitud, se ve obligado a confesar: "... y habrá de apuntarse a su crédito que tuviera el valor quizá temerario de permanecer cuatro horas en Pasto a merced de Obando y de su gente mientras la columna de Córdoba llegaba a las cuatro de la tarde". (Pág. 432).

No "quizá temerario", sino "precisamente temerario", corajudo fue el valor de Bolívar en lo civil y en lo militar. Y ésta última declaración del autor, destruye sus anteriores reticencias cuando pretendía presentar un pseudo-Libertador indeciso y timorato o presa de pánico en las horas decisivas.



El Libertador Simón Bolívar, óleo de Luís Toro colombiano.
Lo conserva el H. Congreso Nacional de Bolivia

La calumnia de que Bolívar amaba la dictadura, difundida por sus enemigos, y que la impuso en 1828 sólo por ambición personal, Madariaga la recoge y magnifica. Absurdamente habla del "Maquiavelo" que manejaba los hilos políticos para aplastar las leyes e imponer su voluntad. Monstruoso error de perspectiva histórica. Nada dice del cuadro político y social de aquella época bordeando la anarquía. Expulsado Sucre de Bolivia, arrojados los ejércitos colombianos del Perú por la perfidia de Santander, revuelto el Ecuador, alzado Páez en Venezuela y agitada la Nueva Granada por las bajas maquinaciones de Santander, lo cierto es que todos, todos —ejército, Iglesia, compañeros de armas, políticos, municipios, pueblos bienhabientes y desposeídos, fuerzas económicas, criollos y mestizos, intelectuales y trabajadores— pensaban que sólo un gobierno fuerte y central podía evitar los desbordes que llevarían al caos.

Esta es la verdad. El Libertador no sucumbió a la fascinación del mando absoluto —tantas veces había renunciado a él— sino que, intérprete de la voluntad popular, responsable por la conducción política de las naciones que libertó, árbitro, en suma de los destinos de América, para mantener su cohesión interna y su crédito internacional, tuvo que bascular, según las circunstancias, entre fuerza y reposo, energía y tolerancia, legalidad y provisionalidad. Fue dictador por imperio de la realidad ambiente, no por ambición personal.

En la pág. 450, Madariaga sufre un nuevo ataque de bilis que repercute contra el prestigio de Bolívar. Acumula insultos y cargos enfurecido: "... Bolívar, sediento de poder, no trabaja más que para sí mismo... Irascible, impaciente ante toda contradicción... En torno suyo respira todo el espíritu del despotismo. "Su hipocresía es tan profunda como su ambición..." ¿Para qué seguir? Un libelo político, un pasquín callejero no irían más lejos.

Difamar al biografiado. He aquí el móvil secreto del libro.

Otro juicio digno de exhibirse en el retablo de Maese Pedro, pues ya no suena a historia sino a teatro de títeres. En la pág. 453 se afirma: "Bolívar era un monárquico a quien faltaba el valor moral de sus convicciones. Y si no hubiera sido monárquico, habría sido un mentecato".

¡Saltó la liebre! Finalmente don Salvador abre su juego: la monarquía es centro y clave de su pensamiento de historiador. Si el hombre de mayor temple moral, de pureza republicana, de carácter intrépido, el que mejor acordó sus actos con sus convicciones, no es monárquico, entonces descalificarlo. El destructor del imperio debía haber sido imperialista! Famosa tesis o disparate mayúsculo el de Madariaga.

El escritor peninsular se contradice frecuentemente. Por la pág. 526, cap. XXIX "El Ultimo Destierro", el biógrafo venenoso se atempera y dice de Bolívar: "La unión de Colombia fue su último pensamiento". La unión de Colombia, la salvación de la democracia, el bienestar del continente. ¿Entonces dónde están la ambición desapoderada, el egoísmo irrefrenable, la tortuosidad maquiavélica, el orgullo ciego que se le atribuyeron en mil páginas? Madariaga, que no compuso sólo su mamotreto, se ve batido por su propia pluma.

La mancha horrenda en la obra del ensayista español la forman las tres últimas páginas del "Epílogo" o Renuncia Póstuma (págs. 529, 530 y 531). Irreverente con la verdad y con la historia, en lenguaje vulgar, en olímpica actitud revisionista, Madariaga hace hablar a un supuesto Bolívar (reducido a la talla enana del biógrafo) que presenta renunciando a los ideales de su vida pública y al título de Libertador!

El trozo es de pésimo gusto, grotesco, pantomima pura. Es la basura final que se arroja, intencionada y perversa, sobre la tumba y la memoria del héroe.

No es posible silenciar el gesto senil, cuando desprovisto de todo sentido de las proporciones, Madariaga se compara con Bolívar, Cortés y Colón —pág. 531— y creyendo haberles dado "dimensión real" (¡oh vanidad estupenda!) termina con estas frases pueriles, irritantes, que cierran a su vez el mamotreto y que, naturalmente, pone en boca del odiado protagonista: "Ni Colón se descubrió a sí mismo, ni Cortés se conquistó a sí mismo, ni yo me libérté a mí mismo; ni éste que ha querido explicarnos a los tres sería capaz de explicarse a sí mismo ni de vislumbrar cómo repercutirá en la historia el tríptico de tragedias que ha trazado con nuestras vidas".

¿Qué replicar a tan inaudita ambición, a tamaña desfachatez? Madariaga, convertido en árbitro supremo del pasado, será el forjador de la historia, pues sólo su "tríptico de tragedias" determinará el juicio definitivo acerca de los personajes estudiados. ¡Vaya sandez!

Para Madariaga, Bolívar era "pequeño, seco y avellanado. De tristeza anhelante. Tristeza en reposo y comecón de movimiento. Y todo su ser se le metía, en reposo, en las cuevas de los ojos, nublados de morriña". ¿Morriña galaica? No: angustia trascendental y filosófica del varón superior que padece los contrastes del divorcio entre ideal y realidades. ¿Taciturnidad india, penar mestizo, trágica soledad interior del criollo en cuya alma se batían América y España? ¡Qué sabe el biógrafo minúsculo del torbellino psíquico del varón genial, si sólo atisba a un ser pequeño y melancólico donde en verdad residía un alma grande atormentada por los combates del mundo y los conflictos del ánimo!

Otras veces —aunque pocas— el español es arrastrado por la fuerza avasalladora del genio que retrata. Y le brotan estas palabras que no parecen salidas de su pluma. Dice así: "Bolívar era muy heterogéneo. Imperiosa y dominante personalidad. De inteligencia aguda, de estilo conciso e incisivo. Sus cartas son de una espontaneidad genial. Había en Bolívar una riqueza humana maravillosa; basta que se deje ir para que lo que escribe sea maravilla".

Y más allá, admirando contra su voluntad al héroe, profiere este juicio penetrante: (Dice de Bolívar) "La complejidad desconcertante de esta alma singular, verdadero laberinto de centros de fuerza diferentes y con frecuencia antagonistas. En conjunto, su alma era un campo de fuerzas constantemente en vibración al influjo de tensiones eléctricas y de tormentas y huracanes".

Ha visto al libertador a la luz de un relámpago. Luego volverá a hundirse en el paisaje sombrío de sus malevolencias. Y lanza estas frases desatinadas: "Bolívar tiene un paisaje moral y mental muy quebrado... Es inconstante y sensual. La necesidad de mujeres era en él anhelo de huida de su vacío interior... Esta velocidad interior se debía en él a la inestabilidad de su alma".

¡Cuántos dislates en tan pocas líneas! No hubo en el Libertador un vacío interior, sino a la inversa: exceso de condensación mental y anímica. Bolívar temía la quietud y la soledad que lo inducían a la concentración mental, porque de esos litigios del pensamiento salía tan herido como de sus fatigas físicas. ¿Y qué grande alma fue estable? La estabilidad de almacenero grata a don Salvador no reza con los varones superiores. Unas veces fuertes, segurísimos. Otras envueltos en la niebla y en la duda. Precipitados y cautelosos alternativamente. Claros, definidos, o contradictorios y variables. ¿Qué otra cosa es el destino humano si no esa fluctuación constante entre firmeza y vacilación? Llamaremos a Bolívar el más humano de los héroes precisamente por el torbellino psíquico que lo habitó.

Sostiene el autor: "Bolívar ha sido siempre un misterio, un problema para el psicólogo". Para el psicólogo barato, sí, que pretende reducir a esquemas monolineales la tremenda complejidad de un carácter singular. A Madariaga lo desconciertan el ímpetu vital, los arrebatos y las contradicciones, los cambios súbitos, las vueltas repentinas de la voluntad, todo eso que, revuelto y confundido, hace justamente la carrera del gran conductor político. Toda la psicología moderna —y el escritor español se juzga un hombre de su época— se basa en que el hombre no es una singularidad rígida, sino más bien una pluralidad movediza y fluctuante.

Si se juntaran los juicios adversos y pérfidos de Madariaga, el Libertador resultaría un loco que no habría durado seis meses debiendo terminar en un asilo. Felizmente no fue así. El hombre que habitó y dirigió la tremenda convulsión social de la Independencia, tenía que ser, necesariamente —producto de su medio y de su tiempo— un varón de dificultades. Lo explica el contorno encrespado de la cordillera; nunca el dibujo quieto de un paisaje idílico.

En otro pasaje el ensayista afirma que al oponerse a la Corona, Bolívar era desleal; pero que las autoridades españolas se sometieran humilladas a los generales de Napoleón, eso no es desleal. Una vara para medir a los sudamericanos, y otra para los peninsulares.

El Libertador, muy joven, todavía no personaje, irguiéndose sobre las ruinas del terremoto de Caracas para apostrofar en magnífico desafío a la naturaleza, es, para Madariaga, "la más grande y más española figura de aquel día histórico". Falso. Los españoles acudían a rezar a las iglesias, autoridades y súbditos. Ese día Bolívar se alzó como la primera figura americana de un tiempo nuevo.

Aquello de que Bolívar era "sombrio y taciturno". ¿Y cuándo el genio fue risueño y tranquilo? Tal vez en las artes, en la ciencia. En política y en la guerra, nunca.

Para el español enjuiciador, Bolívar era un "dictador enmascarado, el César disfrazado de demócrata". Esto justifica —añade— "la larga serie de gestos dramáticos de renuncia y dimisión que domina el diseño de su vida pública". Madariaga no alcanza la genial dualidad de tipo y contratipo en el que manda. Evidentemente: hubo un dictador y un libertador en el alma de Bolívar, pero al cabo siempre éste triunfó sobre aquel. Su fin y su trágica muerte lo atestiguan. La pasión patriótica y la miopía de juicio, impiden al autor encontrar los puntos de equilibrio entre caudillo y servidor del pueblo, entre héroe dominante y república desprendido, entre el conductor de intuiciones prácticas y el idealista de sueños generosos.

¿Que Bolívar "tenía fe en sí mismo, no en su causa?" ¡Pero si él era su causa! lo entregó todo por su América. Esto no puede entenderlo Madariaga, porque no distingue las posiciones encontradas del español y del sudamericano en 1810: aquel se apoyaba en la tradición religiosa, monárquica y absolutista de los albores del XIX; éste inventa su origen, modela su mundo actuante, erige su verdad libre y democrática contra las opresiones del mundo colonial. No hay, pues, en las renuncias del Libertador, comedia ni astucia como ven sus detractores, sino el drama eterno del hombre de mando en pugna con su pueblo. El pueblo quiere ser liberado, lo agradece; y a corto tiempo se rebela contra el salvador.

En ligeros escapes a su método inquisitorial, el historiador hispano reconoce aristas positivas. "Bolívar —dice— poseía tres sangres y memorias ancestrales... (claves de su complejidad psicológica no analizadas por Madariaga)... Tenía en grado sumo el sentido de lo épico sin el cual no es posible llevar a los pueblos... El Manifiesto de Carúpano es una página espléndida. El intelecto de este hombre de 31 años se yergue frente a los temas del destino humano con la agudeza de visión y el dominio de la lengua de un genio madurado por la experiencia".

Parece increíble. ¿Ha transformado el peninsular su odio al libertador en admiración? Fugaz paréntesis. A poco vuelve a las insidias. "El libertador —afirma— mintió, inventó y deformó los hechos a su antojo. La verdad no pasaba de ser para él una herramienta". Torpe apreciación. La verdad del guerrero y del político es la necesidad. La razón de Estado, el interés colectivo pueden subordinar, en ciertos casos, lo verdadero a lo conveniente. La perfidia está en no resaltar que Bolívar, por regla general, decía verdad y procedía con rectitud, siendo pocas las ocasiones en las cuales se vio inducido a mentir o fingir.

Nos aproximamos al fin de este largo periplo de enredos, embustes y tergiversaciones. El "Bolívar" de Salvador de Madariaga se esfuma en una lejanía de odio y de mentiras. Quedarán muy pocas páginas del malintencionado estudio. Nada del protagonista arbitrario, granguifloresco, fabricado por el resentimiento peninsular.

¿Y cómo podría acercarse al drama insigne de todo un continente, y a su insólita figura redentora, quien carece de estatura y de equilibrio intelectuales para analizarlos en su verdadera dimensión? Madariaga desconoce suelo, poblador y genio sudamericanos; ¿cómo podría llegar al magno espíritu que los resume y los trasciende? ¿Poco suponen los viajes volanderos, las investigaciones por mano de terceros, el meditar ligero y prevenido, cuando se ignora la materia prima que se quiere manejar? Sólo quien lleva en la sangre el drama del mestizo sudamericano, o aquel que convivió largamente en la revuelta realidad cotidiana del hemisferio sur, puede asomarse a sus abismos psicológicos sin riesgo de extravío, que no son más hondos ni complicados que los de otras razas y naciones, sino únicamente menos accesibles al análisis del investigador por la rapidez de sus reacciones y la variabilidad de sus elementos constitutivos.

Hizo falta algo más al seudo historiador español para entender a Bolívar y comprender a Sudamérica; para alzarse al sitial de gran escritor: el don de poesía, que es don divino, y sin el cual no se puede sondear ni las hazañas de los pueblos ni las supremas iluminaciones del alma.

Sería un error rechazar el inmenso infundio del autor sin leerlo. Antes bien: hay que leer la obra y detenidamente para descubrir sus errores y rectificar sus despropósitos. No es difícil comprobar la inconsistencia histórica, crítica y analítica del estupendo infundio.

Lo singular es que el Héroe de América resiste la prueba de fuego del odio, las calumnias, y la incompreensión; y que sale victorioso, una vez más, de sus detractores, engrandecido por la misma violencia de los ataques y lo injusto de los juicios negativos.

Este libro denso, brotado de la mente de un hombre culto, de un escritor prestigioso, puede ser considerado como una obra maestra de perfidia histórica y crítica.

José Domingo Díaz, Riva Agüero, Pruvonena, Hippiusley, José Rafael Sañudo y otros alacranes de la gloria bolivariana, no hicieron el daño que Madariaga, porque el testimonio de éste último viene revestido con toda la ornamentación literaria aparatosa para impresionar a incautos. El español deforma los hechos, altera el orden lógico de las influencias del contorno, paralogiza al lector con una técnica diabólica que al tiempo que restringe lo favorable y aumenta lo negativo, urde finas tramas de insidia contra el protagonista a quien cuelga y atribuye móviles que sólo existieron en el intelecto prevenido del biógrafo. Su negación reiterada de la necesidad del proceso emancipatorio, su rencor persistente contra el Libertador, se mueven por hilos sutiles que hay que descubrir y desenredar a través de una espesa malla de documentos, aparentemente probatorios y del ilícito manejo de testimonios que se presenta como irrecusables, y sólo se esgrime en tiempo y forma cuidadosamente calculados para desconcertar al lector. Obvio es decir que los testimonios

de descargo, aquello que es elemental en ciencia jurídica o en buena probanza humana, no existen para don Salvador.

Español a machamartillo, él sólo admite lo que exalta a España y lo que denigra a los americanos.

En buena evaluación crítica: ¿qué es el "Bolívar" de Madariaga? Un novelón con ribetes de investigación histórica. Un libro contra la verdad, contra la historia, contra el sereno discurrir del intelecto probo. Es, también, el producto de un falso complejo de superioridad peninsular, del orgullo hiperestesiado del europeo que sólo admite el fenómeno sudamericano como mera prolongación o servil imitación del genio occidental. Verdad que el sentir evolucionado de los españoles de hoy, ya no admite estos resabios de mal gusto. Son muy pocos los que siguen a Madariaga, en su infatuada posición.

Es, ésta, una obra anti-americana de continente y contenido. Históricamente falsa. Literariamente equivocada.

La biografía, que desde Plutarco persigue ejemplarizar las vidas ilustres de los que fueron para enseñanza de los que vienen, en manos de Madariaga se convierte en libelo, pólvora, crónica destructora. Algunas de sus páginas rayan en el clima morboso y sensualista de los diarios sensacionalistas de nuestra época. Los novelistas truculentos y sádicos del tiempo actual, podrían emular con este furibundo propalador de escándalos que en tintes negros y en vena condenatoria da ciento y raya a Faulkner o a Harold Robbins.

Con profunda razón el historiador peruano Víctor Andrés Belaúnde, en su libro "Bolívar y el Pensamiento Político de la Revolución Hispanoamericana", sostiene que en la obra del autor hispano hay que lamentar la ausencia de un criterio filosófico para juzgar en conjunto esa revolución y en especial la figura del Libertador. "La magnitud monstruosa del error que comete Madariaga —afirma Belaúnde— se debe a la conjunción de dos factores: uno intelectual, la visión falsa, contraria a la realidad de América y de España en la iniciación del proceso independiente; y otro de orden moral, un inconfesable prejuicio, una no contenida y no disimulada mala voluntad o antipatía respecto de la persona de Bolívar".

Queda ratificada —por pluma ajena— la tesis del presente ensayo crítico. Se trata de un falsificador de la Historia de América, de un enemigo irreconciliable de la gloria del Libertador. Este libro pasa a la literatura —ya que de historia tiene muy poco— como ejemplo de improbidad y de pasión partidista.

Pero los daños y disgustos que la obra causará no irán muy lejos: son de corto alcance. Porque Simón de América subió tan alto y fue tan lejos, que cien talentos y mil plumas son poca artillería para vulnerar al astro rutilante. Y si el nacionalismo mal entendido ha dado a Salvador de Madariaga aliento y persistencia para hilvanar el más desmedido alegato en defensa del imperio caduco, América, nuestra Madre, sabrá prestar voz y fuerza a sus escritores para que esclarezcan la verdad del continente a través del genio que la manifiesta y la sublima.

Quede el Bolívar colonial para el liberalismo deformador del siglo XIX, en cuyas aguas don Salvador navega confiadamente. América del siglo XX, democrática y populachera, nacionalista y revolucionaria, prefiere al caudillo romántico de la insurgencia indomestiza. Bolívar será siempre, para nosotros, el idealista antes que el mandón. El eterno descontento. El revolucionario sempiterno. Un hombre, un mundo que nacen y rehacen en perpetuo metangismo la hazaña humana.

Hemos rabiado leyendo la falsificación madagariense. Luego recordando el inmenso pedestal de gloria que sostiene el renombre del Héroe, los muchos y excelentes libros, ensayos y artículos que ha provocado y sigue suscitando la figura egregia, hemos regresado a la serenidad. Verdaderamente: no valía la pena que don Salvador gaste años y ojos en el vano intento de desgastar el peñón bolivariano. Como los nevados de la cordillera, es inmune a las hormigas y a los ratones.

Si en esta exposición se deslizaron juicios destemplados contra la dominación peninsular, fueron simples reacciones contra la dureza de la crítica de Madariaga.

Los sudamericanos amamos y admiramos a España, madre de nuestra religión, de nuestra ciencia jurídica, de nuestra lengua, de nuestra cultura. España y Sudamérica —digamos Hispanoamérica— son una misma cosa, un solo sentimiento fraterno, una raíz espiritual. Siempre que se nos hable de igual a igual, como nos hablaron Unamuno, Marañón, Ortega y Azorín.

¿Cuál será la mejor respuesta a Madariaga, el denostador, y cómo debemos ver los americanos la historia maravillosa de Simón Bolívar, que tiene la eternidad de la montaña y el deslumbramiento del relámpago?

Como la vio José Martí, en un discurso famoso que contiene, entre otros, estos bellísimos conceptos:

“¿A dónde irá Bolívar? ¡Al respeto del mundo y a la ternura de los americanos! Jamás el alma de un continente entró tan de lleno en la de un hombre. ¡Y de esta alma india y mestiza y blanca, hecha una llama sola, se envolvió en ella el héroe! Desató razas, desencantó al continente. Hombre fue aquel en realidad extraordinario. Vivió como entre llamas y lo era. Ama, y lo que dice es como florón de fuego. Detrás del príncipe de la libertad, surge radioso el hombre verdadero. Quema y arroba. Su ardor fue el de nuestra redención, su lenguaje el de nuestra naturaleza, su cúspide la de nuestro continente, su caída para el corazón. ¡Pero así está Bolívar en el cielo de América, vigilante y ceñudo, sentado aún en la roca de crear, con el Inca al lado y el haz de banderas a los pies: así está él, calzadas aún las botas de campaña, porque lo que él no dejó hecho, sin hacer está hasta hoy: porque Bolívar tiene que hacer en América todavía! Y así, de hijo en hijo, mientras la América viva, el eco de su nombre resonará en lo más viril y honrado de nuestras entrañas!”

III

BOLÍVAR EXPLICADO POR SI MISMO

1812

(A Miranda -Caracas 12 julio. Después de la caída de Puerto Cabello). Mi corazón se halla destrozado con este golpe. La patria se ha perdido en mis manos. (Al mismo el 14 de julio). Yo no soy culpable pero soy desgraciado y basta.

(A Francisco Iturbe -Curazao 19 noviembre). Yo me hallo armado de constancia y veo con desdén los tiros que me vienen de la fortuna. SOBRE MI CORAZON NO MANDA NADIE MAS QUE MI CONCIENCIA.

(De la memoria dirigida a los ciudadanos de la Nueva Granada por un caraqueño, Cartagena, 1º diciembre). Los códigos que consultaban nuestros magistrados, no eran los que podían enseñarles la ciencia práctica del gobierno, sino los que han formado ciertos buenos visionarios que, imaginándose repúblicas aéreas, han procurado alcanzar la perfección política presuponiendo la perfectibilidad del linaje humano. Por manera que tuvimos filósofos por jefes, filantropía por legislación, dialéctica por táctica y sofistas por soldados. EL VALOR, LA HABILIDAD Y LA CONSTANCIA CORRIGEN LA MALA FORTUNA. Es preciso que el gobierno se identifique, por decirlo así, al carácter de las circunstancias de los tiempos y de los hombres que lo rodean. Si éstos son prósperos y serenos, él debe ser dulce y protector; pero si son calamitosos y turbulentos, él debe mostrarse terrible y armarse de una firmeza igual a los peligros, sin atender leyes ni constituciones, ínterin no restablecen la felicidad y la paz. En el orden de las vicisitudes humanas, no es siempre la mayoría de la masa física la que decide, sino la superioridad de la fuerza moral la que inclina hacia sí la balanza política.

1 8 1 3

(Al Secretario de Estado del Gobierno de la Unión -Cúcuta 8 de abril). Yo soy soldado y mi deber no me prescribe otra cosa que obediencia al Gobierno.

(Al Sr. Pdte. encargado del Poder Ejecutivo de la Unión. Cuartel General de la Victoria - 5 de agosto). Durante los tres meses que he hecho la guerra en Venezuela, no he presentado acción que no haya ganado.

(Al Excmo. Gobernador de la Isla de Curazao). Tal fue el generoso espíritu que animó la primera revolución de América: revolución sin sangre, sin odio, sin venganza. Trastorno tan asombroso en este continente pacífico. Las tropas salieron a mis órdenes a vengar la naturaleza y la sociedad altamente ofendidas. Ojalá una cruel necesidad no nos hiciera un deber inviolable el exterminar a tan alevosos asesinos.

(A Manuel Antonio Pulido -Caracas 13 octubre). Jamás la división del poder ha establecido y perpetuado gobiernos: sólo la concentración ha infundido respeto.

(Al General Mariño, Jefe de Oriente -Valencia 16 diciembre). (Le anuncia la victoria de Araure y le propone unir Venezuela y Nueva Granada) "uniendo todo en una sola masa de nación".

1 8 1 4

(Al General Urdaneta -Ocaña octubre 27). La unión debe salvarnos como nos destruirá la división. PORQUE YO CIFRO MI GLORIA EN SERVIR BIEN Y NO EN MANDAR. La rapidez y la felicidad que en otro tiempo fue inseparable de nuestras operaciones, los últimos reveses no podrán jamás oscurecer.

(Al Presidente de la Nueva Granada -Ocaña 28 octubre). Nada es para mí más importante que la salud de la República.

(A Juan Jurado, Campo de Techo -8 diciembre). Soy más generoso que nadie con mis amigos y con los que no me hacen daño; y terrible con aquellos que me ofenden. Yo soy religioso en mis promesas y mi gloria la fundo en cumplirlas.

1 8 1 5

(Al Pdte. de la Comisión de Congreso -Bogotá 22 enero). El aprecio general ha sido siempre mi única ambición.

(Al Pdte. de la Nueva Granada -Santa Fé. 22 enero). CORRO LA CARRERA DE LA GLORIA SIN ESPERAR MAS RECOMPENSA QUE ELLA MISMA.

(A Pedro Gual -Mompox 9 febrero). El espíritu de la guerra civil es ciego. Para juzgar de las revoluciones y de sus actores, es menester observarlos de muy cerca y juzgarlos de muy lejos. Soy demasiado fuerte para degradarme a engañar. En las guerras civiles es política el ser generoso, porque la venganza progresivamente se aumenta.

(Al Secretario de Guerra -Mompox, 17 febrero). Si las rentas del Estado están agotadas, los particulares, las instituciones, las iglesias tienen alhajas de valor; y debe apreciarse en más la existencia de los individuos que la pompa inútil.

(Al gobernador Juan de Dios Amador, trazando un cuadro de anarquía y desunión, en 22 febrero). Estoy pronto a sacrificar hasta el honor de ser el Libertador de mi país. Renuncio al mando del ejército si se desconfía de mi buena fe.

(Al Pdte. de Nueva Granada -La Popa 8 de mayo). Cualesquiera que sean los días que la Providencia me tenga aun reservados, todos, hasta el último, serán empleados en servicio de la América. Me es tan natural preferir la salud de la República a todo, que cuanto más dolor sufro por

ella tanto más placer interior recibe mi alma. Yo no pido por recompensa de mis servicios más que el olvido de mis faltas.

(A Maxwell Hyslop -Kingston 19 mayo). La opinión de la América no está aun bien fijada; y aunque los seres piensan que son todos, todos independientes, la masa general ignora todavía sus derechos y desconoce sus intereses. Hay que formar de la América, en pocos años, otra Europa. (En esta misma carta propone la apertura de canales interoceánicos en Panamá y Nicaragua).

(A sir Ricardo Wellesley -Kingston 27 mayo). España: esta mitad del mundo que su impotencia no puede conservar. ¡Oué dolor! Tenemos una enorme masa de poder que por sí misma debe desplomarse si artífices fuertes y hábiles no construyen el edificio de nuestra libertad. (Pide la ayuda de Inglaterra en términos elocuentes y termina:) Si fuera preciso marcharé hasta el polo.

(Al Pdte. de Nueva Granada -10 julio). (Después de darle un informe político y militar). La pureza con que amo la causa común. Yo temo, sin embargo, temo más que la muerte, ser causa de la guerra civil. El que lo abandona todo por ser útil a su país, no pierde nada y gana cuanto le consagra.

(Ideas de la profética Carta de Jamaica -Kingston 6 de diciembre). Más grande es el odio que nos ha inspirado la Península, que el mar que nos separa de ella. La América combate con despecho, y rara vez la desesperación no ha arrastrado tras de sí la victoria. NOSOTROS SOMOS UN PEOUEÑO GENERO HUMANO; POSEEMOS UN MUNDO APARTE. Los sistemas enteramente populares, lejos de ser- nos favorables, temo mucho que vengan a ser nuestra ruina. Evitemos caer en anarquías demagógicas o en tiranías monócratas. Busquemos un medio entre extremos opuestos. ES UNA IDEA GRANDIOSA PRETENDER FORMAR DE TODO EL NUEVO MUNDO UNA SOLA NACION CON UN SOLO VINCULO QUE LIGUE SUS PARTES ENTRE SI Y CON EL TODO. ¡Qué bello sería que el Istmo de Panamá fuese para nosotros lo que el de Corinto para los griegos! Las guerras civiles se hacen entre conservadores y reformadores. Por fortuna, entre nosotros, la masa ha seguido a la inteligencia.

(Al editor de la Gaceta Real de Jamaica -septiembre). Ninguna otra situación del mundo es semejante a ésta: toda la tierra está ya agotada por los hombres; la América, sola, apenas está encantada. El indio es de un carácter tan apacible, que sólo desea el reposo y la soledad contentándose con su paz, su tierra y su familia. EL INDIO ES EL AMIGO DE TODOS.

(A Manuel Hyslop, de los Cayos -26 diciembre). Yo no abandonaré nunca la causa de mi país.

1 8 1 6

(Al Gral. Pardo, del cuartel general de Margarita -17 mayo). El verdadero guerrero se gloría solamente de vencer a sus enemigos, no de destruirlos.

(Al Gral. Arismendi, de Carúpano en 26 junio, refiriéndose a los enemigos). Lejos de temerlos, cuento con la victoria. El valor es preferible al número y la habilidad superior al valor.

(Al Gral. Marion -Carúpano 27 junio). He proclamado la libertad absoluta de los esclavos.

(Al Crnl. Soublette, cuartel general de Ocumare en 10 julio). La audacia debe salvarnos. Lo que parezca a V. S. temerario, es lo mejor, pues la temeridad en el día es prudencia.

(Al canónigo Cortés Madariaga, de Puerto Príncipe en 26 noviembre). El sistema militar es el de la fuerza, y la fuerza no es gobierno: así, necesitamos de nuestros próceres.

1 8 1 7

(A Briceño Méndez, de Barcelona, 1º enero). Nuestros destinos nos llaman a las extremidades del mundo americano. La vida no tiene precio sino en tanto que es gloriosa. Salud, gloria y constancia.

(Al Crnl. Palacios, de la Mesa de Angostura -16 de mayo). La amistad es mi pasión.

(Al Gral. Blanco, de San Felipe en 12 junio). Sufra y calle, como lo hacemos todos, por el bien de la patria.

(A Briceño Méndez, de San Felipe -junio 19). Si hasta ahora he sido moderado por prudencia, no lo he sido por debilidad.

(A Tovar Aponte, de Guayana, 6 agosto). Aquí no manda el que quiere sino el que puede. La fuerza y la maña son las que mandan. La pobreza conserva la virtud.

(Al Gral. Blanco, de San Miguel en 11 septiembre). Recomiendo a usted mucho la mayor moderación posible en el modo de tratar a los naturales y a los subalternos. En los gobiernos populares, y sobre todo en revoluciones, se necesita de mucha política para poder mandar.

(A José Félix Blanco, de Angostura en septiembre 22). Un buen ciudadano debe pensar siempre con respecto a sí, lo que calcularía con respecto a los demás.

(Al Crnl. Antonio José de Sucre, de Angostura en 19 de octubre). La política, más que la fuerza, debe obrar en esa provincia. Ustedes no deben tener más enemigos que los públicos. ¿Quién puede tener enemigos por hermanos?

(Al Gral. Urquiola, de Angostura, 28 diciembre). En la guerra no se comete falta impunemente.

1 8 1 8

(Al Director de las Provincias Unidas del Río de la Plata Juan Martín Pueyrredón, de Angostura, 12 junio). Yo apenas he podido seguir con paso trémulo la inmensa carrera a que mi patria me guía. No he sido más que un débil instrumento puesto en acción por el gran movimiento de mis conciudadanos. UNA SOLA DEBE SER LA PATRIA DE TODOS LOS AMERICANOS. El pacto americano, que formando de nuestras repúblicas un cuerpo político, presente la América al mundo con un aspecto de majestad y grandeza sin ejemplo en las naciones antiguas. La América, así unida, si el cielo nos concede este deseado voto, podrá llamarse la reina de las naciones y la madre de las repúblicas.

(Al Crnl. Hipsley, posteriormente su enconado detractor, de Angostura en 19 junio). El Gobierno de Venezuela jamás ha engañado a nadie; pero si sabe castigar la insolencia de aquellos que lo ofenden. No negaré la justicia que usted merece, porque tengo la suficiente dignidad para reconocerla; pero no a causa de sus ridículas amenazas, que desprecio. Si los actos del Gobierno de Venezuela no tienen fuerza en Inglaterra, otro tanto pasa en Venezuela con los de Inglaterra.

(Al Gral. Zaraza, de Angostura, 22 junio). Una sorpresa es un golpe decisivo que consterna y destruye para siempre un cuerpo o división. Es pues indispensable emplear la sorpresa con preferencia a la fuerza.

(Al Gral. Arismendi, de Angostura, julio 13). Yo perseguía Morillo hasta donde pudo alcanzar mi caballería y volví a Calabozo a organizar el inmenso territorio que habíamos libertado.



Bolívar retratado por J. Gil cuya fidelidad atestiguó el propio Libertador.

(Al Sr. B. Irving, Agente de EE.UU. en Venezuela, Angostura 6 de agosto). ¿No sería muy sensible que las leyes las practicase el débil y los abusos los practicase el fuerte? Tal sería nuestro destino si nosotros solos respetásemos los principios y nuestros enemigos nos destruyesen violándolos.

(Al Gral. Páez, de Angostura -29 septiembre). Marchar rapidísimamente, a fin de que todos obremos al mismo tiempo y de concierto.

(A B. Irving, Agente de EE.UU. en Venezuela -Angostura 29 septiembre). Las naciones se gobiernan por otras reglas. Entre éstas, no se conoce ley que pueda obligar a una parte, cuando la contraria se cree fuera de ella.

(Al mismo, de Angostura 7 octubre). La razón y la justicia no necesitan de otros apoyos que de sí mismas para presentarse: los autores no les dan ninguna fuerza. He conducido esta cuestión con modestia y decoro. Parece que el intento de V. E. es forzarme a que recproque los insultos: no lo haré. Lo mismo es para Venezuela combatir contra España que contra todo el mundo entero, si el mundo la ofende.

(Al mismo -Angostura 12 octubre). El valor y la habilidad, señor Agente, suplen con ventaja al número. ¡Infelices los hombres si estas virtudes morales no equilibrasen y aun superasen las físicas! El amo del reino más poblado sería bien pronto señor de toda la tierra. Por fortuna se ha visto con frecuencia un puñado de hombres libres vencer a imperios poderosos.

(Al Gral. Sedeño -Angostura 13 octubre). Pues V. S. ha ido a organizar, vivificar y obrar con actividad, prontitud y acierto; no debe ser detenido por ningún obstáculo, pues en su mano está allanarlos y superarlos.

(A Guillermo White -Laguna de los Laureles, 4 abril, refiriéndose a las luchas contra Morillo). Todo, en fin, me aconseja la conducta de Fabio, que con harta pena me veo obligado a seguir; pues que desgraciadamente estoy muy distante del carácter de aquel gran general romano: él era muy prudente y yo soy muy impetuoso.

(Al Vicepresidente Zea -Cuartel General de Paya, 30 junio). Un mes entero hemos marchado por la provincia de Casanare superando nuevos obstáculos que parece se redoblaban. Atravesamos multitud de ríos navegables. La aspereza de las montañas es increíble a quien no la palpa. En cuatro marchas hemos inutilizado casi todos los transportes del parque perdiendo todo el ganado. Apenas hay día o noche que no llueva. Pero nada hay que pueda detenernos si el pueblo nos ama.

(Al mismo -Bogotá, 14 agosto, elogiando al Gral. Barreiro). La jornada de Boyacá, la más completa victoria que acabo de obtener, ha decidido la suerte de estos habitantes. Yo trabajo con actividad en el arreglo de la economía interior. (Luego le pide) Presentar los triunfos de las armas al Supremo Congreso como el tributo de mi deber.

(Al cura de Mariquita B. Salgar - Del Cuartel General de Santa Fe -24 agosto). Mis fatigas me son más lisonjeras cuando refluyen más directamente en la felicidad común.

(Al Gral. Santander, de Pamplona -1: noviembre). Es necesario darle impulso a las cosas. Las grandes medidas para sostener una empresa sin recursos, son indispensables aunque terribles. Recuerde usted los violentos resortes que he tenido que mover para lograr los pocos sucesos que nos tienen con vida. La experiencia me ha enseñado que de los hombres se ha de exigir mucho para que hagan muy poco. Quizá esta máxima no es segura; pero si no creo a la experiencia, ¿a quién he de creer?

(Al mismo -De Soatá, en 14 noviembre). A mi cabeza, que la tengo tamaña con el diluvio de cosas que he sabido, las cuales tengo que combinar en un momento, y determinar en otro de todas las que quedan por acá. No dejaré de suplir con la bayoneta al dinero. Porque dondequiera que me voy, entra volando la discordia. Un papel acalorado suele descubrir el estado de un gobierno o de los gobernantes. Unos por pícaros y otros por honrados, todos son enemigos del dinero.

(Al Vicepresidente de Cundinamarca, de Angostura 20 de diciembre). En diez años de lucha y de trabajos indecibles; en diez años de sufrimientos que exceden casi a las fuerzas humanas, hemos experimentado la indiferencia con que toda la Europa y aun nuestros hermanos del Norte han permanecido tranquilos espectadores de nuestro exterminio.

(Al Gral. Santander, de Angostura, 22 diciembre). HE VENIDO COMO EL RAYO Y TODO SE HA HECHO COMO HE DESEADO. NO ESTOY PARA PERDER UN MOMENTO. Mandaré diez mil fusiles a Cundinamarca o me vuelvo loco. Los enviaré a pesar del mundo entero en un mes.

(Al mismo de San Juan de Payara -11 enero). La disciplina es el alma de las tropas enemigas como lo es el valor de las nuestras. La suerte de la guerra es impenetrable para los hombres. Yo vaya obrar con mucha energía sobre los puntos débiles, y vaya dejar a los fuertes en inacción momentánea, para que las ventajas parciales contribuyan después a la victoria total. Tengo más confianza en la prudencia que en todas las profecías de los santos.

(Al mismo, del Cuartel General de El Socorro -24 febrero). Yo lo he colmado de favores. Usted me ha colmado de gratitud. ¿Cuáles son preferibles, los actos del poder o de la virtud? ¿No son mejores los últimos? Pues usted me ha ganado. No nos diremos cosas bellas, pero las

pensaremos, porque las grandes pasiones siempre son sublimes y la amistad sobre todas las otras.

(Al mismo, de Villa del Rosario -10 abril). Mi incertidumbre es tal que me desvelo todas las noches sin poder fijarme una resolución.

(Al Rev. Padre Francisco -abril). V. P. me ha elevado tanto, que me ha reducido a la imposibilidad de seguir el arrogante vuelo de su genio. la augusta verdad no puede ofrecerse a los hombres bajo formas más majestuosas, sino cubiertas con el manto celestial y resplandeciente con los rayos de la sabiduría eterna.

(A Santander, de El Rosario de Cúcuta -9 mayo). Usted dice que mi correspondencia le agrada, aun cuando son pedimentos y cartas desagradables. Yo creo que puedo retrucar la frase y decir que la correspondencia de usted me gusta, aunque no se compone más que de negativas y censuras. Mi intención es no aventurar nada, nada, nada.

(Al mismo, de El Rosario -20 mayo). Si usted no me acusara yo no me defendería. Yo entiendo por milagroso todo lo que es extraordinariamente feliz. ¿Por qué no me envía usted el dinero y con él buenos consejos?

(A Guillermo White, de San Cristóbal - 26 mayo). La educación forma al hombre moral. SIN ESTABILIDAD POLITICA, TODO PRINCIPIO POLITICO SE CORROMPE Y TERMINA POR DESTRUIRSE. Temperar la democracia absoluta; ¿cómo quiere usted que yo tempere una democracia sino con una institución aristocrática? Los establecimientos de los antiguos nos prueban que los hombres pueden ser regidos por los preceptos más severos. ¡A qué no se han sometido los hombres! Si hay alguna violencia justa es aquella que se emplea en hacer a los hombres buenos, y por consiguiente felices.

(A Santander, de El Rosario -30 mayo). Nuestras cosas, que no son ni pueden ser tan rectas como las de otros países ya establecidos sistemáticamente.

(Al mismo, de El Rosario -1º junio). HASTA EL HONOR SE DEBE SACRIFICAR A LA PATRIA. Por nuestras venas no corre sangre, sino el vicio mezclado con el miedo y el error.

(Al mismo, de El Rosario -10 junio). He propuesto la creación de Colombia para destruir, para siempre, los motivos de odio, de discordancia, y de disolución. Si éstos aumentan ¡qué horroroso chasco! El primer día de paz será el último de mi mando.

(A Santander, de El Rosario de Cúcuta -19 junio). Una guerra intestina bate los humores del cuerpo humano y los purifica: lo corrompido perece y sólo la superabundancia de salud le sobrevive. ¡Qué pueblos, qué espías, qué guerrillas! Estoy desesperado con este culpable silencio de todo el mundo.

¡(Al mismo, de El Rosario -19 junio). Lo presente ya pasó, lo futuro es la propiedad del hombre, pues éste vive siempre lanzado en la región de las ilusiones, apetitos y deseos ficticios. Este mundo es una cadena de bienes y de males y no hay cielo sin nubes.

(Al mismo, de El Rosario -25 junio). CON AUDACIA EN EL PLAN Y CON PRUDENCIA EN LA EJECUCION, ES MI MAXIMA FAVORITA. Mucho siento no poder ir a dirigir las operaciones del Magdalena. Allí hay muchos hombres, pero no hay uno. ¿Usted me entiende? Yo soy de acero en esto de españoles y de independencia.

(Al Crnl. Montilla, de El Rosario -21 julio). Pues no soy más que el humilde siervo de los siervos del pueblo. SUFRA USTED Y SUFRA HASTA LA MUERTE, QUE ES EL DESTINO DE LOS BUENOS PATRIOTAS.

(A Santander, de El Rosario -22 julio). Para vencer a los españoles es preciso ser de acero. La Europa es muy fuerte, la América es muy nueva y muy inocente, en tanto que aquella es cruel y suspicaz.

(Al Mariscal de Campo De La Torre, segundo de Morillo, cuando se negociaba la tregua, de El Rosario de Cúcuta - 22 julio). Yo bendigo este momento de calma, en que ya nos vemos como hombres y no como fieras consagradas, en esta detestable arena, a un mutuo exterminio.

(A Santander, de San Cristóbal - 8 agosto). Vaya dar una carrera como la de Aquiles y a ver si doy un vuelo me llevo a Cartagena, Santa Marta y Maracaibo en el mes de septiembre. ¿Qué tal? Pues no es imposible. ¿Sabe usted que he pensado libertar a Colombia este año? Tampoco es imposible. Yo no le pido a Dios más que una victoria, porque las demás yo las tengo seguras. La gloria triunfará de todo y será siempre más preciosa que eternidades de delicias.

(Al mismo, de Ocaña -17 agosto). LA MEJOR POLÍTICA ES LA HONRADEZ.

(Al Comandante Ocaña, cuartel general de Turbaco - 27 agosto). El hombre de honor no tiene más patria que aquella en que se protegen los derechos de los ciudadanos y se respeta el carácter sagrado de la humanidad; la nuestra es la madre de todos los hombres libres y justos, sin distinción de origen y condición.

(A Santander, de Ocaña -13 septiembre). Será un milagro si salvamos siquiera el pellejo de esta revolución.

(Al mismo, de Trujillo -10 noviembre). Tengo la cabeza llena de ideas pacíficas y militares que me atormentan noche y día, porque usted debe saber que jamás me he ocupado tanto de un negocio como del presente, tanto que el día lo paso en pensar y la noche en soñar. Es un axioma militar que por donde pasa una cabra pasa un ejército. No hagamos castillos en el aire aunque en esto nadie será mejor arquitecto que yo.

(A Santander, de Sabana Larga -22 noviembre). Yo prefiero la política a la guerra. Usted cumplirá con decirme no hay, y yo con pedir lo que necesito. Por acá estamos todos a ración de plátano y carne, y quiera Dios que nos dure.

(Al Gral. Morilla, de Trujillo -30 noviembre). Nada, sino las malas acciones debe molestar a los hombres sensatos.

1 8 2 1

(A San Martín, de Bogotá - 10 enero). El vencedor de Chacabuco y Maipo, el hijo primero de La Plata, ha olvidado su propia gloria al dirigirme sus exagerados encomios. Sin duda que es más fácil entrar en Quito que en Lima; pero V. E. podrá hacer más fácil lo difícil que yo lo fácil.

(A Su Majestad Fernando VII, Rey de las Españas, de Bogotá - 24 enero). Es nuestra ambición ofrecer a los españoles una segunda patria, erguida, y no abrumada de cadenas.

(Al Gral. De La Torre, español, de Bogotá - 25 enero). No basta la buena fue, es preciso mostrarla, porque los hombres siempre ven y pocas veces piensan. En los gobiernos populares nada hay seguro, porque la marcha del pueblo suele ser muy varia y aun ciega.

(Al Crnl. Montilla, de Bogotá - 29 enero). Yo no puedo cambiar las leyes ni interpretarlas, porque no soy de la profesión ni augur.

(Al Director Supremo de las Provincias Unidas del Río de La Plata, de Tunja - 4 febrero). Ligadas mutuamente y entre sí todas las repúblicas que combaten contra la España, por el pacto implícito y virtual de la identidad de la causa, principios e intereses, parece que nuestra conducta debe ser uniforme y una misma. Nada puede pretender una contra otra, que no sea igualmente perjudicial a ambas, y por sentido contrario, cuanto exija a favor de ésta, debe entenderse respecto de aquella. Sólo la fuerza puede reprimir el ímpetu de las pasiones desencadenadas por efecto de la revolución y de la guerra, e irritadas por la oposición.

(Al Gral. Azuela, de Trujillo - 9 marzo). No aceptaré más la presidencia porque estoy cansado de mandar, de que se me atribuyan miras de ambición, y porque yo no sirvo sino para militar. Últimamente porque estoy resistido, y si me fuerzan, desierto.

(Al Gral. De La Torre, de Trujillo - 19 marzo). Como la necesidad es la ley primitiva y la más inexorable, tengo el sometimiento de someterme a ella.

(Al mismo, español, de Barinas - 12 abril. Hablando del nuevo armisticio). Las nuevas posiciones vamos a tomarlas en toda probabilidad al abrirse la campaña; por consiguiente, ustedes no harán más que ceder lo que la fuerza debe arrancarles.

(Al Gral. Nariño, de Brinas - 21 abril). Un libro que no habla con nadie, que llaman Constitución. Colombia se gobierna por la espada de los que la defienden y en lugar de ser un cuerpo social es un campo militar. HE TENIDO MUCHAS VECES QUE SER INJUSTO POR POLÍTICA, Y NO HE PODIDO SER JUSTO IMPUNEMENTE.

(A Fernando Peñalver, de Barinas - 21 abril). Nada sufre usted que no sufra yo. Estoy cansado de mandar ocho años esta república de ingratos. Tampoco sirvo para la diplomacia porque soy excesivamente ingenuo, muchas veces violento, y de ella no conozco más que el nombre. En nada sé nada. Ni usted ni yo veremos en el curso de nuestra vejez, aquella armonía cordial que debe reinar en la gran familia del Estado.

(Al Gral. Santander, de Barinas - 21 abril). Porque este ejército es un saco roto, donde entran todos los meses mil hombres y se vuelven a ir a sus casas, al hospital o al cementerio, a causa del clima, de la miseria y de la incuria.

(Al Dr. Pedro Gual, de Guanare - 24 mayo). Estamos sobre un abismo, o más bien sobre un volcán pronto a hacer explosión. YO TEMO MAS LA PAZ QUE LA GUERRA.

(A Fernando Peñalver, de Guanare - 24 mayo). Si ustedes quieren que yo lleve el nombre de presidente, yo quiero no ser más que un general en jefe del ejército de Colombia. Comienzo a sentir las flaquezas de una vejez prematura. Nada me puede obligar ya a llevar más tiempo un timón, siempre combatido por las olas de una borrasca continuada.

(A Santander, de San Carlos - 13 junio). Por fin han de hacer tanto los letrados que se proscriban de la república de Colombia, como hizo Platón con los poetas en la suya. (Y refiriéndose a filósofos y legisladores de su tiempo, añade) ...en vez de hacer repúblicas quieren amontonar escombros de fábricas monstruosas, para edificar sobre una base gótica un edificio griego al borde de un precipicio.

(Al Crnl. Pereira, de Valencia - 1º julio). Cuánto aprecio el mérito aunque sea en mi enemigo.

(Al Gral. Santander, de Valencia - 10 julio). Hasta que no se haga la paz no podré abandonar esta demoniópolis o pueblo de diablos que por todas partes dan que hacer, sea en paz o en guerra. Esto es un caos: los hombres buenos han desaparecido y los malos se han multiplicado. Todo está en embrión y no hay hombres para nada.

(Al mismo, de Tocuyo - 16 agosto, agradeciendo su felicitación por la batalla de Carabobo). Es la expresión de un fuerte sentimiento exhalado en medio del transporte de un alma elevada. Téngame adelante 4 ó 5.000 hombres para que el Perú me dé dos hermanas de Boyacá y Carabobo. (Profecía cumplida: fueron Junín y Ayacucho). No iré si la gloria no me ha de seguir.

(Al Gral. Soublotte, de Trujillo - 23 agosto). Es necesario terminar de un modo resplandeciente la guerra de América.

(A Santander, de Trujillo - 23 agosto). ¡Quién sabe si la Providencia me lleva a dar la calma a las aguas agitadas de la Plata, y a vivificar las que tristes huyen de las riberas del Amazonas!!!! Todo esto es soñar, amigo.

(Al Dr. Castillo Rada, de Trujillo - 24 agosto). El camino más corto, ese será el mío.

(Al Gral. Urdaneta, de Trujillo - 24 agosto). Yo no escribo a los que amo sino cuando necesito de ellos.

(Al Dr. Castillo Rada, de Maracaibo -16 septiembre). No conviene que el gobierno esté en manos del hombre más peligroso; no conviene que la opinión y la fuerza estén en las mismas manos.

(Al Dr. Pedro Gual, de Maracaibo - 16 septiembre). Yo conozco lo que puedo hacer, amigo, y sé dónde soy útil. Sólo los "godos" son nuestros enemigos; los otros son enemigos del General Bolívar, y a éstos no se les presenta batalla. Se les debe huir para vencerlos.

(Al Presidente del Congreso de Colombia, de Rosario – 1: octubre). Pronto a sacrificar por el servicio público mis bienes, mi sangre y hasta la gloria misma, no puedo, sin embargo, hacer el sacrificio de mi conciencia.

(Al Gral. Itúrbide, de Rosario - 10 octubre, refiriéndose a la independencia de México). En la desgracia la suerte nos unió, el valor nos ha unido en los designios, y la naturaleza nos dio un mismo ser para que fuésemos hermanos.

(Al canónigo Guerra que le da una satisfacción por el incidente ocurrido en una comida de Bogotá -15 noviembre). En el negocio en cuestión usted fue el ofendido y yo no debo ser el satisfecho.

1 8 2 2

(Al poeta Olmedo, de Cali - 2 enero). La política y la guerra tienen sus leyes, que no se pueden quebrantar sin dislocar el orden social.

(A Santander, de Popayán - 9 febrero). YO CREO QUE LO MEJOR EN POLITICA ES SER GRANDE Y MAGNANIMO.

(Al mismo, de Popayán - 21 febrero). Porque cada día me convengo más que sin mi autoridad no se hace nada, y que donde no estoy yo, todo sale tuerto.

(Al Obispo de Popayán, Monseñor Jiménez, de Pas - 10 junio). El mundo es uno, la religión otra, Catón y Sócrates mismo, los seres privilegiados de la moral pagana, no pueden servir de modelo a los próceres de nuestra sagrada religión.

(Al Marqués de Toro y a Fernando Toro, de Quito - 21 junio). Yo me debo a la separación de los negocios públicos, porque habiendo encanecido en el servicio de la patria, debo dedicar el último tercio de mi vida a mi gloria y a mi reposo.

(A San Martín, de Quito - 22 junio). La espada de los Libertadores no debe emplearse sino en hacer resaltar los derechos del pueblo. La marcha majestuosa de América Meridional, no fija sus ojos sobre las pequeñas manchas de la revolución.

(A Santander, de Guayaquil -29 julio). Todos quedan agradecidos porque a todos he servido, y todos nos respetan porque a nadie he cedido. Por Dios que no quiero más: estoy contento con la fortuna.

(Al mismo, de Guayaquil - 3 agosto). En 4 días no se pueden conquistar los corazones de los hombres, que es el solo fundamento sólido del poder. NO BASTA VENCER, ES PRECISO CONSERVAR. A pesar de mi repugnancia por el mando, mi patriotismo es más fuerte que mi repugnancia.

(Al mismo, de Guayaquil - 13 agosto). Usted tiene muchos títulos para mi amistad, pero aquí no se trata de amistad sino de gobierno.

(A Santander - 27 agosto). Yo jamás iré a encargarme del mando; quiero descansar después de doce años de tempestad. Quiero ser ciudadano para ser libre.

(Al Crnl. Briceño Méndez, de Guayaquil - 29 agosto). He llegado al término de mi carrera y ya es preciso que decline y me proporcione una caída honrosa y suave, porque si no me la proporciono a mi gusto, puedo recibirla con violencia y pérdida de todas mis adquisiciones.

(A Santander, de Guayaquil - 29 agosto). La suerte de los que mandan: recoger con los honores que se les tributan, las quejas de los descontentos.

(Al mismo, de Cuenca - 13 septiembre). La incapacidad de los jefes del Perú y la mucha capacidad de sus contrarios. La actividad de los godos es infinita y la corrupción de los nuestros, también infinita. Estoy resuelto a tomar las medidas más terribles a fin de levantar 8 a 10.000 hombres, sacrificios que serán inmensos y crueles. Aquí el clero es todo y los indios nada.

(Al mismo, de Cuenca - 14 septiembre, refiriéndose a San Martín y a Itúrbide). Lo que yo deseo es que ni uno ni otro pierdan su tierra por estar pensando en tronos.

(Al Gral. Fernando Toro, de Cuenca - 23 septiembre). Conozco más que nadie los derechos que tiene sobre sus hijos el suelo nativo. Un espíritu profético me acerca males remotos e inciertos. Oye: YO PERTENEZCO AHORA A LA FAMILIA DE COLOMBIA Y NO A LA FAMILIA DE BOLÍVAR. SOY DE TODA LA NACION. El hombre social es un monstruo de la naturaleza, que no escucha sus gritos y no obedece sino al fantasma del deber.

(A Fernando Peñalver, de Cuenca - 26 septiembre). Más deseo saber lo triste que lo brillante, porque para lo brillante no faltan plumas. Creo que el tiempo de las monarquías fue. Mucho veo que las cuatro planchas cubiertas de carmesí que llaman trono, cuestan más sangre que lágrimas, y dan más inquietudes que reposo. Los tronos no volverán a ser de moda en la opinión. Estos monumentos antiguos están todos minados con la pólvora moderna.

(Al Mariscal La Mar, de Laja - 14 octubre). Los hombres públicos valen cuanto es la opinión que se tiene de ellos. (Lo felicita por haber asumido el gobierno del Perú, pero se angustia porque tendrá que) arrostrar el embarazo de las pasiones ajenas y el cúmulo de obstáculos que la revolución en su marcha multiplica como se va avanzando.

(Al Gral. Urdaneta, de Cuenca - 27 octubre). Sucre llenará mi puesto en mi ausencia: está adorado de todo el mundo y tiene cualidades admirables para gobernar.

(A Santander, Cuenca - 27 octubre). No quiero más recibimientos pomposos. Constantemente estoy sin dormir, procurando adivinar a donde irá a estrellarse la nave de Colombia, cuyo timón manejo a presencia de la posteridad.

(Al mismo, de Quito - 6 diciembre). Pasto, Quito, Cuenca y Guayaquil son 4 potencias enemigas unas de otras, y todas queriéndose dominar sin tener fuerza ninguna con qué poderse mantener, porque las pasiones interiores les despedazan su propio seno. Las enemistades entre naciones nacen del deseo de preponderancia y no del sistema de gobierno. Los que viven de su lengua son los que no me quieren. Colombia no se gobierna con prosperidad y orden sino con un poder absoluto. Esto se pierde si yo me voy y no aseguro que se salve estando yo aquí; sin embargo es bien difícil que se pierda mientras yo conservo la energía de mi carácter.

(Al mismo, de Ibarra - 23 diciembre). Sucre tiene talento, actividad, juicio, celo y valor; y yo, a la verdad, no me creo con tantas cualidades. Venezuela, mi patria, es el teatro de las calamidades. La primera cualidad de las cosas es la existencia; existamos, pues, aunque sea con nuestros defectos y dificultades, porque al fin siempre es mejor ser que no ser.

(A Santander, de Pasto - 14 enero). A todas las cosas se les deben dar las formas que corresponde a su propia estructura, y estas formas deben ser lo más agradables para que capten la admiración y el encanto.

(Al mismo, de Quito - 30 enero, referente al Perú). Aquella gente no se entiende ni yo la entiendo. El Perú no tiene recursos de movilidad y casi tampoco de subsistencia. Su localidad es única: desierto en las playas y horribles eminencias en los Andes. Chile y Buenos Aires se están despedazando en guerras civiles. El día que nada temamos, ese día empiezan los peligros de Colombia; ese día resuenan las trompetas de la guerra civil: MAS DESEAN AQUI UN INCA QUE UN LIBERTADOR.

(Al mismo, de Guayaquil - 14 febrero). Tiemblo delante de lo futuro: más horrible me parece el porvenir que lo pasado.

(A Sucre, de Guayaquil - 19 febrero). Estoy resuelto a llevar 6.000 hombres de un porrazo (al Perú. Y agrega instrucciones militares precisas). Que todo se haga volando. Volando, volando.

(Al Gral. Alvarado. Guayaquil - 18 marzo). La revolución es un elemento que no se puede manejar. Es más indócil que el viento.

(A Santander. Guayaquil - 29 marzo). Solamente un ejército magnífico, con un gobierno muy fuerte y un hombre cesáreo puede arrancarles el Potosí y el Cuzco a esos españoles. Nadie sueña, nadie piensa, nadie imagina que pueda existir el Perú sin mí.

(Al presidente del Perú Riva Agüero. de Guayaquil - 13 abril, se refiere a Sucre). Confieso con franqueza que no ha dado Venezuela un oficial de más bellas disposiciones ni de un mérito más completo. Hubo un Bonaparte y nuestra propia América ha tenido tres césares. Ya mis tres colegas: San Martín, O'Higgins, e Itúrbide han probado su mala suerte por no haber amado la libertad. El deseo de terminar la guerra en América me impele hacia el Perú, y me rechaza al mismo tiempo, el amor a mi reputación, de suerte que fluctúo y no decido nada, porque los dos motivos opuestos me combaten con igual fuerza. Me inclino a pensar que si es indispensable, el amor a la patria vencerá.

(A Santander. de Guayaquil - 15 abril). No sé quién pueda tener derecho en Colombia a tratarse con un tono de superioridad. La amistad no autoriza a nadie para faltarme. La noble decencia honra a quien la usa. He agotado el manantial de mi rigor para juntar los hombres y el dinero con que se ha hecho la expedición al Perú. El dinero se ha sacado a fuerza de bayoneta. Jamás he dejado de hacer todo cuanto ha sido posible, sin pararse en nada. Ninguna cosa tan corrosiva como la alabanza: deleita al paladar pero corrompe las entrañas. YO VALDRIA ALGO SI ME HUBIESEN ALABADO MENOS.

(Al mismo, Guayaquil - 29 abril). Ni aun la salud de la patria, ni la gloria misma, me hacen la menor impresión si se oponen a la letra de mi deber. Es tan fuerte el motivo que me llama al Perú, que no sé cómo podré contenerme a mí mismo. Ya no se puede mandar sino por amor al prójimo y con profunda humildad. Los ciudadanos están muy quisquillosos, y no quieren nada de arquitectura gótica; lo que desean es la arquitectura constitucional, la geometría legal, la simetría más exacta y escrupulosa; nada que hiera la vista ni al oído ni a sentido alguno.

(A Pedro Gual, de Sabaneta - 3 mayo). El hemisferio del sur necesita un hombre de peso y que tenga muchos medios a su disposición.

(A Sucre, de Guayaquil - 5 mayo). Si el enemigo llega a penetrar hasta Lima, ya no debemos pensar más que en obrar por el Alto Perú con todo cuanto tengamos.

(A Santander, Guayaquil -14 mayo). Yo no sé jamás degradarme a fingir, y mucho menos a negar. ESTOY TODO ENTERO DONDEQUIERA QUE ESTA UNA DE MIS PARTES.

(Al Gral. Salom, de Guayaquil - 21 mayo). Es preciso que guarde usted su furia para los casos importantes. Modérese en su celo y aumente su malicia.

(A Sucre, de Guayaquil - 24 mayo). Es demencia sacar las cosas de su estado natural. Las cosas, para hacerlas bien, es preciso hacerlas dos veces: es decir que la primera enseñe a la segunda. Por ahora nosotros no podremos llevar sino nuestras propias necesidades y con ellas los principios de nuestra destrucción. En la duda de lo que se debe hacer, la sabiduría aconseja la inacción, para dar al tiempo la facultad de variar las escenas y de presentar nuevas miras. El movimiento es el alimento de la guerra como de la vida.

(A Santander, de Guayaquil - 30 mayo). CADA DIA TEMO MAS HABERME ELEVADO DEMASIADO. NADIE PUEDE HABLAR DE SI SIN DEGRADAR DE ALGUN MODO SU MERITO.

(Al mismo, de Quito - 3 julio). Sucre tiene todo, pero no tiene mi autoridad ni mi nombre, aunque algo los representa por ser el órgano de mi voluntad y porque el Gobierno del Perú está absolutamente sometido a mis designios. Por el sur el incendio es grande pero puede apagarse con sólo mi presencia. Mi corazón fluctúa entre la esperanza y el cuidado: montado sobre las faldas del Pichincha, dilato mi vista desde las bocas del Orinoco hasta las cimas del Potosí; (profecía cumplida en 1825) este inmenso campo de guerra y de política ocupa fuertemente mi atención y me llama también imperiosamente cada uno de sus extremos, y QUISIERA, COMO DIOS, ESTAR EN TODOS ELLOS.

(A Santander, de Quito - 5 junio). No estoy para comentarios sino para acometer. ESTOY COMO EL SOL BROTANDO RAYOS POR TODAS PARTES. Estoy empleando hasta los muertos en defensa de este departamento. Los pastusos y Canterac son los demonios más demonios que han salido de los infiernos. Esta guerra es como la escultura del diamante que cuanto más golpes recibe, más sólido y brillante se pone por una y otra parte. Verdaderamente, como espectáculo teatral nada es más espléndido. Jamás contendientes han aguzado mejor sus armas. Cada uno muestra descender del gran Pelayo. Cada uno se obstina más y más contra el hado inexorable: los españoles es contra el hado que combaten, como nosotros contra los rivales del hado, lo que viene a ser lo mismo.

(Al mismo, de Quito - 21 julio). Cada día me convenzo más de la incapacidad de todos nuestros jefes para mandar. Nadie da nada ni nadie quiere servir. CUANTO MAS ME ELEVO, TANTO MAS HONDO SE OFRECE EL ABISMO. Tengo mucho miedo mental, y sin embargo mi audacia se aumenta de continuo, mi marcha al Perú es un salto prodigioso que no me espanta aunque muchos me amenazan con el peligro.

(Al mismo, de Babahoyo - 30 julio). El teatro actual de la guerra en el Perú son las provincias llamadas del Alto Perú. Aquel desgraciado Perú. Hay tantos partidos, tantos enredos, está aquello en tal estado de horrible anarquía, que me espanto, me horrorizo al considerarme metido en aquellos laberintos.

(A Santander, Guayaquil - 4 agosto). Nadie obedece a nadie y todos aborrecen a todos. Voy a imitar a Curcio entregándome a las llamas por la salud de la patria. Me voy a ver rodeado de los más grandes embarazos, necesidades y peligros. Enemigos dentro, enemigos fuera; pasiones y crímenes; carencia de todo y sobra de demandas y necesidades. Admire usted mi valor cuando me voy a encargar del peso de Atlante. PARECE QUE EL DEMONIO DIRIGE LAS COSAS DE MI VIDA. Por supuesto que San Martín no añade nada al bien del Perú porque él mismo es un principio de disolución.

(A Monteagudo, de Guayaquil - 5 agosto). ...porque formado una vez el pacto con el fuerte, ya es eterna la obligación del débil.

(A Santander, de Lima - 11 septiembre). Estoy sumergido hasta la boca en un piélago de confusión y dificultades. Las necesidades y la carestía son extremas. Este país requiere una regeneración absoluta. Nuestro ejército está dislocado y desencuadrado.

(Al mismo, de Lima - 20 septiembre). Yo cada día más contento en Lima: los hombres me estiman y las damas me quieren. Yo estoy encantado. La mesa es excelente, el teatro regular, muy adornado de lindos ojos y de un porte hechicero, coches, caballos, paseos, toros, Te Deums, nada falta sino plata.

(Al mismo, de Lima - 10 octubre). Sucre es el venezolano de más mérito que yo conozco y como Dios le dé una victoria será mi rival en sucesos militares, porque del Ecuador para el sur lo habrá hecho todo hasta el Potosí.

(Al Gral. Salom, de Lima - 13 octubre). Lima está arruinada; esta gente está loca de padecer; y, en fin, este es un desierto sembrado de vicios y necesidades urgentes.

(A Santander, de Lima -30 octubre). PORQUE SIEMPRE HE PENSADO QUE EL QUE TRABAJA POR LA LIBERTAD Y POR LA GLORIA, NO DEBE TENER MAS RECOMPENSA QUE GLORIA Y LIBERTAD. No tengo la menor duda de que más costará la guerra civil que nacerá el mismo día que cesen las tempestades transmarinas. (Terminando de relatar las dificultades). Crea usted, no obstante de todo esto, que la fuerza de mi carácter hará su efecto y me pondrá en campaña el día que menos se piense, porque yo soy con los soldados lo que los pródigos con el dinero que cuando lo tienen no saben qué hacer con él sino gastarlo. En moral como en política hay reglas que no se deben traspasar, pues su violación suele costar caro.

(Al mismo, de Pallasca - 8 diciembre). En medio de los Andes, respirando un aire mefítico que llaman "soroche", y sobre las nieves y al lado de las vicuñas, escribo a usted esta carta que deberá estar helada, si un cóndor no se la lleva y la hace calentar con el sol.

(A Torre Tagle, de Huamachuco - 10 diciembre). No encontramos más que quejas, desolación y escasez de todo. He andado mucho país sin encontrar más que desiertos, algunas casas y algunos infelices. El tiempo no se vive sin dinero porque éste es el aire vital de las sociedades.

(Al Crnl. Heres, de Cajamarca - 14 diciembre). Obra magna la que tenemos entre manos, es un campo inmenso de dificultades, porque reina un descontento que desalienta al más determinado. Sólo la Providencia puede ordenar este caos.

(A Sucre, de Cajamarca - 14 diciembre). Reina una dislocación de cosas, hombres y principios, que me desconcierta a cada instante; llevo a desanimarme a veces.

(A Santander, de Trujillo - 21 diciembre). Esta es una babilonia de crímenes, y ya es preciso ser bien fuerte y bien afortunado para salir ileso de esta asquerosa contienda.

(Al Vicealmirante Guise, de Trujillo - 24 diciembre). El honor es la mejor guía del laberinto de las revoluciones.

1824

(A Santander, de Pativilca - 7 enero). Usted no me conocería porque estoy muy acabado y muy viejo, en me. díe de una tormenta como ésta represento a la senectud.

(Al Crnl. Aguirre, de Pativilca - 9 enero). LA INGRATITUD ES EL CRIMEN MAS GRANDE QUE PUEDEN LOS HOMBRES ATREVERSE A COMETER.

(A Simón Rodríguez, de Pativilca - 19 enero). Usted no ha visto en ese mundo caduco más que las reliquias y los desechos de la pródiga Madre; allá está encorvada con el peso de los años, de las enfermedades, y del hálito pestífero de los hombres; aquí está doncella, inmaculada, hermosa, adornada por la mano misma del Creador. No, el tacto profano del hombre todavía no ha marchitado sus divinos atractivos, sus gracias maravillosas, sus virtudes innatas.

(A Santander, de Pativilca - 23 enero). Cada día esto se pone peor. Montado sobre el más vasto teatro, me veo asido de un enemigo que cuenta tantas ventajas como objetos lo rodean. Me hallo desesperado. El fastidio que tengo es tan mortal que no quiero ver a nadie, no quiero comer

con nadie, la presencia de un hombre me mortifica. Hastío de los hombres y de la sociedad que vienen de la reflexión más profunda. Mi ambición ha terminado. ¡Dichosos usted y Sucre que están ahora en la edad de la esperanza, en tanto que yo nada espero y todo lo temo! Por todas partes me asaltan los espantosos ruidos de las caídas; mi época es de catástrofes: todo nace y muere a mi vista como si fuese relámpago, todo no hace más que pasar. Sería demencia de mi parte mirar la tempestad y no guarecerme de ella.

(A Sir Roberto Wilson, de Pativilca - 27 enero). Para mí tengo en más a un soldado de la ley que al conquistador del universo.

(A Sucre, agradeciéndole por el buen pie en que mantiene al ejército de Colombia, de Pativilca - 4 febrero). Yo espero mucho del tiempo: su inmenso vientre contiene más esperanzas que sucesos pasados; y los prodigios futuros deben ser muy superiores a los pretéritos.

(A Galdiano, Presidente del Congreso Peruano, de Pativilca - 5 febrero). Creo que la soberanía nacional debe crear un dictador con facultades ilimitadas, omnipotentes. Sólo este dictador puede dar un rayo de esperanza a la salud de la república.

(A Sucre, de Pativilca - 6 febrero) ...porque la falta .de usted no la reemplaza nadie en el mundo.

(Al Gral. La Mar, Pativilca - 7 febrero) ...emplear a los mejores sin disgustar a los peores.

(Al Gral. La Mar, de Pativilca -8 febrero). La guerra se alimenta del despotismo. Despliegue usted un carácter terrible, inexorable. El tiempo de hacer milagros ha llegado.

(A Santander, de Pativilca - 10 febrero). Este mundo se está desmoronando, plagado por la peste moral. Cada canalla quiere ser soberano; cada canalla defiende a sangre y fuego lo que tiene, sin hacer el menor sacrificio. No hay amigo ni enemigo que no cuente maravillas de este ejército español, y a fuerza de repetírmelo lo voy creyendo. Hace doce años que mantienen la guerra y hace doce años que son victoriosos con muy ligeras desgracias. Mi situación es horrible viendo desplomar sobre mi cabeza una gran parte de la América Meridional.

(A Sucre, de Pativilca - 16 febrero). Le recomiendo de nuevo que se cuide, que no ande solo, y que no se meta en aventuras. Por ahora lo que nos conviene es conservarnos intactos, y conservarnos a toda costa; que no se terminará el año sin que estemos en el Potosí.

(Al Gral. Salom, de Pativilca - 20 febrero). Nada es peor en política, que dejar de cumplir lo que se ha mandado.

(A Santander, Pativilca - 25 febrero). El crimen personificado en diferentes formas y representando todas las pasiones, ha cavado a mis pies un inmenso abismo de maldades que me rodea por todas partes y me aísla en medio del Perú. ¿Podría usted creer que es ésta la situación maestra de mi vida? Pues no se debe dudar. Si salgo bien de ella podré tomar con justicia el epíteto de "fausto" que se tomó Sila.

(A Sucre, Trujillo - 21 marzo). Estoy aquí furioso contra todo el mundo, para que todo se haga volando.

(A Santander, Trujillo - 30 marzo). MIS MOVIMIENTOS SERAN TAN RESUELTOS QUE TODO MARCHARA COMO EL RAYO Y NUESTRA DIVISA SERA LA TEMERIDAD.

(Al Gral. Salom, Trujillo -9 abril). Trate usted al pueblo de Quito bien; pero el que caiga en alguna culpa capital, fusílelo usted. La orden del día es "terror". Por este medio he contenido la propagación del crimen en este país.

(A Santander, de Huamachuco - 6 mayo). YO ME HE METIDO A ALFARERO DE REPUBLICAS, oficio de no poco trabajo pero al mismo tiempo glorioso. ¡Qué hombres, qué sucesos los del Perú! El diablo se ha metido en este país.

(A Sucre, Huamanga - 4 septiembre). Usted sabe que ya no sé mentir, y también sabe usted que la elevación de mi alma no se degrada jamás al fingimiento. Esas hablillas, esas delicadezas de las gentes comunes, son indignas de usted. La gloria está en ser grande y en ser útil.

(A Fernando Peñalver, Chancay - 10 noviembre). Mi corazón despedazado por los negocios públicos. Semejante a la corza herida llevamos en nuestro seno la flecha, y ella nos dará la muerte sin remedio, porque nuestra sangre es nuestra ponzoña. Dichosos los que mueran antes de ver el desenlace final de este sangriento drama. Por triste que sea nuestra muerte, siempre será más alegre que nuestra vida.

(Al marqués del Toro, Chancay - 10 noviembre. - Después de haber ganado la batalla de Junín). Sus tropas marchan como gamos. Las nuestras son como perezas. Siempre los tiranos se han ligado y los libres jamás. ¡Desgraciada condición humana! Acostumbrado a mandar como militar, nunca podré acertar a llenar una carrera civil. Terminada la guerra no hay poder bastante en la tierra para hacerme mandar a nadie.

(Al Gral. Sucre, Chancay - 26 noviembre). De las cosas más seguras, la más segura es dudar. (En vísperas de la batalla de Ayacucho). Usted está autorizado a hacer lo que mejor le parezca.

(Al Gral. Pedro Olañeta, de Lima - 15 diciembre). Lo que está más lejos de mi son el dolo y la perfidia.

(A Santander, de Lima - 20 diciembre, refiriéndose a la batalla de Ayacucho). Sucre ha ganado la más brillante victoria de la guerra americana. No quiero más glorias, no quiero más poder, no quiero más fortuna. Mi posición actual es tan rara que no tengo con qué vivir, siendo a la vez Presidente de Colombia y Dictador del Perú.

(Al Gral. Canterac, de Lima - diciembre). Es una especie de prodigio lo que ustedes han hecho en este país. Ustedes solos han retardado la emancipación del Nuevo Mundo dictada por la naturaleza y por los destinos. Han cumplido gallardamente su deber.

(Al Presidente del Senado de Colombia, Lima - 22 diciembre). Yo quiero que la Europa y la América se convenzan de mi horror al poder supremo.

(Al Gral. Santa Cruz, Lima - 26 diciembre). Yo soy un forastero que no conozco a nadie, y un forastero que se ha visto siempre con mucha desconfianza, como vecino, como militar y como ambicioso. Nada de lo que haga tendrá jamás el aplauso nacional.

1 8 2 5

(A Santander, Lima - 6 enero). Veo la guerra civil y los desórdenes volar por todas partes, de un país a otro, mis dioses patrios devorados por el incendio doméstico. La América es una máquina eléctrica que se mueve toda ella cuando recibe una impresión de sus puntos.

(A Sucre, de Lima - 20 enero). Una vida pasiva e inactiva es la imagen de la muerte, es el abandono de la vida; es anticipar la nada antes que llegue.

(Al Obispo Orihuela del Cuzco - 28 enero). Nunca se separará de mi corazón el suelo de los Incas. Cuanto recomendable me es la memoria de Manco Capac que con tanta sabiduría y con tanta humanidad, supo fundar un imperio bajo las bases de una moral desconocida entre otros pueblos que se tenían por cultos.

(A Santander, de Lima - 9 febrero). Usted no puede imaginarse el deseo que tengo de descansar, de una especie de letargo prolongado y profundo. Ya me canso de todo y con una facilidad extraordinaria. Es una gloria que dos de mis amigos y segundos hayan salido dos



Bolívar en la carga de caballería en Araure.

prodigios de entre mis manos. La gloria de usted y la de Sucre son inmensas. Si yo conociese la envidia los envidiaría. YO SOY EL HOMBRE DE LAS DIFICULTADES; USTED EL HOMBRE DE LAS LEYES; Y SUCRE EL HOMBRE DE LA GUERRA. Creo que cada uno debe estar contento con su lote y Colombia con los tres. Aquí me comparan con el tirso de Mercurio, que reunía amistosamente las serpientes sin devorarse. La comparación parece muy exacta, porque ninguno se entiende entre sí y todos se entienden conmigo.

(Al mismo, de Lima - 18 febrero). Mi primer deber es la obediencia a Colombia. El Potosí es, en el día, el eje de una inmensa esfera.

(A Sucre, de Lima -21 febrero). Usted está a mis órdenes con el ejército que manda y no tiene que hacer sino lo que yo le mando. Jamás un jefe ha tributado más gloria a un subalterno. Para que vea usted que soy justo, desapruébo lo que me parece bien, al mismo tiempo que admiro lo que es sublime.

(A Santander, Lima -23 febrero). Sucre me ha quitado en Ayacucho el más hermoso ramo de mis laureles: él es, absolutamente, mi competidor en gloria militar. Si yo fuese envidioso apenas podría merecer el nombre de hombre. Yo tengo el orgullo de crearme superior a tan infame debilidad. El Alto Perú pertenece de derecho al Río de la Plata, de hecho a España, de voluntad a la independencia de sus hijos que quieren su Estado aparte, y de pretensión pertenece al Perú que lo ha poseído antes y lo quiere ahora.

(Al Presidente del Congreso del Perú, Lima - 23 febrero, rechazando el millón de pesos que le otorgó el Congreso). No habiendo poder humano que me obligue a aceptar un don que mi conciencia repugna.

(Al Dr. Restrepo, Lima - 7 marzo.) Yo no tengo sentimientos personales jamás. MIS CALERAS PERTENECEN A LOS RELAMPAGOS QUE PASAN CON ELLAS.

(Al Gral. Santa Cruz, Lima - 11 marzo). Yo soy un hombre diáfano; me considero criminal en todo aquello que me reservo.

(A María Antonia Bolívar, Lima - abril). La instrucción es la felicidad de la vida. No hay más dicha ni desdicha que prudencia o imprudencia. La suerte me ha colocado en el ápice del poder; pero no quiero tener otros derechos que los del más simple ciudadano.

(A Santander, Lima - 7 abril). La necesidad no conoce leyes.

(Al Crnl. Heres, Ica - 20 abril). En los asuntos diplomáticos daré a usted una buena máxima: calma, calma, calma; retardo, retardo, retardo; cumplimientos, palabras vagas; consultas, exámenes; retorsiones de argumentos y demandas. (Y más abajo, en política). Tengamos una conducta recta y dejemos al tiempo hacer prodigios.

(A Manuela Sáenz, Ica - 20 abril). Debo separarme de quien idolatro! YO ESTARE SOLO EN MEDIO DEL MUNDO. Sólo la gloria de habernos vencido será nuestro consuelo.

(Al Mariscal Sucre, Nazca - 26 abril). Usted está llamado a los más altos destinos, y yo preveo que es usted el rival de mi gloria, habiéndome ya quitado dos magníficas campañas; excediéndome en amabilidad y en actividad, como en celo por la causa común. La voluntad legal del pueblo es mi soberana y mi ley. Mi profesión ha sido, siempre, el culto popular y la veneración a las leyes y a los derechos. Entonces se verá que YO HE RESPETADO A TODOS Y NO ME HE INCLINADO A NADIE.

(A Santander, Ocaña - 8 mayo). Juro a usted que más miedo le tengo a mi querida patria que a toda la América entera. A la canalla no se la puede contener sino con el rigor más inexorable. Esos fieros republicanos que hemos libertado contra su voluntad, contra sus armas, contra su lengua y contra su pluma.

(A Sucre, Arequipa - 15 mayo). Yo soy tan esclavo de la ley como soldado de su disciplina.

(A Santander, Arequipa - 20 mayo). El país en que obramos pasa de mil leguas, y apenas son 4 hombres los que pueden desempeñar uno que otro cargo muy importante. Estamos creando dos repúblicas a la vez, conquistándolas y organizándolas; estamos rodeados de inconvenientes políticos, porque la justicia y nuestra delicadeza exigen miramientos que no debemos desatender.

(Al Dean Funes, Arequipa - 28 mayo). El Alto Perú lo que desea es declararse independiente y constituirse una república separada.

(A Santander, Arequipa - 30 mayo). Usted no puede retirarse. Usted es el hombre "necesario" de Colombia.

(Al Dr. Unánue, Arequipa - 30 mayo). Yo no me puedo hacer amar personalmente, porque estoy haciendo una reforma de usos y costumbres abominables y antiguos.

(Al Gral. Salom, Cuzco - 27 junio). YO SOY IRREVOCABLE COMO EL DESTINO EN LOS NEGOCIOS DE DISCIPLINA.

(Al poeta Olmedo, Cuzco - 27 junio, referente a sus poemas sobre Junín y Ayacucho). Su deidad es mentirosa. Usted nos eleva tanto, que nos ha precipitado al abismo de la nada, cubriendo con una inmensidad de luces el pálido resplandor de nuestras opacas virtudes. Ha querido hacer una parodia de La Ilíada con los héroes de nuestra pobre farsa. He llegado al país clásico del Sol y de los Incas. Aquí el sol verdadero es el oro. Todo me recuerda altas ideas, pensamientos profundos. Manco Capac —Adán de los indios— salió de su paraíso titicaco y formó una sociedad histórica sin mezcla de fábula sagrada o profana. Dios lo hizo hombre; él hizo su reino, y la historia ha dicho la verdad; porque los monumentos de piedra, las vías grandes y rectas, las costumbres inocentes y la tradición genuina, nos hacen testigos de una creación social de que no tenemos idea, ni modelo, ni copia. El Perú es original en los fastos de los hombres.

(A Santander, Cuzco - 28 junio). Los pobres indígenas se hallan en un estado de abatimiento verdaderamente lamentable. YO PIENSO HACERLES TODO EL BIEN POSIBLE.

(Al mismo, Cuzco - 28 junio). Estableceré el gobierno del Alto Perú del modo que mejor me parezca a la salud de aquel país. Ya me han llamado sus habitantes Padre de tres repúblicas; y esto quiere decir que les fundé una.

(Al Gral. Heres, Cuzco - 7 julio). Los negocios políticos son infinitamente delicados.

(A Santander, Cuzco - 10 julio). VALOR, RIQUEZA, CIENCIA Y VIRTUDES: ESTAS SON LAS REINAS DEL UNIVERSO.

(Al Gral. Gutiérrez de la Fuente, Cuzco - 21 julio). Entre buenos amigos, pocas palabras.

(Al Gral. Heres, Tinta - 29 julio). Una vida de dolores no es vida, y la cama es cama de tormento.

(Al Gral. Salom, Oruro - 25 septiembre). Porque la justicia sola es la que conserva la república, y los ejércitos se relajan con nada.

(Al Gral. Páez, Oruro - 26 septiembre). Ya me tiene usted comprometido a defender a Bolivia hasta la muerte como a una segunda Colombia: de la primera soy padre, de la segunda soy hijo, así mi derecha estará en las bocas del Orinoco y mi izquierda llegará hasta las márgenes del Río de la Plata. Mil leguas ocuparán mis brazos, pero mi corazón se hallará siempre en Caracas.

(Al Gral. Montilla, Oruro - 29 septiembre). Amigo, es preciso trabajar hasta la muerte... El raro árbol de la libertad.

(A Santander, refiriéndose a una conferencia con los delegados argentinos Alvear y Díaz Vélez, de Potosí - 10 octubre). Me han dicho terminantemente, que yo debía ejercer el "protectorado" de la América como único medio de salvarla de los males que la amenazan.

(Al mismo. Potosí - 21 octubre). No mande usted publicar mis cartas, ni vivo ni muerto, porque ellas están escritas con mucha libertad y con mucho desorden.

(A Santander, Potosí - 21 octubre). Si los brasileros nos buscan más pleitos, me batiré como boliviano, nombre que me pertenece antes de nacer. Si usted se desagradó por la Ciudad Bolívar, ¿qué hará usted ahora con la Nación Bolívar? Este sí que es golpe a la gratitud colombiana.

(Al Gral. Salom, Potosí - 27 octubre). YO NO TENGO MAS MIRAS QUE LA PATRIA Y LA GLORIA.

(A Santander, de Chuquisaca - 11 noviembre). He sido recibido aquí con una elegancia y una gracia dignas de la antigua Grecia. Todo el pueblo me desea como un ángel de protección. Chile y Buenos Aires me desean ardientemente. En una palabra: todo se pierde yéndome yo. César, en las Galias, amenazaba a Roma, yo en Bolivia amenazo a todos los conspiradores de la América y salvo, por consiguiente, a todas repúblicas. Usted debe hacer los mayores esfuerzos para que la gloria de Colombia no quede incompleta y se me permita ser el regulador de toda la América Meridional.

(Al mismo, de La Plata - 12 diciembre). Esta República Boliviana tiene para mí un encanto particular: primero su nombre, y después todas sus ventajas sin un solo escollo: parece mandada hacer a mano. Cuanto más medito sobre la suerte de este país tanto más me parece una pequeña maravilla.

(A Sucre, al cederle la espada de oro de Ayacucho. regalo de la Municipalidad de Lima - diciembre). Grandes elogios ha merecido V. E. y yo, quisiera superarlos todos, pero mi lengua no alcanza a expresar lo que mi corazón siente. ¿Y qué podré yo decir a un héroe que en su mismo título lleva el monumento de su gloria?

(Al Presidente del Perú, Unánue, de Chuquisaca - 28 diciembre). Digan ustedes que el ciudadano Bolívar viene a pagar sus respetos a la soberanía del pueblo.

1 8 2 6

(Al Sr. Revenga, de Magdalena - 17 febrero). Nacer y robustecerse es lo primero; lo demás viene después.

(A Santander, Magdalena - 26 febrero - Reservadísima). Recibo cartas diversas proponiéndome ideas napoleónicas. Este plan me ofende más que todas las injurias de mis enemigos, pues él me supone de una ambición vulgar y de un alma infame. (Se refiere a la monarquía). Según esos señores, nadie puede ser grande sino a la manera de Alejandro, César y Napoleón. Yo quiero superarlos a todos en desprendimiento, ya que no puedo igualarlos en hazañas.

(Al Gral. Briceño, Lima -27 febrero). El honor más grande a que podía aspirar un mortal: el de dar su nombre a un pueblo entero. Porque en negocios de dinero siempre hay delicadezas que llenar.

(Al Gral. Páez). Ni Colombia es Francia ni yo Napoleón. El título de Libertador es superior a todos los que ha recibido el orgullo humano. Por tanto, es imposible degradarlo. Un trono espantaría por su altura como por su brillo. Este proyecto no conviene ni a usted, ni a mí ni al país.

(Al Dr. Vidaurre, Magdalena - 7 marzo). Un diplomático debe ser todo reserva, misterios y doblez. Por el contrario, usted es un hombre de cristal, diáfano como el aire, no quiero decir que es usted tan ligero, aunque se parece al céfiro.

(A Santander, Magdalena - 20 marzo). Parece que me he remozado con los goces de la gloria y de la libertad. Qué momentos tan dulces estoy pasando: ellos pagan lo pasado y me prometen un porvenir eterno.

(Al Gral. Díaz Vélez, Magdalena - 6 abril). Nada me ha sido siempre tan lisonjero como recibir los sufragios de los hombres de bien y de los patriotas.

(A Páez, Magdalena - 6 mayo). Los legisladores han dicho, al llamarlo a usted: perezca la república antes que los principios, sin ver que los principios se sepultan con la república.

(Al Mariscal Sucre, Magdalena - 12 mayo). Muchos tiranos van a levantarse sobre mi sepulcro. Mi proyecto de Constitución Boliviana es un código de salud, el gran móvil de nuestra reforma social. PARA UN VALIENTE EL RIESGO ES EL VERDADERO APETITO. A mí me han ofrecido una corona que no puede venir a mi cabeza, y que yo concibo en la oscuridad de las combinaciones futuras planeando sobre las sienes del vencedor de Ayacucho. Yo con usted no soy nada, y por consiguiente el mundo que pesa sobre nuestros hombros, caerá a sumergirse en un vasto océano de anarquía.

(Al Gral. de la Fuente, Magdalena - 12 mayo). Estoy sumergido en las más angustiadas meditaciones. El único remedio para el tremendo mal: una federación general entre Bolivia, el Perú y Colombia.

(A Olmedo, Lima - 2 junio). El camino que conduce a la gloria militar está erizado de picas que pueden dar la muerte, pero el que guía al de la sabiduría está cubierto de las más densas tinieblas, donde es preciso, a fuerza de años y estudios, leer en la oscuridad y recoger lo que haya de cierto y útil. Se necesita una exclusiva dedicación.

(A Sucre, Magdalena - 3 junio). Estoy resuelto a ir a Colombia, no a tomar la presidencia que estoy bien resuelto a no admitirla, sino a sostener como mejor pueda un edificio que, a fuerza de querer elevar, está pronto a caer.

(Al presidente del Senado de Colombia, Magdalena - 4 junio). Mi horrible profesión militar me ha obligado a formarme una conciencia de soldado y un brazo fuerte que no puedo manejar el bastón sino la espada. Yo no puedo mandar más Excmo. señor la república colombiana: mi gloria me lo prohíbe y la libertad de Colombia me lo ordena.

(A Santander, Magdalena - 4 junio). AUNQUE UN SOLDADO SALVE A SU PATRIA, RARA VEZ ES UN BUEN MAGISTRADO. Yo he sacrificado todo por la patria y su libertad; pero no puedo sacrificarle el carácter noble de hombre libre y el sublime título de Libertador. Para salvar la patria he debido ser

un Bruto, y para contenerla en la guerra civil, debería ser un Sila. Este carácter no me conviene: antes perderé la vida misma.

(A Santander, Magdalena - 23 junio). La plata y la sangre son los enemigos natos de Colombia. Yo procuro siempre nuevas amarras para nuestro bajel, pues si se rompen unas quedas otras. Cada vez me considero más lejos del mando de Colombia. Siendo la organización de esa república tan sublime y yo tan soldado, no soy capaz de manejar teclas tan delicadas: las rompería todas.

(Al Gral. Gamarra, Lima - 29 marzo). Ninguna especie de delicadeza es de sobra en el manejo de los eclesiásticos y de las cosas que les conciernen. No disputemos con los eclesiásticos: Las desavenencias con éstos es siempre funesta; la amistad con ellos es siempre ventajosa.

(Al mismo, Magdalena - 30 junio). Es encantador el prospecto de un gran pueblo gobernado por autoridades bien enlazadas en sí, circunscriptas a sus atribuciones y eminentemente amantes de la gloria nacional.

(A Olañeta, presidente del Congreso Constitucional de Bolivia - 4 julio, aplaudiendo el nombramiento de Sucre). El pueblo más moderno de América en la marcha nacional, parece que quiere ponerse a la cabeza de los demás por la elevación del espíritu que lo guía.

(A Santander, Magdalena - 8 julio). Todo está perdido. Yo no quiero más guerras civiles: cuatro he sufrido en 14 años y el vituperio cae siempre sobre el vencido y sobre el vencedor. Estoy fatigado de ejercer el abominable poder discrecional, al mismo tiempo que estoy penetrado hasta adentro de mis huesos, que solamente un hábil despotismo puede regir a la América. Como todo marcha en sentido inverso de mis ideas y mis sentimientos, que no cuenten conmigo para nada. Yo le he dicho al Gral. Sucre que el nacimiento y la vida de Bolivia es un himno de sabiduría.

(A su hermana María Antonia de Bolívar, Magdalena - 4 julio). Es muy impropio de señoras mezclarse en los negocios políticos.

(Al Gral. Mosquera, Lima - 1º agosto). El código boliviano es el resumen de mis ideas, y yo lo ofrezco a Colombia como a toda la América. Bolivia continúa su marcha majestuosa y la gratitud dirige todos sus pasos.

(Al Gral. Briceño Méndez, Lima - 2 agosto). El pueblo peruano es dócil, bueno y enemigo de las conmociones; pero existe una masa de combustibles que, aunque heterogéneas, son siempre combustibles.

(Al Gral. Páez, Lima - 4 agosto). Un inmenso volcán está a nuestros pies, cuyos síntomas no son poéticos sino físicos y harto críticos. Estábamos como por milagro sobre un punto de equilibrio casual, como cuando dos olas enfurecidas se encuentran en un punto dado y se mantienen tranquilas apoyada una en otra y en una calma que parece verdadera aunque instantánea. Yo era este punto dado. Venezuela y Cundinamarca las olas y el apoyo se encontraba entre los dos. (Prosigue más adelante). Los odios apagados entre las diferentes secciones volverán al galope, como todas las cosas violentas y comprimidas. Cada pensamiento querrá ser soberano, cada mano empuñar el bastón, cada espada manejada por el primer ambicioso, cada toga la vestirá el más turbulento. Los gritos de sedición resonarán por todas partes. El trueno de la destrucción ha dado la señal. El Congreso de Panamá, institución que debiera ser más admirable si tuviera más eficacia, no es otra cosa que aquel loco griego que pretendía dirigir desde una roca los buques que navegaban. Su poder será una sombra y sus decretos, consejos; nada más. La teoría de los principios es buena en las épocas de calma, pero cuando la agitación es general, la teoría sería un absurdo, como pretender regir nuestras pasiones por las ordenanzas del cielo que, aunque perfectas, no tienen conexión algunas veces con la aplicación.

(Al Gral. Montilla, Lima - 8 agosto). DAR AL PUEBLO TODA LA SUMA DE DICHA Y LIBERTAD, Y AL GOBIERNO TODA LA ENERGIA Y FUERZA POSIBLES.

(Al Gral. Briceño Méndez, Lima - 8 agosto). Contener el incendio que veo asomarse por todas partes.

(A Santander, Lima - 8 agosto). Después de haber hecho el Nerón contra los españoles, me basta de sangre.

(A Sucre, Lima - 8 agosto). Bolivia que es el pueblo normal.

(A Santander, Guayaquil -19 septiembre). Los militares quieren fuerza, y el pueblo independencia provincial. En esta confusión la dictadura lo compone todo. LIBERTADOR O MUERTO ES MI DIVISA ANTIGUA, Y POR LO MISMO YO NO ME DEGRADARIA HASTA UN TRONO.

(Al mismo, Ibarra - 8 octubre). Tengo mil veces más fe en el pueblo que en sus diputados. Una ley fundamental no debe ser sospechada siquiera, como la mujer de César.

(Al Sr. Arboleda, Cumbal - 11 octubre). Pero no quiero que me obsequien como Libertador sino como a huésped del tiempo griego; como "amigo" que recibe la hospitalidad santa de manos de sus compatriotas. ESPERO EL PERDON DE MI DESPOTISMO.

(Al Gral. Santa Cruz, Pasto - 14 octubre). Dios no permita que se organicen ustedes como Colombia: éste es un edificio semejante al del Diablo, que arde por todas partes. Cada uno quiere una cosa y por lo menos es muy difícil contentar a todos. El Vicepresidente de Colombia le tiene envidia a la Virgen Bolivia, como la llama; dice que quiere irse para allá a gozar de los castos bienes de la libertad.

(A Santander, Pasto - 14 octubre). La dictadura ha sido mi autoridad constante. JAMAS UN CONGRESO HA SALVADO A UNA REPUBLICA. A este cúmulo de hogueras no hay más que echarle un Chimborazo de nieve.

(Al Gral. Santa Cruz, Popayán - 26 octubre). Primero el suelo nativo que nada: él ha formado con sus elementos nuestro ser; nuestra vida no es otra cosa que la esencia de nuestro pobre país; allí se encuentran los testigos de nuestro nacimiento, los creadores de nuestra existencia, y los que nos han dado alma por la educación; los sepulcros de nuestros padres yacen allí y nos reclaman seguridad y reposo; todo nos recuerda un deber, todo nos excita sentimientos tiernos y memorias deliciosas; allí fue el teatro de nuestra inocencia, de nuestros primeros amores, de nuestras primeras sensaciones y de cuanto nos ha formado. SIRVAMOS LA PATRIA NATIVA Y DESPUES DE ESTE DEBER COLOQUEMOS LOS DEMAS.

(Al mismo, Neiva - 5 noviembre). En la duda, la sabiduría aconseja la inacción.

(A Santander, Neiva - 5 noviembre). Yo no quiero presidir los funerales de Colombia. Mientras el pueblo quiere asirse de mí como por instinto, ustedes procuran enajenarlo de mi persona con las necesidades de la Gaceta y de los oficios insultantes a los que ponen su confianza en mí.

(Al Gral. Páez, Bogotá - 15 noviembre). No quiero mandar más, no, no, no, no. Primero la muerte que mandar una aldea. PEREZCA TODO SI POR SALVARLO TODO MUERE MI NOMBRE DE LIBERTADOR.

(Al mismo, Bogotá - 18 noviembre). Haremos callar el escándalo de la imprenta que trastorna todas las opiniones y despedaza todos los créditos. (Y agrega). Esta capital dominada por jacobinos y abogados.

(A Santa Cruz, Bogotá - 21 noviembre). En materia de hacienda, que es la fuente del bien y del mal. (Sigue). El pensamiento de una Federación de los seis Estados de Bolivia, Perú, Arequipa, Quito, Cundinamarca y Venezuela.

(A Páez - sin fecha). Me ha mandado usted proponer una corona que yo he despreciado como debía. Es una necesidad atribuirme un proyecto tan diabólico.

(Al mismo, Coro - 23 diciembre). Quiero salir, ciertamente, del abismo en que nos hallamos, pero por la senda del deber y no de otro modo. El voto nacional ha sido uno solo: reformas y Bolívar. A LA SOMBRA DEL MISTERIO NO TRABAJA SINO EL CRIMEN.

1 8 2 7

(Al Gral. Páez, Puerto Cabello - 1: enero). La traición es demasiado vil para que entre en el corazón de un grande hombre.

(A Jeremías Bentham, Caracas - 15 enero). El peso de la esclavitud apaga los espíritus.

(Al Gral. Santa Cruz, Caracas - 5 febrero). Las leyes no valen nada y la verdadera autoridad consiste en los hombres.

(Al Pdte. del Senado, Caracas - 15 febrero). Yo mismo no me siento inocente de ambición. Renuncio una, mil y I millones de veces la presidencia de la república.

(Al Gral. Páez, Caracas - 20 febrero). Yo no busco más que la capacidad y la honradez, y por esta causa me estima todo el mundo.

(A Sucre, Caracas - 20 febrero). Más vale estar divididos de una vez que medio unidos.

(Al Gral. Urdaneta, Caracas - 14 marzo). Necesitamos trabajar mucho para regenerar el país y darle consistencia: por lo mismo paciencia y más paciencia, constancia y más constancia, trabajo y más trabajo para tener patria.

(Al Mariscal Santa Cruz, Caracas - 14 marzo). Estoy destinado a vivir en medio de las tempestades, que mi genio sopla para daño del pueblo y para mi gloria.

(Al Gral. Soublette, Caracas - 16 marzo). Santander: ingrato mil veces!!!!

(Al Gral. Páez, Caracas - 16 marzo). Estas tropas están corrompidas por la guerra y la revolución. Más aborrezco el mando que la muerte, pero todavía aborrezco más la ignominia de la deserción.

(Al mismo, Caracas - 20 marzo). Yo no puedo abandonar a Venezuela al cuchillo de la anarquía.

(Al Gral. Urdaneta, Caracas - 28 marzo). Necesitamos de una energía cruel para entonar el gobierno.

(Al Mariscal Sucre, Caracas - 6 abril). El gran poder existe en la fuerza irresistible del amor. Usted es un hombre impecable.

(Al Gral. Páez, Caracas - 9 abril). Santander es mi mayor enemigo y he roto con él. Del general Guerrero abajo todo el que sea culpable debe morir.

(Al Gral. Urdaneta, Caracas - 14 abril). He tomado el mote de hombre de las dificultades. La guerra es mi elemento; los peligros mi gloria. Venezuela un erizo y mi nombre un talismán.

(A José Fernández Madrid, Caracas - 24 abril). Mis esfuerzos se parecen a los de aquel personaje fabuloso que nunca remataba su trabajo y, sin embargo, se atormentaba de más en más.

(A Sir Roberto Wilson, Caracas - 30 abril). Mientras se navega todos son temores. LA LIBERTAD SE HALLA DE ORDINARIO ENFERMA DE ANARQUIA.

(Al Gral. José Padilla, Caracas - 2 mayo). ¡Contra que no tengo otro interés que la felicidad pública!

(A José Fernández Madrid, Caracas - 26 mayo). Represento aquí a los condenados de la fábula; nunca llego al término de mis suplicios. Lo que hago con las manos, lo desbaratan los pies de los demás. Un hombre combatiendo contra todos no puede nada; por otro lado mis esfuerzos pasados han agotado mis energías: en esta lucha he quedado anonadado y vivo, no porque tenga fuerzas para ello ni objeto; la costumbre solamente me hace continuar en este mundo como un muerto que camina.

(Al Crnl. José Félix Blanco, Caracas - 6 junio). Santander: la revolución de las tropas colombianas en el Perú ha sido obra suya.

(A Santa Cruz, Caracas - 8 junio). Nada me importa la Constitución Boliviana. Si no la quieren que la quemén. Yo no tengo amor propio de autor en materias graves que pesan sobre la humanidad.

(A Sucre, Caracas - 8 junio). LA AMISTAD ES PREFERIBLE A LA GLORIA.

(A Sir Robert Wilson, Caracas - 16 junio). Mi mayor flaqueza es mi amor a la libertad. Mi impetuosa pasión, mi aspiración mayor es la de llevar el nombre de amante de la libertad. La constitución boliviana es mi hija menor, la amo con ternura y dolor porque es desgraciada.

(Al Gral. Urdaneta, Caracas - 19 junio). Estoy resuelto a aventurarlo todo antes que incurrir en la baja nota de débil.

(A José Rafael Arboleda. Caracas - 21 junio). NO DEBEMOS DESMAYAR JAMAS AUN EN MEDIO DE LAS MAYORES DIFICULTADES.

(A Fernando Peñalver, Caracas - 2 julio). Si yo pudiera no me movería un solo momento de aquí, pero es preciso ponerme en el centro para atender desde allí a todas partes.

(A Páez, Cartagena - 18 julio). Aquello es un caos que sólo yo podré desenredar.

(A José Rafael Arboleda. La Carrera - 24 agosto). Los pérfidos destruirán a Colombia por destruirme. La república se pierde, o se me confiere una inmensa autoridad. ¡Qué tiempo: el diablo está en el Congreso!

(A su tío Estéban Palacios, Bogotá - 20 septiembre). Yo me he puesto a la cabeza del gobierno más por evitar mayores males que por hacer grandes bienes: porque yo recibo la república dividida y pobre, llena de discordias y cubierta de deudas.

(A Joaquín Mosquera, Bogotá - 24 septiembre). Imagínese usted cuál será mi posición y mis embarazos, teniendo que luchar contra las pasiones de mis enemigos y aun contra los clamores de mis amigos; contra la pobreza del erario y el descrédito de la Nación.

(En otra carta que dirige a Páez de Bogotá, en 28 noviembre, muy extensa para ser trascrita, cabe comentar: ¡qué previsión, qué precisión! Bolívar gobernaba Venezuela desde Bogotá).

(A Manuel Garaycoa, Bogotá - 6 diciembre). ¿Pero qué importa que padezca yo para que ustedes gocen? ¿Que yo perezca para que viva un pueblo?

1828

(Al Gral. Montilla, Fusca - 7 enero). En cuanto a Santander, este hombre perverso, ya nada le queda por hacer; toca todos los resortes de la intriga, de la maldad, y la maldad para dañarme y formarse su partido. ¿Qué haré yo cuando por todas partes me faltan?

(A A. I. Guzmán, Bogotá - 16 enero). Yo no debo vivir más en Colombia, y tampoco tengo con qué vivir fuera de ella.

(Al Gral. Robert Wilson, Bogotá -7 febrero). La influencia de la civilización produce una indigestión en nuestros espíritus que no tienen bastante fuerza para masticar el alimento nutritivo de la libertad. Lo mismo que debiera salvarnos, nos hará sucumbir. En la gran Convención de Colombia el espíritu de partido dictará "intereses" y no leyes; allí triunfará la demagogia de la canalla.

(A José Fernández Madrid, Bogotá - 14 febrero). Las plumas no se pueden encadenar.

(Al Gral. Montilla, Sátiva - 25 marzo). La desesperación es la salud de los perdidos, y ésta debe ser nuestra salud.

Al Gral. Briceño Méndez, Bucaramanga - 13 abril). ¡Qué insensatez! ¡Para qué necesitare yo de Colombia! ¡Hasta sus ruinas han de aumentar mi gloria!

(Al Gral. Montilla, Bucaramanga - 13 abril). Perezca yo mil veces antes de tener miras personales ni causa propia.

(Al Gral. Wilson, Bucaramanga - 16 abril, refiriéndose a Rusia). Esa quinta parte del globo que ocupa todo el norte del mundo y que, por lo mismo, es una especie de semillero de titanes.

(Al Gral. Briceño Méndez, Bucaramanga - 23 abril, refiriéndose a sus detractores). ¡Miserables, hasta el aire que respiran se los he dado yo, y soy yo el sospechado y despreciado de amigos y parientes!

(Al Gral. O'Leary, Bucaramanga - 24 abril). TRIUNFO ABSOLUTO O NADA: ES MI DIVISA.

(A Estanislao Vergara, Bucaramanga - 29 abril). La moderación siempre es tímida, y usted sabe que la fortuna desaira a la timidez.

(Al Gral. Páez, Bucaramanga - 13 mayo). Pues yo no sé nunca quedarme en la inacción y en la incertidumbre.

(Al Gral. Briceño Méndez, Bucaramanga - 13 mayo). Ningún poder intelectual es capaz de penetrar hasta el hondo abismo de mis infaustas conjeturas. Yo considero al Nuevo Mundo como un medio globo que se ha vuelto loco; al medio, para contenerlos, un loquero con un libro en la mano para contener a los locos.

(A J. M. del Castillo, Bucaramanga - 15 mayo) ¡Cuán dichosos fuéramos si nuestra sabiduría se dejara conducir por la fortaleza. Cuando la ley me autoriza, no conozco imposibles.

(Al Gral. Briceño Méndez, Bucaramanga - 22 mayo). Cada paso, cada instante, es un escalón en que descendemos, y si mi desesperación no fuese igual al horror de nuestra suerte, hubiera perdido el juicio.

(Al mismo, Bucaramanga - 29 mayo). Sucre está muy cansado de la ingratitud y de la inestabilidad de las cosas americanas. NOS FALTAN HOMBRES QUE PUEDAN MANDAR Y QUE SEPAN OBEDECER. Sucre todos los días me escribe que no se puede construir nada sobre una base de arena de que se compone el pueblo americano.

(A Rafael Arboleda, Bucaramanga – 1º junio). El título de amigo, solo, vale por un himno y por todos los dictados que puede dar la tierra.

(A J. M. Restrepo, Bucaramanga - 3 junio). NADIE ES GRANDE IMPUNEMENTE, NADIE SE ESCAPA AL LEVANTARSE DE LAS MORDIDAS DE LA ENVIDIA.

(A Estanislao Vergara, Bucaramanga - 3 junio). Muchas veces me arrepiento de ser americano, porque no hay cosa por eminente que sea que no la degrademos. Pero echemos el miedo a la espalda y salvemos la patria.

(Al Gral. Briceño Méndez, Bucaramanga - 4 junio). Yo siento que la energía de mi alma se eleva, se ensancha y se iguala siempre a la magnitud de los peligros. Mi alma necesita alimentarse de peligros para conservar mi juicio, de manera que, al crearme, Dios permitió esta tempestuosa revolución para que yo pudiera vivir ocupado en mi destino especial. SOY EL GENIO DE LA TEMPESTAD.

(A J. J. Olmedo, Bucaramanga - 6 junio). Yo he vuelto a entrar a mi antiguo oficio de "pobre diablo"; ya todos mis gustos son plebeyos, enemigos del poder y de la gloria. La fortuna, como todas las hembras, gusta de mudanzas, y como mi señora se ha cansado de mi, yo también me he cansado de ella.

(Al Gral. Montilla, Bogotá - 26 junio). Yo no pude resistirme al torrente popular que en este terrible momento me aclamaba como el salvador.

(Al Gral. Francisco Carabaño, Bogotá - 8 julio). Es un deber nuestro defender a Bolivia contra los ataques del Perú.

(A Rafael Arboleda, Bogotá - 29 julio). La hermosa quimera de la perfección social. Usted vio esa revolución de Francia, la más grande cosa que ha tenido la vida humana, ese coloso de las más seductoras ilusiones, todo eso cayó en ocho años de experiencias dolorosas.

(Al Gral. Diego Ibarra, Bogotá - 9 agosto). Bolivia se ha portado muy bien defendiendo su independencia y sus leyes.

(A Páez, Bogotá - 26 agosto). Para que un pueblo sea libre, debe tener un gobierno fuerte, que posea medios suficientes para librarlo de la anarquía popular y del abuso de los fuertes.

(A Cristóbal Mendoza, Bogotá - 16 septiembre). La fortuna es nada delante de la virtud.

(Al Gral. Mosquera, Bogotá - 19 septiembre). Siendo mi insignia: obediencia al pueblo.

(Al cura Justiniano Gutiérrez, Bogotá - octubre). Sin la conciencia de la religión, la moral carece de base.

(Al Gral. Fco. Carabaño, Bogotá - 10 octubre). El talento sin probidad es un azote.

(A O'Leary, Bogotá - 22 octubre). Mi corazón está quebrantado por esta negra ingratitud (la conspiración de septiembre). Mi dolor será eterno, y la sangre de los culpables reagrava mis sentimientos. Yo estoy devorado por sus suplicios y los míos. América es un mundo herido de maldición, desde su descubrimiento hasta los términos de la predicción.

(A Sucre, Bogotá - 28 octubre). ¡Bendito sea el día en que usted llegó a Guayaquil! Lo he nombrado jefe absoluto del sur. Usted es el árbitro de sus destinos, y en usted he confiado todas mis esperanzas. Tome usted por base de sus operaciones la naturaleza de las cosas y el interés instantáneo sea el genio de sus inspiraciones. Usted es el único inmaculado. Yo le he dado a usted el ser de Simón Bolívar. Sí, mi querido Sucre, usted es uno conmigo, excepto en su bondad y en mi fortuna.

(Al Gral. Briceño Méndez, Bogotá - 8 noviembre). El pulso con que debo gobernarme para que no digan que quiero gobernar despóticamente.

(Al mismo, Bogotá - 16 noviembre). Las cosas han llegado a un punto que me tienen en lucha conmigo mismo, con mis opiniones y mi gloria.

(Al Gral. Páez, Bogotá - 16 noviembre). (Referente al perdón y destierro de Santander). Mi existencia ha quedado en el aire con este indulto, y la de Colombia perdida para siempre.

(A José Rafael Revenga - 17 noviembre). QUISIERA TENER UNA FORTUNA PARA DAR A CADA COLOMBIANO; pero no tengo nada: no tengo más que corazón para amarlos y una espada para defenderlos.

(Al Gral. Mosquera, Chía - 20 noviembre). Anímese usted, pues su carta anuncia mucha tristeza y con valor se acaban los males.

(A Páez, Chía - 20 noviembre). Es preciso asegurar la suerte con mil nudos.

(Al Gral. Montilla, Boyacá - 16 diciembre). Porque yo nunca me retiraré delante de los peligros.

(Al Gral. Urdaneta, Boyacá - 25 diciembre). Nunca se me ha intimidado ni arrancado nada por la fuerza.

(Al Gral. Salom, Boyacá - 25 diciembre). Del sublime objeto que me propuse: la felicidad del pueblo colombiano.

1829

(Al Gral. Mosquera, Neiva - 5 enero). Debemos usar de política con los que se han quedado, de clemencia con los insignificantes, y de rigor con los magnates.

(Al Crnl. Murqueytío, Popayán - 27 enero). Estoy resuelto a marchar, y marcharé dentro de 8 días con la oliva en una mano y la espada en la otra.

(Al ministro Estanislao Vergara, Popayán - 28 enero). Pues ha de saber usted que el Libertador de 3 repúblicas está lleno de deudas, y si no lo llaman tramposo es porque es presidente.

(A Páez, Popayán - 29 enero). Estando el país minado por los demagogos y por intereses divergentes, es necesario emplear una supervigilancia activísima y una sagacidad sin límites.

(A José María del Castillo, Popayán - 5 febrero). Pues el descontento no se corta con la fuerza.

(Al Gral. Urdaneta, Rumipampa - 6 abril). Este mundo de anarquía: ningún dique, ningún derecho, ningún deber es respetado; todo se halla envuelto en el caos del desorden.

(A Páez, Quito - 12 abril). Santander llamó a La Mar indicándole los medios de hostilizar a Colombia. ¡Qué tal hombre!

(A Estanislao Vergara, Quito - 22 abril). La clemencia con los criminales es un ataque a la virtud.

(A José Fernández La Madrid, Quito - 27 abril). Estoy espantado de la situación de la América, laberinto de pasiones, ambiciones, usurpaciones y violaciones.

(Al Gral. Urdaneta, Quito - 11 mayo). Estoy pronto a dejar el mando muy tranquilamente y con el mayor desinterés; pero no lo dejaré sino con la vida cuando me lo quieran arrancar.

(A J. M. del Castillo, Riobamba - 10 junio) -CUANDO YO DOY MI CONFIANZA LA DOY ENTERA. A mi nadie me quiere en la Nueva Granada.

(Al mismo, Samborondón - 20 junio). La provincia del Chimborazo me ha nombrado emperador, negando sus votos para la elección del Congreso. Yo les he mandado, sin embargo, que las hagan y les he devuelto sus actas sin leerlas.

(Al Gral. Urdaneta, Buijó - 5 julio). América entera es un tumulto. Un caos insondable, que no tiene pie ni cabeza, ni forma ni materia; en fin, esto es nada, nada, nada.

(Al Dr. Estéban Vergara, Buijó - 13 julio). Un país que está pendiente de la vida de un hombre, corre tanto riesgo como si lo jugaran todos los días a la suerte de los dados.

(A sir Robert Wilson, Guayaquil - 27 julio). Toda la América resuena en declamaciones contra mí. Para quien no tiene otra vida que la que recibe de la estimación de los demás hombres.

(Al Crnl. Belford Minton Wilson, Guayaquil - 3 agosto). Demasiado tiempo he perdido sirviendo a los hombres que, como decía Voltaire, no merecen que los mande.

(Al Dr. Estanislao Vergara, Guayaquil - 3 agosto). Las atroces calumnias con que se me acuchilla por otras partes.

(A J. F. La Madrid, Guayaquil - 16 agosto). Esta América tan desgraciada y trabajosa. Mi salud está aniquilada. La ingratitud me tiene vencido el espíritu habiéndole privado de todos los resortes de la acción. (Madrid le contesta: "el alma de fuego de usted, la vehemencia de sus sentimientos, devoran su físico").

(A José María Restrepo, Guayaquil - 20 agosto). Del horrible ataque que he sufrido que me vino del grito simultáneo contra mí, de uno al otro polo; ¿y quiere usted que yo continúe haciendo el papel de Jesucristo sin ser Dios?

(Al Gral. Q'Leary, Guayaquil - 2 agosto). ¿No sería mejor para Colombia y para mí, y aun más para la opinión, que se nombrase un presidente y a mí que se me deje de simple generalísimo? Yo daría vueltas alrededor del gobierno como un toro alrededor de su majada de vacas. Mi movilidad sería admirable para acudir con prontitud a donde quiera que la necesidad o el peligro me llaman.

(A Estanislao Vergara, Guayaquil - 31 agosto). 20 revoluciones sucesivas han atacado mis constituciones y mi autoridad. Este es un testimonio de que mis ideas están en oposición con las inclinaciones del pueblo.

(A Joaquín Mosquera). La muerte es la cura de nuestros dolores. Bogotá: cuartel general de la demagogia. ¿Por qué no se ahogan de una vez en el estrepitoso y alegre océano de la anarquía?

(A O'Leary, Guayaquil - 13 septiembre). Me siento sin fuerzas para nada. Una calma universal, o más bien una tibieza absoluta me ha sobrecogido y me domina completamente. No sabíamos lo que era gobierno y no hemos tenido tiempo para aprender mientras nos hemos estado defendiendo. Es insoportable el espíritu militar en el mando civil.

(A J. M. del Castillo, Guayaquil - 13 septiembre). En los gobiernos no hay otro partido que someterse a lo que quieren los más.

(A Estanislao Vergara, Guayaquil - 20 septiembre, quejándose de los vecinos del Norte y del Sur). Los Estados Unidos son los peores y son los más fuertes al mismo tiempo.

(A Sucre, Quito - 7 octubre). Amigo, así está todo este continente, lleno de tontos conducidos por cuatro pícaros.

(A Restrepo. Babahoyo -28 septiembre). Yo tendré que ser víctima y tirano juntamente.

(Al Gral. Pedro Herrán, Garzal - 3 octubre). Yo dejaré el mando siempre que haya prosperidad y reposo, mas procuraré conservarlo en los momentos más críticos para la república y para mi gloria.

(A Estanislao Vergara, Popayán - 28 noviembre). ¿Qué más ejército que la opinión?

(Al Gral. Flores, Popayán - 5 diciembre). Probablemente será el general Sucre mi sucesor.

(Al Gral. Urdaneta, Popayán - 5 diciembre). ¡Nunca seremos dichosos, nunca!

(Al Gral. Pedro Herrán, Popayán - 6 diciembre). Yo no puedo servir bien si los buenos me abandonan.

(A José Ángel de Alamao, Popayán - 6 diciembre). Yo moriré como nació: desnudo.

(Al Gral. Páez, Popayán - 15 diciembre). Es mi determinación irrevocable renunciar la presidencia del Estado y no admitirla nunca más. Ninguno ama a Venezuela más que yo.

(A Q'Leary, Japio - 18 diciembre). Que se me vitupere o se me alabe, el 2 de enero ya no soy presidente.

(Al mismo, Buga - 27 diciembre). Es preciso poner un término a esta revolución poniendo en reposo los espíritus y las cosas, de otro modo este es un infierno abreviado, del cual es preciso salir a todo trance.

(Al Gral. Urdaneta, Buga - 27 diciembre). Cavilando noche y día sobre el modo de evitar la ruina de la patria.

1830

(Al Gral. Urdaneta, Cartago - 2 enero). El espíritu de anarquía mina por todas partes y al fin la disolución será general. Creo que el Congreso debe dividir a Colombia con calma y justicia. Todo conspira contra nosotros.

(A J. M. del Castillo, Cartago - 4 enero, ante la noticia de la separación de Venezuela). Yo he perdido mucho con este movimiento, porque se me ha privado del honor de dejar el mando espontáneamente. Nunca he sufrido tanto como ahora, deseando casi con ansias un momento de desesperación para terminar una vida que es mi oprobio.

(Al Gral. Mosquera, Fucha - 8 marzo). Yo estoy resuelto a irme de Colombia, a morir de tristeza y de miseria en los países extranjeros.

(Al Gral. Briceño Méndez, Bogotá - 22 abril). (Le da minuciosas instrucciones para evitar el desorden y le pide expresar al Congreso que si le juzga peligroso para el país, está pronto a salir, siempre que los diputados propongan la admisión de su renuncia, pero si hay amenazas —advierte— "moriré con honor en mi puesto").

El 28 de abril se produce la última renuncia de Bolívar al Congreso.

(A J. Fernández Madrid, Bogotá - 28 abril). Yo soy este piloto que nada puedo. La juventud sobre todo está furiosa contra el poder y contra el orden.

(A Gabriel Camacho, Guaduas - 11 mayo). Estoy decidido a salir de Colombia, a no volver más, ni a servir otra vez a mis ingratos compatriotas. Desesperación al verme renegado, perseguido y robado por los mismos a quienes he consagrado 20 años de sacrificios y peligros.

(A Sucre, Turbaco - 26 mayo). Yo me olvidaré de usted cuando los amantes de la gloria se olviden de Pichincha y de Ayacucho.

(A J. F. Madrid, Turbaco - 31 mayo). Fue necesario instar por mi renuncia, pues mi país nativo me había renegado, los locos de Bogotá me fastidiaban con sus torpes calumnias, y los facciosos de todas partes pretendían oprimirme con sus acatas amañadas. En Bogotá los niños tienen la fuerza de la virilidad y los hombres maduros la flaqueza de los chochos.

(Al Gral. Flores, Cartagena – 1º julio). El inmaculado Sucre no ha podido escaparse de las asechanzas de estos monstruos. Yo pienso que la mira de este crimen ha sido privar a la patria de un sucesor mío! No, no, yo no serviré a país tan infame, a hombres tan ingratos y execrables!

(A Landro Palacios, Cartagena - 14 agosto). Mientras tanto esos canallas del Congreso de Venezuela han cometido, por miedo, la abominación de proscribirme.

(A Gabriel Camacho, Cartagena - 2 septiembre). Esta mortal agonía en que me hallo: miseria, vejez, mendicidad, cuanto he estado acostumbrado a semejantes calamidades.

(Al Gral. Briceño Méndez, Cartagena - 10 septiembre). El único carácter que hay enérgico en Colombia es el mío, pues es el único título que he tenido para mandar a los demás.

(Al Gral. Urdaneta, Cartagena - 18 septiembre). Los gobiernos deben ser Inexorables cuando las circunstancias son horribles.

(A Diego Ibarra, Cartagena - 20 septiembre). Es la desgracia del hombre no contentarse nunca. No he admitido el mando porque es de bochinches; no quiero mezclarme con asesinos y traidores.

(Al Gral. Briceño Méndez, Cartagena - 20 septiembre). Yo estoy viejo, enfermo, cansado, desengañado, hostigado, calumniado y mal pagado.

(A José María Cárdenas, Soledad - 25 octubre, refiriéndose al Gral. Mosquera). ¡Echarme de Colombia implícitamente mi mejor amigo y al que yo hubiera escogido por hermano!

(A Urdaneta, Barranquilla - 8 noviembre). ¡Dios mío, entre qué gente vivimos!

(Al Gral. Flores, Barranquilla - 9 noviembre). América es ingobernable para nosotros. El que sirve una revolución, ara en el mar. Todo el mundo va a entregarse al torrente de la demagogia, y desgraciados de los pueblos, desgraciados de los gobiernos!

DE DISCURSOS Y PROCLAMAS

(4 julio 1811, en la Sociedad Patriótica de Caracas). ¡Que los grandes proyectos deben prepararse con calma! Trescientos años de calma ¿no bastan? Pongamos sin temor la piedra fundamental de la libertad suramericana: vacilar es perdersenos.

(26 marzo 1812, en la plazuela de San Jacinto, durante el terremoto de Caracas). Si se opone la naturaleza a nuestros designios lucharemos contra ella, y la haremos que nos obedezca.

(En 2 de noviembre de 1812, refiriéndose a Monteverde y a los españoles). Si ellos nos parecen grandes es porque estamos prosternados.

(Del manifiesto a las Naciones del Mundo, Valencia - 20 de septiembre de 1813). Cuán cobardes son los hombres malos. Es vano el temor que se tiene a los tiranos; no es necesario más que hacer frente al déspota, para que huyan vergonzosamente.

(En la asamblea de Caracas - 2 de enero 1814). Un soldado feliz no adquiere ningún derecho para mandar a su patria. No es el árbitro de las leyes ni del gobierno; es el defensor de su libertad. Sus glorias deben confundirse con las de la República; y su ambición debe quedar satisfecha al hacer la felicidad de su país. Huid del país donde uno solo ejerza todos los poderes: es un país de esclavos. La voluntad general del pueblo será para mí la suprema ley.

(Del Manifiesto de Carúpano. 7 de septiembre de 1814). El hombre es el débil juguete de la fortuna. DIOS CONCEDE LA VICTORIA A LA CONSTANCIA.

(A los ciudadanos de Cundinamarca, en 17 de diciembre de 1814). Aunque la guerra es el compendio de todos los males, la tiranía es el compendio de todas las guerras.

(De un discurso en Bogotá en 13 enero de 1815). La opinión es la fuente de los más importantes acontecimientos.

(Instalado el Consejo de Estado de Angostura, en 1º de noviembre.
.....

(Fragmentos del Discurso de Angostura, 15 febrero de 1817). En medio de este piélago de angustias, no he sido más que un vil juguete del huracán revolucionario que me arrebatara como una débil paja. Yo no he podido hacer bien ni mal: fuerzas irresistibles han dirigido la marcha de nuestros sucesos; atribuírmelos no sería justo, y sería darme una importancia que no merezco. * Las buenas costumbres y no las leyes son las columnas de la sociedad * LA PERFECCION SOCIAL ES EL UNICO FIN DE LAS INSTITUCIONES HUMANAS. * El sistema de gobierno más perfecto es aquel que produce mayor suma de felicidad posible, mayor suma de seguridad social, y mayor suma de estabilidad política. * Los códigos, los sistemas, los estatutos por sabios que sean son obras muertas que poco influyen sobre las sociedades: ¡HOMBRES VIRTUOSOS, HOMBRES PATRIOTAS, HOMBRES ILUSTRADOS CONSTITUYEN LAS REPUBLICAS! * El individuo pugna contra la masa y la masa contra la autoridad. * Si el Senado en lugar de ser electivo fuese hereditario, sería en mi concepto la base, el lazo, el alma de nuestra República. Este cuerpo en las tempestades políticas pararía los rayos del gobierno y rechazaría las olas populares. * En todas las luchas la calma de un tercero viene a ser el órgano de la reconciliación. Ninguna forma de gobierno es tan débil como la democrática. MORAL Y LUCES SON LOS POLOS DE UNA REPUBLICA. * Me he sentido la audacia de INVENTAR UN PODER MORAL, sacado del fondo de la oscura antigüedad.

(Discurso en el Congreso de Colombia: 3 octubre 1817). Yo soy el hijo de la guerra. Prefiero el título de Ciudadano al de Libertador, porque éste emana de la guerra, aquel emana de las leyes.

(Oración lírica en la cima del Potosí —Sumaj-Orcko— el 26 de octubre de 1825). En cuanto a mí, de pie sobre esta mole de plata que se llama Potosí y cuyas venas riquísimas fueron 300 años el erario de Europa, yo estimo en nada esta opulencia cuando la comparo con la gloria de haber traído victorioso el estandarte de la libertad, desde las playas ardientes del Orinoco, para fijarlo aquí, en el pico de esta montaña, cuyo seno es el asombro y la envidia del universo.

(Discurso-Mensaje al Congreso de Bolivia, ofreciendo el Proyecto de Constitución para la nueva Nación por él libertada, en 25 de mayo de 1825). SABER Y HONRADEZ, NO DINERO, ES LO QUE REQUIERE EL EJERCICIO DEL PODER PUBLICO. * (Propone la Presidencia Vitalicia). * (En otro párrafo relativo a un poder ejecutivo limitado e inoperante). Se le ha cortado la cabeza para que nadie tema sus intenciones, y se le han ligado las manos para que a nadie dañe. * Véase la naturaleza salvaje de este continente, que expele por sí solo el orden monárquico: los desiertos convidan a la independencia. * Nunca prestareis demasiada atención al buen régimen de los departamentos * EL DESTINO DEL EJERCITO ES GUARNECER LAS FRONTERAS. ¡DIOS NOS PRESERVE DE QUE VUELVA SUS ARMAS CONTRA LOS CIUDADANOS! * Recomendaría yo una ley que prescribiera un método de responsabilidad anual para cada empleado. * La Religión gobierna al hombre en la casa, en el gabinete, dentro de sí mismo: sólo ella tiene derecho de examinar su conciencia íntima. * La Religión es la ley de la conciencia. * EL DESARROLLO MORAL DEL HOMBRE ES LA PRIMERA INTENCION DEL LEGISLADOR. * ¿Qué quiere decir" Bolivia"? Un amor desenfrenado de libertad, que al recibirla vuestro arrobo, no vio nada que fuera igual a su valor.

(Palabras en Lima, a las señoras que le rogaban no abandonar el Perú, 13 agosto 1826). Cuando la beldad habla ¡qué pecho puede resistir! Yo he sido el soldado de la beldad, porque he combatido por la libertad, que es bella, hechicera, y lleva la dicha al seno de la hermosura donde se abrigan las flores de la vida.

(Al entregar un regalo al Crnl. Escuté, del ejército de Páez, en un banquete dado por éste el 4 de enero de 1827). Aquí no hay más autoridad ni más poder que el mío; yo soy como el Sol entre todos mis tenientes, que si brillan es por la luz que yo les presto.

(Mensaje a la Convención de Ocaña - 29 febrero 1828). Mirad que sin fuerza no hay virtud; y sin virtud perece la República. ¡¡¡Leyes inexorables!!!

(En palabras al Intendente de Bogotá: 24 junio 1828). El pueblo es siempre más sabio que todos los sabios.

(Proclama a los colombianos: Bogotá 27 agosto 1828). Bajo la dictadura ¿quién puede hablar de libertad? COMPADEZCAMONOS MUTUAMENTE DEL PUEBLO QUE OBEDECE Y DEL HOMBRE QUE MANDA SOLO!

(Al Congreso de Colombia, Bogotá 20 enero 1830). Si un hombre fuese necesario para sostener el Estado, este Estado no debería existir, y al fin no existe.

(A los pueblos de Colombia, en San Pedro de Alejandrino, el 10 de diciembre de 1830). He sido víctima de mis perseguidores que me han conducido a las puertas del sepulcro. HE TRABAJADO CON DESINTERES, ABANDONANDO MI FORTUNA Y MI TRANQUILIDAD. (Poner antes de este párrafo). Yo los perdono. No aspiro a otra gloria que la consolidación de Colombia. Colombianos: mis últimos votos son por la felicidad de la patria. SI MI MUERTE CONTRIBUYE PARA QUE CESEN LOS PARTIDOS Y SE CONSOLIDE LA UNION, YO BAJARE TRANQUILO AL SEPULCRO.

(Una frase desperdigada de Bolívar). El baile es la poesía del movimiento.

(Periodismo, en un artículo intitulado La Instrucción Pública, en 1825). El fundamento verdadero de la felicidad: la Educación. Formar el espíritu y el corazón de la juventud: he aquí la ciencia del Director; éste es su fin.

(En Quito, en 1829, echando una mirada sobre la América del Sur). Nada es tan peligroso como la incoherencia del Derecho Natural con el sistema político. De un cabo al otro el Nuevo Mundo parece un abismo de abominación. La libertad es tan peligrosa como la hermosura en las mujeres.

(En el mismo documento). No hay buena fe en América, ni entre las naciones. Los tratados son papeles; las constituciones libros; las elecciones combates; la libertad anarquía y la vida un tormento.

IV

BOLIVAR, SOL DE AMERICA

Bolívar no quiere ser abandonado. Como el imán: atrae siempre. Nos llama, nos exige, nos impele a fidelidad y frecuentación. Es el amigo que dando y ayudando sin tregua, impone a su vez trato permanente. Quien entró una vez a su morada de lucha y ejemplaridad ya no podrá salir de ella.

Bolívar camina constantemente a nuestro lado.

Y así surgió la idea del Sol de América. En la Hélade clásica el hegemon era el político de gran vuelo —por ejemplo el gran Pericles— que buscaba la hegemonía de uno, dos o tres Estados-Ciudades, para debilitar el peligro de otros y asegurar su propia subsistencia.

En nuestra época el hegemon no opera fomentando el divisionismo de unos para aplastar a otros. Eso es mezquino. En la Joven América del Sur no caben supremacías ni nacionalismos excesivos: todas las patrias centro o sudamericanas son iguales, deben seguir siéndolo, apesar de sus caudillos ambiciosos y torpes. El Libertador se alzó sobre todos ellos, en su tiempo, y sigue oponiéndose en el nuestro contra los divisionismos y las pretensiones regionales. El buscó la unión

fraterna, la hegemonía del hemisferio sobre las dispersiones nacionales. Quiso hacer de nuestras endeblas y anarquizadas comunidades democráticas, una sola, grande, fuerte y compacta Patria Continental.

Por eso lo llamamos el Sol de América. O en otros términos: el Hombre-Continente.

* * *

El enemigo: —¡Qué absurdo! Es un juicio hiperbólico.

El amigo: —Al contrario. La realidad viva, palpitante que brota de la verdad geográfica, del acontecer histórico, de la simbiosis estupenda del suelo y de la raza. Nunca el alma humana expresó mejor el poder generador de la tierra nutricia, nunca la tierra fecunda encarnó con mayor fidelidad en planta humana.

El enemigo: —En nuestra América tierras y pueblos son todos diferentes. Geología y antropología distintas. Montañas, valles, llanuras engendran etnias contrarias. La raza americana, jugo de razas se divide y subdivide innumerablemente. Es anticientífico sostener que para un solo escenario físico existe una sola raza sudcontinental.

El amigo: —La ciencia no lo explica todo. Por un proceso de fusiones espirituales que se intuye más que se define, hay momentos-clave en los cuales la pluralidad de tierras y pueblos converge a la unidad. El conductor extraordinario expresa la heterogeneidad geográfica, el genio telúrico encarna en el genio viviente. Hombre y continente, en esos momentos-cumbre, son la misma cosa.

El enemigo: —Sueños poéticos. Yo sólo veo una América del Sur siempre dividida, dispersa en sus naciones diversas y encontradas.

El amigo: —Esa fue y sigue siendo la misión sublime de Bolívar: luchar por la reunificación de pluralidades y antagonismos. Hacer de las patrias chicas una sola grande y fuerte Patria Continental. Por eso veneran su memoria los varones del norte, del centro, del sur de este hemisferio, desde el Caribe hasta el Antártico, desde el Pacífico hasta el Atlántico. Bolívar nos enseñó a todos —hombres y naciones— que el destino está en nuestras manos, en el poder realizador de nuestra voluntad, que poco alcanzará sola, mucho concertada con el esfuerzo de las restantes voluntades nacionales.

El enemigo: —Nadie niega su grandeza, pero querer identificar la inmensidad y variedad del escenario físico de todo un continente con la pequeñez y fragilidad de un solo varón, suele a osadía si no a locura. El hemisferio sur es tan grandioso que no puede ser contenido, ni simbólicamente, en la mínima redoma humana.

El amigo: —Precisamente: esa es la grandeza del Libertador. Concentró en un tiempo de la historia los tiempos que aun no han sido. Su mente, su voluntad, concentraron y expresaron los anhelos de los pueblos que convertía en naciones. El caraqueño capturó como imán prodigioso todas las agujas de la sensibilidad colectiva, entendió por igual a los hombres de las tierras altas y frías, de los valles risueños y jocundos, de los llanos y los bosques tropicales. Encarnó la conciencia del hemisferio, su genio político y zahorí, su despertar ansioso de llegar a categorías más elevadas del ser y del hacer. Por eso es justo sostener que fue el adalid de más hondo mirar y más largo caminar en la historia americana.

El enemigo: —Exageraciones. Un hombre no puede expresar un mundo.

El amigo: —Aunque aparente increíble, es así. Napoleón expresa el dinamismo occidental; es el genio de la acción. Es Europa. Bolívar se manifiesta como el alma impetuosa del Continente de la Esperanza; es el numen de la libertad. Es la América del Sur. Su nombre y su fama redondean las latitudes del planeta. Se lo disputan ideologías, partidos, programas.

El enemigo: —Eso es ver al gran hombre con lente de aumento. Me niego a reconocer gigantes.

El amigo: —Existieron gigantes de osamenta en apartadísimas edades; ¿por qué negar al coloso espiritual?

El enemigo: —Bolívar. Bolívar... ¿Hasta cuándo? Me carga ese culto idolátrico como si el continente no hubiera producido otros valores insignes.

El amigo: —Pregunta a cualquier sudamericano qué piensa de Bolívar. Su respuesta te dirá que el nombre y el renombre del Hombre-Continente, siguen vibrando en la fibra americana.

* * *

¡Cuánto más noble es el visionario sudamericano que los astutos políticos atenienses!

A primera impresión podría atribuirse a hipertrofia del sentimiento la admiración que despiertan la vida y la personalidad del Héroe. Pero no es exageración emotiva sino justeza crítica la que sitúa al Libertador a la cabeza de los arquetipos de América por esa maravillosa fusión de poeta y de hombre de acción, de idealista y de guerrero, de político y de legislador, de orador y de filósofo. de sabiduría civil con ciencia militar, de genial improvisador con prudente organizador de planes y detalles.

Esa mezcla rarísima de sagacidad y firmeza. Ese arte sutil de manejar hombres y afrontar las circunstancias por la palabra, la pluma y la espada. Esa voluntad irresistible creadora de repúblicas, de constituciones, de combates legendarios. Ese levantar ejércitos de la nada y ese crear patrias de los desastres. Ese poder mágico para persuadir a los hombres y avasallar a las mujeres. Esa vida tempestuosa que se parece al Mar. Esa obra fecunda que tiene la permanencia de la Tierra. Esos vuelos de soñador que tienen la transparencia del Aire. Esa muerte dolorosa y triste que tiene la belleza del Fuego que se extingue. ¿No fue Bolívar el Hijo de la Naturaleza y el Padre del Ideal?

Más no caigamos en alardes retóricos. El Libertador no fue Ángel ni Mesías. Ni el superhombre utópico de Nietzsche ni el nuevo Herakles de una gesta mítica. Tampoco el héroe sobrehumano que cantan los hexámetros de Homero. Menos, aun, el leviatán napoleónico que erige su grandeza sobre millones de cadáveres. Ni emperador ni conquistador Bolívar rebasa la estatura de sus émulos en la historia, porque fue redentor de almas y libertador de pueblos, no su dominador.

Su mensaje poético y práctico habla para los Tiempos.

Enseña moral mejor que política. Sabiduría positiva antes que erudición teórica. Funge de jefe de ejércitos y de pastor de multitudes. Practica el desinterés y la generosidad: viene de un hogar opulento y termina en la pobreza. El ideal de patrias libres lo acosaba por encima de las satisfacciones personales. Su espada y su pluma dibujan una América del Sur compacta y fuerte para frenar el poderío del Norte siempre avasallador. Maneja con igual destreza los dos rayos de la democracia y la dictadura aunque su fin último es siempre la libertad.

Como ningún otro político entendió al indio, al negro, al mulato, a criollos y mestizos, a blancos y europeizados. Siendo el americano más entrañable, fue también ciudadano del mundo. Maestro de energía jamás se rindió a los contrastes. Figura plutarquiana la suya por su constitucional estructura y por sus proezas; si Beethoven lo hubiera conocido le habría dedicado aquella Sinfonía Heroica que consagró primero y después retiró cuando el general de la Revolución Francesa se convirtió en azote de Europa.

¿Por qué volvemos, siempre, al Libertador?

Porque irradia verdad y virtud, porque esparce simpatía y admiración. Porque su mensaje de paz dinámica y democracia responsable se renueva incesantemente a través de épocas y

costumbres. Porque su verbo romántico y preciso hiere finamente el oído de los hombres libres e idealistas. Porque la audacia de su pensamiento abre las puertas a un futuro mejor. Por su estatura moral y su encumbramiento guerrero. Bolívar solitario, sin iguales, incomprendido en su genialidad creadora, luchando contra todos y para beneficio de todos, muchas veces en pugna consigo mismo, asumiendo una carga titánica de contrariedades, obstáculos, esfuerzos inauditos y decepciones de toda índole es el numen tutelar del continente. Porque aparece guía y maestro, amigo y consejero de patriotas, políticos y estadistas. Porque encandila a los soñadores y reanima a los quebrantados. Porque su lección ejemplarizadora de libertad, de justicia y de unión, rebasa la problemática actual y trasciende al porvenir. Porque fue profeta y augur a la vez. Finalmente porque estas dos palabras —Simón Bolívar— encierran lo más noble, fidedigno y remontado del quehacer sudamericano.

Aun reconociendo sus flaquezas humanas, el Héroe se redime por su elevado idealismo y su genialidad para la acción. Es figura legendaria y prototipo histórico a un tiempo.

Bolívar sólo hubo uno. Jamás se repetirá.

Nuestra América romántica, idealista, generosa, fluye por tres venas biológicas: la América india, la América mestiza, la América transeuropea. El genio intuitivo del Libertador pudo comprender los tres tiempos manifiestos de la psicología hemisférica, adivinando esa que acaso con excesivo celo Vasconcelos definió la "raza cósmica", síntesis étnica y espiritual de la futura humanidad que sobrevivirá a las monstruosas técnicas de destrucción de la ciencia contemporánea.

Quien se aproximó a Bolívar ya no puede separarse de su presencia augusta. Está en la mesa del estadista, en el libro del estudiante, en el Laboratorio del sabio, en los planes del legislador y del político. Enciende el fervor de los jóvenes, apacigua las decepciones de la gente madura. Todos lo llevamos como llama sagrada en el corazón.

Genialidad y beldad de América ¿quién podría expresarlas mejor que el demiurgo venezolano? Su vida agitada sintetiza el drama continental: tanta magnanimidad, tanta fortaleza de carácter para enfrentar el general desorden, las pasiones explosivas, la ingratitud, la deslealtad, las miserias de un mundo que despierta, Es el mayor pedagogo de conductas.

El Héroe de verdad brota de la historia y de la vida. Porque el Libertador sigue normando proceder, fabricando hazañas, alentando a los esforzados, fustigando a los pícaros. Sigue convirtiendo el aire en acciones nobles y los imposibles sueños en flagrante realidad. Hay un lenguaje bolivariano que a todos llega. Y no es que el Gran Conductor reaparezca cada cien años como pensó el poeta: asoma cualquier instante por las ventanas de la historia y se hace presente en la modelación del porvenir.

Bolívar: ese cometa fulgurante que no termina de pasar por el cielo americano...

¿Qué es Bolívar, finalmente, en nuestra América?

La respuesta apropiada surge espontánea; qué no es Bolívar porque su nombre lo engloba todo: pasado, presente, porvenir.

Es el descubridor del alma americana, el organizador de sus sociedades civiles. Nos eleva al heroísmo con sus batallas, nos unge servidores del ideal y del deber con el ejemplo de su vida. Hijo de la tempestad y del peligro, se forjó en la sabiduría y la moderación por el estudio. Sus palabras modelan el espíritu; sus combates lo fortalecen; su magisterio político enseña; su genialidad poética enriquece; su elevación desmesurada y su caída agónica simbolizan el destino humano.

Es el maestro de sí mismo. Sus sueños lo convierten en el verbo fulgurante del hemisferio, su voluntad diamantina lo instituye profesor de carácter para todos los trances del vivir.

Profeta y conductor a la vez. Moisés del tiempo nuevo. Las muchedumbres americanas beben todavía de su genio y se nutren de su acción ejemplar.

Como todos los grandes reformadores de la humanidad el Libertador labraba las piedras del futuro. Ignoró las leyes sagradas de los primitivos iranos, pero sin saberlo, 2600 años después de Zarathustra, el profeta persa, soñó para la Gran Colombia agrupar a una legión de jóvenes escogidos y darles una educación especial para la vida civil, creando así una aristocracia del espíritu, eficiente y responsable a la vez. ¿No habría sido la Escuela de Estadistas que el Nuevo y el Viejo Mundo necesitan todavía?

Su gran legado se organiza con las dos grandes fuerzas diamantinas del alma: imaginación y voluntad. Nos enseña a soñar, a imaginar cosas nuevas, a proyectarnos más allá del límite habitual; pero también a intentar hazañas estupendas, a desafiar al destino y al peligro, a mantener vivo el fuego revolucionario de la mudanza y de la acción.

Es el gran idealista y el demiurgo de las realizaciones. En su genio intrépido se funden la poesía del pensar y el ánimo tenaz del fabricante de sociedades y repúblicas.

Si miramos en la historia, nadie lo supera en poder creador, pues crea de la nada. Si advertimos el presente, su inteligencia preciosa jamás pierde actualidad. Si nos elevamos a un mañana mejor hacia allí se proyectan su mente y su espada, con el doble magisterio de la verdad y del valor.

Mayor suma de experiencias en el orden civil, no la hay. Proezas más estupendas en la gama militar, tampoco. Y esa fineza de alma para manejar y concertar hombres. Y esa fidelidad sin mengua a sus dos novias: la Libertad y la Gloria.

A la manera de un semidios de las antiguas teogonías, hace brotar el mundo americano del caos colonial, que si tuvo arquitectura jurídica y perfiles culturales eran sólo para goce de los peninsulares, en tanto las muchedumbres indias y mestizas gemían en la oscuridad del abandono y de la explotación. Fue el Primer Ordenador del continente.

Si miramos hacia atrás, Bolívar sigue dictando leyes y consejos que mantienen vigencia imperecedera. Si nos dolemos del presente convulso y confuso, Bolívar sabe el secreto de enfrentar adversidades. Si soñamos en un futuro mejor, Bolívar auguró la gran Patria Sudamericana, sola fórmula de integración política y humana que podría salvarnos de la debilidad actual.

Adversario de tutelas, paternalismos e influencias externas, el Libertador quiso que cada pueblo y cada hombre fuesen sus propios guías. Moralista de vocación, predicó incansablemente el deber, la responsabilidad, y la entrega al bien común como norte de las obligaciones del ciudadano.

Dictador ante el peligro y la anarquía, fue dinámico regulador de la vida civil en tiempos de paz. Como amigo, impar. Como enemigo, magnánimo. Férreo conductor en la guerra, poeta en la meditación. Soñaba dormido y despierto. Habitaron su alma la noble ambición y el mayor desinterés. Y no es una de sus menores lecciones que el bien pensar y el mejor obrar deben crecer paralelos en la voluntad.

La profunda amargura de sus últimos días no debe sorprender: es la natural reacción de toda alma grande devorada por la ingratitud de los hombres y la fragilidad de las realizaciones humanas.

De Bolívar tenemos que admirar el verbo llameante, el poder de decisión relampagueante, el coraje frente al peligro, la constancia inquebrantable ante la adversidad. Y su fe, su amor, su esperanza en el continente americano —el del Centro, el del Sur, el de las islas del Caribe— que a la sombra de su nombre y de su obra levanta los pabellones ondeantes de las jóvenes repúblicas del hemisferio que despierta.

Bolívar: ese prodigio antropológico y anímico que nunca se acaba de comprender bien, sujeto siempre a nuevas y distintas interpretaciones, porque como el misterio de toda vida excelsa es único en su origen, en su desarrollo y en el mensaje trascendente de sus hechos.

Bolívar, ese sol matinal que enciende el amanecer del continente.



La tumba del Héroe en Caracas—Venezuela



FERNANDO DIEZ DE MEDINA

Escritor, periodista y hombre público boliviano. Gran Premio Nacional de Literatura en 1950. Autor de más de 40 volúmenes de diversos géneros literarios. Los más renombrados: THUNUPA, NAYJAMA, IMANTATA, OLLANTA EL JEFE KOLLA, MATEO MONTEMAYOR, EL BUSCADOR DE DIOS; y sus cuatro grandes biografías: EL ARTE NOCTURNO DE VICTOR DELHEZ, FRANZ TAMAYO HECHICERO DEL ANDE, EL GENERAL DEL PUEBLO y BOLIVAR, NUESTRO PADRE.

Poeta, narrador, dramaturgo, crítico, ensayista y mitólogo ha realizado durante medio siglo una doble y notable labor de literato y de periodista.

[Inicio](#)